

UN GIN-TONIC,  
POR FAVOR



Clamores de Juventud  
parte 1



ESTRELLA CORREA

CLAMORES  
DE  
JUVENTUD

I. Un gin–tonic, por favor

De: Estrella Correa

## Sinopsis:

Dani aún está recomponiendo su corazón. No ha perdido la esperanza de ser feliz, sin embargo, lo único que le preocupa ahora es divertirse junto a sus amigos, un trabajo que le apasiona y la tranquilidad de su mundo seguro. Hasta que conoce a Alex y su universo vuelve a tambalearse. Sorpresas, engaños y... la vuelta del pasado. Todo se une en una novela donde el amor lo inunda todo, nada es lo que parece y las dudas rodean a una chica que no sabe lo que quiere.

“Un gin-tonic, por favor” es la primera parte de una trilogía que te hará reír y llorar a partes iguales.

¿Puede amarse a dos personas a la vez?

¿Se puede olvidar el primer amor?

## CAPÍTULOS

- Capítulo 1: Imágenes sin sentido.
- Capítulo 2: Empezando desde el principio.
- Capítulo 3: En los brazos de Morfeo.
- Capítulo 4: Nunca duermas con extraños.
- Capítulo 5: No me lo puedo creer.
- Capítulo 6: Tierra trágame.
- Capítulo 7: Y me fui.
- Capítulo 8: La noche es joven. Y nuestra.
- Capítulo 9: Besos, besos, besos.
- Capítulo 10: Puto dios del sexo.
- Capítulo 11: Te quiero Nena.
- Capítulo 12: ¿Cuándo ha ocurrido todo esto?
- Capítulo 13: Un enorme y maldito error.
- Capítulo 14: Quiero que vuelvas a mí.
- Capítulo 15: No lo digas.
- Capítulo 16: Habla conmigo.
- Capítulo 17: Yo... te quiero.
- Capítulo 18: Y yo a ti.
- Capítulo 19: Aléjate de él.
- Capítulo 20: Salir o entrar.

Capítulo 21: Sorpresas te da la vida.  
Capítulo 22: El pasado. Aquí y ahora.  
Capítulo 23: Tú, nunca.  
Capítulo 24: Promesas.  
Capítulo 25: Las bombas informativas de una en una.  
Capítulo 26: Soy tuya.  
Capítulo 27: Desaparecer.  
Capítulo 28: Quédate.  
Capítulo 29: Otra sorpresa no, por favor.  
Capítulo 30: ¿Qué es lo nuestro?  
Capítulo 31: El amor te ciega.  
Capítulo 32: Después hablamos.  
Capítulo 33: En busca de la verdad.  
Capítulo 34: Abre los ojos.  
Capítulo 35: Tal vez sí, tal vez no.  
Epílogo

## IMÁGENES SIN SENTIDO

Me duele la cabeza. Es insoportable. Creo que anoche bebí demasiado. En realidad no lo creo, el zumbido en mis oídos lo confirma ¡Dios mío! Necesito un paracetamol; o un ibuprofeno; o, mejor, un hacha

para poder cortarme la cabeza de un golpe seco. Eso estaría bien.

No me lo puedo creer. Sara con ganas de fiesta. No me gusta este piso. Odio que su cabecero colinde con el mío y que las paredes parezcan de papel cebolla. Creo que follo siempre que lo hace ella o, al menos, estoy presente cada vez. Y es muy a menudo. No debería quejarme, si no fuera por ella, se follaría muy poco en esta casa. La estoy oyendo gemir. Me tapo los oídos. Ni siquiera recuerdo a quién se trajo anoche, en realidad, ni siquiera recuerdo cómo llegamos a casa. Levanto las sábanas y me recorro el cuerpo con la mirada. Al menos llegamos sanas y salvas.

Me tapo la cabeza con la almohada e intento volver a dormir pero es imposible. Solo son las diez de la mañana y no debimos llegar antes de las siete, estoy segura de esto porque encendieron las luces y nos echaron de la discoteca, es de las pocas cosas que recuerdo; de eso, y de que alguien con cara de enfado me llevaba casi en brazos. Debió tocarme el portero más antipático.

*“–Nena, nena... despierta –susurra en mi oído. Sonríe y siento cómo un reguero de besos baja desde mi garganta hasta el centro de mi estómago–. Vamos..., llegamos tarde.*

*–No quiero –me quejo–. Es muy temprano.*

*–Son más de las nueve –vuelve a subir y roza con sus labios los míos.*

*–Pues eso... muy temprano.*

*Noto cómo sonríe sin parar de besarme. Introduce la lengua en mi boca y rodeo su cintura con mis piernas. Se incorpora un poco quedándose de rodillas frente a mí. Se quita la camiseta y me deleito observando su perfecto torso desnudo. Se desabrocha los pantalones y baja mis bragas hasta deshacerse de ellas dejándome completamente desnuda.*

*–Si vamos a llegar tarde, que sea por una buena razón –y se introduce lento en mí”.*

Vuelvo a despertarme, esta vez con la ropa empapada en sudor. Los sueños que me acompañan, a veces me afectan demasiado. Miro el reloj y decido que esta sí es una hora decente para abandonar la cama un sábado de resaca. Las doce y media de la mañana.

Arrastrando los pies cojo unas braguitas y una camiseta y me dirijo al único cuarto de baño que tiene el apartamento. Es pequeño, todo blanco con un inmenso espejo con el borde morado a juego con las toallas compradas en Ikea, ¡mierda! Casi estoy desnuda cuando me doy cuenta de que no estoy sola. Un culo digno de premios internacionales me está mirando con un solo ojo.

–Pero... ¿qué coño...? –me dice el dueño del culo medalla de oro.

–¡Hostia Puta! –respondo tapándome lo que puedo– ¡Sara! –grito.

En menos de dos segundos mi querida amiga nos deleita con su presencia y tira del dueño de ese trasero para llevárselo gritándome que lo siente, el tío se gira y tiene la cara de decirme que él estaba ahí primero. Cierro de un portazo, me siento sobre la taza del váter y respiro profundamente. Por favor, esto es una casa de locos.

Me ducho, termino de vestirme y me voy a la cocina a hacerme una taza de café. O dos. Lo voy viendo sobre la marcha. No debí dejar las clases de yoga aunque hubiera una razón de peso para no volver a aparecer por allí jamás.

Nota mental, volver el lunes próximo. Y, por supuesto, ignorar la razón de peso.

Entro en nuestra cocina, el piso no es gran cosa, dos habitaciones y un baño, pero la cocina no está nada mal. Incluso tiene una mesita con unas sillas muy coquetas. Es de color celeste y lila, debe tener por lo menos 20 años, es muy... *vintage*. Vieja pero con estilo. A mí me encanta.

¡Mierda! El del culo prieto me mira con una sonrisa. Es rubio, con unos grandes ojos color miel que enmarcan su cara y una tez morena y cuidada. Está fuerte sin llegar a ser obsesivo. Es carne de gimnasio, por supuesto, pero no le va la vida en ello.

–Hola –dice descaradamente.

–Hola –le respondo apartando la mirada.

Abro el frigorífico y decido que lo voy a ignorar. Si tuviera que hacerme amiga de todos los amantes que trae mi queridísima amiga a nuestra

posada, no me cabrían en la agenda del móvil.

Leche,  
leche,  
necesito leche.

–¿Estás buscando esto? –dice agitando la botella con una mano.  
Cierro el frigorífico y le quito el bote de un tirón.  
–Me llamo Mike –sonríe.

Ya, y a mí ¿qué coño me importa?

Me preparo el café todo lo rápido que puedo y me voy al salón a tomármelo tranquila. Imposible ¿Tranquilidad en esta puta casa? Sara se está dando el lote con una tía sin miramientos en nuestro sofá. Pero ¿no ha tenido ya bastante? Giro el cuello para intentar dilucidar la postura sexual, pero no llego a descubrirla. No es que me interese, es que me parece curioso que tengan tanta flexibilidad.

Carraspeo... Vuelvo a carraspear.... Nada. Ni caso. Ellas a lo suyo.

En ese momento aparece mi nuevo amigo Mike que sin tocarme, pero demasiado cerca, me pregunta si me apetece unirme a ellos.

No, gracias. No es mi estilo. Con la mirada ha entendido lo que le he querido decir, sonrío, levanta las manos en señal de rendición y se acerca al sofá para unirse a la fiesta.

Vuelvo a mi habitación. Afortunadamente me tocó el dormitorio grande con terraza al que he podido ponerle una mesita con dos sillas, algo práctico y muy cómodo. Le da la luz todo el día. Esto es lo que necesito. Tumbarme al sol como los camaleones.

Vivimos en la que muchos llaman la capital europea de la noche y somos de las que aprovechan las oportunidades, así que nos gusta salir y divertirnos. Pero debemos empezar a tomar medidas, no muy dramáticas, ningún cambio fatal que pueda reemplazar los momentos que nos regala la



noche madrileña, pero no estaría nada mal empezar a controlar un poco lo que hacemos durante esos lapsos de tiempo.

Me estoy tomando el café con los ojos cerrados, casi en trance, cuando escucho mi teléfono sonar. Se oye muy a lo lejos. Dónde demonios estará.

Dejo la taza sobre la mesa de hierro de la terraza y entro en la habitación completamente encandilada. Parpadeo un par de veces acelerando el proceso de adaptación de mis pupilas a la oscuridad. No consigo ver con claridad.

Busco debajo de la cama, entre la pila de ropa, dentro del armario..., nada, pensaría que lo perdí anoche si no lo estuviera escuchando ahora mismo.

Espera. Anoche.

Estará en el *clutch* dorado donde solo cabe eso, el móvil. Cuando lo encuentro ya han colgado, pero, maldita sea mi suerte, vuelven a llamar.

Qué querrá este ahora. No lo cojo. No tengo ganas de que me chillen cuando estoy de resaca.

Al cabo de un momento, recibo un mensaje de WhatsApp: “Te estoy llamando. No te hagas la loca y coge el teléfono”

“Lo que tú digas”. Le hablo al dichoso aparato como si fuera a entenderme.

No sé qué pasó anoche, pero debió de ser gorda para que Jose me llame. Le he dejado las cosas claras. No quiero volver a verlo. No teníamos nada y así seguirá siendo. No recuerdo que estuviera en la discoteca y no lo vi en el restaurante, de esto último seguro que me acordaría, de la discoteca no tanto. Es muy pesado, pero lo que mejor lo define es Cabrón de Mierda.

Al cerrar la aplicación, me doy cuenta que tengo un mensaje de

texto.

De Alex.

Hoy a las 10:31 a.m. :

“Espero que estés mejor que la última vez que te vi. Da las gracias a Sara por no cortarme los huevos. Un beso”.

Esto ya es lo último. Vale que no recuerde a Jose, pero estoy segura de que no conozco a ningún Alex y parece que tengo su número de teléfono grabado en la memoria de mi móvil. Anoche pude vestirme de tirolesa, cantar jotas en la Plaza Mayor, o robar un banco, que no me acordaría de nada. Ahora mismo puede estar buscándome la Interpol porque anoche me transformé en asesina en serie y yo mientras aquí tranquila pensando en cuánto tiempo le queda al trío sexual del salón para poder salir a comer algo.

Nota mental: preguntarle a Sara quién es el tal Alex. Y... pasar de Jose.

A las tres de la tarde decido que ya es hora de comer. Concretamente mi estómago ruge pidiendo auxilio. Y doy por supuesto que la orgía sexual ha llegado a su fin. Ninguna persona normal aguanta tres horas en esas posturas.

Cuando salgo de la habitación, todo está tranquilo. Recogido y limpio. Parece que allí no ha pasado nada. El olor a comida penetra en mis fosas nasales y lo sigo hasta la cocina. Sara está haciendo unos ricos macarrones con tomate y queso. Aquí no somos muy exquisitas con la comida. Nos conformamos con poco. Están buenísimos. La muy perra cocina maravillosamente bien. Y esta es su manera de disculparse.

–Lo siento –me mira con ojos de cordero degollado.

Como si lo sintiera de verdad. Esta noche lo volverá a hacer si tiene la oportunidad. Y siempre la tiene. Además de saber cocinar, la hija de puta está muy buena. Es alta, morena y la tez con el tono blanquecino justo para que sus ojos color miel sean como faros que te atrapan. Si fuera lesbiana, me enamoraría de ella.

–No lo sientes, pero no importa. Hacía tiempo que no veía un culo de

esas características... –gesticula.

–No lo ves porque no quieres.... Oportunidades... –llena un plato.

–Oye –la corto–, no te pongas melodramática a estas horas. Dame de comer. Lo necesito. Y, hablando de oportunidades. ¿Quién coño es Alex? Me ha mandado un mensaje preguntándome cómo estoy y a ti te da las gracias por no cortarle los huevos.

–Ni idea –se encoge de hombros–. No me suena de nada. Creo que no me he tirado ningún Alex... –pone los macarrones ante mí– ... que recuerde.

–Pues tengo su número grabado en la agenda de mi móvil –levanto el aparato y lo dejo sobre la mesa –así que alguien debe ser. –Pincho con el tenedor y meto la comida en mi boca. Me quedo pensando mientras mastico–. Creo que deberíamos controlar más por la noche. Esto se nos está yendo de las manos. Un día va a aparecer alguien en la puerta con un crío diciendo que es nuestro. Bueno, tuyo. No recuerdo la última vez que me tiré a alguien.

Las dos nos miramos y rompemos en carcajadas.

–Loca –me dice–, eso les pasa a los hombres, no a las mujeres –seguimos riendo–. Si hubiera parido, lo recordaría. Y no hace tanto que no te acuestas con nadie. Fue hace tres semanas, con Jose, ese tío bueno que te follabas últimamente.

–Hace días que no me llama –miento. Me ha llamado esta mañana pero, por supuesto, he pasado de él.

Sigo con los macarrones y casi tengo un orgasmo de lo buenos que están. Hablamos de cosas nuestras, triviales, intrascendentes, nos reímos e intentamos acordarnos de qué pasó ayer por la noche, como por ejemplo, quién nos trajo a casa. No acabamos de dilucidarlo. Su teoría es que volvimos en taxi, yo no lo tengo tan claro. Estoy segura de que alguien nos acompañó y se ocupó de nosotras. No pudo haber sido de otra manera. No estábamos en condiciones ni para salir por nuestro propio pie de la discoteca, imposible llegar hasta aquí, subir las escaleras, meter la llave en la cerradura y hacerla girar. Sin contar parar un taxi y pagarle.

–Esta noche salimos con Roberto y Sofía –deja caer–. No me pongas excusas que te conozco –se mete el tenedor en la boca.

–Te dije que el sábado era imposible. Tengo la inauguración de la exposición el jueves por la noche y muchísimo trabajo esta semana. El lunes necesito estar a tope.

–No me vengas con esas, Dani –me apunta con el tenedor–. Tienes todo el domingo para recuperarte. Podemos olvidar el plan de ir a la inauguración del *after-hours* de la Cuesta Santo Domingo y prometo no traerme a nadie hoy para que puedas dormir hasta tarde con tranquilidad – hace un puchero–. No me digas que no soy buena amiga. Prefiero estar contigo a echar un buen polvo mañanero de domingo.

Qué perra es. Cómo sabe ganarme.

–Está bien. Trato hecho. Pero.... Oye, dime una cosa. ¿Qué te gustan más? ¿los tíos o las tías? –le pregunto muerta de la risa porque ya sé la respuesta.

–Imbécil –me tira el trapo que había dejado sobre la mesa–. Ya lo sabes –ríe–, no vivo sin una polla. Me gustan grandes y hermosas – gesticula–, pero el placer que consigue darme una mujer es distinto. Nadie en mi vida me ha hecho el cunilingus tan bien como...

–¡Nadia! –decimos las dos al unísono porque ya conozco esa historia.

Volvemos a partirnos de risa y nos vamos al sofá donde decidimos ver una película romántica para pasar la tarde. Optamos por el Diario de Noa, solo es la doceava vez que la vemos. Terminamos las dos llorando. Qué nos gusta una tragedia. No hay mejor manera de pasar la tarde del sábado que llorando con mi amiga loca, bisexual, dramática y pirada. Es mi alma gemela. Salvo en lo de bisexual, no me va ese rollo. Y lo digo con conocimiento de causa. Una vez me enrollé con una amiga suya, no pasamos de la segunda base, y, aunque consiguió llevarme al orgasmo, yo no fui capaz de tocarla, salvo por los besos, claro, que si soy sincera tengo que decir que fueron dulces y cálidos, besaba bastante bien, mejor que muchos hombres, que lo único que pretenden es ahogarte metiéndote la lengua hasta el fondo de la garganta. En fin... una experiencia más. La guardo en el baúl de errores a cometer sólo una vez en la vida. Tengo otro baúl, éste cerrado con llave, cien candados y cinta americana. En él guardo el mayor error de toda mi existencia, en el que intento no pensar demasiado, pero no siempre lo consigo.

“No, no siempre lo consigues”.

Me despierto abotargada, tengo la pierna entumecida porque está

siendo aplastada por el redondo trasero de Sara. Intento levantarme a coger el móvil que vuelve a estar sonando, pero la pierna me juega una mala pasada y caigo de bruces al suelo.

–¡Mierda!

Despierto a mi amiga. Con el estruendo que ha hecho mi cuerpo al caer, ha debido asustarse.

–¿Qué haces ahí tirada?– me mira con cara de extrañeza y los pelos en la cara.

–Nada, ¿a ti qué te parece? Ayúdame –alzo las manos.

Me voy a mi habitación y con las prisas descuelgo el teléfono sin mirar quién llama. Error de cálculo. Es mi hermano.

–Dani, ¿qué cojones pasó anoche? –me espeta.

–¡Qué bien –susurro con ironía–, el que faltaba!

Vale, estoy empezando a preocuparme. Ahora mismo no me extrañaría nada que apareciera la policía por la puerta y nos detuviera. La de anoche fue de órdago.

–Me ha llamado Jose diciéndome que no le coges el teléfono y necesita saber que no te fuiste con un violador a casa. ¿Quién te acompañó al apartamento?

Mi teoría de asesina-en-serie cada vez cobra más fuerza. A ver qué le contesto... Hace tiempo que decidí decir siempre la verdad. Desde que una mentira casi acaba con mi existencia.

–Pues no estoy segura... eeee –me quedo pillada–..., pero vine con Sara. Eso lo tengo claro.

–Daniel...

Mal vamos, sólo me llama por mi nombre completo cuando me va a echar el rapapolvo. No sé si lo hace porque verdaderamente le importo o porque cree que es su deber de hermano mayor de una tarada como yo.

–Debes cuidarte más, un día de estos me va a llamar la policía diciendo que te ha encontrado en un cubo de basura.

–No seas exagerado. Parece que lo único que hago es salir y emborracharme. Trabajo duro toda la semana, de vez en cuando me gusta

desinhibirme, no le hago daño a nadie...

“Deja de excusarte, Dani, no tienes por qué”.

Cambio de táctica. Voy a cabrearlo.

–Todos no hemos tenido tanta suerte como tú en la vida.

–No me hables de suerte –protesta–. Yo también perdí a nuestros padres. Y no sólo eso, ¡tuve que cuidar de una adolescente furiosa con el mundo! –vocifera.

–¡Yo no te pedí que lo hicieras! –grito.

–¡No hacía falta! ¡Era mi deber! –responde en un tono más alto si cabe.

Nos quedamos en silencio después de chillarnos a voz en grito.

–Perdona. Estoy un poco estresado. Tengo mucho trabajo. Estamos a punto de vender una de las empresas y un cabrón retorcido me está dando muchos problemas..... Lo... Lo siento. Te quiero, lo sabes ¿no?

–No te preocupes. Me duele que pienses que no hago nada con mi vida porque mi trabajo no es tan lucrativo como el tuyo. Yo...

–No es eso, Dani. Solo quiero verte feliz. Espero que algún día superes todo lo que te pasó. Sé que después de la muerte de nuestros padres no debió ser fácil salir tú sola de todo aquello. Aún tengo ganas de matar a ese hijo de puta –masculla más para él que para mí.

–No te preocupes. Estoy bien. He pasado página –hay un silencio tras la línea. No me cree y no se lo puedo reprochar. Yo tampoco estoy muy segura de que eso sea cierto.

Después de hablar un rato más con él de nada importante y hacer como que todo va bien, nos despedimos y firmamos nuestro vigésimo quinto tratado de paz. Es mi hermano. Lo quiero. Pero me desquicia. Tiene una vida perfecta, una mujer perfecta y dos hijos perfectos. Solo es tres años mayor que yo y con 32 tiene la vida resuelta y todo planificado. Vive con su familia en un chalet en Pozuelo de Alarcón y yo..., yo vivo de alquiler y mi sueldo no da ni para poderme comprar un coche. No quiero confundir. En realidad estoy muy orgullosa de él. Solo querría que lo estuviera también de mí y no me criticara tanto. Me alegro que la vida le vaya tan bien. Al menos uno de los dos es plenamente feliz.

A las nueve de la tarde estamos listas y preparadas para volvernos a comer la noche. La movida madrileña nos espera. Ya veremos quién se come a quién.

## EMPEZANDO DESDE EL PRINCIPIO

Bajamos en el ascensor mientras nos retocamos los labios con *Ruby Woo* de *Mac*. Son doce pisos, así que nos da tiempo a darnos también el colorete. Vamos vestidas con dos mini vestidos de *Asos* negros de una de las colecciones exclusivas que conseguimos en rebajas a un precio maravilloso. El mío palabra de honor y el de mi amiga amarrado al cuello. Sara es ortodoncista, no le pega y no gana el dineral que debería. Trabaja como auxiliar en una clínica para un jefe déspota y endemoniado. De momento se conforma con eso y dice que está adquiriendo experiencia. Yo creo que con todo el valor que tiene para los hombres, no lo tiene para volar sola profesionalmente. Pero confío mucho en ella y sé que un día no muy lejano tendrá los ovarios necesarios para hacerlo. Y le saldrá bien. Porque tiene mucho talento, pero, además, porque se lo merece.

Los tacones que llevamos son de vértigo. No sé si podré bailar mucho esta noche sin caer al suelo. Doce centímetros no son ninguna tontería. Me van a impedir moverme todo lo que quisiera pero, si lo pienso, no es tan mala idea. Si bailo poco, no tendré tanta sed y no estaré tentada de beberme hasta el agua de la lluvia –literalmente hablando–, aún recordamos la noche en la que acabamos las dos tiradas sobre el asfalto con la boca abierta tragando gotas de lluvia. Fue una noche memorable, grandes momentos que guardo con cariño dentro del corazón. Una historia muy larga, ya la contaré. No quiero entretenerme ahora.

Se abre el ascensor y al salir del edificio vemos el coche negro todoterreno de Roberto. Nos pita y nos saluda con la mano indicándonos que corramos para no mojarnos. Está cayendo una buena, pero es imposible correr con estos zapatos. Menos mal que me gusta llevar el pelo como si acabara de follar. Follar no follo mucho, pero con que lo parezca me vale.

“Esa es la actitud”



Al entrar, nos saludamos con besos y abrazos, Roberto arranca y nos disponemos a recoger a Sofía. Tardamos un poco en llegar porque vive bastante lejos de nosotras. En Conde–Orgaz Piovera. Todavía en casa de sus padres, en una zona residencial bastante cara. Es una niña bien. Miento. Es una niña muy pija, pero está loca–del–coño. ¡Es genial! Muy divertida y, al igual que Sara, tiene un cuerpo y una cara de escándalo. Es impresionante. Alta, rubia, con ojos azules y cuerpo de modelo. Es-modelo. Demasiado delgada para mi gusto. Creo que yo soy la única normal de nuestro pequeño grupo. Un metro setenta, pelo castaño, ojos verdes, tez morena y sin muchas curvas, a excepción de mis pechos que, aunque no llegan a ser excesivos, tampoco son pequeños. Esa soy yo. Y un poco seca. No me gustan mucho las personas. Supongo que son las experiencias las que me han hecho desconfiar del ser humano. No solo desconfío, además creo que el concepto humano no es el que mejor nos define.

Ya los cuatro en el coche, Sara empieza a contarles lo poco que nos acordamos de la noche anterior. Lo poco o nada. Eso me hace recordar que aún no sabemos cómo volvimos a casa anoche. La oscuridad del coche hace que tenga un fugaz recuerdo. Cruza mi mente un leve olor a cuero y visualizo por unos segundos unos asientos oscuros.... Sara inconsciente a mi lado... y unos ojos azules clavados en los míos.... Se me ponen los bellos de punta..., son intensos..., me darían miedo si no me excitaran tanto. Esa sensación dura solo un momento, pero es tan intensa que me recorre todo el cuerpo.

–¡Dani, Dani! –me despierta Roberto de mi ensimismamiento–, hemos llegado. Baja con cuidado. El suelo está muy húmedo. No sé por qué os ponéis esos tacones. Nunca entenderé a las mujeres –me ayuda a salir del coche dándome la mano.

Roberto es genial, ese amigo que toda chica desea tener, te cuida y te respeta, te escucha cuando lo necesitas y te mimas más a menudo de lo que mereces. No es gay, si lo estáis pensando, ni siquiera lo parece. Para no desentonar con las dos modelos de Victoria Secret que tengo al lado, tiene el cuerpo muy definido, debe medir casi el metro noventa, ojos color miel y un pelo rubio alborotado por todas partes que lo hace parecer un chico malo. Es fotógrafo, pero hace las veces de modelo cuando la oportunidad se presenta y le pagan bien. Además, también escribe para varias revistas culturales. Él me

consiguió el trabajo en la galería. Ese que tanto me gusta y me da de comer. Piensa que lo que debería hacer es pintar, no vender arte, pero todo llegará. Aún no estoy preparada para que el mundo vea mi trabajo, bueno, para eso y para escuchar una mala crítica. Sólo me falta mi hermano diciéndome “Ya te lo dije, debiste estudiar Derecho, o Empresa, yo te hubiera dado trabajo o te hubiera recomendado, pero decidiste estudiar Bellas Artes”. Parece que lo estoy escuchando ahora mismo. Espera, no es mi imaginación, lo estoy escuchando ahora mismo.

Miro hacia la puerta del restaurante en el que tenemos reserva y lo veo.

–Qué bueno está tu hermano. Me lo follaría hasta matarlo– suelta Sara.

–No seas loba y deja un poco para las demás. Yo me lo tiraría ahora mismo, aquí, en medio de la calle –dice Sofía como si fuera lo más normal del mundo.

–Tranquila, nos lo tiramos las dos a la vez. Seguro que no pone ningún inconveniente –y rompen en carcajadas.

Me consta que son capaces de hacerlo. Lo de follárselo en medio de la calle no estoy segura, pero lo de tirarse a un tío las dos a la vez, ya lo he vivido, en vivo y en directo. Más o menos como lo de esta mañana.

Al escuchar las carcajadas, mi hermano mira hacia nuestro grupo, me ve y viene hacia nosotros. Me da un beso en la mejilla.

–Hola, Dani. Buenas noches chicas –les sonrío–¿Qué tal, Roberto? –le da la mano a éste. –¿Qué haces aquí? –se dirige a mí otra vez. Me aparta un poco del grupo para tener algo de privacidad. Mientras hablamos tengo que contener la risa porque la jauría que hemos dejado, justo a la espalda de Fernando, está que se sale y sólo les falta meterle mano.

–Vengo a cenar –me pongo seria–. Igual que tú. Roberto ha reservado –le digo un poco a la defensiva porque sé que cree que este sitio es demasiado caro para mí.

–No hace falta que tengas aquí una de tus pataletas... –me doy la vuelta para irme, pero me coge del brazo–. Vale, perdona. No te pongas así –mira su reloj–. Te tengo que dejar. He de entrar, llego bastante tarde y este cabrón retorcido... –dice más para sí que para mí, pero he decidido que voy a

picarle.

–¡Ah!, has quedado con el cabrón retorcido del que me has hablado, ¿cuál es el problema? ¿Te has encontrado con la horma de tu zapato? –digo cruzando los brazos.

–No te pases..., es complicado. Debo entrar –vuelve a mirar su reloj–, no me conviene cerrar este trato habiéndolo mosqueado.

Me da un beso en la mejilla y se aleja adentrándose en el local.

–Hasta luego chicas –se despide de mis amigas obsequiándolas con su sonrisa de cerrar tratos, y no todos laborales. Qué cabrón, cómo sabe ganarse a la gente. Al fin y al cabo, es su trabajo.

Entramos en *The Paris* y está repleto de gente. Tenemos que esperar en la barra tomándonos unas copas mientras aguardamos mesa. Está abarrotado de gente, todos y cada uno de ellos elegantemente vestidos. Siempre he creído que lo de reservar era para no tener que esperar, pero esa regla aquí no cuenta. Cuando nos informan de que la mesa ya está preparada y nos acompañan a ella, yo llevo tres copas y media de vino. No me cuesta andar por esos pasillos estrechos, pero tampoco es coser y cantar. Roberto me da la mano.

Estamos en una mesa pequeña, al fondo de la primera sala. Existe otra contigua mucho más exclusiva y tranquila donde debe estar Fernando. No lo he visto desde que hemos entrado. Pedimos la comida y otra botella de vino. A la media hora no estamos cantando María la Portuguesa porque no es sitio ni lugar, pero ganas no nos falta. Cinco copas de vino después, necesito ir al baño. El lugar está un poco lejos, por eso llevo aguantando desde que nos sentamos, pero ya no puedo aplazarlo más, necesito ir, o esto va a parecer una comedia deplorable con un final muy poco digno. Me levanto y siento un poco de mareo. La jauría se ríe y Roberto se ofrece a acompañarme, pero le indico que no hace falta, solo ha sido un traspies.

–Estoy bien. No te preocupes. Necesito descargar –le digo agarrando sus hombros y pegando mi cara a su oreja, bajito y riéndome. Él me acaricia el hombro y posa su mano sobre mí.

De repente, siento un cosquilleo en el cuello junto a la nuca, baja hacia mi estómago y se instala allí. Es instantáneo. Miro hacia atrás y no veo a nadie observándome, pero tengo la sensación de que alguien está detrás.

Le doy un beso en la mejilla y desaparezco de la sala. Llegar a mi destino ahora parece imposible, consigo dar unos pasos sin darme un batacazo y hacer el ridículo. Sería fácil montar un circo en esta pijada de restaurante, en realidad sería divertido. Podría caerme a conciencia. Valdría la pena ver la cara de Fernando al advertir que su hermana ha perdido totalmente los papeles en un sitio donde deben conocerlo muy bien.

“No digas tonterías, Dani”.

Estupendo, llego sin problemas. Miro hacia atrás antes de entrar, me agarro al pomo de la puerta y compruebo que nadie se ha percatado de las dos veces que casi beso el suelo. Nadie me está mirando, aunque durante todo el trayecto he sentido que alguien me vigilaba.

Entro en el lujoso baño. Es grande. A mi izquierda, un lavabo de mármol con dos pilas y grifos dorados. A mi derecha, tres puertas esconden los retretes. Entro en una de ellas y hago lo que he venido a hacer. Me quedo bastante más tranquila. Salgo, me lavo las manos, me des/peino un poco y me vuelvo a pintar los labios. Miro mi reflejo en el espejo. No estoy nada mal. El negro siempre me ha sentado bien. Hoy tengo el guapo subido. Pero soy un poco más consciente de que la falda quizá sea demasiado corta, así que tiro de ella hacia abajo, pero es en vano, no se puede sacar de donde no hay.

–La tela no va a ceder –escucho una voz grave y profunda que inexplicablemente me hace estremecer.

Miro hacia ese rugido y me encuentro a un tipo con cara de enfadado y apretando los puños. ¿Perdona? Un momento, ¿quién coño es este tío borde?, ¿qué le importa lo que lleve puesto? ¿Y qué cojones hace en el baño de señoras? Me ha debido leer el pensamiento porque sigue:

–El baño es unisex –su voz sigue siendo más bien una amenaza y señala el cartel que lo indica sin dejar de mirarme. Su semblante serio me hace estremecer. Me parecería que está más que bueno si no me cayera tan mal, así sin conocernos. Pero, madre mía, cómo le queda el traje, esos brazos torneados, esos labios carnosos, esa mirada azulada...

“¡Para, Dani, que te embalas!”

Enfadada conmigo misma y por la reacción de mi cuerpo, opto por pasar de él y ni le contesto. Recojo mi mini bolso de Tous de encima de la encimera, me hago la digna y salgo del baño sin mirar atrás. Sólo he recorrido un par de metros y, aún en el pasillo que separa el baño de las salas, cuando el engreído me coge del codo y tira de mí. Me giro enfadada y le grito sin contenerme:

–Oye, no me toques, ¿quién te crees que eres?

No dice nada. Cada vez está más... ¿molesto? Solo es un segundo, pero siento cómo intenta serenarse. Y, sin soltarme, baja acariciando la piel de mi brazo hasta rodear mi muñeca, me abre la mano y posa sobre ella el pintalabios que acabo de utilizar. En ese momento, algún tipo de electricidad recorre mi brazo hasta el estómago y de ahí baja a lo más profundo de mi ser. Sin soltarme, atrapa mi mirada y juraría que él está sintiendo el mismo latigazo que yo. Sus ojos vidriosos, su respiración y la manera de dejarse caer sobre una de sus piernas me lo confirman. Estamos así unos breves segundos hasta que decido que ya es suficiente y tiro de mi brazo para apartarme.

“¡Cabrón enchaquetado engreído!”

–Gracias –levanto la mano enseñando el pintalabios. Y giro sobre mi cuerpo rezando para no caerme mientras logro llegar a mi mesa.

–¿Qué te pasa? Parece que has visto un fantasma –me dice Sara con una sonrisa.

–Si, un fantasma. Tú lo has dicho. –Y seguimos con nuestra cena, riéndonos de todo y de nada en particular.

Tras hora y media y dos botellas más de vino, terminamos de cenar y salimos de aquel sitio que me tenía un poco asfixiada. Al salir a la calle, vuelvo a reparar en Fernando, se acerca a mí y con desdén me apunta que ya he bebido suficiente.

–No, solo un poco. La noche es joven y tú deberías serlo también – contesto

–Por favor, compórtate un momento, voy a presentarte a.... –y aparece ante mí el cabrón engreído enchaquetado de hace un rato que me mira con

gesto serio.

–Dani, él es Alejandro Fernández. Alejandro, te presento a mi hermana pequeña, Daniel.

–Dani. Encantada de cono... cerle.

Al darnos la mano vuelve a recorrerme la electricidad de hace un rato y los dos nos soltamos ante tal descarga de energía.

–El placer es mío –dice secamente.

Nos quedamos en silencio y mi hermano salva la situación sin proponérselo despidiéndose de mí. El hombre de metro noventa, perfectamente desaliñado, de ojos azules y cuerpo de escándalo, me mira sin disimulo. Me siento una niñata que no sabe manejar la situación. Se da media vuelta y yo me quedo sin saber qué coño ha pasado.

## EN LOS BRAZOS DE MORFEO

9 años atrás.

Facultad de Bellas Artes.

Dos semanas en la facultad y aún no tengo claro el horario de las asignaturas y mucho menos donde están las clases. Estoy bastante perdida. Por eso hoy he decidido levantarme más temprano y no llegar tarde. De nada me ha servido. Ahora mismo voy corriendo por un pasillo sin saber si es el adecuado. Freno en seco. Leo Sociología de la Comunicación en un cartelito marrón con letras blancas. Creo que es esta puerta. La abro con cuidado y sin hacer mucho ruido me deslizo hacia la última fila intentando no llamar demasiado la atención, pero fracaso estrepitosamente en mi intención. Tropiezo con el bolso que alguien ha dejado en el suelo y pido perdón bastante ruborizada. El calor se apodera de mi rostro. Mientras me siento, escucho a lo lejos:

–Vuelve a llegar tarde, señorita...

–Sánchez –concluyo–. Disculpe, no volverá a ocurrir.

Mal empezamos. Esto no puede terminar bien. Giro la cabeza hacia mi derecha y me están observando los ojos más negros y profundos que he visto en mi vida. Sin bajar la vista hacia su boca, su mirada me hace entender que está riendo... ¿De... mí?

–¿Qué te hace tanta gracia? –susurro. No contesta, vuelve a sonreír y gira la cabeza. Pasa de mí.

“¡Será imbécil...! Estupendo, me he sentado al lado del simpático de la clase”.

El profesor habla sobre la estructura de la parte general, el aspecto más común de la comunicación. Intento atender y escuchar, pero el dueño de esos labios me tiene obnubilada, son carnosos, rosados..., deben de ser dulces y caramelizados. Tiene la mandíbula cuadrada, pelo castaño, ojos negros.... Si

a esta cara le acompaña un buen culo..., ¡me lo quedo! Como diría Marta, mi compañera de juergas del Instituto a la que no veo desde hace más de dos meses, está de coge pan y moja. Y huele a hierva fresca y frutas del bosque... a mermelada...

“Es imbécil... Pero cómo será besarlo...”.

Cuando me doy cuenta, ha terminado la clase y espero a que todos se marchen para poder disculparme con el profesor. Aprovecho para visualizar si Mi Nuevo no Amigo tiene el culo que me imagino. Y... efectivamente, lo tiene. ¡Madre mía! El muchacho es un dios griego, la espalda cuadrada, cintura estrecha, piernas torneadas... He de tener la boca abierta y debe de estar cayéndoseme la baba. Me obligo a espabilar antes de que el Profesor Ramírez se vaya de la sala. Me levanto y le pido disculpas prometiéndole que no volverá a ocurrir.

Hoy no me da tiempo de volver para comer en el piso compartido donde vivo, así que decido quedarme en la facultad y estudiar un rato antes de la siguiente clase por la tarde. Me compro un sándwich y una botella de agua en la cafetería y me tumbo en el césped bajo un árbol. Estamos en el mes de octubre y todavía hace una temperatura maravillosa. Como siempre, me pongo a leer una novela romántica y así desconecto un poco de todo.

Estoy tumbada boca arriba, con mis Ray-Ban puestas, escuchando *Story* de *Maroom Five* en mi iPod y los pies descalzos sobre la hierba. La sombra fresca de la arboleda me baña el cuerpo entero.

¡Qué tranquilidad...!

En ese momento alguien se sienta a mi lado y me pregunta por lo que estoy leyendo. No lo escucho. No lo siento.

Al instante siguiente, esa misma persona tira del cable de mis cascos y me llevo un susto de muerte.

–Pero ¿de qué vas? –le digo con mala cara.

–¿Qué lees? –pregunta sin preocuparse.

–Y tú eres...



- Álvaro.
- Y te sientas a mi lado porque...
- Nos conocemos de clase.
- No nos conocemos. Es más, creo que te reías de mí.
- Veo que me recuerdas. Algo es algo –sonríe.
- Atrévete a quererme.
- ¿Qué? –pregunta totalmente desconcertado.
- Atrévete a quererme: es el libro que estoy leyendo.

Nos quedamos unos breves segundos en silencio mirándonos, se recuesta a mi lado, se pone su *iPod* y cierra los ojos. ¡Y vuelve a pasar de mí! No hay quien entienda a los tíos. No es que tenga mucha experiencia con ellos, pero los odio. Me quedo observándolo y decido no pensar demasiado. Hago lo mismo, me tumbo, cierro los ojos y, escuchando música, me quedo un poco traspuesta.

Al cabo de un rato abro los ojos y miro hacia donde estaba mi Nuevo Amigo Imbécil y Grosero, pero no está, recojo todo y vuelvo a clase. De camino a mi destino, me doy cuenta de que me falta la novela. Vuelvo sobre mis pasos unos metros para recogerla, me la he debido dejar tirada en el césped, pero paro en seco al caer en la cuenta, creo saber quién se la ha llevado prestada.

\*\* \*\* \*

Actualidad.

Estamos en el Club Adara.

Estoy bailando demasiado con estos zapatos, ... bebiendo demasiado, ... desfasando. Otra vez.

No sé muy bien dónde está Sara, desapareció con un tipo hace más de una hora. No pude ver de quién se trataba. Roberto y Sofía bailan a mi alrededor como si el mundo fuera a acabar mañana.

Empieza una canción demasiado sensual para el ritmo que llevamos y

quiero ir a sentarme, pero Roberto cree que no es buena idea, me coge de la cintura, me aprieta contra él y comienza a movernos de una manera muy sensual. Casi prohibida. “¡Ay, Robertito no me hagas esto que hace mucho que no pillo cacho!”. Mi amigo empieza a darme suaves besos por el cuello, sube hacia mi oreja izquierda y, cuando me quiero dar cuenta, me está metiendo la lengua hasta la garganta.

Joder.

Joder.

Joder.

Me tiene atrapada con sus dos grandes manos y tan pegada a él que siento como sus partes íntimas están cobrando vida propia.

Vale, yo no lo estoy parando. No sé muy bien por qué, pero esta noche necesito cariño, mucho cariño. Y se está muy a gustito. Juro por las plataformas de Lady Gaga que jamás había intentado nada conmigo antes, ni siquiera se me había insinuado. Esto tiene que parar..., pero... ¿por qué? Estoy tan calentita entre sus manos..., besa tan bien..., tiene unos pectorales tan... duros...

Enredo mis dedos en su pelo, lo despeino mientras nos besamos hasta que Sofía se da cuenta de la situación y empieza a gritar qué cojones estamos haciendo. Nos separamos sonriendo, me paso el dedo pulgar por el labio inferior y Roberto solo acierta a decir que lo siente.

—¡No lo sientas, joder! ¡Qué bien besas!

Y los tres nos partimos de risa.

Seguimos bailando. Estamos rodeados de gente que mueven sus cuerpos desinhibidos. Una pareja de tres a mi lado, dos chicos y una chica, deberían buscar un sitio más tranquilo para terminar lo que han empezado.

El Club Adara es inmenso, una gran sala con cuatro barras que rodean una increíble pista de baile de tres alturas. *Gogós* por todos lados subidos en jaulas, salas *vips* y reservados que cuelgan desde lo alto desde donde se ve toda la discoteca. Cinco modernas lámparas de lágrimas negras y dos metros de largas, a juego con las cortinas negras y doradas que separan tres estancias, le dan un halo de sobriedad y elegancia al Club. Por algo es el más

conocido de todo el país. Cuatro canciones después, decido ir a la barra más cercana a por algo de beber. Durante todo el trayecto repito en mi cabeza una y otra vez que voy a pedir agua.

Agua.

Agua.

Voy a pedir AGUA.

–Un gin-tonic, por favor.

“Tócate el coño, Dani”.

Pero no rectifico.

Mientras espero que me pongan la bebida, vuelvo a notar ese cosquilleo en la zona baja de la nuca y un escalofrío me recorre la piel.

–Ese gin-tonic está de más, ¿no cree, señorita? –me... advierten al oído.

Giro la cabeza y a medio metro de mí se encuentra el dueño de los ojos más azules e intensos que he visto en mi vida. “El cabrón engreído enchaquetado”, pienso. ¡Mierda! A lo mejor está aquí Fernando, el que faltaba para un fin de fiesta apoteósico.

Nos quedamos mirándonos y ni siquiera sonrío. Qué coño hace aquí. No pega nada en este sitio. Divago. Chaqueta y corbata no es la ropa que el protocolo indica para estos casos, pero qué bien le sienta. Qué bueno está y cómo tiene que ser en la cama ¡Un animal!

“Céntrate, Dani, por Dios!”.

Sigo divagando. Pero qué me pasa hoy. Este hombre no me gusta lo más mínimo. Necesito echar un polvo, o mejor dos. Con él. Tiene que ser una bestia en la cama, y en el sofá, y en el coche, y en la ducha... Este aguanta por lo menos tres asaltos.

“Céntrate. Céntrate...¡Céntrate, ya!”.

Intento ser educada.

–Hola, señor.... como se llame. Si a usted no le importa, y seguro que no, porque, entre otras cosas, no nos conocemos de nada, voy a beber lo que desee, o mi cuerpo aguante...

–Tu cuerpo no aguanta más –me corta.

–Claro que sí, no sabes tú –hasta aquí ha llegado mi educación – lo que este cuerpecito es capaz de aguantar –le suelto contoneándome.

¡Uy! Que me caigo... Vale, estoy flirteando, cosa que no se me da muy bien. Y borracha perdida aún menos. Me agarro a la barra y me sonrojo. Lo admito, lo he dicho con toda la intención, no me importaría que este adonis me lleve al límite, que compruebe lo que mi organismo es capaz de soportar.

–Dile a tus amigos que te vas. Te voy a llevar a casa –dice con cara de “te estoy perdonando la vida y no te das cuenta”.

Muy bien. Hasta aquí ha llegado la broma. No lo conozco de nada y, aunque no me importaría verlo desnudo, no tiene por qué decirme todas estas cosas. A lo mejor lo ha enviado Fernando. Mi hermano es tan retorcido como para hacer algo así.

–Tu copa, guapa –dice la camarera. Saco la cartera de mi bolsito, pago la bebida, me doy media vuelta y me voy. Espero no verlo más... a no ser que sea quitándose la ropa frente a mí, claro. En ese caso puedo hacer una excepción.

“Creo que has bebido demasiado”.

Yo también lo creo.

Llego donde están todos y Sara ha vuelto a unirse a la fiesta. Aunque fiesta la que se habrá tirado en alguna esquina del local. No puedo imaginarme quién puede ser el afortunado. Pero me intriga ese halo de misterio con el que trata el tema. Seguro que lo conozco.

Seguimos bailando y Roberto vuelve a sobarme. Me da igual. Lo dejo. Yo también quiero jolgorio en alguna esquina oscura del Club. Podría

ser un buen final para esta noche. Pero voy a ser sincera. Tampoco recuerdo el final de esta noche de... fiesta.

Intento abrir un ojo y después otro, pero los vuelvo a cerrar de golpe porque la luz que entra por el gran ventanal de mi habitación quiere dejarme ciega, la muy hija de puta. Me tapo la cabeza con la almohada y vuelvo a escuchar ruidos en la habitación de esa mala amiga que ayer me prometió que no se traería nadie a casa. Los gruñidos son colosales, debe estar echando el polvo del siglo. Esta vez tiran el tabique que nos separa si no terminan pronto. No exagero, la lámpara del techo se mueve como si fuera el camarote de un crucero en medio de una tormenta descomunal y la pared se está desconchando.

Bostezo y trato de levantarme. Un momento. Me miro. Estoy en pijama.

Si no recuerdo cómo conseguí llegar a casa, cómo pude ponerme el pijama. Siempre me despierto sobre la cama revuelta y con la ropa del día anterior, oliendo a alcohol y muerta del asco. Esta vez no es así. Qué raro. Cómo conseguiría hacerlo yo sola, porque estoy sola ¿no? Miro a mi alrededor y me cercioro de que es así. Compruebo que debajo de la cama no hay nadie escondido. Cosas más raras me he encontrado ahí debajo.

Me encamino a la ducha. Me doy un baño de agua caliente que dura más de lo necesario. Me pongo un chándal y me voy a la cocina. Esta vez no hay sorpresas. No he visto culos de premios internacionales que me miran con un solo ojo, ni tríos mañaneros sobre el sofá.

Me tomo el café leyendo las noticias en mi iPhone y decididamente llego a la conclusión de que al mundo se le ha ido la olla.

–Buenos días, amor –me besa Sara en la mejilla– ¿Dónde está tu hombre?– ¿Me lo dice a mí? Miro a mi alrededor. Estamos las dos solas. Debe de estar hablando conmigo.

–¿A quién te refieres? ¡Mierda! –se me cae el alma a los pies, la he cagado, pero bien–. Me he acostado con Roberto. No, no no no... – me tapo la cara y tengo ganas de llorar.

Tierra trágame y no me escupas nunca.

–Tranquila, os devorasteis en medio de la pista, pero no. Me refiero al tío bueno con cara de perdonavidas que anoche nos trajo a casa, y a ti, señorita, te metió en la cama –dice señalándome con un dedo.

Qué cojones hice anoche. Y por qué Sara lo recuerda y yo no.

–Deja de fumar maría, te está afectando. Nadie me acompañó anoche. Me acordaría –o eso creo.

Sale de la cocina con dos cafés, uno en cada mano, y me deja sin saber nada más. Le chillo y ordeno a voces que vuelva, pero ella tiene mejores planes en la habitación del placer que disipar mis lagunas.

Vuelvo a leer las noticias en el móvil y me doy cuenta de que tengo dos mensajes de wathsApp y un mensaje de texto. Miro antes los WhatsApp.

El primero es de Jose pidiéndome que lo llame. Sí, un día de estos. El segundo son muchas caritas preocupadas acompañadas a una frase: “Lo siento, se me fue de las manos. Espero que me sigas queriendo”.

Le contesto: “No te preocupes Roberto, los dos somos culpables. Besas muy bien”, y lo acompaño de una sonrisa enorme y un guiño de ojos. No le voy a dar importancia.

Me voy a la cama, me tiro sobre ella y leo el mensaje de texto.

De Alex.

Hoy a las 13:31 am.

“Dos noches seguidas. Eres una irresponsable. Anoche te podían haber violado y hoy no te acordarías. Esto tiene que acabar. Supongo que tampoco recordarás que hoy te recojo a las seis en punto de la tarde. Que te sirva de recordatorio.”

“Supongo que tampoco recordarás...”, ¿Es que tengo que acordarme de algo? Vuelvo a mirar el remitente. Esto lleva la firma de Fernando. Pero no. Es de Alex. Pero, ¿Quién coño es ALEX? Esto me está sacando de mis

casillas. Parece que sabe de mi vida más que yo y se cree mi padre. Va listo si piensa que voy a quedar con él: “Vete a la mierda!”, chillo al móvil.

## NUNCA DUERMAS CON EXTRAÑOS

9 años antes.

Facultad de Bellas Artes.

Paseo por el pasillo que conduce a la biblioteca cantando en silencio la canción que está reproduciendo mi iPod, *The best of roses*, de Bon Jovi. No hay mucha gente, aún queda mucho para los exámenes, yo tampoco estaría aquí si no necesitara un libro con urgencia. Llevo muy retrasado el trabajo de Dibujo Técnico Medieval y no quiero dejarlo por más tiempo. Es viernes por la tarde. Aquí solo debe haber bichos raros.

Giro por el pasillo donde debe estar el libro que busco y a lo lejos observo sentado en una de las sillas al imbécil que me robó la novela. Debería ignorarlo, pero me doy cuenta de que la está leyendo en este momento, así que decido hacerme la valiente e ir a pedirle cordialmente que me la devuelva.

Le doy un toquecito en el hombro.

—¿La has terminado ya? —susurro, estamos en una sala donde la gente viene a estudiar. Me mira y levanta levemente la comisura del labio.

—¿Te gusta? —pregunto.

Me escanea con la mirada de arriba a bajo y dice con una media sonrisa:

—Mucho.

—La novela —concreto.

—A eso me refiero.

Me pongo colorada al instante, se la quito de las manos y comienzo a caminar por el pasillo dirección “yo no sé donde” cuando me coge de la cintura, me da media vuelta y me aprisiona contra una de las estanterías. Tengo su boca a dos centímetros de mi frente, baja la cabeza mirándome los labios y me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración.



“Respira que te ahogas, idiota”.

–Aun no he terminado –susurra.

–Yo... creí... – digo con voz chillona

Posa dos de sus dedos sobre mis labios haciéndome callar.

–Sshh, no queremos molestar –vuelve a susurrar.

Me quedo petrificada, sin embargo mis piernas están a punto de flaquear. Me arde el estómago y las mejillas, y las manos me están empezando a sudar. Se acerca a mí poco a poco y siento que me va a besar. Cierro los ojos, abro un poco los labios para recibirlo y mi respiración se acelera tanto que parece un coche de carreras. Al segundo siguiente tira de mi mano, me quita el libro y se aleja sin ni siquiera mirar atrás.

“Será cabrón”.

Me repongo, encuentro el libro que he venido a buscar y salgo de ese lugar lleno de aire enrarecido. Al salir del edificio el sol me deslumbra y guiño los ojos. Cuando los abro, lo tengo delante de mí, subido en un coche.

Con la ventanilla bajada me ordena.

–Sube –ni siquiera me mira.

–No –está loco si piensa que voy a hacer lo que me pide.

–Sube –baja un poco las gafas de sol Ray–Ban, lo justo para que le vea los ojos.

–Ni de coña –me cruzo de brazos.

–Sube –repite.

–Tú eres bipolar ¿no?

Sonríe.

Sonrío.

Y subo.

Y ese fue: el principio del final.

Paramos ante un bloque de pisos muy moderno y suntuoso. Estoy un

poco nerviosa. ¿Esta es su casa? ¿Por qué hemos venido aquí? Me empiezan a sudar las manos.

–Tranquila, solo vamos a hacer tu trabajo de Dibujo Técnico Medieval.

Algunas veces soy un libro abierto.

–¡Oh! –y no sé si suena a decepción.

Nos bajamos del coche, cruzamos la calle y nos adentramos en el edificio. Subimos en el ascensor 29 plantas hasta llegar a un ático impresionante. Ninguno de los dos ha hablado por el camino. El ático tiene ventanales que van del techo hasta el suelo desde donde se ve casi toda la ciudad. Está inspirado en el París de los cincuenta, pero a la vez es moderno y funcional. Todo en tonos grises y blancos. Es precioso.

–No flipes demasiado. Es de mis padres. Lo ocupo hasta que pueda valerme por mí mismo –hasta ahora no se ha quitado las gafas de sol–. Antes lo utilizó mi hermano, se fue al extranjero cuando se graduó y ahora me toca a mí disfrutarlo –me guiña un ojo.

Suspiro.

Yo disfrutaría mordéndote esos labios.

–Pasa, siéntate, ponte cómoda, ahora vuelvo –y desaparece entre una de las puertas que hay en el pasillo.

Al cabo de un momento aparece con un pantalón de chándal y una camiseta sin mangas. Está buenísimo.

–Espero que no te importe –se encoge de hombros.

No contesto.

“Cierra la boca, por dios, no es momento de decir ninguna tontería”.

–¿Quieres tomar algo?

A ti... a tus labios.

Carraspeo.

–Agua, por favor.

Aparece con dos botellas y se sienta a mi lado. Demasiado cerca. Huele de maravilla. Me ofrece, bebo y temblando la dejo sobre la mesa. Tuerce el gesto en una media sonrisa fingiendo que no se ha dado cuenta de lo nerviosa que estoy.

–¿Empezamos?

Tras dos horas debatiendo y escribiendo sobre el estilo técnico en el medievo y convenciéndome a mí misma de que abalanzarme sobre él no es buena idea, decidimos pedir pizza y cenar algo, son casi las diez de la noche y, si soy sincera, no como nada desde la una de la tarde.

Cenamos.

Hablamos.

Nos reímos.

Y...

Me despierto relajada, oliendo a mermelada de frutas y sintiendo un calor muy satisfactorio alrededor del cuerpo. No me lo puedo creer. Nos hemos quedado dormidos en el sofá. Intento moverme, pero dos brazos me rodean y me aprietan con fuerza pegando su pecho a mi espalda. Me estoy empezando a poner nerviosa, es una situación un poco embarazosa.

–Álvaro... Álvaro... despierta –susurro moviéndome un poco.

–Mmmm –me abraza más fuerte.

Vuelvo a intentar soltarme, pero es imposible, miro el reloj de diseño bizantino que cuelga sobre la pared. Las cuatro y veinte de la mañana. Muchas personas me considerarán una fresca, pero decido volver a dormirme entre esos robustos brazos que me rodean y mañana que el sol salga por donde quiera.

\*\*\*

Actualidad.

Miro el reloj, son las cinco de la tarde. No sé si empezar a ponerme nerviosa. Le he contado a Sara mi cita de esta tarde y se ha partido de risa. Yo me he enfadado mucho. Ese tal Alex puede ser un asesino en serie o un violador de Danis. Al final Fernando se sale con la suya y me encuentran en un cubo de basura. Descuartizada y quemada. Me doy pena.

–No seas tan dramática, vamos a darle una oportunidad. A lo mejor es un Dios griego multimillonario que se enamora de ti y te lleva todas las noches al séptimo cielo –dice haciendo aspavientos– Claro que también podría ser un *friki* de esos amigos tuyos que visitan la galería de arte, con gafas, bigote y un traje gris triste y corbata azul salpicada de salsa verde.

–Muy graciosa. Mariano es muy majo –me parto de la risa.

–Anda, dúchate. Después te vestimos. Si nos agrada, le abrimos y lo dejamos pasar. Si no nos gusta, le digo que lo sientes mucho, pero que hace unos meses solicitaste un voluntariado para hacer pozos de agua potable en pueblos indígenas y que hoy mismo te han llamado de Guinea Ecuatorial.

Nos partimos de risa.

No sé qué haría sin ella. Hace tiempo perdí la confianza en la personas. Me llevé un par de meses casi sin hablar con nadie. Hasta que conocí a Sara. Me hizo comprender que todas las personas no son iguales y que no debo cerrarme al mundo. No le doy las gracias todo lo que debiera. Este es un momento como otro cualquiera, así que me tiro sobre ella, la abrazo y me la como a besos. Las dos rodamos por la alfombra.

–Te quiero, te quiero, te quiero.

Suena el teléfono y descuelgo sin mirar. Todavía estoy recuperándome del esfuerzo.

–¿Si?

–No me cuelgues.

–Treinta segundos –apunto seria.

Me pongo de pie.

–Lo siento. Creí que solo éramos amigos. Dejaste bien claro que no teníamos nada serio.

–Y no lo teníamos, Jose. Deja de culparte por ello. Pero no quiero volver a verte. Hazme un favor y olvídate de mí.

–Yo solo....

–Tú solo te tiraste a otra –lo corto.

–Pero...

–¡Pero nada, joder! Éramos amigos. Cuando te conocí, te pedí sinceridad. Yo fui sincera contigo. No pedí exclusividad, pedí respeto.

Silencio.

–Olvídalo. Pasamos un buen rato. Lo pasamos bien.

–No me eches de tu vida, Dani...

–Te has ido tú. No me hagas responsable de tus actos.

Y cuelgo.

Hace mucho tiempo decidí que no volverían a hacerme daño y, aunque no siempre lo consigo, intento que no me afecten demasiado las cosas. Para ello tengo una pócima mágica, es una mezcla de “no dejar entrar a nadie nuevo en mi vida”, “desconfianza”, “no esperar nada de nadie” y, la más importante, “que le den por culo a todo dios”.

Hace tres meses conocí a Jose. Hasta hace unas semanas nos acostábamos cuando nos venía en ganas, pero una noche decidió tirarse a una rubia con tetas de goma y labios boteados en el baño de un bar mientras yo estaba pidiendo nuestras copas. Eso no se hace. Que se entienda, no teníamos exclusividad, pero, ¡coño!, ¡un poco de respeto en esta puta vida! Después de follarse a la tía, viene y me besa como si nada, pero, como soy muy viva, se lo noté en la mirada. En eso y en que olía a sexo, estaba despeinado, tenía el cuello lleno de carmín y la bragueta bajada. ¡Ah!, y en que la rubia había salido tras él del baño y nos miraba con una cara mezcla de satisfacción y burla. Blanco y en botella.

Hay que ser gilipollas. Es un hombre, sólo digo eso.

Le di un guantazo. Creo que aun tiene mi mano señalada en la cara. Que le den.

Y, como tengo el corazón blindado, pues a otra cosa, mariposa.

A las cinco de la tarde mi Club de la Comedia se encuentra sentado en la cocina trazando el plan.

–Vale, tú esperas en la habitación –me dice–. Yo abro la puerta –gesticula teatralmente–, si me doy cuenta de que es un loco asesino, se la cierro en las narices. Si empiezo a chillar, es que no me ha dado tiempo y está intentando matarme, en este caso sales con el *espray* de pimienta y le rocías la cara con él. Si es un *friki* de la galería, le doy las gracias por venir y le digo que estás enferma. Si es un dios griego –enfatisa– ¡Oh!, ¡Dios mío!, y espero que lo sea, le digo que pase, le ofrezco algo de beber y que espere en el salón mientras voy a darte la enhorabuena por la suerte que tienes, zorra –sonríe.

–Perfecto, no hay ningún fleco suelto.

Me sudan las manos. Llevo puesto un vaquero azul roto por las rodillas, unas *Nike Crosfit* blancas, una camiseta gris con el cuello caído hacia un lado en la que pone con letras plateadas “*J’aime l’art*”, una pañoleta gris oscuro y una chaqueta verde militar dos tallas más grande. El pelo liso en una cola alta informal y los labios pintados de burdeos mate. Me miro en el espejo, estoy perfecta, pero debería darme igual porque no sé ni con quién he quedado. Bueno, por si las moscas.

Miro el reloj. Las seis menos cinco de la tarde. Suspiro.

Me siento en la cama. Suspiro.

Miro mis zapatos. Me tiro de espaldas sobre el colchón. Suspiro.

Enciendo la pantalla del móvil. Las seis en punto. Me levanto de un salto. Me enfado.

Me enfado mucho. Y me digo a mí misma que ahora mismo voy a terminar con esta tontería. Es una locura. No sé quién es Alex, puede ser cualquiera, un psicópata asesino, por ejemplo. O puede ser una broma, alguien tiene un humor muy, pero que muy negro.

Se acabó, estoy dando vueltas por la habitación, paro en seco frente a la puerta y voy a girar el pomo cuando este se abre y veo la cara de sorpresa de Sara que con una sonrisa me dice:

–Opción c, el dios griego.

Salgo despacio y me dirijo al salón. Sara viene detrás. Casi no hacemos ruido al andar. Al llegar, no veo a nadie en él. Giro el cuello ciento ochenta grados y junto a la ventana observo a una persona de pie mirando a través de ella. Debe medir al menos un metro noventa, la espalda ancha, hombros y brazos robustos, culo de impresión, piernas atléticas... “Madre mía, el dios griego. Si le acompaña la cara, me lo quedo!”, pienso intentando disimular los nervios. Para mí es muy importante el tándem cara–culo, no es ningún secreto.

Como él no se percata de nuestra presencia y yo estoy petrificada, Sara decide tomar la iniciativa, carraspea y el Dios Griego se gira y atrapa mi mirada, penetrando hasta lo más profundo de mi ser. Me siento intimidada, casi violada, son solo unos segundos, pero mi cuerpo se electrifica. Son los ojos más azules y excitantes que he visto en mi vida...

Espera, estos ojos los he visto yo antes...

–Dani –esa voz ronca...

Silencio.....

Sara me da un pequeño empujón.

–Ho... hola... , Señor Fernández.

## NO ME LO PUEDO CREER

Sara decide hacer mutis por el foro y desaparecer. Después le daré las gracias, justo antes de matarla. Vale, quedamos en que, si era un dios griego, nos dejaría a solas, pero en realidad no lo conozco de nada. Si sumo los segundos de las tres veces que lo he visto, no creo que superen los cuatro minutos.

Más adelante será evidente, pero advierto que, cuando estoy nerviosa, suelo meter la pata o, por lo menos, me las doy de enterada, no puedo cerrar la boca. No filtro.

–Vaya, sin chaqueta y sin corbata, no te reconocía –me cruzo de brazos–¿Te ha mandado Fernando para comprobar que no me han violado, no estoy tirada en un cubo de basura, mi hígado aún funciona y estoy a salvo en casa? Si es así, te puedes ir. Estoy viva. Me encuentro bien, bastante bien.

Silencio

–Dile que se meta en sus asuntos, ¡joder! –sigo– Se está pasando –



estoy cada vez más cabreada y cayendo en la cuenta de que no tiene pinta de ser el recadero de nadie, sino todo lo contrario; decido callarme.

Sin dejar de mirarme y con el semblante serio, empieza a dar pasos hacia adelante acortando la distancia que nos separa como un león acorralaría a su presa. Cuando está a medio metro de distancia, para. No hemos dejado de mirarnos. Ahora aprecio más su altura, no le llego ni a los hombros y tengo el cuello totalmente erguido para no perderme detalle de la profundidad de su mirada.

Inspiro. ¡Dios, qué bien huele! Menta fresca y brisa de mar.

Lleva unos vaqueros *Gucci* azules, unas zapatillas *Nike* blancas, una camiseta negra *Hermes* ajustada al pecho y una chaqueta gris *sport Versace*. La verdad es que este hombre impresiona. Y, por supuesto, juega en otra liga respecto a ropa se refiere. Compruebo que tengo la boca cerrada. Es extraordinario.

–No me ha enviado Fernando, aunque estaría bien que alguien se preocupara por ti. No eres una niña –dice airado. Tensa la mandíbula.

Se cree mi padre.

–Ya..., no me jodas.

–Aún no.

¿He escuchado lo que creo que he escuchado? ¿Ha dicho que aún no me ha jodido? ¿Me piensa joder en algún momento? ¿Y en qué sentido? Sigue mirándome fijamente y yo ya he dejado de respirar. Creo que estoy a punto del desmayo por la falta de aire, entonces me coge la mano y tira de mí.

–Tenemos que irnos, se está haciendo tarde.

Salimos a la calle y llegamos a lo que imagino que es su coche todavía cogidos de la mano. Un BMW X6 negro con los cristales tintados. Un todo camino muy caro con apariencia de *coupé*. No hemos vuelto a hablar. No ha hecho falta. En el ascensor he intentado soltarme, no porque me sintiera incómoda agarrada a él –algo que no consigo entender–, sino porque

mi vecina del quinto se nos ha quedado mirando de una manera que no me ha gustado nada. El próximo día me hará un interrogatorio que durará media hora, si no la corto rápido. Me da igual lo que piense de mi vida, pero valoro mucho mi tiempo y me entretendrá hasta haber saciado por completo su insana curiosidad, o, al menos, lo intentará. Esa mujer debió trabajar para la CIA o alguna organización parecida. Sabe lo que se hace.

Me suelta para abrir la puerta del copiloto e inexplicablemente me siento abandonada. No noto su calor y su piel pegada a la mía. Durante unos segundos me he sentido arropada y protegida.

“No lo conoces de nada, Dani”.

Entro en el coche y cierra la puerta tras de mí. Alejandro da la vuelta, se acomoda en el asiento del conductor, me ordena que me abroche el cinturón y arranca.

Tiene unas manos enormes y el pelo castaño oscuro y alborotado. Mientras conduce en silencio, me permito observar el perfil de su cara, digno de un boceto de Miguel Ángel. Y, por primera vez, sonrío.

–Te entretienes con lo que ves.

No es una pregunta, lo está afirmando.

Me ruborizo, pero no puedo dejar de mirarlo, ha sonreído y tiene la sonrisa más bonita que pueda existir en el universo. Sus labios son carnosos y sus dientes blancos y perfectos.

–Perdona. Aún no sé qué hacemos aquí. Y no encuentro la razón por... la que estás interesado en pasar el tiempo conmigo. Creo que no tenemos nada en común. Bueno, a Fernando, a quien por cierto estoy segura que no le gusta la idea de que me hayas raptado de esta manera, en contra de mi voluntad.

“Ya estás soltando idioteces”.

–Pobre damisela –vuelve a sonreír–, ya eres mayorcita y, no, Fernando no tiene nada que ver con esto. Es solo una coincidencia. Olvídate

de él –ordena.

Acelera un poco más. ¡Dios, cómo me pone este hombre! Miro por el espejo retrovisor y observo que estamos saliendo de la ciudad. Me pongo un poco nerviosa. Se da cuenta.

–No te preocupes, puedes confiar en mí. Solo vamos a cenar.

Me mira y me nota asustada.

–Llama a Sara y le dices dónde vamos.

No quiero reconocer que estoy un poco intranquila, pero llamo a mi amiga para que sepa dónde nos encontramos y con quién exactamente –con el cabrón enchaquetado más atractivo que he visto en mi vida– y respiro más pausadamente. Al menos si no aparezco, mañana la policía sabrá dónde comenzar a buscar y a quién investigar, me digo, pero no me tranquilizo. Que encuentren mi cadáver no es consuelo y no me alivia en absoluto.

Llegamos a lo que a primera vista parece una casita antigua a la que han reformado hace poco para adecuarla lo suficiente como para no caerse. No veo bastantes luces para ser un restaurante, ni el cartel que lo debe indicar por ninguna parte. Conforme nos acercamos a la puerta, vuelve a entrarme el pánico que había abandonado mi cuerpo al llamar a Sara, le había dicho que íbamos a cenar a un establecimiento que había en el municipio de Valdemanco, es la única referencia que tenía. Pero aquí no veo más coches, ni luces, ni señales de otra vida que no sea la mía y la de este hombre de metro noventa que puede hacer conmigo lo que quiera. Tengo que hacer más caso a Fernando y menos a la loca de mi compañera de piso que me ha servido en bandeja a un –seguro– asesino en serie. Me cortará a trocitos y nadie me encontrará.

Por favor, soy muy joven para morir.

–¿En qué piensas? –posa su mano derecha sobre el bajo de mi espalda. Me estremezco.

“En que eres demasiado guapo para ser un asesino”.

–¿Dónde... dónde estamos? –me tiembla la voz y todo el cuerpo.

–Tranquila, ya te he dicho que solo voy a darte de comer.

Me coge la mano, creo que para que no salga corriendo, y me guía hasta la entrada. Debo de estar volviéndome loca porque su contacto consigue tranquilizarme al instante y el calor vuelve a mi cuerpo de una manera muy natural. Entramos en aquella estancia amplia, pero acogedora. Tiene la chimenea encendida y una pequeña mesa preparada con los cubiertos y las copas justo delante. La habitación es preciosa, cortinas beige, lámparas de lágrimas muy antiguas, sofá de piel color chocolate... Una cocina office blanco roto y unas escaleras de mármol al fondo. Todo está rodeado de velas encendidas. Alguien ha preparado esto a conciencia.

–Es... preciosa...

–Gracias, es mi lugar preferido en el mundo –y seguimos adentrándonos en aquel sitio de ensueño. No sé por qué, pero ha sonado a confidencia.

Me rodea y tira suavemente de mi abrigo quitándomelo despacio.

“Joder, si ha preparado todo esto, será por algo. Dani, espabila. En el sexo también debe de jugar en otra liga... Tranquilízate. Vive el momento, diviértete y adiós muy buenas”.

Estoy al borde de un ataque de nervios.

–Siéntate –me ofrece la silla junto a la chimenea.

–¿Qué quieres beber?

“Un gin–tonic, o mejor, whisky seco, doble, no, triple”

–Agua, por favor.

–Vaya.... Precisamente hoy decides no perder la cabeza –sonríe y me desarma.

Y por supuesto, la pierdo. En cuanto se quita la chaqueta camino de la cocina y la deja sobre el sofá. La camiseta es de mangas cortas y deja al descubierto sus brazos musculados, perfectamente alineados y definidos. Pero no es eso lo que hace que se desintegren mis bragas, esto ocurre exactamente cuando observo todo su brazo derecho tatuado –hasta mucho después no pude distinguir los dibujos que pintaban su piel– pero, por favor, ¡con lo que me pone un hombre tatuado...! Tengo que tragar saliva varias

veces para humedecerme la garganta. Me atraganto y empiezo a toser. Alejandro se acerca a mí con el agua y pregunta si me encuentro bien.

“Por favor Dani, deja de hacer el ridículo”.

–Bebe –ordena.

–Gracias –musito tras dar unos pequeños sorbos mientras me observa

Vuelve a la cocina y trae varios platos con queso, uvas y salmón.

–Espero que te gusten.

–No te preocupes, tengo muy buena boca –digo sin pensar. Una de mis virtudes, decir todo lo que se me pasa por la cabeza. Lo repito, no tengo filtro.

Me mira asomando una sonrisa y me pongo colorada. Vuelvo a atragantarme, esta vez con el agua. Y vuelvo a toser. Se acerca a mí y me rodea con su brazo tatuado el hombro. Me pone los bellos de punta.

–Estás temblando.

–Tranquilo, estoy bien –miento.

Me mira y sé que se ha dado cuenta de lo nerviosa que estoy. Ya se sabe... un libro abierto...

–Será mejor que te lleve a casa. Esto no ha sido buena idea.

“¡No!, no quiero que me lleves a casa. Quiero que me sigas rodeando con ese brazo de Thor tatuado”. Lloriqueo para mí. Vuelve a leerme la mente.

–Está bien, avivaré el fuego.

Se levanta y echa un tronco a la chimenea. Después de eso, se sienta frente a mí y empezamos a comer.

–Este sitio es precioso. Ya te lo he dicho pero... es magnífico.

–Venía aquí con mis padres y mis hermanos cuando era pequeño.

–Tienes hermanos.

–Dos, solo de madre. Una larga historia para una primera cita.

–Esto..., ¿es una cita? Vaya... –toqueteo los cubiertos nerviosa.

–Tiene todos los ingredientes para serlo.

Nos quedamos en silencio y seguimos comiendo. Me siento como Alicia en el País de las Maravillas. No sé qué esperar ni qué será lo siguiente que ocurra.

–Perdona, pero no logro entender... –espero que me corte, pero no lo hace– ...no alcanzo a entender qué hacemos aquí.

–Estamos cenando.

“Obvio”.

–No me refiero a eso. No te conozco, pero no me hagas creer que eres tonto. Sabes perfectamente lo que quiero decir. No nos conocemos de nada.

–Te conozco –le cambia el semblante–, hemos hablado varias veces. Te he llevado a casa en más de una ocasión, es más, hasta te he metido en la cama. Pero supongo que estabas demasiado bebida como para recordarlo. Tienes que hacer algo al respecto... –parece enfadado.

–Tú... –es él, la persona que nos ha acompañado a casa varias veces porque no nos manteníamos en pie. ¡Hostia Puta! Sí, soy muy mal hablada, otra de mis virtudes. Me ha visto desnuda, espera, me ha desnudado sin mi consentimiento y me ha puesto el pijama. Espero que solo haya sido eso. Da igual, no lo recordaría.

Me pongo de pie.

–Eres tú..., me desnudaste –grito indignada–, me pusiste el pijama... eres... eres... ¡eres un hijo de puta!

–Me han llamado cosas peores. Siéntate –manda.

–Pero estás loco. Eres un sádico, un perverso...

Empujo la silla hacia atrás con la piernas y me levanto.

–Eso nunca me lo habían dicho –atrapa mi mirada– Si te sientes más tranquila, no me recreé.

–¿Qué?, ¡vete a la mierda! –le espeto y me voy directamente hacia la puerta.

Antes de ni siquiera acercarme a ella, llega a mí, coge mi muñeca, me da la vuelta y me pega la espalda contra la pared. Mi respiración está muy acelerada. Acerca su rostro al mío sin llegar a tocarme y siento que su pulso está igual que el mío. Desbocado.

Intenta atrapar mi mirada, pero no lo consigue. Si lo dejo, estaré perdida.

–Dime que tú no sientes lo mismo que yo –pega mi mano a su pecho–, dime que no lo has sentido cada vez que nos hemos visto. Dime que no te sientes atraída por mí de una manera que no entiendes.

La otra mano que tenía sobre la pared acorralándome, ahora agarra con decisión mi cadera y me acerca hacia él. Su pelvis está rozando mi estómago y noto cómo está completamente excitado. Suspiro y me rindo a su mirada. Los dos estamos ardiendo. Agitados. Sus ojos brillan como los míos y mis labios húmedos le pide a gritos que me bese en contra de mi voluntad, ésta acaba de coger un vuelo a las Islas Sheychelles y me ha dejado sola ante el peligro, la muy hija de puta. En una tumbona al sol me gustaría estar ahora a mí.

–Yo... no... –consigo balbucear mirándole los labios.

“Así no convences, Dani”.

–Tú... deseas que te folle fuerte y duro desde la primera vez que nos vimos.

“¿Perdona? Pero de qué va. Según él, no recuerdo la primera vez que le vi porque iba muy perjudicada. Ay, dios, Dani. A saber qué le dirías yendo borracha. Seguro que te insinuaste, seguro que le soltaste algo como: Te voy a follar tantas veces que te la voy a dejar en carne viva. ¡Ay dios, ay dios!”.

Ve el terror en mi mirada y se aparta de mí como si le quemara, se aleja todo lo que puede. Se detiene al final de la habitación y yo intento –sigo apoyada en la pared– recuperar la compostura y acompasar mi respiración. No lo voy a negar. No puedo. Me pone como nunca nadie me ha puesto antes y, vamos a ser totalmente sinceras, me he acostado con tíos que conocía de mucho menos, algunos de ellos no me preguntaron ni el nombre, a otros ni los recuerdo.

“Recupera el control, Dani. Hazle saber que no le tienes miedo”.

–Alex... –no me mira–. Alejandro... –se toca el pelo compulsivamente.

Se acerca a la mesa, coge la botella de vino y se bebe más de la mitad de un trago. Me acerco a él y se la retiro.

–No es necesario que te emborraches. Si alguno de los dos tiene que perder la cabeza, hoy prefiero ser yo, así no me sentiré culpable de lo que pueda pasar... –me mira–, para bien o para mal.

–Joder, no deberías estar aquí –se toca el pelo con ambas manos.

“Vaya, también es un mal hablado, me encanta”.

Sonrío.

–Hemos empezado mal –le acerco mi copa hasta ahora vacía y la llena.

Vuelve a atrapar mi mirada y sonrío sincero. Qué sonrisa, dios bendito.

–Deberías alejarte de mí –su iris azul cielo se torna gris metálico.

Yo también creo que debería salir corriendo, pero mi *Yo kamikaze* se alía con mi *Yo descerebrado* para no dejarme darle más vueltas.

Y a partir de ahí todo sale rodado. Aparta la mesa y las sillas y acercamos el sofá a la chimenea. Me siento tan cómoda que hasta me descalzo.

–¿Otra copa?

Asiento y, tras coger la botella, se acerca a mí rozando mi rodilla con la suya. Pego un pequeño y casi imperceptible saltito que no le pasa desapercibido. Tuerce la boca en una sensual sonrisa y se acerca un poco más sin llegar a tocarme. Sabe el efecto que tiene en mí.

Hablamos durante horas y, sin saber cómo, me quedo dormida entre sus brazos. Puede ser un asesino en serie violador de Danis, sí. O un ladrón muy educado y bien vestido. Puede ser muchas cosas, sin embargo, solo una me preocupa, que sea la persona capaz de romper las siete capas de acero que blindan mi maltrecho corazón.



Sí, a mí en el fondo también me hubiera gustado que pasara algo entre los dos. Algo morboso y húmedo, sexo pervertido y placentero, pero creo que esto fue... infinitamente mejor.

## TIERRA, TRÁGAME

9 años antes.

Joder. Me despierto por el golpe que me doy al caer del sofá. Creo que me saldrá un moratón en el culo. Pero eso ahora es lo de menos. La luz entra por la ventana y poco a poco consigo abrir los ojos y darme cuenta de dónde estoy. En el salón del ático de Álvaro.

Me duele todo el cuerpo por la mala postura en la que he debido pasar la noche, pero hacía mucho tiempo que no descansaba tan bien. No me he despertado ni una sola vez y no he tenido ninguna pesadilla. Me levanto y observo cómo mi compañero de clase sigue durmiendo y no ha notado que ya no estoy junto a él. Le observo dormir plácidamente y escucho cómo balbucea algo que debe estar soñando. No sé qué hacer. No sé si despertarlo y decirle que me voy, o salir de aquí como si no hubiera pasado nada. Porque no ha pasado nada.

Antes de decidir qué hacer, concluyo que tengo que ir al baño a intentar lavarme los dientes. Cuando vuelvo está sentado en el sofá con la cabeza agachada posada entre sus manos tocándose el pelo como si algo le preocupara.

–Buenos días...– le hago saber que aún estoy aquí. Levanta la mirada y me observa. No dice nada.

–...Me... me voy. Tengo cosas que hacer –no quiero molestar.

–Es sábado por la mañana –contesta seco.

–Ya, y mañana domingo –espero que pille la ironía.

Camino hacia la puerta.

–Será mejor que me vaya.

Se levanta.

–Espera, te llevo.

–No es necesario. Sé llegar sola a casa –digo sin ningún tipo de acritud.

–Estoy seguro, pero prefiero llevarte –sonríe, al fin.

Se levanta, va a la habitación y vuelve con las llaves del coche en la mano. La situación es rara. Casi ni me habla. Salimos al rellano y llama al ascensor. Estamos en el más absoluto silencio. No ha pasado nada ¿no? Estoy segura que recordaría mi primera vez. No entiendo por qué nos comportamos así, soy una inepta en estos menesteres.

Llegamos a la puerta de mi edificio sin decir una palabra. Para el coche y cuando voy a salir de él coge mi mano.

–¿Haces algo esta noche?

–Pensaba hacer el trabajo de Técnica Medieval, pero gracias a ti ya lo tengo casi terminado. Gracias –sonríó.

–Te recojo a las nueve –está nervioso. Menos mal. No soy la única.

–Oye, no es necesario. No ha pasado nada. Solo hemos dormido... juntos. No...

Me sujeta la cara con las manos, me atrae hacia sí y acerca sus labios a los míos. No es un beso casto, pero tampoco atropellado. Va con cautela, o eso me parece. Empieza lentamente a respirar sobre mí, me roza el labio superior y luego el inferior. Está cerciorándose de que yo también deseo lo mismo que él. Abro la boca dándole permiso para seguir y ahora sí que se suelta y empieza a devorarme. Nuestras respiraciones empiezan a acelerarse. Me levanto y me siento a horcajadas sobre él. No me reconozco.

“¿Qué haces, Dani? ¡Va, no pienses ahora!”

No paramos de besarnos durante un par de minutos, noto que está completamente excitado y empiezo a danzar suavemente sobre él. Me coge el culo con ambas manos y aprieta sin piedad. Estamos así un rato más hasta que retira un poco su boca de la mía.

–Será mejor que paremos. Estamos escandalizando al barrio –gira la cara divertido.

Sigo la dirección de su mirada y me doy cuenta de que un abuelo con su nieto nos mira con cara de reprimenda. Son las diez de la mañana de un sábado y a cien metros de mi casa hay un parque infantil. Suspiro.

–Si, será lo mejor.

Me levanto sin ganas de hacerlo y vuelvo al asiento del copiloto. Me mira y me sonrío.

–Esta noche. A las nueve.

Abro la puerta y me voy. Subo las escaleras desgranando la situación. No ha sido el primer beso de mi vida y desde luego no el primero en un coche. En mis años de instituto lo más normal era morrearte con tu noviete en el coche de su padre. Pero este había sido distinto. Nunca en mi vida me había sentido tan valiente como para atreverme a llevar la iniciativa, pero me había excitado tanto esa primera aproximación que necesitaba más. Más de él. Más de Álvaro. Necesitaba su contacto, necesitaba su calor, estar cerca de su piel y percibir que sentía exactamente lo mismo que yo. Era así o eso me había parecido. Estaba impaciente por volverlo a ver. Estaba deseando que llegara la noche y volver a tenerlo cerca.

Entro en mi piso y Clara está estudiando sobre la barra de la cocina. Me mira.

–Vaya, tienes cara de haber echado un buen polvo.

No le contesto, no tenemos tanta confianza. La he conocido hace poco más de un mes, justo al empezar las clases. Tenía una habitación libre y yo necesitaba un lugar donde vivir. Poco más tenemos en común o, hasta ahora, no hemos tenido mucho *feeling*. La saludo con unos buenos días y me dirijo a mi habitación. No necesito dormir, pero sí una ducha caliente. Me arreglo y decido ir de compras. Algo bonito para esta noche, no he salido mucho últimamente, concretamente nada desde que me mudé aquí, así que merece la pena gastarme algo de dinero para una ocasión especial.

Recorro las tiendas del centro y, cuando tengo lo que busco, decido ir al parque a dar un paseo y empezar a leer el libro que también acabo de comprar.

Hace un día estupendo, el sol luce como debe ser en el mes de octubre y me siento bajo la sombra de un árbol. Cuando me doy cuenta son casi las tres de la tarde. Siempre me ocurre. Con la lectura pierdo la noción del tiempo. Me levanto y me voy a casa a prepararme algo ligero de comer para poder estudiar un poco.

Suena el portero, miro el reloj, las nueve en punto. Bajo dando saltos pasando del ascensor intentando soltar un poco de adrenalina. Salgo a la calle y lo veo. Está apoyado sobre la puerta del coche, con gafas de sol de aviador –que se quita en cuanto me ve–, el pelo revuelto, pantalones rotos, unas *converse* negras, camiseta negra y una camisa vaquera abierta; pero no es lo bueno que está lo que más me impresiona, es su infinita sonrisa y esa mirada que me hace arder. Se impulsa y se acerca a mí sin cambiar la expresión de felicidad de su cara y me da un beso en la mejilla.

–Buenas tardes, nena –me da la mano y a mí se me derrite el alma, el corazón y pierdo el sentido. ¿Pero cómo y cuándo ha pasado todo esto?

Cenamos unos pinchos y nos tomamos unas cervezas rodeados de gente y ruido. No paramos de hablar. Parece que llevamos toda la vida siendo amigos. Que nos conocemos de siempre y solo llevábamos una temporada sin vernos. Nos damos cuenta de que somos almas gemelas. Nos encanta el arte. Él quiere viajar y fotografiar el mundo. Yo me conformo con poder restaurar obras. Obras de arte maravillosas que hablan de la historia y te ayudan a comprenderla. Se molesta porque no entiende cómo sólo quiero restaurar y no crear mis propias obras, pero no me siento preparada para ello, no sé si algún día lo estaré.

–Claro que estarás preparada.

–No me conoces de nada, no sabes cómo soy.

–Sé que eres especial, que puedes hacer lo que quieras.

Vale, ha dicho que soy especial, que me considera especial. Tal vez lo sea, al menos yo no lo creo. Pero me derrito. Otra vez.

Entre risas y confidencias me pide que vuelva a subir a su casa y duerma con él. No sé qué contestar. Será sólo dormir o espera algo más. Por supuesto que no me importaría que pasara algo entre nosotros esta noche, pero antes necesito que sepa que sería mi primera vez. Me gustaría que fuera con él, pero prefiero que lo sepa. No quiero que espere de mí más de lo que puedo dar y, por supuesto, en la cama no soy una experta, es más, dejo mucho que desear. Soy virgen, eso lo tengo claro, me acordaría si no fuera así, pero he tenido mis rollos y siempre termino metiendo la pata. Suelo hacerlo cuando estoy nerviosa y, aunque no he llegado al final con nadie, he tenido mis experiencias. Mis. Malas. Experiencias.

Tuve un rollo de tres noches y, claro, a la tercera cita, el muchacho creía que iba a llegar a la tercera fase ¡o la décima!, ¡quería follarme el culo! y, por supuesto, por ahí, también era virgen. Y tenía intención de seguir siéndolo, durante mucho, mucho, mucho tiempo, pero él no lo sabía. Por eso prefiero explicarle a Álvaro mi situación y, a partir de ahí, que actuemos en consecuencia. Tal vez se asuste y no quiera volver a saber nada de mí, pero prefiero eso a tener que salir corriendo porque me pida cosas para las que no estoy preparada.

–Álvaro, necesito que sepas algo –le digo ya subiendo en el ascensor. Lo sé, he perdido mucho tiempo pensando.

–Dime –susurra besándome el cuello y el lóbulo de la oreja.

–Necesito decirte algo..., es... importante –él sigue recorriendo mi piel hasta llegar a mi clavícula.

–...Así no me ayudas... –sigo.

Me coge la barbilla con una mano, me acerca a él y me besa. Primero despacio y después tan apasionadamente que me deja sin resuello. Salimos del ascensor dando trompicones, consigue abrir la puerta sin separarse de mí y entramos como podemos. En el recibidor me sube a la mesa de cristal y me abre las piernas acomodándose entre ellas.

–Álvaro.. por favor...

Jadeo.

Jadea.

Jadeamos

Lo que tengo que decirle no hay forma de decirlo si no es soltándolo sin más: “Tú dilo Dani y que se pase lo que tenga que pasar.” Ahí va.

–... Soy virgen.

Siento como se tensa. Se separa de mí y me mira como si fuera un bicho raro, como si tuviera tres cabezas y ocho brazos. Aún jadea, no sé si es de excitación, o del susto que parece que le he dado.

–¿Qué? ¿Por qué no me lo has dicho antes? –me ¿grita?

–Llevo intentando decírtelo un rato. Y sólo nos conocemos de hace un par de semanas, no voy contando mi vida privada a la gente –me pongo a la defensiva.

–No lo has intentado lo suficiente. Esta mañana...

–Te lo estoy diciendo ahora –lo corto– Cuando has dejado mi boca libre –satirizo.

Me mira como si le hubiera clavado una estaca en el corazón.

–No parecía que te molestara –dice fastidiado.

–Y no me molesta. Esto no cambia nada –lo agarro de la camiseta y tiro de él–. Te... deseo..., sólo... sólo necesitaba que lo supieras. No quiero que esperes de mí nada que no pueda darte, no quiero decepcionarte.

“Para, Dani, no tienes que disculparte por ser inexperta. Recapacita”.

Nota el temor en mi mirada y se acerca a mí despacio. Me besa pausadamente volviendo a acomodarse entre mis piernas, pero esta vez de una manera más pausada, diría que tímida.

–Te deseo, Dani. Te deseo desde la primera vez que te vi entrar en clase. Desde que tropezaste con aquella mochila y casi caes sobre mi regazo – sigue besándome–, no he dormido ninguna noche pensando en ti hasta ayer, que dormiste conmigo –baja por mi cuello–, eres la persona más fascinante que he conocido. No sé exactamente lo que me pasa, pero no puedo dejar de pensar en ti... –besa mi clavícula–, no puedo..., no quiero... dejar de tocarte.

Y fue la noche más bonita de mi vida hasta entonces. Voy a ahorrarme los detalles porque la considero muy especial e íntima. Solo os diré que fue romántico, pasional y, al contrario de lo que me habían contado de la primera vez, fue muy satisfactorio. Álvaro se encargó de que lo fuera. No sabía qué esperar de este momento, pero para mí fue algo maravilloso y mágico. Estoy segura que lo recordaré durante el resto de mi vida.

Dormimos toda la noche, abrazados, suspirando y sonriendo cada vez que nos mirábamos. Fue celestial y a partir de ese día me atrapó de una manera inimaginable. Me enamoré de él de forma apresurada e intensa. No tuve que esperar ni un segundo más para darme cuenta. Supe que a partir de ese momento mi vida estaría ligada a él de una manera u otra para siempre.

\*\*\*\*\*

Actualidad.

Me siento bien. Cómoda. Caliente. Abro los ojos y me doy cuenta de que estoy en una amplia cama y Alex está mirándome. Transmite tranquilidad.

Sonrío.

Sonríe.

Sonreímos

–Buenos días, preciosa.

–Buenos días, asesino en serie –murmuro, me vuelve a sonreír, pero con cara de no entender de lo que hablo.

–¿Qué hora es?

–Las siete y media de la mañana.

Me levanto de un resorte y lo asusto con mi ímpetu.

–Necesito estar en la galería a las nueve, tengo una reunión muy importante. Con lo lejos que estamos, llego tarde seguro. Dios mío, no puedo perder este trabajo y el jueves tenemos la inauguración de la exposición. Es muy importante. Viene el dueño de la galería. Necesito que todo salga bien – doy vueltas por la estancia recogiendo mi bolso y mi abrigo hablando demasiado.

–No creo que a tu jefe le importe que llegues tarde un día.

–Prefiero no averiguarlo.

Llamo a Berta, la chica en prácticas que me salva la vida en más de una ocasión.

–Hola Berta. Buenos días. Voy a llegar tarde. He tenido un pequeño contratiempo...

–De acuerdo, no te preocupes. Ya lo sabía. Por aquí todo controlado. No tengas prisa –me responde.

La ha debido llamar Sara y ponerla sobre aviso. Es un sol. Ya le daré



las gracias.

–¿Un café? –me ofrece Alejandro con una taza humeante en la mano. ¿Cuándo se ha quitado la camiseta? Tanta perfección debería estar prohibida. Ese pecho es digno de una oda, mil serenatas y un poema de Shakespeare. Me llega la mandíbula al suelo. Me agacho a recogerla antes de tropezar con ella.

–Voy a ducharme. Cinco minutos y nos vamos –cuando se gira le veo la espalda, tengo que volver a agacharme, esta vez para limpiar la baba que resbala por mi boca, la lleva totalmente tatuada, dos alas enormes y un ángel que llora suplicante cabizbajo la cubre entera. Observo obnubilada cómo sus músculos se contraen dando vida a la tinta, hasta que cierra la puerta tras él y me quedo desolada.

Me lleva a casa. Sube y espera que me duche para llevarme a la galería. No sé si es por educación, o porque no quiere cabrearme más, pero en el camino de vuelta le he dicho que esto no puede volver a pasar y lo único que me ha respondido es que no me preocupe. Mi trabajo es muy importante para mí.

Sara no está. Afortunadamente. No tengo tiempo de entretenerme a contestar sus preguntas indiscretas y no quiero que asuste a Alejandro con ellas. De momento las cosas no han salido del todo mal.

Volvemos a subir en su coche y en menos de quince minutos paramos frente a la galería. No hemos vuelto a hablar. La situación se ha vuelto un poco incómoda, al menos para mí. Parece tenso.

–Gracias –no sé qué otra cosa decir –. Ya nos veremos.

Abro la puerta, salgo y, justo antes de cerrar, me parece escuchar.

–Puedes estar segura.

Arranca, acelera y se va. Veo alejarse su BMW de alta gama negro a toda velocidad y me pregunto si en realidad volveré a verlo algún día, o sale huyendo de mí porque no nos hemos acostado. Esto último es lo más probable y, lo que me ha parecido escuchar antes de cerrar la puerta, ha debido ser imaginación mía. No parece un hombre que se ande con rodeos. En realidad me ha demostrado que es muy directo. Tendrá a mil mujeres

detrás, y a otros mil hombres si le interesara el tema, y no se va a entretener en mí, alguien que se ha asustado, ha querido salir corriendo y no ha querido acostarse con él la primera noche. Rectifico, por supuesto que he querido, pero, por alguna extraña razón, no ha ocurrido.

Debo olvidarme de Alejandro, él mismo lo ha dicho, aunque nos volviéramos a ver, estoy segura de no querer volver a encariñarme de alguien, y este hombre tiene todos los atributos para que cualquier persona, en este caso yo, se enamore de él antes de poder planteárselo. Así que mejor que desaparezca de mi vida antes siquiera de entrar en ella.

El día pasó rápido, mucho trabajo el lunes. Jose sigue llamándome. A Roberto no lo he visto. No tengo noticias de Alex.

Mucho trabajo el martes. Jose es un pesado. Roberto no ha dado señales de vida. Alex... estoy intentando olvidarlo.

Mucho trabajo el miércoles. Jose ha desistido. Roberto me ha mandado un mensaje deseándome suerte para mañana. Fernando me ha enviado un correo electrónico disculpándose. Le ha surgido una reunión de última hora y tiene que estar en París hasta el sábado. No podrá asistir a la inauguración de la exposición. Alex..., ya me ha olvidado.

El jueves estoy desbordada. No he tenido tiempo ni de comer preparando la exposición. Esa semana habré perdido un par de kilos de tanto estrés. Esta noche es la gran inauguración, todo debe estar perfecto. Tiene que salir bien. Es mi oportunidad de impresionar al Director General de D,ARTE para que me aumente la responsabilidad, como por ejemplo la restauración de las obras que lo necesitan. Es lo que he querido durante toda mi vida.

A las ocho de la tarde estoy en la galería vestida con un traje para la ocasión. Un Adolfo Domínguez negro y gris, largo y palabra de honor. Con unos tacones de salón de diez centímetros de altura. No me siento muy cómoda, pero la ocasión lo requiere. Solo he ido a casa a ducharme y cambiarme de ropa. Sara me ha ayudado a maquillarme y peinarme. En este momento debe estar terminando de arreglarse. Miro el reloj del móvil.

Necesito tenerla aquí para tranquilizarme.

A las nueve y media de la noche la galería está repleta de gente y el *catering* comienza a salir. Sara aún no ha dado señales de vida. Y yo estoy muy alterada y necesito a mi amiga a mi lado.

Diez minutos después la veo entrar por las puertas de cristal. Está impresionante con ese vestido rojo atado al cuello y el pelo recogido. Tres hombres la miran con cara de “quiero follármela ahora”, ella se da cuenta, pero no les hace ni caso. Está acostumbrada a deslumbrar.

–Hola cariño –me besa en la mejilla–, siento haber tardado tanto. Un problemilla de última hora –sonríe con cara de pícara.

Al día siguiente me comentó que el problemilla se llamaba Darío y había aparecido por el piso a última hora de la tarde con ganas de fiesta. Ella le había montado una que seguro le deja resaca durante varios días. No quise saber más. Puede ser muy explícita cuando quiere. Que es... siempre.

–¿Todo bien?

–Todo perfecto. Por ahora –respondo.

–¿Aún no ha llegado el capitán del barco?

–La verdad, creo que no. No lo conozco en persona, pero me hubiera dado cuenta.

–Mira –dice señalando hacia la puerta–, ahí están Roberto y Sofía.

Las dos nos acercamos a ellos y nos saludamos con cariño. Le doy un abrazo a Roberto y me dice al oído que necesita hablar conmigo. No le hago mucho caso.

–Hola Sofía –también la abrazo–, estás impresionante.

–Todas lo estamos, ¿verdad Roberto? –pregunta sin esperar respuesta Sara.

Nos reímos. Me disculpo y voy al despacho a hablar con Berta. Necesito saber cuándo llega el nuevo dueño de la empresa. Entro y cierro. Me apoyo en la puerta y cierro los ojos. Berta me mira con compasión.

–¿Un día duro?

–Una semana –me aprieto la sien con los dedos y me doy un pequeño masaje que dura unos segundos, la miro y me entra el pánico.

–No va a venir –confirma mis miedos–. Ha llamado su secretaria, el señor Llorens ha tenido problemas de última hora.

Se me cae el alma a los pies. Llevo esperando este momento más de dos meses. Necesito... Merezco que se reconozca mi trabajo y poder avanzar. Joder.

–Lo siento, Dani. Pero ha dicho que vendría en cuanto pudiera. Tiene que venir, es su galería...

Me siento en la silla desconsolada, pero no me da tiempo a auto flagelarme cuando llaman a la puerta. Berta abre y escucho.

–Hola, ¿podría hablar con Dani?

Esa voz me suena. Le digo que pase y le ofrezco a Roberto que se siente en la silla que hay justo frente a la mía. No tengo fuerzas ahora mismo para poder estar de pie. Estoy derrotada. Berta sale y cierra la puerta tras de sí.

–Dani, yo... necesito que sepas... –carraspea–, lo de la otra noche no fue un error, quiero decir... fue planeado, llevaba mucho tiempo queriéndote besar.

–¡Qué coño...! –no me lo esperaba, estoy sorprendida.

–Cuál no sería mi asombro cuando vi que me correspondías, llevaba esperándolo mucho tiempo...

–Para, para, para –lo corto–. Roberto, somos amigos, estaba borracha –me toco la sien con una mano–. Tú también lo estabas.

–¿No te gustó? –tuerce la boca en una media sonrisa.

–Sabes que sí. Pero no es eso –suspiro–. Tengo mucho trabajo, no es momento de hablar de esto.

Me levanto y me voy. Lo dejo con la palabra en la boca, pero no me importa. ¡No me importa una mierda! ¿A qué coño ha venido eso? Estoy que no salgo de mi asombro. ¿Se ha vuelto loco? ¿Todo el mundo ha decidido desquiciarme esta noche?

Salgo a la sala y Berta me está esperando para acompañarme a saludar al mayor benefactor de la galería. Muchos de los cuadros son suyos y parte del edificio también. Intento serenarme, no puedo caer por el precipicio en el

que me muevo en estos momentos. Mañana tendré tiempo de llorar mis penas y flagelarme, y con suerte convencer a Sara para emborracharnos aprovechando que es viernes por la noche y estamos libres y solteras. Estoy segura de que no pondrá inconveniente alguno. Chupitos. Necesito chupitos. Y un enorme gin-tonic en copa de balón.

Sigo a mi compañera en prácticas hasta el centro de la sala donde un grupo de personas hablan alrededor de una escultura de un nuevo pero prometedor artista.

–Disculpe señor, le presento a Daniel Sánchez, directora de la galería. Daniel, el señor Alejandro Fernández, Director General de MKD y dueño de muchas de las obras donadas.

“Tierra, trágame, ¿dónde coño están esos chupitos?”

## Y ME FUI

El señor cabrón enchaquetado engréido, Alejandro Fernández, irascible, dominante, serio y seguro de sí mismo que no me llama desde hace cuatro días, es el mayor benefactor de la galería. Intento mantener la compostura y hacer como que no nos conocemos de nada. Le doy la mano, no sin antes cerrar la boca y se me escape alguna de mis apreciadas perlas.

“Hoy es uno de esos días que tenemos que filtrar”.

Por una vez estamos de acuerdo.

–Encantada de conocerle, señor... Fernández.

–El placer es mío, señorita Sánchez –su tono de voz penetra en mí. No titubea, es imperturbable–. Ha hecho un magnífico trabajo.

–Gracias, pero no me puedo atribuir todo el mérito. Tengo un gran equipo.

El muy cabrón atrapa mi mirada sonriendo, ¡sabía dónde trabajaba y que me vería aquí! A su lado, colgada de su brazo, encuentro a una morena de impresión. Casi igual de alta que él y cuerpo de modelo. Perfecto. La odio. La noche no hace más que mejorar. Como intuía, mujeres no le deben faltar, pero ¿era necesario restregármelo por la cara?

“No tenéis nada, Dani. Olvídate de él. Solo te traerá problemas”.

La siguiente media hora la pasamos hablando de arte y de subvenciones, así como de ventas y posibles compradores. Cuando puedo, me disculpo como una señorita y me voy al baño a intentar olvidar cómo la morena se lo come con la mirada y él le sonríe además de acariciarle la espalda en algunas ocasiones. Se nota la confianza que hay entre ellos.

Ojalá se ahoguen en un río.

Qué asco de vida.

Necesito un respiro.

“Ni siquiera os habéis besado, no puedes enfadarte porque se vaya a

tirar a otra esta noche”.

Mejor, un chupito. Me tiro del pelo. Solo quiero gritar. Y lanzarme por el borde del precipicio por el que llevo paseando toda la semana. Este sería un buen momento. Qué cabrón. Me dijo que se sentía atraído por mí de una forma que no lograba entender. Claro que eso no implica que no se tire a otras. Solo que también quiere follar conmigo. Nada más. Todo aclarado. Pues no va a pasar nada entre ese dios griego y yo. Pero eso ya lo tenía decidido ¿no?

“Claro que sí”.

Entro en el baño de mi oficina y me despacho a gusto. Aquí puedo gritar un poco y nadie me oirá. Por suerte, Roberto abandonó la estancia hace tiempo, lo he visto junto a Sofía y Sara, mirándome con cara de pocos amigos. Tiene que entenderlo, sólo somos amigos.

Cojo un vasito de plástico y lo lleno de agua. Preferiría un gin-tonic... y cinco chupitos de tequila, pero no es día de perder el sentido. Me siento en mi silla, apoyo la cabeza sobre el respaldo y cierro los ojos. Al instante siguiente siento un escalofrío recorrer mi piel y abro instintivamente los ojos. Ese olor... me atrae hacia él sin poder remediarlo.

Lo tengo frente a mí. No sabría descifrar su cara. Parece que se está divirtiendo, pero con su semblante serio nadie lo diría.

–No me esperabas –está relajado, con las manos metidas en los bolsillos.

–Debiste decírmelo –lo acuso. Él llamó a la galería el lunes para informar de que quizá llegaría un poco tarde. No fue Sara.

–Quería ver esa cara –asoma una sonrisa.

–Ya la has visto. Vete. La morena con tetas de silicona te estará echando en falta –me descubro. Mierda.

–Celosa... ummm –y se acerca despacio con mirada depredadora.

–Marina es solo una amiga –sigue.

–Será mejor que no te acerques –me levanto–, no tengo un buen día.

–¿Me estás amenazando? –ríe divertido.

–No, te estoy advirtiéndote.

Pero cuando me quiero dar cuenta lo tengo ante mí. ¿He dicho que mide un metro noventa? Me empiezan a sudar las manos y mi corazón ha decidido bombear tan fuerte que estoy casi mareada.

–No voy a follar contigo. Olvídate de mí –consigo balbucear.

–No lo dices muy convencida.

Puedo sentir su respiración sobre la mía. ¡Será creído!

–Tranquilo, hoy mojas seguro. Doña perfecta está esperando a que la lleves a casa y le arranques las bragas –ese pensamiento me aflige.

–Pero yo quiero arrancártelas a ti –posa sus manos posesivo sobre mis caderas.

Qué. “¿¿¿Qué, qué, qué!!??” Me derrito. Mis barreras se están bajando sin haberles ordenado que lo hicieran. “Levantaos joder”.

Me aprisiona contra la pared y empieza a besarme el cuello, la cara, el lóbulo de la oreja... y, cuando creo que ya no puedo hacer nada para detenerlo, cuando creo que mi voluntad se ha vuelto a ir de vacaciones, le doy un empujón y lo aparto.

“Bien por ti”.

Ni yo misma me lo creo. Ya me aplaudiré más tarde. Cuando tenga tiempo de hacerlo y sea capaz de coordinar ambas manos.

–No te acerques. Tú y yo no tenemos nada. Vete con la morena y déjame en paz –no sé por qué estoy tan enfadada.

“¡Porque lleva cuatro días sin llamarte!”.

Gracias.

–¿Tú follarás hoy con tu amigo Roberto?

Cara de estupefacción. De Es–tu–pe–fac–ción. No me puedo creer lo que ha dicho.

–Os vi el otro día en la discoteca. ¿A él lo dejas tocarte?

–¿Qué? ¿Pero quién coño te crees que eres? Tú no sabes nada de mi vida –escupo–. Beso a quien quiero cuando quiero –digo alterada.



Vuelve acortar nuestras distancias y pasea su mirada de mis ojos a mis labios una y otra vez. Aprieta los puños. Parece realmente enfadado.

Se abre un poco la puerta y Berta asoma la cabeza.  
–¿Todo bien?

Durante unos segundos nadie dice nada.

–Si. El señor Fernández ya se iba –aprovecho la coyuntura.

Y con una última mirada aniquila la poca fuerza que me queda para seguir teniendo esperanzas en una noche que está abocada al desastre. Está muy cabreado. Algo me dice que él solo se va de los sitios cuando quiere. Nadie lo obliga a marcharse. Y, efectivamente, sé que se va porque quiere. Ha sido él quien ha tomado la decisión.

Le pido a Berta que me deje sola un momento. Me repongo y salgo a hacer bien mi trabajo. Eso, ahora, es lo único que importa.

Eso, y que Alex va a tirarse a la morena esta noche. Joder. Qué asco de vida. Con las miradas que ésta le está regalando ahora mismo, se la folla en el baño si no se van pronto.

Para mi suerte y mi desgracia, sobre las doce de la noche veo que salen por la puerta. Sara, que es más lista que un niño a la hora de robar una golosina, se ha dado cuenta de todo e intenta darme ánimos con la mirada. Bueno, de todo no. Cuando le cuente la mini declaración de Roberto se va a quedar a cuadros.

A la una y media de la madrugada no queda nadie en el local. La noche ha ido estupendamente. Obviando que el Presidente de D,Arte no ha aparecido y que Alejandro hace el amor a estas horas a alguien que no soy yo.

Puaj.

Sara desapareció hace media hora por la puerta. Alguien la esperaba

en un coche. No ha querido decirme quién. Apostaría mi vida a que hoy no duerme en casa.

Aun quedan dos meses de trabajo por delante con esta exposición. Con suerte y, si todo va como esperamos, viajaremos a París con ella en Enero. Lo espero con ilusión, para mí esa ciudad acoge las mejores obras de arte del mundo. Y, aunque vivir en ella despertaría viejos fantasmas, será una gran oportunidad.

Espero que el vigilante de seguridad cierre las rejas a conciencia y me aseguro que he dejado la alarma puesta. Nos despedimos cordialmente y dirijo a la parada de taxi que hay en la esquina.

Siento unos pasos tras de mí y me pongo un poco nerviosa. La calle está totalmente vacía y en el bolso que llevo no cabe el espray de pimienta. Para colmo, con estos zapatos no puedo salir corriendo en el hipotético caso de que tuviera que hacerlo. Estoy a punto de empezar los cien metros lisos en tacones de doce centímetros cuando una voz ronca y sensual me habla.

–Para.

Esa voz tiene un efecto que no logro comprender sobre mí. Me doy la vuelta y veo al cabrón enchaquetado (he decidido volver a llamarlo así tal y como están las cosas) con cara de enfado y atravesándome con la mirada. Me giro y sigo andando.

–No seas cría. Para –ruge y agarra mi muñeca poniéndome frente a él.

–Vaya. La morena te ha dado calabazas. O eso, o el polvo ha durado menos de lo esperado. No me digas, eres eyaculador precoz.

No sonrío. No tendré gracia. Pues a mí me parece que sí.

–No me la he podido follar –brama.

–¿Problemas de erección? ¿Tan mayor eres? –me cruzo de brazos. Quiero hacerle daño. No creo que jamás haya tenido un gatillazo.

–He ido a su casa, la he desnudado...

Me doy la vuelta y sigo andando, no quiero escucharlo. No tengo porqué. Entonces me agarra del codo y pega su pecho a mi espalda.

–Vas a escucharme. No me la he podido follar porque solo podía

pensar en ti.

Todo mi cuerpo se estremece y comienzo a caminar. Esto no es buena idea.

–¿Qué cojones me has hecho? –grita sin seguirme–, pero si ni siquiera te he besado! –alza las manos.

No. No nos habíamos besado. Hasta este momento. Me coge de los hombros, me da la vuelta y me atrae hacia él de manera posesiva, pero sin presionar demasiado. Tras una milésima de segundo que utiliza para asegurarse de que yo también quiero estar aquí, pega sus labios a los míos y me agarra la cara con ambas manos. Es un choque de trenes. Siento una explosión atómica dentro de mí. Estoy mareada de sentir todas las mariposas que revolotean en mi estómago.

Me devora.

Lo devoro

Nos devoramos.

Me dejo llevar a donde quiera que me lleve. Y, tras unos segundos, me doy cuenta que me está metiendo en una limusina. Solo separa sus labios de los míos para ordenarle al chófer que nos lleve a su casa. Mandar se le da muy bien. Me di cuenta el primer día.

Pulsa un botón y una mampara con los cristales tintados sube separándonos del conductor.

Lo que viene a continuación también lo considero muy íntimo y personal, pero esta vez os lo pienso contar con pelos y señales. Un poco de envidia sana.

Se separa de mí, lo suficiente para sentirme huérfana y no lo bastante como para poder reponerme. Nuestras aceleradas respiraciones rebotan en todas direcciones. Me mira con cara de depredador, sonrío y vuelve a besarme de manera arrolladora. Me sienta a horcajadas sobre él e intento quitarle la corbata, me peleo con ella unos segundos hasta que consigo aflojarla y sacarla sobre su cabeza. No puedo parar, mis manos tienen vida

propia. A continuación le quito la chaqueta y empiezo a desabrocharle la camisa. Él por su parte no está quieto. Ni quiero que lo esté, que conste. Intenta quitarme el traje, pero le aparto y me pongo de rodillas. Gruñe. No le ha gustado que me aleje. De momento me ha surgido unas ansias devoradoras y solo quiero que su virilidad me inunde. En esta posición le quito el botón, le bajo la cremallera y ante mí sale la verga más impresionante que he visto en mi vida. Sin dilación comienzo a chuparla con la lengua.

–Dios... –jadea.

Empiezo a succionar..., con los labios, la lengua... y luego la meto hasta el fondo. Sus gemidos son considerablemente altos, yo estoy al borde del orgasmo y aún llevo las bragas puestas. Sigo lamiendo aquello que tanto anhelaba sin saberlo y escucho entre suspiros cortados.

–Dani... Dani para... No quiero correrme en tu boca... No la primera vez.

Eso hace que pare en seco . No que no quiera correrse en mi boca, lo que ha llamado mi atención es que da por hecho que no será la única vez. La cosa promete.

“Habrá más veces, aleluya”.

Me mira y ordena.

–Desnúdate.

Y yo lo hago. Normalmente no llevo bien que me manden, pero en esta ocasión hago una excepción. Me quito el vestido todo lo rápido que puedo. Me siento sobre el sillón de en frente y de un tirón me arranca la ropa interior. Me abre las piernas y centra su mirada en mi sexo mientras me masajea las pantorrillas. La expectación me está matando. Acerca su boca despacio. Sopla y empieza a chupar mi clítoris ya de por sí muy hinchado. Nunca en mi vida había estado tan excitada. Lo necesito dentro y lo necesito ¡ya!

–Alejandro...

Él sigue adentrando en mis profundidades con dos dedos a la vez que succiona sobre mi clítoris con sus labios.

–Fóllame... por favor.

No hace falta suplicarle más. Se levanta. Saca un condón de un pequeño cajoncito –no quiero pensar por qué tiene eso tan a mano.

“Porque folla con otras, imbécil. Cada vez que le da la gana, por cierto”.

Se lo pone y me penetra hasta el fondo de manera despiadada.  
–¿Esto es lo que quieres? –sale y vuelve a entrar con fuerza.

No digo nada. No puedo.  
–Dime, ¿cómo quieres que te folle?

Vuelve a hacer lo mismo y me estoy volviendo loca. No digo nada. Mi cerebro se ha desconectado y no consigo si quiera balbucear. Para y sé que no seguirá hasta que no obedezca y conteste a su pregunta.  
–Te quiero dentro. Todo, toda la noche –y dicho y hecho.

En el coche.

En el ascensor.

En el recibidor.

En la cama.

En la ducha.

En la cocina, dos veces.

Pensáis que todo ha ido de maravilla ¿verdad? Pues no, no ha sido del todo así, ahora mismo estoy recogiendo mis cosas para salir de aquí cagando leches. Mierda. Y no encuentro mi tanga. Creo que lo rompió en el coche. Mi mente depravada no me deja pensar con lucidez. Solo tengo una cosa clara, debo desaparecer de aquí para siempre. Mis cinco sentidos se ponen alerta y el poco sentido común que me queda me grita que me vaya sin mirar atrás. Fue bonito mientras duró. Unas doce horas. Siete polvos en doce horas. Cuando se lo cuente a Sara no se lo cree.

“No te lo crees ni tú...”.

Bajo en el ascensor y el trayecto se me hace eterno. No es lo suficientemente rápido para lo que requiere el momento. Me tiemblan las piernas, estoy exhausta. Pero siento una sensación confusa. Estoy cansada y empiezan a aparecer las agujetas por el mejor sexo de mi vida (agujetas que nunca había tenido el placer de sentir) y mi cuerpo las relaciona con su razón de ser, así que lo más íntimo de mí empieza a palpar, el ritmo de mi corazón se acelera y se me dilatan las pupilas. Me estoy excitando por momentos. Cierro los ojos y me vienen a la mente imágenes de la noche de locura y pasión que hemos vivido.

Mi respiración empieza a agitarse. Me toco el cuello con la mano y aprieto los muslos... Miradas, besos, susurros... Suspiros... Sexo desenfrenado.

El ascensor para con un ruido y las puertas se abren. Entra una pareja de ancianos con un perrito muy gracioso que empieza a olisquearme. No se aleja de mí, al contrario, está a punto de saltar sobre mi regazo. Su dueña tira un poco de él y me mira mal, su marido que la abraza por los hombros tira de ella y se alejan como si yo tuviera la peste. Deben estar acostumbrados a que por este ascensor se paseen las conquistas del “cabrón enchaquetado” día si y día también. No sé por qué, pero ese pensamiento me da rabia. Sé que no lo volveré a ver. Y lo sé por cómo me ha echado de su casa, con cajas destempladas, sin pudor ni vergüenza. “Ya te puedes ir, gracias por venir”. No me ha dicho eso exactamente, pero así lo recuerda mi mente. Claro que no he contado nada.

La mejor idea sería guardármelo para mí porque no quiero dar pena, pero mejor lo cuento, así cuando empiece a meter la pata –porque la meteré y será de dimensiones considerables–, se recuerde cuando el tío bueno del traje y la corbata me echó de su lado como el que echa a un pobre perro enfermo que le molesta cuando llegan las vacaciones de navidad. Fue cruel e inhumano. Os lo cuento.

Tras el quinto polvo, el de la ducha –memorable por cierto–, salí del baño dispuesta a recoger mi indumentaria, vestirme y volver a dormir a casa. Eran las cinco de la mañana. Cuál no fue mi sorpresa cuando escuché a mi espalda:

–¿A dónde vas?

–A mi casa. Si no llego antes de que Sara se despierte, llamará a la policía. Y a Fernando. Y esto último me da mucho miedo. No tengo ganas de escuchar sandeces.

“Para de decir tonterías”.

–Llama a tu amiga –me da su móvil que estaba sobre un mueble de caoba robusta que tenía al lado–, dile que no irás a dormir esta noche.

Y no sé por qué, pero lo hice. Últimamente no sé muchas cosas y acato demasiadas órdenes. No estoy acostumbrada. Desde luego esto no fue una sugerencia. Pero no me negué. Le dejé un mensaje a Sara en el contestador y puse el móvil sobre la cama. Empecé a estar un poco incómoda, pero al momento Mister Universo –debo de ser un coco a su lado– me lanzó una camiseta, se quitó la toalla y se puso unos bóxer blancos en los que casi no le cabía la entrepierna. Cuando conseguí dejar de mirarle y de babear, me puse la camiseta y, sin ningún tipo de ropa interior, me tumbé en la cama sin saber muy bien en qué postura quedarme. Alex se tumbó a mi lado, me rodeó con su brazo musculado la cintura y me atrajo hacia él pegando mi espalda a su pecho.

–Quiero repetirlo por la mañana.

No contesté, preferí hacerme la dormida. No estuvo bien, fue apoteósico, de escándalo, vi fuegos artificiales. Es–pec–ta–cu–lar. Si mañana por la mañana se iba a repetir, quería que amaneciera pronto. Así que volví a cerrar los ojos. Me sentía tan reconfortada rodeada por esos brazos musculados y pegada a su torso desnudo que dormí profundamente durante toda la noche.

A la mañana siguiente, sintiéndome húmeda y ardiente, abrí un poco los ojos y “eldiosdelsexo” estaba lamiéndome un pecho sin dejar desamparado el otro al que le estaba dando pequeños pellizcos con los dedos. Se dio cuenta de que estaba despierta y, sin dejar lo que estaba haciendo, miró hacia arriba y me sonrió. En ese momento me pellizcó un poco más fuerte y me sobresalté, gemí y su cara de malvado depravado hizo que me derritiera de placer un poco más. Empezó a subir por mi clavícula, el cuello, el lóbulo

izquierdo, besándome, lamiéndome... Y cuando percibí su sexo frente al mío empujando y que iba a estallar si no me penetraba fuerte y pronto, me dice al oído:

–¿Café?

Se levanta y se va. SE–VA. Me dejó sola. Desolada. Desesperada. Aturdida. Nunca había sentido tal desamparo. Como un bebé al que su madre le acerca el pecho y, cuando lo va succionar, se lo aparta. Como si hubieran absorbido el aire de la habitación. Como si cayera por un agujero negro que no tuviera fin. Pero este cabrón enchaquetado no sabe quién soy yo. A chula no me gana nadie. Así que me recompuse, tiré de la camiseta hacia abajo y, sin ropa interior, me dirigí a la cocina. Por supuesto que quería café.

Entré y me senté sobre la encimera con las piernas abiertas, frente a él, que aún estaba de espaldas. “Este no sabe quién soy yo”. Estaba sirviendo el café en las tazas. Sólo llevaba puestos unos pantalones de pijama caídos muy a la cadera. Volví a entretenerme observando esa grandiosa espalda llena de tatuajes. En ello estaba cuando se dio la vuelta y me miró. Me miró a los ojos, no percibí su intención, pero él sí que había descubierto la mía. Me lo dijo la dilatación de sus pupilas, había convertido sus preciosos ojos color cielo en un negro intenso. Se acercó a mí despacio, cuando estuvo tan cerca que casi me tocaba, paró. Dejó mi café a un lado de donde estaba sentada y bebió del suyo sin dejar de mirarme como si no tuviera prisa. Como si nada lo distrajera. Con un total autocontrol. Mi respiración estaba muy acelerada y el muy cabrón lo sabía. Intenté contenerla. Cogí la taza y di pequeños sorbos.

–Estás preciosa recién levantada.

Seguí bebiendo sin dejar de mirarlo. Dejó su taza a un lado. Yo dejé la mía al otro y respiré profundamente. Me agarró con sus grandes manos por las caderas y tiró de mí acercándome al borde de la encimera... y a él. Se pegó a mí cuanto pudo y pude sentir cómo su sexo palpitaba y estaba listo y preparado. Nuestras miradas entrelazadas. Nos retamos. Él había empezado el juego, pero iba a ganar yo, por supuesto. Me metí un dedo en la boca y lo chupé hasta dejarlo muy húmedo. Vi cómo sus pupilas se dilataban más si cabía y su ritmo cardiaco subió considerablemente. Me saqué el dedo de la boca, lo acerqué a sus labios sin dejar que lo tocara y bajé hacia mi sexo en busca de mi placer. Su expresión me indicaba que sabía qué iba a hacer. No



logré conseguir descifrar si estaba de acuerdo con ello o si prefería que no lo hiciera. De una manera u otra, yo solo quería volverlo loco y que me hiciera suya una y otra vez en ese preciso instante.

Empecé a tocarme y no tuve que fingir que me gustaba. Gemí y cerré los ojos. Cuando los abrí su cara de mala leche me indicó que yo iba a ganar en tres, dos, uno... Me apartó la mano con la que estaba gozando. Me cogió la cara y me besó de manera que me desbordó. Su lengua ejercía violencia sobre mi boca y solo con su posesión estuve a punto de estallar. Se bajó los pantalones con una mano mientras la otra seguía sujetándome el pelo y guió su pene hacia mi entrada.

–Espero que estés preparada –solo me estaba avisando. No iba a parar si no lo estuviera. Y sin pedir permiso me penetró. Fuerte y hasta el fondo. Eso es lo que necesitaba. Eso es lo que quería.

Tras llegar ambos al orgasmo, nos dejamos caer al suelo donde me folló de nuevo fuerte y duro antes de decidir levantarnos.

Fue su teléfono el que hizo que nos diéramos cuenta de que ya no podíamos más. Que eran las doce de la mañana y los dos teníamos responsabilidades. Se levantó, ayudó a que me incorporara y se alejó. Olía a sexo y a sudor. Necesitaba una ducha. Toda su esencia estaba resbalando dentro de mí y cuando me di cuenta me asusté, tarde ya. No es que me vaya a quedar embarazada, tomo la píldora, pero además siempre utilizo preservativo. Nunca se sabe lo que puede pasar y las enfermedades que te pueden transmitir. En realidad ni si quiera sé si alguna de las veces, a parte de la de la limusina, lo ha utilizado. Yo diría que no.

“Loca, estás loca”

Regañándome estaba cuando su voz robusta me hizo volver de mi mundo de fantasía y escuché cómo hablaba con alguien al otro lado de la línea.

–Ahora mismo no puedo, Marcus –silencio–. No, nada importante –silencio, esta vez más largo–. Dame media hora.

Y... silencio.

Escuché sus pasos acercándose.

–Tengo que irme.

–No te preocupes, ¿te importa que me dé una ducha antes de irme?

–Por supuesto que no. Pero no tardes, tengo prisa.

Salí de la cocina lo más rápido que pude, me duché en dos minutos, me puse el vestido, me calcé, cogí el bolso y, cuando llegué al salón, me estaba esperando junto a la puerta abierta.

Ni siquiera me miró.

–Te importa...

–Tranquilo, sé llegar sola a casa.

Y me fui.

Sin mirar atrás.

Y con una decisión en firme: no volver a verlo jamás.

No quiero que se piense que soy una monja de clausura que acaba de salir del convento y después de acostarse con un tío espera que la trate como a una princesa y que le pida matrimonio. No. No es eso lo que quiero. Me gusta pasarlo bien sin ningún tipo de ataduras. Hay una razón mucho más profunda e importante para que salga corriendo lejos de este tsunami que puede acabar conmigo. Hace mucho tiempo, parece que en otra vida, me partieron el corazón de tal manera que aún me faltan piezas para terminar de recomponerlo. No quiero, no puedo... no voy a enamorarme de nadie. No deseo a nadie nuevo en mi vida. No quiero servirle mi corazón en bandeja a ningún hombre, jamás. No quiero que tenga la oportunidad de cortarlo a trocitos y comérselos despacio.

Juré que, en cuanto encontrara a un hombre del que pudiera enamorarme, saldría por patas y me pondría a salvo, lejos del peligro. Y Alejandro puede enamorarme a mí y a cualquier persona cuerda, o loca, que se proponga. Así que eso es exactamente lo que estoy haciendo en estos momentos, correr como un ladrón que acaba de robar un banco y al que persigue la policía. Correr como una psicópata sin bragas por medio de este parque donde los niños juegan ajenos al mundo que les rodea, donde los enamorados, pobres ilusos, pasean en barca y se juran amor eterno, donde los

mayores se sientan a dar de comer a las palomas y donde un día mi corazón  
volverá a dejar de latir.

## LA NOCHE ES JOVEN Y NUESTRA

Llego a casa corriendo con el corazón acelerado. No hay nadie, Sara está trabajando y respiro tranquila. Aún no estoy preparada para su interrogatorio, será largo y tedioso. Querrá que le cuente hasta el más mínimo detalle y yo no quiero recordarlo. Solo deseo arrancar su mirada de mi pensamiento, olvidar el mejor sexo de mi vida y negar cómo me hace sentir Alejandro. Si no lo recuerdo, no lo echaré de menos.

Vuelvo a ducharme. Todavía tengo su olor sobre mi piel. Me estremezco. Su posesión y dominación, la forma en que me ha hecho suya... Así no llevaré a buen puerto mi empresa. Me pongo unas mallas y una camiseta ancha y me voy a la cocina a hacerme un bocadillo.

Abro el ordenador y reviso el correo de empresa y compruebo que no hay nada importante. Le echo un vistazo también al personal. Uno llama mi atención y me alegra la mañana.

De: Clara Rodríguez Santana. Enviado: Ayer a las 11.46 pm.: “Hola cariño. Perdona que haya tardado tanto en contestarte. He estado en Nueva York las últimas dos semanas. Tengo una sorpresa para ti. ¡Pronto podré ir a visitarte! Estoy deseando verte. Por aquí todo bien. Mi jefe sigue siendo un misógeno desalmado, pero lo tengo controlado. Un abrazo. Te quiero.”

Me tumbo sobre la cama con un sándwich en la mano. Y no puedo controlar que una sonrisa se dibuje en mi rostro. Tengo muchas ganas de ver a Clara, hace más de un año que no nos vemos. Australia está demasiado lejos y nunca encuentro tiempo para poder ir a visitarla. Le contesto.

De Daniel Sánchez Duarte. Hoy: a las 13.59 am.: “¿En serio? Estoy deseando verte. Tenemos muchas cosas de las que hablar. Tienes que contarme tu viaje a Nueva York. Tiene que ser impresionante ¡Qué suerte tienes! Puede que yo también viaje pronto... Es largo de contar y nada seguro todavía. Yo también te quiero. Nos vemos pronto.”

Hoy es viernes, pero, después de todo el trabajo de esta semana, me lo he tomado de descanso. No tengo que ir a la galería. Berta se ocupará de todo, está en buenas manos. Tal vez me pase el sábado por la tarde a ver cómo van las posibles ventas.

Termino de comerme el bocadillo, cierro los ojos e intento dormir, pero es imposible. Después del estrés de esta semana y todo el sexo de la noche –y la mañana– anterior debería estar destrozada, pero todo lo contrario. Mi mente no para de recordar lo ocurrido y mi cuerpo reacciona acorde con mis pensamientos.

“Malditos traidores”.

Decido levantarme y ocupar el tiempo con algo mientras llega Sara. Espero que el plan de esta noche siga en pie. Necesito salir y olvidarme de todo. Debería pintar, hace tiempo que no lo hago.

La inauguración de la exposición ha sido un éxito, hemos tenido mucho público y se han vendido algunas obras. Para ser el primer día no está nada mal. Ahora mismo estoy leyendo algunas de las críticas en diferentes diarios culturales online y son bastante buenas. Nadie nos corta la cabeza sin motivo alguno. La menos buena nos da al menos una oportunidad. Junto a una de las noticias hay una foto de ÉL, alto, guapo... quita el hipo. Lo acompaña la monera de tetas redondas, Marina, dijo que se llamaba, sonrío de manera exagerada. El semblante de él es serio, parece que no le gusta llamar la atención. Leo el pie de foto. “El empresario Alejandro Fernández acompañado, como es costumbre, de la señorita Marina de la Rosa”.

Tengo que olvidarlo. No sé por qué me preocupo de ello. Me he acostado con bastantes hombres y ninguno ha sido importante durante estos últimos años. Siempre he relegado cualquier posible sentimiento hacia cualquiera de ellos. Alejandro es uno más. Puedo disfrutar de todo el placer que pueda darme, que es mucho, definitivamente juega en la liga de las estrellas, durante el tiempo que dure y luego apartarme. Siempre que él quiera volver a verme, claro. No estoy segura de ello tal y como me echó de su casa esta mañana.

Pero algo me dice que, si me adentro en esta aventura, saldré escaldada. No es un hombre de los que se olvidan fácilmente. Estoy segura de ello porque apenas he pasado con él unas horas y tengo el presentimiento de que no las podré olvidar en la vida.

Es guapo hasta doler, alto, fuerte, moreno, con tatuajes –detalle que para mí suma diez puntos– y una sonrisa que te corta la respiración, además de esa mirada perdonavidas que te deja sin aliento y hace que te flaqueen las piernas. El sexo con él ha sido salvaje, debe tener bastante experiencia. ¡Mierda, estoy celosa! Y ha tenido un detalle llevándome a cenar a ese sitio tan bonito y tan importante para él. Pero ninguno de estos atributos va a ser suficiente para que me enganche por la simple razón que son exactamente los atributos que harían que me enamorara perdidamente de él.

Está decidido, correré como alma que lleva el diablo en dirección contraria. Saltaré fronteras y cruzaré países, pero ese toro no me pilla en el ruedo. Me pondré a salvo, en mi zona de confort, donde nadie puede hacerme daño y estaré tranquila. El Huracán Fernández no me pilla en medio del lago. Está decidido.

“Eso ya lo has dicho”.

Si el problema está resuelto ¿por qué sigo tan nerviosa? Intento relajarme, sólo hace unas horas que he estado con Alejandro y eso deja huella. Tiene sentido ¿no? Es normal que mi cuerpo reaccione y me traicione. Además, las agujetas pos sexo desenfrenado no me ayudan. Esta noche lo pasaré bien, beberé un par de copas de vino y me olvidaré de todo. No será difícil. Sara me apoyará en mi Misión Olvido y será una noche épica. Haremos que sea así.

–Despierta dormilona –susurra a mi oído; me quejo y me tapo con la almohada–. Levanta, son las ocho de la tarde. Y tienes que contarme muchas cosas.

Gruño. No quiero despertarme. Y no me apetece que me sometan al tercer grado. En cuanto ponga un pie fuera de esta cama, parecerá que estoy en Guantánamo y no es lo que ansío.

–Vamos, no vas a escaparte. Cuéntame todos los detalles –tira de las sábanas y me destapa totalmente.

Vuelvo a gruñir.

–No quiero.

Sé por experiencia que no me dejará en paz hasta que se lo haya contado todo, así que dispongo el ánimo para encarrilar el relato lo más apresurado y breve posible, rápido e indoloro. Me levanto y me voy, aún con los ojos cerrados, a tumbarme sobre el sofá. Mi despampanante amiga llega con dos coca colas y una minifalda que parece más un cinturón que otra cosa. Me insta con la mirada para que “empiece a soltar”.

Me incorporo, doy un trago largo a mi refrescante bebida y la dejo sobre la mesa auxiliar.

–Nada del otro mundo –le resto importancia.

–Si, ya –no se lo cree. Le ha faltado preguntarme si le veo cara de gilipollas.

La miro, me refriego la sien con ambas manos, suspiro y me tiro de espaldas al sofá.

–Es el puto dios del sexo –digo sin darle énfasis a mi afirmación. Me resigno. Sara salta y da una palmada.

–¡Lo sabía! –le da una vuelta a la silla.

No quiero pensar por qué lo sabía. Ella es la experta en estos menesteres. Yo no soy una principiante en el tema, pero no poseo su currículum. La miro con serenidad y espero a que deje de saltar. Me mira, ríe y decide sentarse.

–Dani, ese hombre mana sexo por todos los poros de la piel. Ese no puede pasar un día sin follar. Hombres así explotan si no se tira a una tía o dos al día. Su cuerpo lo grita. Hasta tú te has debido de dar cuenta.

Esto no me ayuda. Claro que me he dado cuenta. Mi cuerpo reaccionó a su presencia desde la primera vez que lo vi. O, al menos, desde la primera vez que recuerdo haberlo visto, ya que él insiste en que nos conocemos de días anteriores de lo que mi mente logra recordar. Nada más mirarme dejé de

respirar. Cuando me tocó para presentarse formalmente, la descarga de electricidad y la adrenalina hizo que el corazón se me parara. ¡Por supuesto que me he dado cuenta!

–Joder –vuelvo a incorporarme y pongo la cabeza entre las piernas.

–No seas dramática. No veo cual es el problema.

La miro.

–No me mires así. Disfruta. Coge lo que te ofrece y después te olvidas. Siempre lo haces. No sé por qué ahora tiene que ser diferente.

No digo nada. Se instala el silencio. No es incómodo porque entre nosotras nunca lo es, pero esta ausencia de respuesta por mi parte la hace reaccionar.

–Te gusta. Te gusta mucho.... –su tono cambia de entusiasta a atolondrado y se sienta a mi lado–. Pero eso no es malo, Dani –me abraza–, es estupendo. Disfrutar del sexo con alguien que te hace perder la razón es maravilloso –intenta animarme.

–¡No! Nada es maravilloso. No lo voy a volver a ver. Lo tengo decidido. Esto no es buena idea. Es una malísima idea. Nadie volverá a hacerme daño. No voy a darle la oportunidad.

–No puedes seguir así toda la vida –ahora está un poco enfadada. Es curioso cómo es capaz de cambiar de estado de ánimo

–Algún día llegará alguien, Daniel. Te hará temblar, te dejará sin palabras, sin resuello, hará que tu mundo se tambalee y no podrás hacer nada por evitarlo...

–Si puedo, lo haré –la interrumpo–. No dejaré a nadie entrar en mi vida que pueda deshacer la tierra que piso. ¡Me gusta mi mundo seguro, me gusta mi vida tal y como es!

La miro y veo su cara de resignación. Para que deje de preocuparse, la abrazo e intento quitar hierro al asunto. No deseo que se preocupe. Ella me conoció cuando estaba hundida en el lodo, me ayudó a recuperarme sin casi conocerme y sin pedir nada a cambio. Nadie mejor que ella sabe cómo lo pasé, cómo me afectó todo y lo que tardé en reponerme. Así que sabe mejor que nadie cual es la razón por la que no quiero dejar entrar a nadie en mi vida. Por eso mismo no entiendo cómo no acepta mi decisión.

–Te tengo a ti. Es todo lo que necesito –sonrío.



–Yo también te adoro, tonta. Pero necesitas algo más. Yo jamás me acostaré contigo –bromea.

Me río.

Se ríe.

Nos reímos.

–Vamos, tenemos que vestarnos –me insta–, nos espera una noche de locura –se levanta y tira de mí.

–Espera –cree que se va a ir de rositas– ¿Dónde has dormido tú?

–Por ahí –se encoge de hombros.

–Yo te lo tengo que contar todo mientras tú te guardas las cosas.

–No es importante –camina hacia la habitación.

–Claro que lo es –la sigo–. Si no lo fuera, me lo dirías.

–Esa táctica es muy antigua –dice mientras se quita la camiseta y la tira sobre la cama–. Te lo diré ¿vale? –coge una toalla, pasa por mi lado y entra en el baño–. Ahora tenemos prisa –y cierra dejándome con la palabra en la boca.

Está bien. Es momento de prepararnos para deslumbrar bajo las estrellas. La noche es joven. Y nuestra.

Bajamos en el ascensor y, como siempre, aprovechamos su enorme espejo para comprobar lo fantásticas que estamos y para retocarnos un poco los labios. Sara lleva un minivestido rojo de Asos y unos tacones de diez centímetros de Mari Paz. El pelo suelto y una chaqueta de cuero motera. Está impresionante. Yo he decidido hoy ir un poco más cómoda y he optado por un vestido blanco corto de mangas semi cortas y caído por un hombro, unos tacones grises y una coleta alta trenzada y despeinada. No he cogido nada de abrigo, la noche está buenísima y mi modelito es de media manga. Estamos a finales de Octubre, pero no lo parece. Además, cogeremos un taxi y no vamos a beber en la calle. Hace mucho tiempo que dejamos de hacerlo.

–He quedado con Roberto y Sofía, esperan en el restaurante.

Salimos del ascensor y nos dirigimos a la calle. El taxi está aparcado en doble fila. Roberto. Espero que no quiera volver a hablar del tema. También quiero enterrar esta cuestión. Que nos liemos, no es buena idea. Sería una opción segura. No me atrae lo suficiente como para perder la

cabeza por él y podríamos pasarlo bien durante un tiempo, pero somos amigos. Uno de los pocos que tengo y no estoy preparada para perderlo. Muy pocas personas conforman mi pequeña gran familia, a muy pocas he dejado entrar y no quiero prescindir de él. Me hace reír y me cuida. Me siento bien a su lado. No quiero parecer egoísta, pero durante mucho tiempo necesité que cuidaran de mí y él fue una de las personas que lo hicieron. No estoy dispuesta ni preparada para que eso deje de ocurrir. Lo necesito a mi lado. Pero no de la forma en la que él creo que quiere. Mejor será que hablemos y dejemos las cosas claras entre los dos. Lo quiero. Pero no de una forma romántica. Deseo con todas mis ganas que llegue a entenderlo y lo acepte. No es mi intención hacerle daño. Lo besé estando borracha, no fue esa la razón por la que lo hice, me apetecía y a él también, pero esto dejó de tener gracia en cuanto se me declaró el día de la inauguración de la exposición. Que fue ayer, por cierto. Parece que ha pasado muchísimo más tiempo.

\*\*\*\*

Ocho años atrás.

–Mira, Dani, y piensa un deseo –dice señalando al cielo.

Cierro los ojos y sonrío. Estamos los dos tumbados boca arriba en la azotea de su edificio sobre mantas de colores que a la vez nos arropan. Esperamos ver la lluvia de estrellas que llevan anunciando todo el mes. Será la mayor del siglo. No se verá nada igual hasta dentro de muchos años. Abro los ojos.

–¡Ya!

–Tienes mucha suerte. Espero que hayas aprovechado tu deseo. La ciencia dice que, si consigues pedirlo con la primera estrella que cae, se cumplirá sin ningún lugar a dudas –lo miro riendo y fascinada.

–No me mires así..., está científicamente demostrado... –parece que está seguro de los que dice–, te lo prometo.

Y yo me enamoro un poco más. Si eso puede ser posible. Su mirada

deslumbra como faros en la oscuridad y su sonrisa se introduce en mi corazón y lo hace bombear con fuerza. Llevamos un año juntos y aún tiemblo con su presencia. Es algo que me supera. Su frescura, sus ganas de vivir, su alegría y su bondad me contagian y nunca en mi vida he sido tan feliz. Nunca he vivido cada día como lo hago ahora. Nunca he tenido tantas ganas de disfrutar de cada momento, de saborear cada segundo. Siempre he sido una persona muy alegre aunque haya pasado malos momentos a lo largo de mi vida, pero desde que lo conozco todo ha cambiado de color. Todo brilla con más intensidad y admiro cada detalle de la maravilla que me rodea. Es una sensación gratificante, grandiosa, me atrevería a decir que hasta solemne. La tranquilidad se ha instalado en mi cuerpo, pero a la vez rebosa energía y destila confianza. Es increíble e inesperado. Jamás creí que fuera posible que una persona te hiciera sentir de esta forma... Pero Álvaro, de una manera inesperada e imprevisible, lo ha conseguido. Despierto de mi ensoñación y me está mirando.

–¿Qué..., no me crees? –Yo creería que la tierra es plana si él me lo dijera.

Me giro un poco y lo abrazo. Lo huelo y me siento en casa. Su olor me reconforta y me calma. ÉL es todo lo que necesito.

–¿No vas a decirme lo que has pedido?

–Si te lo digo, no se cumplirá –ronroneo.

–Claro que sí –se gira un poco y me aparta para mirarme–. Esa afirmación sí que no está científicamente demostrada.

Y los dos convulsionamos en carcajadas.

Este es mi mundo.

Él es mi mundo.

Todo gira en torno a Él.

Las estrellas empiezan a caer y disfrutamos en silencio del espectáculo. Mil estrellas fugaces caen sobre nosotros y yo solo puedo pensar en lo feliz que soy a su lado y desear con todas mis fuerzas que, lo que he pedido, se haga realidad.

Esto es lo que quiero.

Esto es lo que necesito.

Si o si.

9

## BESOS, BESOS, BESOS

Entramos en el restaurante y Roberto y Sofía nos saludan con la mano. Nos acercamos y nos damos un abrazo de grupo. Nada como estar en familia para olvidarlo todo. Esta es mi zona de confort. Estamos en el Bump Green, un gastrobar que apuesta por la cocina ecológica, todo elaborado con materias primas orgánicas. La cocina es creativa, sana y sabrosa. El espacio es clásico aunque sigue las tendencias y el diseño de moda. Todo en tonos

beiges y repleto de vegetación. Nos encanta este sitio.

El camarero se acerca y pedimos una botella de vino y varios platos para compartir. Una ensalada de brotes baby con queso de cabra, nueces, cantagrullas, sorbete de manzana, apio, membrillo y alcaparras; unas ostras veganas compuestas de hojas marinas de la huerta con emulsión casera y unos fideos de calabacín.

–Enhorabuena, Dani –Roberto rodea mis hombros con su brazo y me aprieta con cariño –la inauguración fue todo un éxito. Don Palometidoporelculo –es su jefe, solemos poner motes a quienes nos sacan de quicio–, me ha encargado escribir un artículo sobre la exposición para el número de Diciembre. Tienes que concederme una entrevista.

–¿De verdad? –Estoy atónita. Trabaja para una de las revistas culturales más importantes del país. Sonríe. Me tiro sobre él y lo abrazo con fuerza.

–Llama a mi secretaria y te concederá una cita –bromeo y ambos reímos.

–Estamos en un sitio público –apunta Sara con sorna, como si eso fuera un problema para ella.

Vuelvo a mi asiento y mi mejor amiga levanta la copa instándonos a todos a que hagamos lo mismo.

–Esto se merece un brindis –levantamos todos los brazos y juntamos las copas en alto en el centro de la mesa–. Por un futuro prometedor –chocamos las copas y bebemos, pero Sara para a medio camino– ¡Y por los siete polvos que ha echado Dani en menos de veinticuatro horas!

Escupo el líquido que tengo en la boca y contengo las ganas de matarla. Sofía está muerta de risa y Roberto no sabe donde meterse. Me mira pidiendo algún tipo de explicación. Explicación que, por supuesto, no voy a darle.

Terminamos de cenar y decidimos ir a bailar al club de siempre, Adara. Allí nos sentimos como en casa. Y conocemos a los porteros, que no solo nos dejan entrar sin condiciones, además cuidan de nosotras cuando nos pasamos de la raya y no nos sueltan sermones de hermanos mayores. Yo creo que Joan, el más fuerte de ellos, está enamorado de Sara, pero nunca ha dicho ni ha hecho nada para aproximarse a ella lo suficiente en ese sentido. Lo sé

por cómo la mira, cómo cuida de ella y por cómo le tiembla el pulso cada vez que está demasiado cerca de ella, que por cierto son bastantes veces, es muy propensa a meterse en problemas, le gusta desafiar a cualquiera que la rete con la mirada. Es bastante atractivo, con la cabeza rapada y los ojos azules. No entiendo por qué mi casi hermana nunca se ha fijado en él.

Roberto no me ha dicho nada. Ha decidido ignorar el tema y creo que es lo mejor. O no. No lo sé. Tal vez es necesario aclararlo todo y seguir adelante. No creo que la mejor forma de arreglar esto sea escondiendo la cabeza bajo tierra cual avestruz asustado. Pero no seré yo quien empiece la conversación que tenemos pendiente. Soy una cobarde. Otra de mis virtudes.

Llegamos pronto y una de las relaciones públicas nos invita a entrar en uno de los reservados. Parece que nos estaba esperando. Es el único vacío, pero es el más grande y el que tiene mejores vistas del club. Nos sentamos y una camarera muy atractiva entra y le hace ojitos a Roberto. Él no se percata, o lo disimula, pero no le hace el menor caso, ni siquiera la mira.

Pedimos las bebidas y comenzamos a bailar. Me sienta bien. Sara y Sofía están enfrascadas en una conversación muy normal, al menos para ellas, quién les da más placer, las mujeres o los hombres. Yo lo tengo claro. Ellas no tanto. Tienen muchas teorías al respecto. Roberto baila junto a mí y me pregunta si estoy bien. Le digo que sí. Quiero darle normalidad a este asunto. Comenzamos de nuevo a bailar.

La música se mete en nuestros cuerpos y las notas retumban en nuestro interior. La camarera entra y, mientras deja las bebidas sobre la mesa, observo que me mira mal.

–Creo que tienes una admiradora –le grito al oído.

La música en el reservado no es tan alta como fuera, pero aun así no se puede hablar sin gritar. Roberto la mira.

–No me interesa.

–Venga ya. Es tu tipo. Es guapísima.

Me coge de la cintura, me da la vuelta y sonrío. Seguimos bailando. La camarera trae la segunda ronda de bebidas, que nadie ha pedido, y nos

aproximamos a cogerlas. Sara y Sofía han terminado de discutir sobre el Teorema Sexual de Hombres y Mujeres y Viceversa y se acercan a nosotros. Sofía me coge la cara con ambas manos, sin avisar, pega sus labios a los míos y me mete la lengua hasta la garganta. Me mareo durante un par de segundos. Me suelta y le grita a Roberto:

–Llevas razón. ¡Besa muy bien!

Casi se me cae la copa al suelo. Pero no sé por qué me asusto. Estas dos locas son capaces de cualquier cosa.

–¡Cerda! –le grito. Pero no puedo enfadarme. No puedo hacer otra cosa que reír hasta que me duele la mandíbula. Lo único que hace que me incomode es que saca a relucir un tema del que estoy huyendo. Cuando terminamos de reírnos, Roberto me está mirando, me coge de la mano y tira de mí.

Joder. Ha llegado el momento.

Me bebo la copa de un trago. No creo que sea la mejor idea, pero no soy capaz de enfrentarme a esto sobria. Esquivamos a la gente que baila desinhibida cogidos de la mano, llegamos a la puerta de la discoteca, pero no llegamos a salir. Nos quedamos en el hall del Club, que es más grande que el salón de nuestro piso. Allí la música no llega del todo pero retumba en las paredes. Agarra suave mi muñeca, me gira y me pega a la pared.

–Dani... yo...

–Déjalo Roberto. Somos amigos... olvidemos el tema.

–No quiero olvidarlo. No puedo.

Nos miramos. Se acerca a mí un par de centímetros. No hablo. No digo nada. No sé cómo salir indemne de esto. Tengo mucho miedo a decir algo equivocado y que me odie para siempre. Lo quiero en mi vida.

–Te quiero Roberto. Pero no de la forma que crees.

–De la forma que necesito –empieza a estar molesto.

Volvemos a mirarnos. Se vuelve a acercar dos centímetros más.

–Vamos, Dani. Tú también lo sientes –me levanta la mano que aún no ha soltado desde el reservado y me besa los nudillos.

No. No lo siento.

–No es buena idea. Eres mi mejor amigo. No quiero que esto termine con nuestra relación.

–No lo entiendes ¿verdad?... Quiero que nuestra relación llegue a más. Quiero...

–No lo hagas más difícil, por favor. Deja que me vaya y olvidemos lo ocurrido.

Pero debo hablar otro idioma diferente al suyo porque vuelve a acercarse a mí otros dos centímetros y roza su boca con la mía. Esto no es lo que deseo, sin embargo no soy capaz de apartarlo bruscamente y que se aleje de mí para siempre. Es otra de mis virtudes. Tengo un miedo atroz a que la gente que me quiere me abandone.

Me besa de forma lenta, está esperando a que le siga, pero no puedo hacerlo. Al momento algo pasa, se apaga la música y se encienden todas las luces de la discoteca. Roberto se aparta y yo le doy gracias al Dios de la Oportunidad por apiadarse de mí en estos momentos tan difíciles. Me va a dar algo.

Escuchamos hablar a los porteros, Joan le dice al más bajito que suba al despacho a ver qué ha podido ocurrir. Mi amigo me mira con cara de culpabilidad y me dice que lo siente. De nada me sirve que se disculpe si lo va a volver a intentar. Ya se lo he dejado claro. Se lo he dicho sin rodeos. No sé de qué otra forma aclararlo. Tal vez necesita un croquis, con manual de instrucciones y anexos explicativos. Al fin y al cabo es un hombre. ¡No puedo esperar más!

Subimos al reservado y tres tíos de impresión rodean a mis dos amigas trastornadas y bisexuales. No están bien de la cabeza y cualquier día me vuelven loca a mí. Nos lo presentan y uno de ellos me mira con cara de cordero degollado. O con cara de que el cordero degollado, si me dejo, sea yo. Es muy atractivo y el brazo lo lleva tatuado. No necesito más para decidirme. Esta va a ser la forma de dejarle claro a Roberto que el tándem “él y yo” no es buena idea y, de paso, dejarme claro a mí que puedo tener sexo desenfrenado después de lo ocurrido esta mañana, olvidarme del cabrón enchaquetado y seguir con mi vida como si no lo hubiese conocido nunca. Tal



vez no sea un buen plan, pero estoy desesperada y necesito hacer algo al respecto. Solo hay un par de problemas. Que sí, que lo he conocido, y de forma muy íntima, y que las dichas agujetas que me ha dejado no hacen otra cosa que no sea recordármelo. Maldito cabrón enchaquetado.

Lo odio.

Lo reodio

Argg.

La camarera trae otra ronda y vuelvo a beberme mi copa de dos tragos. No me ha llamado ni me ha mensajado en todo el día. Después de cómo me echó de su casa esta mañana, no es que lo esperara, pero en lo más profundo de mi ser me quedaba un resquicio de esperanza ¿Esperanza de qué? No quiero que se ponga en contacto conmigo.

“Seguro”.

Decido que este es un buen momento como cualquier otro para borrar su número de teléfono. No creo que me sienta tentada de llamarlo, pero por si acaso, que después de la quinta copa no soy dueña de mis actos. Después de la séptima ni me acuerdo de ellos.

Me siento, pretendiendo dejar un poco de lado al tío que me voy a tirar esta noche, saco el móvil de mi cartera y lo busco. Jaime, no os he dicho todavía cómo se llama el hombre que me está comiendo la oreja –literalmente hablando–, me susurra sin dejar de hacer lo que está haciendo.

–¿Te vas a poner a jugar al Candy Crush?

Vale, está perdiendo muchos puntos. Otra tontería como ésta y lo tiro a la pista de baile. Y estamos a una altura considerable. Que tenga cuidado conmigo. Lo miro y guardo el móvil. Es más guapo de cerca. Voy a olvidar lo que ha dicho y me voy a centrar en su cuerpo. Está claro que su mente no me va a atraer en la vida. Buena señal. Fantástica. Jamás me engancharé a él. Pertenece al primer grupo de tíos, los que tirarte y olvidarte al levantarte. Genial. Se me ilumina la cara.

Miro a mi alrededor y Sara y Sofía se están enrollando con los otros dos, no recuerdo sus nombres. Menganito y fulanito. Menganito es el rubio,

que está violando la boca de Sara. Y fulanito el moreno, que masajea el culo de Sofía. Roberto ha desaparecido. No lo veo por ninguna parte. Me vuelvo a plantear si liarme con este caballero –que no huele del todo mal– es buena idea. Roberto ya no está y, uno de mis propósitos, intentar que éste se haga a la idea de que no soy para él, se ha ido al traste.

Aún me está comiendo la oreja. Lo dejo y poco a poco se acerca cada vez más a mi boca. La roza y la sensación no es del todo desagradable, así que dejo que continúe. Comienza a morderme el labio inferior. Es una sensación interesante. Nada comparado con lo de anoche y esta mañana, pero esto es lo que me conviene. No sentir demasiado. Me aferro a la idea de que es mejor sentir poco a arriesgarme a que me partan el corazón. No lo permitiré.

Justo antes de conseguir meterme la lengua, se vuelve a apagar la música y todo se ilumina de manera que nos ciega. Jaime, así se llama, se aparta de forma automática como lo hizo Roberto momentos antes y yo consigo recomponerme. El Dios de la Oportunidad vuelve a apiadarse de mí y le doy las gracias en silencio. Durante este breve segundo me doy cuenta de que es un error. Liarme con Jaime no va a hacer que olvide a Alex y sólo han pasado unas horas desde que me acosté con él. No estoy preparada para tirarme a dos tíos diferentes el mismo día. No soy Sara. Ni Sofía. Ellas se tiran a dos el mismo día y a la vez si les apetece y se les presenta la oportunidad. No las estoy criticando. Creo que ellas disfrutan del sexo de una manera más plena. No le ponen límites a su placer. Exploran y deciden lo que les gusta y lo que no, que son muy pocas cosas. Gozan de su sexualidad sin fronteras y no ponen etiquetas ni se sienten mal por lo que hacen, por como sienten. No dejan que la sociedad dirija su vida personal e íntima y no son amigas de los protocolos. No poseen prejuicios. Son realmente libres, y eso, en realidad, me causa envidia.

Se escuchan murmullos y abucheos. No es normal que en uno de los mejores clubs de la ciudad pase esto. Y mucho menos dos veces en la misma noche. Tienen que tener problemas serios.

Sara se levanta y me pide que la acompañe al servicio. Muy oportuna también. No tendré que darle explicaciones a mi rollo desde hace media hora.

Después del baño me iré a casa y le diré a mi amiga que se disculpe por mí. Que se excuse diciendo que me ha picado una avispa en el ojo y he tenido que coger un taxi y dirigirme directamente al hospital.

Vamos las dos dando tumbos hacia los aseos. No están muy lejos pero tenemos que subir a una entreplanta, justo antes de lo que deben ser las oficinas y la sala de seguridad. Sigo teniendo agujetas y los tacones no ayudan. Sara tampoco. La muy zorra va casi dejada caer sobre mi brazo. No puedo con ella, pesa demasiado. Todo ha vuelto a la normalidad. La música vuelve a sonar y la luz ahora es más tenue. Qué digo tenue, casi no vemos el suelo que pisamos. Todo el universo se pone de acuerdo para que Sara tropiece, se agarre a mi bolso y las dos rodamos por las escaleras. Qué bochorno.

Compruebo que no nos ha pasado nada, son solo tres escalones y están enmoquetados, todo está más cuidado en la zona de reservados. Miro a nuestro alrededor para acreditar que ningún ser humano se ha percatado de nuestra caída. Menos mal. Nadie en mi campo de visión.

Como podemos, nos levantamos, recolocamos nuestros vestidos y terminamos en carcajadas. No podemos parar de reír. Suelto adrenalina. Esto sí que es justo lo que necesito. Intentamos recomponernos y echamos a andar de nuevo hacia nuestro propósito, los baños, pero dos brazos tiran de nosotras y nos pilla de improviso. Miramos hacia la cara que nos vigila y no podemos hacer otra cosa que seguir riendo. Joan, con semblante serio, nos observa con esos ojos de un negro intenso.

–Hola, Joan –le dice Sara con cara de no haber roto un plato–. Solo nos estamos divirtiendo.

–Creo que necesitas que llame a un taxi.

–No me quiero ir a casa ¡gracias! –le dice sonriendo, pero de manera cortante.

Sara intenta avanzar y soltarse, pero Joan no la libera. Yo me he quedado al margen y no voy a meterme. Soy una espectadora con silla en primera fila para ver esta película donde ni los protagonistas se han dado cuenta de que pueden llegar a serlo, y no me pienso perder el estreno. Nadie me ha invitado, sin embargo voy a aprovecharlo. Quiero comprobar cómo

termina la cosa.

–Yo creo que sí. Aunque tenga que llevarte en brazos –ruge seguro.

–Eres gilipollas.

–Niñata engreída.

Se retan con la mirada. Mi alma gemela me coge de la mano y me insta a que la acompañe.

–Vámos, Dani. No quiero seguir hablando con imbéciles.

Pero Joan a mí tampoco me ha soltado todavía, y tiene una razón.

–Ella tampoco va a ninguna parte. Tiene que acompañarme.

Me quedo sin palabras. Creo que no he hecho ninguna barbaridad. Al menos no esta noche. No he bebido como para perder el sentido y, si hubiese pasado algo, lo recordaría. No niego que alguna vez hayamos roto alguna cosilla –sin querer–, o incluso hayamos robado un servilletero muy mono que nos adorna la mesa de la cocina, pero nada más. Y esta noche nada de nada. Lo juro. Puedo dar fe de ello.

–Joan... Suéltanos y nos iremos a casa –intento negociar.

–Lo siento, no puedo. Tú te vienes conmigo –me ordena–. Y Sara se va a casa. Avisa a Sofía –me vuelve a mirar, pero no me muevo.

–A qué estás esperando –ladra.

Comienzo a andar en dirección contraria a donde nos dirigíamos y vuelvo sobre mis pasos. Estoy harta de que todo el mundo me dé órdenes. Nos despedimos de los chicos y Sofía me acompaña hasta donde nos espera nuestra amiga discutiendo con el gorila Joan. Hoy lo miro de diferente forma. No me está pareciendo tan simpático.

–Espera aquí –me espeta.

Y lo hago. No sé por qué, pero lo hago. Se aleja con mis dos amigas y, por el balcón de la primera planta en la que me hallo, veo cómo salen de la discoteca. Sólo entro un momento en el baño que tengo a dos metros de distancia y vuelvo a mi sitio a esperar a mi amigo el seguridad simpático gruñón. Soy una niña buena. Ironizo.

No tarda mucho. Lo justo para que vuelva a preguntarme qué es lo

que quiere. No querrá enrollarse conmigo ¿no? Descarto esa idea. No tiene ni pies ni cabeza. Después de lo de esta noche, estoy más segura que nunca que siente algo por Sara y no es solo cosa mía. He visto cómo se miraban. Cómo se retaban. He sentido la tensión que hay entre ellos. Tendré que hablar con mi amiga. Pero sé lo que me va a decir, que estoy loca. Se cerrará y no querrá hablar del tema, si esto ocurre, sabré que realmente siente algo por él. No me lo ha confirmado nunca y me lo niega, pero también tenemos en común el miedo a las relaciones. Cada una de nosotras tiene sus motivos, pero al fin y al cabo, huimos de los sentimientos. Jamás me ha explicado por qué y yo nunca le he preguntado. Cuando evitas este tipo de emociones es por algo importante, algo te ha hecho daño y te ha dejado huella y sé, por experiencia propia, que no es fácil hablar de ello y que no debes exponerte si no es por iniciativa propia. Algún día, cuando esté preparada, me lo contará. Y yo estaré a su lado. Pase lo que pase. El tiempo que haga falta. Y ella lo sabe.

Joan se acerca a mí y me dice que lo acompañe. Alejo la espalda de la pared en la que la tenía apoyada y comienzo a caminar detrás de él. Esta vez no me agarra del brazo. Si no me he escapado mientras acompañaba a mis amigas al taxi, no voy a salir corriendo ahora. Me insta a que lo siga. Subimos las escaleras hasta la última planta, continuamos por un pasillo muy poco iluminado y, sin avisar, para ante la última de las puertas. Casi me topo con su espalda. Tengo que frenar en seco. Llama y, sin esperar respuesta, abre y entra. Lo pierdo de vista.

No escucho nada, y no es que no lo intente. Aunque estoy muy nerviosa, la cotilla que llevo dentro me puede y está deseando averiguar qué es lo que sucede. Me asomo un poco y solo veo su espalda, es tan ancha que ocupa todo mi campo visual.

–Esta bien Joan, gracias –dice una voz grave.

Éste se gira, da la vuelta y sin casi mirarme se va. Hoy no está siendo nada simpático. Tengo que replantearme si me gusta para Sara o no.

Aún no me he dado cuenta de nada. Nadie me ha invitado a entrar, pero ya tengo medio cuerpo dentro y, si he llegado hasta aquí, será porque alguien solicita mi presencia. Hoy me siento valiente.

Solo he invadido un poco la habitación cuando me doy cuenta que dos ojos me taladran con la mirada. Dos ojos azul intenso. Vuelvo a parar y se me reseca la garganta. No puedo tragar.

Es salvaje y sensual. Emanan confianza y seguridad. Domina mi cuerpo sin ni siquiera tocarme. Me enciendo sin poder controlarlo.

Puto dios del sexo.

## PUTO DIOS DEL SEXO

El dueño de esa mirada que me tiene atrapada se levanta sin decir nada. Alejandro. Lo observo mientras avanza directo a mí. La blusa desabrochada sin corbata, las mangas de la camisa remangadas hasta el codo y el pelo desaliñado. Intento salir corriendo, pero mis piernas no se mueven. ¡Malditas traicioneras! Está a menos de un metro cuando me rodea y cierra la puerta. Suspiro aliviada, pero la sensación dura un segundo. Su olor penetra en mis fosas nasales y se me para la respiración. Me estremezco.

Vuelve a pasar por mi lado sin tocarme ni rozarme. Se aleja y deja caer su cuerpo sin llegar a sentarse sobre una gran mesa de despacho. Cruza los brazos a la altura del pecho. No piensa decir nada. Yo tampoco. Él ha pedido que viniera. Que me diga lo que tenga que decir y saldré de aquí cagando leches, siempre que mis piernas decidan dejar de traicionarme y me hagan caso. Las muy putas.

Me observa. Diría que está furioso. No lo entiendo. No he robado nada. Ni partido. Ni destrozado. No hemos hecho el ridículo, al menos nadie nos ha visto, ni nos hemos peleado en medio de la pista. Esta noche, aclaro. Ya estoy diciendo tonterías. Bueno, las estoy pensando, que no es tan malo como soltarlas sin ton ni son y que alguien las escuche.

“Para Dani, no te embales”.

Descruza los brazos y aprieta con las manos el borde de la mesa. Me doy cuenta que tiene los nudillos blancos. Si no deja de apretar con esa fuerza, la va a hacer añicos. La sala está equipada con tecnología punta. Todo un frontal, el de mi izquierda, está lleno de ordenadores y monitores desde donde se puede vigilar y controlar toda la discoteca, y la pared de enfrente, la de mi derecha, es un cristal que va del suelo al techo y desde donde se aprecia toda la sala. Aquí no se escucha la música, sólo un leve zumbido. Está bien insonorizada. Me asomo sin casi moverme y puedo visualizar la pista completamente llena y a la gente bailando desinhibida y libre.

“Cabrones con suerte”.

Se levanta y me asusto. Qué bien le sienta esa camisa blanca remangada hasta el codo, los botones abiertos dejando entrever su pecho... esa forma de caminar...

Babeo.

Se acerca lentamente a mí.

Vuelvo a babear.

La verdad que me da un poco de miedo. Su cara solo indica fiereza y sus ojos indomables están empezando a vidriarse. Diría que son un poco más oscuros que hace solo unos segundos. Me pongo en guardia. Mi cuerpo se alerta.

Frena.

Se masajea la sien, se toca el pelo y llena sus pulmones. Está intentando tranquilizarse, pero algo me dice que no lo consigue. Vuelve a mirarme y su visión sigue siendo la de una persona alterada, perturbada, algo le ofusca y no logro entender qué es. Se da cuenta de lo nerviosa que me está poniendo y se aleja unos pasos. No sabe manejar la situación y eso le asusta. Y creo que no me equivoco si digo que es la primera vez en la vida que le pasa. Está muy aturdido.

Sólo llevo aquí un minuto y ya siento que el oxígeno de esta gran habitación se está acabando. Le doy un toque a mis piernas para que me hagan caso y, cual no será mi sorpresa que comienzo a caminar en dirección contraria a él. Pero sólo consigo avanzar un metro.

–Dónde cojones crees que vas –ruge enfurecido.

Ala, otra vez mis piernas deciden hacer caso al dueño de esa voz y pasar de mí descaradamente. Paro. Es más, me giro y voy hacia él. Me detengo justo a un metro de distancia. “Vaya, gracias piernas traicioneras”.

Lo observo.

Me observa.

Nos observamos.



Bueno, yo lo contemplo, no puedo remediarlo, es en exceso atractivo. Y Sara no se equivoca. Rezuma sexo por todos los poros de la piel. Puedo olerlo desde aquí.

Silencio.

Él lo rompe:

—¿Esta noche te has propuesto besar a todo mi puto Club? —ladra, los ojos se le salen de las órbitas.

No sé qué pensar.

Primero, este es su puto club. Eso tiene mucho sentido. Lo he visto aquí alguna que otra vez, aunque la mayoría casi no las recuerde. Y no tiene pinta de frecuentar estos sitios. Que sea el dueño es otra historia. Ahora todo cobra más sentido. Me ha estado acompañado a casa las últimas semanas. Pero no me conocía de nada. Me ha estado vigilando. Debe ser normal para él. Elegir a su presa y acecharla hasta acostarse con ella. No es difícil para alguien con su poder, su presencia y esta discoteca “trampa para ratones”. Qué fácil. Es muy listo. Pues conmigo la lleva clara.

“Ya te has acostado con él. Siete veces”.

Vete a la mierda.

Segundo, y no menos importante: ¿Qué coño le importa a quien bese! Tal y como mi subconsciente me recuerda, ya me he acostado con él. Ha conseguido su propósito. Y no le ha costado demasiado, por cierto. Qué quiere ahora. ¿Amor eterno? Ironizo. Este portento no es de los que se enamoran ni son fieles a una misma persona. Lo de tener pareja estable ni lo reflejarán sus estatutos. Esta clase de persona necesita un harén a su alrededor para saciarse y así es como se siente pleno. Ya me lo dijo Sara, necesita beneficiarse a tías diferentes para nivelar la tensión sexual mal repartida del mundo. Y, si eso ocurre varias veces al día, la tranquilidad invade el cosmos. El Teorema del Instinto Genital Masculino ¿No lo habíais escuchado nunca? Pues ale, una clase gratis de cultura sexual. Lo que vais a aprender leyendo la puta historia de mi vida.

Espera un momento. Él es el Dios de la Oportunidad. Caigo en la cuenta. No puede ser casualidad que cada vez que han intentado besarme, algo nos interrumpiera. Y está claro que le molesta. No es que no me alegre, si hoy me hubiese ido con alguien a casa, mañana me arrepentiría y mucho, pero no me gusta que se sienta con tanto poder como para decidir nada sobre mi vida. Por muy poca cosa que sea. No sé quién se cree que es.

Me cruzo de brazos. Voy a ignorar lo que acaba de preguntarme. Me pongo chula.

–Dime cuánto te debo por las copas y me iré.

No las habíamos pagado. Todo había sido muy rápido. A lo mejor me ha llamado para que salde la deuda. Me atraviesa con la mirada y aprieta la mandíbula. Un segundo después ríe cínicamente.

–Me importa una mierda....–vuelve a ladrar y para, no termina lo que iba a decir y yo prefiero no saberlo.

Se incorpora de golpe, avanza hacia mí hasta que está lo suficientemente cerca de mi cara como para sentir su respiración sobre mi boca.

–Te voy a follar. Ahora. Sobre esta mesa. Si no quieres que eso ocurra, tienes exactamente tres segundos para salir de aquí –asegura sensual y salvaje.

Vale, preferiría saber qué es lo que le importa una mierda, o no, no lo sé. Ahora mismo no le importa nada, solo quiere follar. Conmigo. Mismo. Ahora. Aquí, sobre esta mesa. Ha tomado una decisión y la va a llevar a cabo. Y yo quiero que me folle, no me puedo mentir a mí misma, otra cosa diferente es que deba. Aun estoy a tiempo de escapar de él, de todo el dolor que puede causarme si lo dejo, de que pueda destrozarme en un futuro, de que me haga añicos el corazón y se lo coma trocito a trocito. Debería hacerlo. Correr, digo. Pero una cosa es lo que deba y otra muy diferente lo que todavía no he hecho. No he salido de aquí corriendo y no creo que me queden muchos segundos para seguir debatiendo sobre el tema.

“Vete Dani. Y no mires atrás”.

–Cero –cierra la cuenta.

“Mierda”.

Se abalanza sobre mí y chocamos, nuestras bocas se unen como si llevaran años anhelándose. Mi cuerpo ha decidido por mí y parece que lo tiene bastante claro.

Me devora.

Lo devoro.

Nos devoramos.

Tiro de su pelo con ambas manos y jadea. Sentir cómo se excita conmigo hace que me estremezca. Me agarra con ambas manos el culo y aprieta. Gimo. Me alza y me insta a que lo rodee con las piernas. Siento como se clava en mí. Resoplo e intento separarme para poder respirar, pero me muerde y no lo permite. Se gira sin soltarme y me deja sobre la mesa sin dejar de consumirme. Sube ambas manos por mis piernas, coge el dobladillo de mi falda y la alza hasta mi cintura. Siento como agarra mi tanga con ambas manos y tira de él rompiéndolo sin ningún tipo de esfuerzo. El dolor que produce el latigazo de uno de los elásticos sobre mi sensible piel me sacude y conecta con lo más profundo de mi ser. Deseo volver a ver ese torso, necesito tocarlo, empiezo a desabrocharle la camisa, pero me coge por ambas muñecas y las lleva a mi espalda. Con una mano me sujeta y con la otra decide masajear durante demasiado tiempo mis pechos. Como siga así esto se termina antes de lo esperado. Empieza a bajar y frota mi clítoris despacio, a continuación lo abandona y se adentra en mí fácilmente con un dedo. Ahogo un sofoco.

–Estás muy húmeda.

“Dime otra cosa que no sepa”.

Seguimos devorándonos. La espera se está haciendo eterna. Al momento siguiente, se aparta completamente de mí. Deja de tocarme y yo me siento perdida. Abandonada. Nos miramos jadeando.

“¿Pero qué coño hace? Le gusta jugar...”

–¿Qué quieres Daniel?

Me está devolviendo la de esta mañana, cuando lo seduje en la cocina.  
“¿Qué? ¿Tú que crees?”

–No te voy a tocar hasta que me digas lo que necesitas.

Respiramos fatigosamente. Esta bien. Como siga con este juego no voy a tardar en llorar suplicando.

–A ti... dentro de mí...

Y, dicho y hecho. En poco menos de dos segundos se ha sacado la polla y la inserta en mí sin ningún tipo de consideración. No es que no la espere en estos momentos, pero ha sido tan rápido que me coge desprevenida aunque se lo haya pedido yo.

Me llena entera. Siento como en la primera estocada llega hasta lo más profundo de mi ser.

–Espera –le pido.

Pero no lo hace y vuelve a penetrarme. Una oleada de placer me recorre de los pies a la garganta. Nadie, nunca en mi vida, me había hecho sentir tan sexual en tan poco tiempo. En la tercera estocada chilló de desesperación. Me voy a correr y creo que es demasiado pronto. Va a percatarse de cómo me hace sentir y no quiero descubrirme ante él. Nuestras miradas siguen conectadas. Dios, qué guapo es.

–Por favor... –lloriqueo mientras sigue profundizando en mí sin piedad. Una y otra vez. Una y otra vez.

–Dime qué deseas... y lo haré...

Su tono denota delirio. No sé a qué se refiere exactamente. ¿A ahora mismo? ¿Al resto de mi vida?

“Despierta Dani. Tanto placer está haciendo que pierdas la cabeza”.

Sin decir nada más, con la mano que tiene libre, vuelve a masajear mi clítoris y a partir de ahí caigo en picado en una espiral de emociones. No lo puedo soportar más. El placer se expande desde mi estómago hasta los dedos de los pies. Caigo sin paracaídas desde un avión a diez mil metros de altura.

Exploto. Y cada poro de mi piel se abre para absorber el impacto.

Empieza a bombear más fuerte. Sus gemidos, ahora gritos, me indican que él también está terminando conmigo. Nuestros ahogos retumban en la habitación. Dejamos de besarnos, pero seguimos mirándonos, la conexión que siento es intensa y devastadora. Física y mentalmente.

—¿Lo... sientes?....

Por supuesto que los siento. Cada célula de mi piel está conectada a él. Tras breves segundos de intenso placer, las embestidas cada vez son más lentas, pero igual de intensas y siento cómo se derrama dentro de mí. Está caliente y resbaladizo. Lo agarro del culo, lo empujo hacia mí y exprimo hasta la última gota de su esencia. Su dulce néctar me empapa, me deja marcada y él suelta el último rugido.

Apoyo la cabeza sobre su pecho intentando serenarme tras las últimas sacudidas del orgasmo. Ha sido extraordinario.

Me acaricia el pelo lentamente con una mano mientras que con la otra me masajea la espalda. Parece que está demorando el momento de salir de mí y yo, por supuesto, no le voy a decir que lo haga.

## TE QUIERO NENA

Siete años antes.

Estoy tumbada sobre mi cama toqueteando la pulsera que siempre me acompaña, una cadenita de plata con varios objetos colgando que me regaló mi madre, intentando estudiar un poco, pero es imposible concentrarse con Álvaro besando mi cuello y suplicando en mi oído que haga un descanso.

–Algunas personas tenemos que estudiar –lo empujo suavemente–, no gozamos de ese cerebro privilegiado –le toco la cabeza con el dedo.

No hace ni caso, me atrae hacia él, me sonrío, me quita el libro de la mano, lo tira al suelo y se tumba sobre mí.

–Y yo te necesito a ti para seguir cuerdo.

Me besa. Suavemente, despacio, tomándose su tiempo. Me acaricia. Me mimas. Me saborea. Yo gozo de su roce y me derrito debajo de él. Me tiene totalmente atrapada, y no solo hablo en el sentido literal de la palabra. Es tan absolutamente grande lo que siento por él que no puedo describirlo con palabras.

Este es nuestro segundo año juntos y nada ha cambiado desde el primer día entre nosotros. No podemos separarnos el uno del otro, casi vivimos juntos. O estamos en su casa, o estamos en la mía.

Se puede decir que no tiene familia. Sus padres no han fallecido como los míos, pero casi no los ve. Esto me da mucha pena. Yo ni siquiera los conozco. La verdad es que sé muy poco sobre su familia. No se llevan bien y no le gusta hablar del tema, así que yo intento ignorarlo aunque no siempre lo consigo. Lo único que he podido sonsacarle es que su padre no está de acuerdo con la carrera que ha escogido y a lo que quiere dedicar el resto de su vida. Quiero saberlo todo sobre él y que lo sepa todo de mí. Le he abierto mi alma. Le he hablado del dolor por la muerte de mis padres, de la soledad que siento desde entonces, del vacío que se apoderó de mí y que solo él ha conseguido llenar de alguna manera. Del daño que sentí en mi corazón y de lo resentido que está todavía. Todo. Quiero que lo sepa todo. Que él fue quien me abrió el espíritu, quien hizo que el dolor se atenuara, quien recompuso los pedazos poco a poco y quien ocupa la mayor parte de mis pensamientos y mis ilusiones.

Tras hora y media de saciarnos el uno del otro, nos abrazamos. Me gustaría que el tiempo a su lado restase y no sumara, que no acabara nunca este momento, ni ninguno de los que paso a su lado.

–¿En qué piensas Nena?

–En todo lo que te quiero –me aprieta más contra él y suspira– ¿Sabes?– sigo–. Aun espero que se cumpla el deseo que pedí la noche de la lluvia de estrellas.... ¿Qué pediste tú? –Me agarra los pechos y los masajea suavemente.

–Esto...

Abro la boca sin saber qué decir. Lo siento reír sobre mi cuello. Le doy una patada y lo empujo al borde de la cama muerta de risa.

–Serás idiota...–le tiro un cojín y se vuelve a acercarse a mí.

–Te quiero, Nena –me da un corto beso en los labios. Se levanta y se va. Escucho como se despide de mi compañera de piso y cierra la puerta.

No puedo ser más feliz.

\*\*\*\*\*

## Actualidad

Estoy muy cómoda en el pecho de Alejandro, pero por mucho que esté disfrutando este momento, no voy a permitir que tenga la oportunidad de echarme de su lado, otra vez. Así que, aunque no es lo que deseo, me voy a ir yo.

Levanto la cabeza y, aun jadeando, me separo de su cuerpo despacio. Sale de dentro de mí y se retira. Me bajo de la mesa, tiro de la falda hacia abajo y busco con la mirada mi destrozado tanga. Está completamente roto bajo la mesa. Me agacho, lo cojo y lo guardo en el bolso que aún llevo colgado.

Alejandro todavía no ha dicho nada. Lo miro, está apagando algunos monitores y se está poniendo la chaqueta. Voy a decir adiós, pero en ese momento, me da una toallita húmeda y me dice que me limpie.

–Gracias, prefiero ir al baño.

–Esa puerta de ahí –la señala.

Entro, demasiado deprisa, y cierro la puerta. Me lavo y vuelvo a salir. No quiero tardar demasiado. No sé hacia donde ir. Me decido por la puerta de salida.

–Tenemos que hablar –suena a una orden.

No sé exactamente de qué. Tal vez sea del hecho de que se ha corrido varias veces dentro de mí en las últimas horas y no ha utilizado preservativo y, en realidad, no sabemos nada el uno del otro. Es un tema peliagudo, pero necesario aclarar. Yo puedo ser una descerebrada que busca atraparlo y él tiene pinta de haber recorrido mucho mundo. Me vuelvo y voy directa al grano:

–Tomo la píldora –parece que no está sorprendido. Ni del tema que le he sacado, ni del hecho de que la tome.

–Me dejas mucho más tranquilo –dice en un tono demasiado sarcástico.

Parece que no era eso de lo que quería hablar.

–Y tú deberías ponerte condones para fo... –levanto la voz.

–Yo no follo sin condón –me corta–. Y modera tu lenguaje, señorita.



Voy a obviar esto último que ha dicho.

–Pues cualquiera lo diría... creo que en las últimas veinticuatro horas se te ha olvidado usarlo... –me pongo a contar con los dedos– ... bastantes veces.

Viene hacia mí decidido, me coge de la mano y tira.

–Vamos, hoy duermes en mi casa.

–Yo creo que no –digo mientras me suelto, pero me vuelve a agarrar.

–Estoy seguro de que si –ruge, pero me vuelvo a soltar.

–¿Por qué debería?

Me vuelve a coger. Esta vez sobre sus hombros. Durante unos segundos me quedo paralizada y al momento siguiente empiezo a patallar.

–Suéltame. Suéltame ¡joder!

Camina hacia el fondo de la habitación. Le da a un botón y se abre un ascensor ante nosotros. No me había dado cuenta de este pequeño detalle. Entramos, me suelta frente a él, apoya mi espalda sobre el espejo y se agacha lo suficiente para dejar sus ojos a la altura de los míos.

–No deberías... –dice como si también estuviera seguro de que no me conviene acercarme a él, como si me estuviera advirtiéndome– ... pero no puedes hacer otra cosa. Intentas alejarte de mí, pero tu cuerpo no puede evitar necesitarme.

Ha definido exactamente lo que siento, pero me da la sensación de que no solo habla de mí.

Salimos del ascensor cogidos de la mano. Llega directamente a un garaje privado donde solo hay tres coches. Nos subimos a un BMW serie 7. ¿Colecciona esa marca como cromos? Cuando me suelta, me doy cuenta de lo fuerte que me tenía agarrada.

No hablamos por el camino. Aprovecho el trayecto para analizar lo que me ha dicho unos momentos antes. Es verdad que mi cuerpo necesita estar con él de manera desesperada, pero no creía que se hubiera dado cuenta. A veces soy un libro abierto. O ha aprendido a leer demasiado rápido cada uno de mis sentimientos.

“No flipes, Dani. No tienes sentimientos hacia él”.

Lo miro y parece que está enfadado. Aprieta tanto el volante con las manos que tiene los nudillos blancos. Pero enfadado por qué. Este hombre morirá de un ataque al corazón más pronto que tarde. Parece que está debatiendo la idea de llevarme con él o alejarse de mí. Pues ya somos dos. No hace falta que le dé tantas vueltas. Que me lleve a casa y se aparte. No ha dicho que no pueda hacerlo, sólo se ha referido a mi necesidad de él, nunca a su necesidad de mí.

Para frente a su edificio. Pulsa un botón sobre el panel del coche y el garaje se abre. Bajamos dos plantas y aparca en una plaza muy amplia. Junto al Serie 6. Y al lado de tres motos preciosas. No entiendo mucho de dos ruedas. Una es una Ducati Monsters 1200 R roja y las otras dos marca BMW negras y blancas.

No espero a que me abra la puerta, aunque por un momento he pensado que debería, me da la impresión que es de ese tipo de hombres. Nada más salir, me vuelve a coger de la mano. Ahora que me ha dado tiempo de tranquilizarme, soy más consciente de la fuerza que ejerce sobre ella.

Entramos en su maravillosa casa. Me encanta, es impresionante. La última vez que estuve aquí, ayer, no me dio tiempo a admirarla como se merece. Es enorme. Concepto abierto. Tiene seis habitaciones aunque yo solo conozco una y la cocina, “y el suelo de la cocina”. Colores sobrios. El suelo de madera oscura. Paredes beige y cortinas del mismo color. Dos inmensos sofás de cuero marrón en el centro del salón, la estancia es más grande que mi casa. La cocina al lado semi abierta. Con una gran barra por un lado y una puerta con arco en otro.

–¿Qué quieres beber? –después especifica– ¿Agua? –su manera de levantar las cejas al preguntarlo me indica que no se me ocurra pedir otra cosa que no sea eso. Debe creer que ya he bebido suficiente por esta noche.

–Si, gracias.

Camina hacia la cocina y lo sigo. Abre el frigorífico y saca dos botellas de agua muy frías. Me ofrece una y la cojo. Está helada.

–Bebe –bebo, lo necesito y él lo sabe.

Alejandro imita mi gesto sin dejar de mirarme por encima de la botella. Me siento sobre un banco alto.

–Tenemos que hablar –me clava la mirada.

Vuelve a insistir. Es cierto que antes no ha terminado de decirme lo que quería. Ni siquiera lo dejé empezar. Me gusta interrumpir las conversaciones que no me interesan. Otra de mis virtudes. Tengo muchas. De esta hasta me enorgullezco. Me llevó mucho tiempo perfeccionarla. Pero no puedo eludir esta charla otra vez y, además, a mí también me interesa aclarar de qué va esto.

–Lo siento.

No salgo de mi asombro repentino. Se está disculpando por algo. Me intriga saber de qué. No digo nada. Lo dejo que siga.

–Sé que puedo ser un poco... desconsiderado. Soy posesivo. Lo soy con todo lo mío.

Yo diría más bien dominante, descortés, autoritario, irascible, serio... Tiene lógica que controle lo que es suyo, pero yo no lo soy. ¡Nos conocemos de hace solo cinco minutos!

–No me gusta andarme con rodeos, y contigo estoy dando demasiadas vueltas.

–Yo creo que has sido muy claro. Nos hemos acostado. Demasiadas veces. No es para tanto –le resto importancia y a él se le cambia el semblante.

–¿Te han parecido demasiadas? –su voz dura es remplazada por un sensual y salvaje gruñido. En un segundo el aire se enrarece, mi corazón se acelera y todo se vuelve un tono más íntimo. Se está acercando a mí lentamente. Rugiendo por dentro. Me roza.

–Creo que lo hemos hecho demasiado rápido... –me coge en brazos y me sube sobre la encimera–. Ahora te voy a volver a follar... –se pega a mí y se acomoda entre mis piernas– ...solo una vez..., –me acaricia la cara y el cuello con ambas manos–, pero va durar... –roza mis labios con los suyos moviéndolos de lado a lado – ...toda la noche–. Es una promesa. Y me besa. Primero despacio. Mordiéndome el labio inferior y después lamiéndolo lentamente. Hace lo mismo con el superior. Cuando termina, se abre paso con la lengua dentro de mi boca explorando todos sus recovecos. Yo estoy ya muy

excitada y antes de darme cuenta tiene la mano derecha metida entre mis piernas. No le ha costado ningún tipo de trabajo acceder a mí porque no llevo ropa interior, el tanga que destrozó hace un rato sigue dentro de mi bolso. Justo la vez anterior que hizo conmigo y con mi cuerpo lo que le vino en gana. Gimo.

–¿Lo ves?– saca el dedo de dentro de mí y me lo acerca a la boca. Quiere que vea lo rápido que me excito por él. Yo la abro y lo introduce en ella–. Siempre estás preparada para mí. Tu cuerpo me espera con ansía –lo saca–. Hoy lo vamos a hacer despacio. Te voy a dejar marcada para que no vuelvas a resistirte a mi.

Jadeo. Me coge en brazos y me lleva al dormitorio. Me deja de pie junto a la cama. Me mira, me observa y comienza a desnudarme. Esta vez todo ocurre muy despacio. Me quita la cremallera del vestido y éste cae al suelo. Ahora mismo estoy casi completamente desnuda. Sólo llevo el sujetador y mis zapatos de tacón. Se aparta y me devora con la mirada. Vuelve a acercarse y me quita el sujetador. Él sigue completamente vestido. Me empuja hacia la cama y me deja caer despacio. Se olvida de mi boca y comienza a besarme los pechos.

–Son perfectos... –primero besa el derecho, lentamente y, cuando lo tengo completamente enrojecido y sensibilizado, lo pellizca con la fuerza suficiente para que una corriente eléctrica recorra mi cuerpo. Me estremezco y jadeo.

–Siente como te toco... Como cada célula de tu piel reacciona a mis caricias... –sigue bajando y me besa el ombligo... las caderas... las rodillas... Vuelve a introducirme un dedo, mi cuerpo vuelve a vibrar, gimo.

–Lo notas... estás hecha para disfrutar de todo lo que voy a darte... – mi mente ha viajado a otro planeta y no puede unir dos palabras coherentes.

–¿Lo sientes? –me introduce otro dedo. Esta vez un poco más brusco y chillo.

Sigue con el masaje en mi interior, entrando y saliendo. Entrando y saliendo. La otra mano abandona las suaves caricias que me estaba regalando sobre los muslos y sigue sobre mi clítoris masajeándolo con mucha parsimonia. Es tal el placer que siento que me parece estar experimentando el orgasmo más largo e intenso de mi vida. Necesito explotar ya. Necesito que me haga caer al abismo. No puedo esperar más.

–Alejandro... por favor... – suplico.  
–¿Qué quieres Dani?  
–Necesito... necesito... correrme.

Sin parar de torturarme, pero ahora más despacio:

–¿Qué necesitas?  
–A ti... te... te necesito a ti.

–Que no se te olvide –y, sin dejar de hacer lo que está haciendo, me besa desenfrenado. Mi pecho, mi mente, mi estómago, mi alma... toda yo explota en mil pedazos y todo se nubla a mi alrededor. Es tan fuerte la sacudida que llego a perder la noción del tiempo. Convulsiono y me estremezco.

Aun me encuentro recuperándome del orgasmo, retorciéndome bajo su cuerpo, cuando noto que se saca la verga y la introduce en mí de una estocada. Chillo. Él jadea fuerte, como si le doliera. Me llena por completo. Sale un poco y vuelve a introducirla. Vuelve a jadear de manera deliberada.

–Me estás volviendo loco.

He viajado a tantos planetas en las últimas dos horas que no sé muy bien en cual de ellos me encuentro. Entra y sale. Entra y sale. Lo hace despacio. No tiene prisa. No me mintió cuando dijo que esto iba a durar... toda la noche.

Me despierto abotargada, pero sé muy bien donde estoy. Exactamente en la cama de Alejandro. El cabrón enchaquetado que está negociando la compra de una empresa con mi hermano. ¡Fernando! Si me viera en estos momentos, se volvería loco. Su hermana, yo, alternando con un hombre “demasiado mayor” (por cierto, tengo que preguntarle cuántos años tiene), quedándose a dormir en su casa y... follando de esta manera tan... bestial. Esto último no se lo creería aunque se lo dijera. Piensa que aún soy virgen. En realidad sabe que no es así, le quedó bastante claro cuando me ocurrió aquello, pero parece que le guste pensarlo. Soy su hermana pequeña. Supongo que es normal.

Me he dado cuenta de que Alejandro no está a mi lado. Ruedo un poco sobre la cama y su olor penetra en mis fosas nasales. Cierro los ojos e

inspiro profundamente. Me estremezco. Todo mi cuerpo reacciona y vuelvo a viajar, esta vez, al país de nunca jamás. Los abro y la luz tenue a través de las cortinas bañan mi piel. Debe ser bastante temprano. El sol aún no brilla con toda su intensidad. No habremos dormido más de dos horas. Tal y como prometió, estuvo follándome toda la noche, aunque esta vez no fue exactamente... follar. Nos sentimos. Nos miramos. Conectamos de una manera muy íntima. Lo había sentido con él la primera vez que lo hicimos, pero esta vez ha sido diferente. Es como si nos hubiéramos dado cuenta de la existencia del otro y de la necesidad de tenerlo cerca. Al menos, en mi caso, ha sido así. No sólo ha sido... físico.

Estoy bastante asustada. Un cúmulo de sentimientos me aprisionan el pecho. Esto es exactamente de lo que llevo tanto tiempo huyendo. Esto es, exactamente, lo que no quería que volviera a pasar, esto es lo que tanto miedo me da. De momento no puedo respirar. Noto cómo mi boca se seca y una piedra de varias toneladas aplasta mi pecho. Me siento en el borde de la cama y agacho la cabeza entre las piernas. No mejora. Hacía mucho tiempo que no tenía un ataque de pánico de estas dimensiones. Me miro las manos y están temblando. Las abro y cierro un par de veces. Respiro lentamente como me enseñaron en la terapia e intento relajarme, pero no sirve de nada. No puedo controlarlo, es demasiado intenso.

Necesito agua.

Me levanto y cruzo el pasillo. Tal vez salir del dormitorio me ayude. Llego a la cocina arrastrando los pies, abro el grifo, lleno un vaso hasta la mitad, bebo a sorbos y consigo apaciguar los nervios. Después de unos minutos, escucho unas voces amortiguadas a lo lejos y soy consciente de que no he visto aún a Alejandro. Mi estado de ansiedad no me ha dejado preocuparme de otra cosa, pero ahora que me encuentro mucho mejor, decido ir en su busca. No puedo alejarme de él, tal vez estar cerca sea lo que necesito.

“¡En el lío que te estás metiendo!”.

Lo sé.

## ¿CUÁNDO HA OCURRIDO TODO ESTO?

Alejandro está en lo que debe ser su despacho. Lo escucho hablar con alguien. Puede que esté acompañado, pero no, me acerco a la puerta un poco más y compruebo que está hablando por teléfono con el manos libres mientras toquetea el teclado del ordenador y observa la pantalla sin perder detalle. Como soy una cotilla redomada, suma y sigue al listado de mis virtudes, me quedo escuchando agazapada tras la puerta.

“Lo sé. Sé exactamente qué tengo que hacer”. Dice Alex.

“Pues no parece que lo sepas”. Le contesta el altavoz.

“Lo tengo controlado”.

“Escucha, se nos está terminando el tiempo. Dijiste que lo tendrías cogido por los huevos en una semana. Han pasado tres. Tenemos que firmar la compra antes del viernes. La Junta me está presionando”.

Mi dios del sexo deja el ordenador, agacha la cabeza, suspira y se masajea la sien. Parece preocupado... casi derrotado.

“Alejandro. Esto es importante. No puedes echar a perder esta oportunidad de negocio por una noche...” Dice el altavoz

“¡No sigas!” Corta mi hombre.

¿He dicho mi hombre?

“Hay muchos millones en juego. Esto no solo va de ti. Somos muchos los implicados”.

“Te he dicho que lo sé. Está... controlado”. Repite.

“ Te llamo el lunes”. Sigue y cuelga.

Se queda mirando fijamente al ordenador y gruñe. Con las manos en

la cabeza, se toca el pelo de manera frenética y espasmódica. No entiendo por qué está tan preocupado, pero siento unas irremediables ganas de consolarlo. Así que llamo a la puerta y la empujo con cuidado, lo justo para que nuestras miradas se encuentren. Conectamos al instante. En un primer momento me observa como si le doliera, pero al instante siguiente sonrío, se recuesta sobre su silla y me hace un gesto para que me acerque. Lo hago. Me sienta sobre su regazo y me abraza. Yo me dejo. El ataque de nervios en el que me encontraba me ha impedido darme cuenta de que estoy casi desnuda. Solo llevo una camiseta enorme que me puso él hace un par de horas. No llevo ropa interior y se me ven fácilmente los pechos. A él no parece importarle. Entierra su cara en mi cuello e inhala fuertemente. Justo lo que yo he hecho nada más despertarme. Aspirar su olor. Introduce una de sus manos bajo la camiseta y me acaricia la espalda.

–Estás temblando.

–Estoy bien... Ahora que estoy contigo.

Saca la cabeza de mi cuello y entrelazamos las miradas. Acerca su boca a la mía y me besa lentamente. Me separo un poco.

–Puedo irme si tienes trabajo –insinúa.

Y reanuda su beso. Sus besos. Mis besos. Nos devoramos pausadamente, sin prisas durante.... Pierdo la noción del tiempo. Esta vez no llegamos a más. Queremos saciarnos el uno del otro de una manera inocente. Precavida. Ahora mismo, es lo que necesitamos. Sentirnos, percibir como nuestra piel se eriza al tocarnos, apreciar como nuestras pupilas se dilatan de deseo por el otro, valorar nuestras emociones. Dios, esto es una locura. ¿Cómo he dejado que pasara? Me va a destrozar. Alejandro no es de los que se enamoran. Cuando ya no quiera nada más de mí, me apartará y me alejará de su lado. Pero yo seguiré sintiendo esta necesidad de sus besos, de sus caricias, de su deseo, de su mirada, de su posesión, de su fuerza, de su ímpetu... de... él.

No sé cuándo ha ocurrido. Ni me lo voy a plantear. Sólo necesitas ocho coma dos segundos para enamorarte perdidamente de alguien y yo, desde luego, no he necesitado más.

“Estás completamente jodida”.



Intento contener el llanto, pero me es imposible. Unas irrefrenables ganas de llorar se han apoderado de mí y las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas. Alex se da cuenta pero no dice nada, sigue abrazándome, absorbe con sus delicados besos mis sollozos y deja que me desahogue durante varios minutos.

–Sssh –trata de calmarme. Cuando consigo tranquilizarme un poco, me coge en brazos y me lleva a la cama.

–Vamos, necesitas descansar.

Entramos en la habitación, me deja en el suelo y me quita la camiseta instándome a que alce los brazos. La saca por mi cabeza. Me deja completamente desnuda. A continuación él hace lo mismo. Aprovecho para admirar su perfecto cuerpo cincelado. Me posa sobre las sábanas y se tumba detrás de mí abrazándome desde la espalda. Me quedo dormida mientras él me besa la nuca y los hombros. Es la sensación más agradable y deliciosa que he sentido nunca. En tan solo una semana he pasado de querer alejarme de él porque todas las señales eran de advertencia, a necesitarlo para poder dormir y sentirme a salvo.

Esto no puede ser bueno.

Esto no debe seguir así.

Esto no puede terminar bien.

–¿A dónde vamos? –pregunto, él se gira y me sonrío.

–Es una sorpresa –alarga su brazo y posa su mano sobre mi muslo. Presiona un poco y en milésimas de segundos mi cuerpo se activa y vuelve a vibrar por él.

Vamos en su BMW serie 7 y me siento relajada. Hemos pasado el día juntos y todo ha sido natural y comedido, bueno, nada es comedido a su lado, él es todo pasión y desenfreno, pero creo que ha estado conteniéndose, no sé si porque no quiere asustarme –ya es tarde para eso–, o porque él también necesitaba un poco de tiempo.

Por la tarde me ha acompañado a casa y ha esperado dando vueltas por el salón como un mono enjaulado mientras yo me duchaba y arreglaba.

Cuando he salido preparada y me ha visto, he observado cómo se le dilataban las pupilas y cómo de su garganta ha salido un casi imperceptible gruñido. Me ha agarrado de la mano, ha tirado de mí fuera de la casa mientras susurraba para sus adentros que no íbamos a salir de allí si lo pensaba demasiado. En el ascensor he podido ver como se recolocaba su dominante intimidad. Ha sido gracioso. Puede ser un dios dominante y, al mismo tiempo, dulce y humano.

Son las nueve de la tarde de un sábado de finales del mes de Octubre. Aún hace calor, aunque por la noche refresca bastante. He optado por un vestido gris oscuro cortado bajo el pecho y agarrado al cuello, largo y de falda de vuelo. Unas sandalias negras de plataforma *Variana de Aldo* y a conjunto con el bolso con tachuelas y una chaqueta de cuero. Él va impecable con unos pantalones chinos gris oscuro, zapatillas *Globe Motley* grises, camiseta blanca y una chaqueta larga de paño negra muy casual. Está para comérselo. Cuando lo vi salir del dormitorio, a mí también se me dilataron las pupilas y se me volvieron a mojar las bragas, si las hubiese llevado puestas.

Paramos ante el edificio del Círculo de Bellas Artes. Me encanta venir aquí, lo visito una par de veces al mes. Me impregno del arte de toda clase de artistas y sus obras me abren la mente y me ayudan a ver las cosas desde otra perspectiva. Pero... no entiendo qué hacemos aquí. Creí que iba a llevarme a cenar. Bajamos del coche, le da las llaves a un hombre al que llama Carlos, parece que nos estaba esperando y le indica que le mandará un mensaje cuando lo necesite.

Posa su mano derecha bajo mi espalda, me empuja suavemente y comienzo a caminar junto a él. Es una necedad y muy sutil, pero me domina, es así de simple. Me da la mano y me insta a que entre delante de él.

–¿Qué hacemos aquí?

–Mi niña curiosa... – me besa los nudillos.

“¿Mi... niña?” Coge la pala y recógeme del suelo.

Subimos en uno de los ascensores y salimos a una terraza enorme e iluminada. Sabía que estaba aquí, pero nunca había subido. No la conocía. Es maravillosa. Desprende lujo y elegancia. Segrega romanticismo con esas ristras de pequeñas luces encendidas y mucha vegetación. Huele

maravillosamente bien, a primavera, aunque estemos en octubre. Frente a nosotros se postra la diosa Minerva y más allá, a lo lejos, puedo ver la Castellana, La Puerta de Alcalá, Gran Vía y La Cibeles. Esto es un lujo para todos los sentidos, pero especialmente para la vista.

Estamos completamente solos. Solo veo a un camarero que en estos momentos se acerca sonriendo hasta nosotros.

–Buenas noches, señor Fernández –hace una pequeña reverencia con la cabeza–. Acompañenme, por favor.

Mis pies no se mueven hasta que Alejandro no tira sutilmente de mí. Estoy impresionada y conmovida. Ha organizado esta cena, en este sitio y se ha encargado de que lo tuviéramos solo para nosotros. Le ha tenido que costar una pasta y un par de influyentes llamadas telefónicas para conseguirlo, y en tan poco tiempo. Pero lo que más me emociona y, al mismo tiempo me perturba, es que haya hecho todo esto por... mí. Debe significar algo ¿No?.

Nos sentamos en una mesa muy pequeña adornada con una vela y unas pocas margaritas blancas. Son mis preferidas. Qué casualidad. Me recuerdan mi niñez, a las tardes en la casa del pueblo de mi abuela. Rodeada de mi familia, de mis... padres.

Estamos uno frente al otro, pero podemos tocarnos con facilidad, nuestras piernas se rozan bajo la mesita.

–Alejandro, esto es... demasiado –le acaricio la mano y después la aprieto.

–Todo, Nena –me guiña un ojo.

No sé qué quiere decir con “todo”, pero es la otra palabra la que me deja petrificada: Nena... Me estremezco y algo se remueve en mi interior. Hace mucho tiempo que nadie me llama así. Sé que es un apelativo muy común, pero para mí tiene mucho significado. Estoy...

\*\*\*\*

6 años antes.

–¡Nena; ¡Nena! –me giro y antes de darme cuenta lo tengo sobre mí, me ha cogido en brazos y estoy dando vueltas abrazada a su cuello.

–Hemos aprobado Arte Procesual –sonríe–. No nos queda nada, Nena. En pocos meses te tendré toda para mí... en nuestro piso en Paris –me baja y me besa.

Paris. Un proyecto que teníamos en mente desde hacía un año, el comienzo profesional de nuestras carreras. Estaba muy ilusionada. Era algo que llevaba esperando mucho tiempo. Me entusiasmaba en demasía, pero lo que más me seducía era la idea de irme con él, juntos, a otro país. Empezar algo nuevo y nuestro. Iniciar una vida juntos era lo que deseaba desde que me había dado cuenta de que no podría llamarse vida la existencia lejos de él.

Termina de besarme.

–Tengo que irme, llego tarde a Pintura Mural –me besa la nariz–. Te recojo a las seis –vuelve a besarme y desaparece ante mis ojos igual de rápido que ha llegado.

Ni siquiera me ha dejado decir nada. Me tengo que agarrar a la pared para no caerme de lo mareada que me encuentro. Es un torbellino que se llevó todo lo malo de mi vida, una tormenta que arrasa mi día a día, un remolino de sentimientos que me superan. Un ciclón que invade mi mente a cada segundo haciéndome feliz. Llegó y trastocó mi existencia, y nada ha vuelto a ser igual. Todo fue... muchísimo mejor.

Son más de las seis de la tarde. Concretamente las seis y veinte y Álvaro todavía no ha llegado. Estoy dando vueltas por mi piso sin saber muy bien qué hacer. He terminado de preparar la mochila con un poco de ropa antes de las cinco. Desde entonces estoy esperando. Le he mandado un par de mensajes y no me ha contestado. Vamos a pasar el fin de semana a una casa en el campo que tiene su familia no muy lejos de aquí. No sé exactamente dónde. No me ha dicho nada. Quiere darme una sorpresa. Ese era el plan.

Dos minutos después de la última vez que miré la pantalla de mi móvil, lo vuelvo a hacer. La observo como si tuviera la culpa de su tardanza. Son las siete de la tarde y mi estado de nerviosismo ha pasado a un casi ataque de pánico. No es normal que haga esto. Siempre estamos conectados. Si no estamos juntos, nos enviamos mensajes. Nunca pasa más de una hora entre envío y envío aunque no tenga nada que decirme. Está claro que ahora tiene que darme alguna explicación, así que no entiendo por qué no me llama.

Después de quince minutos más de desesperación, llamo a un par de compañeros de clase para ver si saben algo de él. Sergio, uno de ellos, me dice que salió de clase a las once de la mañana para contestar una llamada telefónica y que después de eso no volvió a entrar ni para recoger sus enseres de pintura. Se marchó. Pero no sabe dónde. Después de eso, nadie ha vuelto a verle por la facultad.

A las nueve lo he llamado veinte veces, le he enviado varios correos y mensajes de texto. No me quedan pelos en la cabeza ni uñas en los dedos. Me he tomado tres valerianas y cuatro tilas, pero no han servido de mucho. No han servido de nada.

A las diez no puedo parar de llorar. Mi mente es muy imaginativa y lo vislumbra de la peor forma posible. Estoy tentada de llamar a los hospitales. Son miles las conjeturas que pasan por mi mente.

A las doce, me he tenido que tomar un tranquilizante de los que tengo guardado en el fondo del cajón de la mesita. Hacía años que no los necesitaba, pero esta es una buena ocasión para hacer uso de ellos. A la una de la mañana estoy totalmente drogada y no puedo parar de llorar. Tirada sobre mi cama, espero que el sueño me venza y la oscuridad se apiade de mí. Necesito dormir y dejar de martirizarme. Mi mente va a mil por hora y necesito que pare, dejar de imaginar las mil y una circunstancias, todas de ellas catastróficas, en las que se puede encontrar Álvaro.

El sábado por la mañana no me encuentro mejor. Clara, mi compañera de piso, intenta consolarme, pero sabe que es imposible que pueda dejar de preocuparme. No encuentro otra explicación que no sea la de que le ha

pasado algo y, como no conozco a su familia ni ellos sabrán de mí, nadie me ha avisado de nada.

Deambulo durante todo el día por el piso. Por la tarde le pido a Clara que me acompañe a casa de Álvaro. Estoy casi segura de que no estará allí, por eso no he venido antes, pero tengo que comprobarlo y descartar la opción de que esté tirado en la bañera, con un golpe en la cabeza y desangrándose. Sí, así son todas las opciones que baraja mi mente. Fatales y sin un final feliz.

Frente a su puerta, me tiembla tanto el pulso que soy incapaz de meter la llave en la cerradura. Clara me la quita de las manos, la introduce y gira. Voy directa al cuarto de baño de la habitación. El dormitorio está todo destartado. Hay ropa tirada sobre la cama y zapatos esparcidos por el suelo. El armario está abierto y no encuentro su mochila. Parece como si hubiera tenido que hacer el equipaje corriendo. Tenía que haber hecho la maleta para irnos de fin de semana, pero de ninguna manera hubiera dejado todo así. El piso de Álvaro siempre ha estado recogido y limpio. Él no dejaría la habitación de esta manera. El resto del piso sigue en orden y en su sitio.

Volvemos a casa y Clara no encuentra la manera de hacerme sentir mejor, así que prefiere estar en silencio y yo se lo agradezco. Esa noche vuelvo a drogarme para poder descansar algo. Me quedo dormida preguntándome qué ha podido pasar, convencida de que tiene que haber una explicación lógica para todo ello y de que Álvaro volverá y me lo contará.

“Tranquila Dani, todo va a salir bien”.

A la mañana siguiente me despierta el sonido del móvil. Me asusto y me levanto de golpe a descolgar el teléfono que tengo abrazado al cuerpo.

–Dani –es la voz de Álvaro. Suena cansado y desesperado. Creí que me enfadaría con él, pero no puedo hacerlo.

–Álvaro...

–Dani... yo... Lo siento.

Llevo varios segundos llorando. No puedo controlarme. Una tranquilidad infinita acaba de invadir mi alma. Está vivo. No le ha pasado nada. En lo más profundo de mi ser resonaba con fuerza la posibilidad de no

volver a verlo jamás. Y eso me aterraba. No lo podría aguantar... otra vez. Cuando perdí a mis padres, el desgarró en mi joven corazón fue de tal magnitud que no podía respirar, se detuvo el fluir de la sangre en mis venas y dejé de percibir todo lo que pasaba a mi alrededor. Afortunadamente, ahora mismo, vuelvo a hablar con él.

–¿Qué ha ocurrido?... ¿Dónde estás?

–No quiero hablar de eso ahora. Sólo... sólo quería que supieras que estoy bien. Estoy en Barcelona.

Sus padres viven en esa ciudad. Es una de las pocas cosas que sé de su familia. Algo importante ha tenido que ocurrir para que Álvaro haya viajado hasta allí. En los casi cuatro años que llevamos juntos, solo ha ido en dos ocasiones y ninguna de ellas en Navidad, ha preferido quedarse conmigo, argumentando que yo no tengo familia y que no me va a dejar sola, pero sé que hay algo mucho más profundo para no querer estar con su familia unos días tan señalados. Este tema me cabrea mucho y me enfada. Yo daría la vida por volver a ver a mis padres sólo una vez más.

–No estoy seguro de cuando volveré... Tal vez.... –suspira– ...espero estar allí el Jueves... –noto cómo tapa el auricular y lo escucho hablar con alguien.

–Tengo que irme.... Adiós Dani.

–Te quiero... –pero estoy segura de que no ha llegado a escucharlo.

Me siento más tranquila ahora, después de hablar con él, pero estoy segura de que algo va bastante mal y eso no me deja vivir.

Es Jueves, llevo deambulando por casa y por la facultad cuatro días. Me parezco mucho a un zombi, pero mi piel no es tan blanca ni como carne humana para desayunar. Intento hacer mi día a día lo más normal posible, tal vez así pase el tiempo más rápido, pero de ninguna manera. No hemos vuelto a hablar. No me devuelve las llamadas. Me he dado cuenta de que no tiene intención de hablar conmigo. Yo le envío cada noche un mensaje diciéndole que lo quiero y, por supuesto, tampoco obtengo respuesta. Debería volver hoy. Tengo muchas esperanzas de que eso ocurra. Necesito verlo. Estar alejada de Álvaro no es fácil. Pero también necesito hablar con él y que me diga cuál es la razón, porque debe haberla, de que haya salido corriendo y no tenga tiempo –ni ganas– de hablar conmigo.

Después de clase decido pasarme por su casa y comprobar que no ha llegado. No me extrañaría nada que hubiese vuelto y no me hubiese llamado. Lleva toda la semana ignorándome, sería perfectamente capaz de hacerlo un día más.

Abro la puerta y entro. Nada ha cambiado desde que estuve aquí el domingo por la tarde. Todo sigue recogido y en su sitio. Incluso la habitación que adecentamos Clara y yo antes de marcharnos. Miro a mi alrededor y todo está vacío sin él. Nada tiene sentido. El sofá donde nos abrazamos la primera vez que dormimos juntos, la habitación donde tantas buenas noches hemos pasado... Todo me parece extraño y lejano si su aura no lo rodea.

Me tumbo en la cama y su olor impregna mis fosas nasales. Abrazo la almohada y las lágrimas comienzan a caer. Todo lo que llevo guardando esta semana sale a borrones de mí sin poderlo controlar. No quiero aguantarlo más. Deseo que aparezca ya. Necesito tenerlo a mi lado. No sé si está bien. No sé qué ha pasado. No sé nada. Absolutamente nada. Envuelta en mis pensamientos y sin darme cuenta, me quedo dormida. No he necesitado una pastilla esta vez. Su olor para mí es una droga mucho más potente.



## UN ENORME Y MALDITO ERROR

La vuelta en el coche la hacemos completamente en silencio. Al salir del edificio del Círculo de Bellas Artes, Alejandro ha llamado a Carlos y éste ha traído el coche hasta la misma puerta. Le ha entregado la llave y ha desaparecido. He visto todo lo que ha ocurrido a cámara lenta, como si estuviera viendo una película y no fuera conmigo. Hace más de una hora que estoy perdida en un universo paralelo, donde mi mente suele viajar para olvidarse de todo lo que le hace daño.

“Nena...”

–Estás muy callada. Casi no has comido nada.

–No me encuentro bien –reacciono–, ¿puedes llevarme a casa?

–Esta noche duermes conmigo –asegura.

–Alejandro..., necesito... dormir en mi cama.

–No –dictamina.

–Necesito... alejarme de ti.

Lo he dicho. Una frase muy simple, pero que descubre todos mis temores. Sí, mi cuerpo lo necesita de una manera que no comprendo, pero mi

mente me pide a gritos que me aleje de él para pensar con claridad. Sé que ya estoy de mierda hasta el cuello. Alejarme ahora sólo servirá para necesitarlo más mañana, sólo para darme cuenta de que me he enamorado perdidamente de él. Tengo que reconocerlo. Lo quiero, no encuentro ninguna explicación cuerda ni factible, pero así es. Ha ocurrido todo tan rápido y en tan poco tiempo. Mi cuerpo se había dado cuenta antes que yo, por eso esa necesidad de él, esa necesidad de tenerlo dentro de mí. No es solo sexual. Es la necesidad de conectar emocional y físicamente. Es la necesidad de fundirnos en una sola persona. Es algo... sobrenatural. Divino.

Alejandro no dice nada. Está cada vez más cabreado. Esta virtud es nueva, pero es la que mejor se me da: desquiciar al cabrón enchaquetado.

—Por favor, necesito tiempo... necesito espacio.

—Yo no lo creo —seguro de lo que dice, no titubea, su control me excita.

—¡Oye! —me giro hacia él, he vuelto de mi viaje astral y mi estado de conmoción se está convirtiendo en un cabreo enorme—, ¿nos conocemos sólo de hace cinco putos minutos? No nos vamos a casar. ¡Solo nos hemos acostado!

Aprieta el volante fuerte con la mano izquierda. Con la derecha cambia de marcha bruscamente y conduce como un loco. Acelera. Empiezo a temer por nuestras vidas.

—¿Puedes ir más despacio? —le ruego y me mira, la pregunta nos viene que ni pintada: ¿puedes ir más despacio para que no nos matemos?, ¿puedes ir más despacio con... esto que tenemos?

Me atraviesa con la mirada. Estoy segura que ha pensado lo mismo que yo. Vuelve a acelerar, derrapa y, cuando creo que se ha vuelto loco y que no podré ver un nuevo amanecer, entra en un parking de unos grandes almacenes completamente vacío y detiene el coche bruscamente. Pone el freno de mano, quita el contacto de la llave y sale de él como si dentro no pudiera respirar.

No sé si bajarme o no. Alejandro no para de dar vueltas de un lado a otro. Se tira del pelo y gruñe. Está muy nervioso y no sé si es buena idea acercarme a él en estos momentos. No lo conozco tanto ¡No lo conozco nada!

¿Cómo me he podido enamorar de alguien que acabo de conocer? Desconozco sus gustos culinarios. Dónde ha estudiado. Quién es su familia. Cuál es su lado preferido de la cama. Si toma café o descafeinado. Azúcar o sacarina. Cerdo o Ternera. Carne o pescado. Comedia o acción. Qué hace en sus ratos libres... Nada. No sé nada de nada. No sé si salir e intentar tranquilizarlo va a servir de algo, o si, en cambio, saldré mal parada. Si tuviera alguna sospecha de por qué está tan alterado sería un poco más fácil enfrentarme a él, pero no estoy segura del motivo de su estado. Definitivamente no ha podido ponerse de esa forma porque no quiera irme con él esta noche y prefiera dormir en mi cama.

Amante del riesgo, decido salir y enfrentarme a la situación. Si, lo sé, normalmente huyo de ellas, pero mi necesidad de él me hace más fácil la tarea de salir del coche e ir en su busca. Me pongo a su lado. Ha parado de dar vueltas sin sentido cuando me ha escuchado cerrar la puerta del copiloto de un portazo.

–Llevas razón. Debería alejarte de mí –dice en un susurro y casi no lo escucho, está hablando más para él que para mí.

Debate consigo mismo. No lo conozco, pero esta faceta suya la he visto varias veces en los últimos días y puedo asegurar que mantiene consigo mismo una dura lucha. Intento conectar nuestras miradas, pero no lo consigo.

–Vamos –me agarra del brazo y tira de mí– Te voy a llevar a casa. Se ha terminado. Esto ha sido un error.

Me cuesta respirar. Mi cuerpo se ha descompuesto al escuchar sus palabras y, como ya es costumbre, desconecta cuando algo le hace daño, así que no me he dado cuenta de que estoy sentada dentro del coche, inmóvil y parada frente a mi apartamento. El claxon de un coche pasando a toda velocidad a nuestro lado me saca de mi ensoñación.

Abro la puerta, salgo y cruzo la calle. No espero que me detenga. Al fin y al cabo está haciendo lo que le he pedido. Llevarme a casa y alejarme de él. Y lo ha hecho al pie de la letra. Pero su frialdad y lejanía durante el trayecto me hacen temer lo peor. En estos pocos días también he aprendido de él otra cosa: cuando toma una decisión, la lleva a cabo sin dudarla. Me temo que acaba de decidir alejarse de mí para siempre.

“Es lo mejor, Dani”, me repito mientras cruzo la carretera. Antes de abrir con la llave el portal, giro la cabeza y lo veo. Aún no se ha movido. Está dando puñetazos al volante y en el silencio de la noche puedo oír como se desahoga gruñendo palabras mal sonantes. Sí, se va a alejar, pero todo me hace sospechar que no le va a ser más fácil que a mí.

El domingo pasa sin pena ni gloria. Sara no ha traído a nadie a casa y eso me parece una novedad. Algo está pasando y yo me lo estoy perdiendo. Anoche salió con Roberto y Sofía. No la escuché llegar, así que la juerga debió de durar bastante. Yo no conseguí cerrar los ojos, desconectar y dejarme atrapar por el sueño hasta altas horas de la madrugada. Han sido las cuarenta y ocho horas más intensas de mi vida. En todos los sentidos. Así que el domingo lo dedico a descansar. Nada reseñable que merezca destacar en ese día. Bueno, sí. Alex ha cumplido su promesa y no he tenido noticias de él. Sé que no las tendré. Un hombre de negocios siempre cumple su palabra. Y él, lo es.

El lunes por la mañana, me despierto y leo un mensaje de Fernando preguntándome si estoy saliendo con Alejandro Fernández. Sólo dice eso. No entiendo cómo ha podido enterarse. De todas formas, sea como sea, lo han informado mal. No estamos saliendo, ni lo hemos estado haciendo. Solo nos hemos acostado unas diez veces desde el jueves, me ha vuelto loca, me ha atrapado y, ahora, me ha abandonado y yo siento que estoy locamente enamorada de él. Nada que no esperase. Esto ya lo supe la primera vez que lo vi. No puedo culpar a nadie. Yo fui la que no salió corriendo en dirección contraria a este ciclón que me iba a dejar tocada. Entono un *mea culpa* de los muchos que se entonan en la vida.

No es para tanto. Me digo y me repito que se irá como ha venido. Como un tsunami. Tiene que ser así. Si para olvidar a alguien únicamente se necesita el doble de tiempo del que has estado con él, yo voy a necesitar... cuatro días. Intento convencerme. Puedo hacerlo.

No contesto a Fernando. No tiene que decirme con quién salir o con quién no. No es asunto suyo. Él hace su vida y yo la mía. Nunca le ha importado con quien me acueste o me deje de acostar, no sé por qué ahora ha

de interesarle.

A las seis salgo de trabajar y voy directamente al gimnasio, voy a volver a asistir a las clases de yoga. El cuerpo y la mente me lo piden a gritos. Entro en el establecimiento y lo primero que diviso es a “la razón de peso”. Sí, la razón de peso por la que dejé de venir. Me agacho detrás del mostrador y rezo para que no me haya visto. Todavía puedo arrastrarme desde aquí hasta la sala cinco cual serpiente por el desierto y conseguir pasar desapercibida. Gateo y avanzo unos cuantos metros, creo que lo he conseguido y estoy a punto de aplaudir mis grandes ideas cuando choco con unas robustas piernas y toda mi alegría se va al garete. Están paradas frente a mí, claramente cortándome el paso. Alzo la mirada y... ¡Mierda!, me ha pillado, ¡qué vergüenza!

–¿Dani? –me mira desde arriba, está sudado y lleva una toalla alrededor del cuello. No es tremendamente guapo como mi Dios del Sexo...

“Para, Dani, no pienses en él”... Pero su cuerpo musculado de monitor de gimnasio no tiene nada que envidiarle al mismísimo Jean Cloud Van Dame en sus mejores tiempos. Obligado preguntarse por qué no me apunto a otro centro deportivo si no quiero encontrarme con este maromo. La respuesta es muy sencilla. Está al lado de casa y la matrícula me costó bastante cara y, por supuesto, la razón de peso no es tan importante como para alejarme de este sitio también. Aquí conozco a la gente y he hecho un par de amigas.

–¿Qué haces ahí tirada? –pregunta. Me pongo de pie con la poca dignidad que me queda.

–Eeee... había perdido... algo –atino a decir.

–Vaya, creí que no te vería nunca más por aquí –cambia de tema, afortunadamente.

–Si, bueno. Siguen dando clases de yoga. No es tan raro.

–Lo raro es que desaparecieras. ¿Por qué fue, Dani? –susurra de manera íntima.

En otro momento estaría ya suplicándole que me llevara al cuarto de baño y me rompiera las bragas, pero ahora, inexplicablemente, solo quiero que me deje en paz ¿Qué ha cambiado tanto? “Sabes exactamente qué, pero no vas a reconocerlo”.

–¿Por qué llamaste a Fernando?

–Me tenías preocupado. No me gustan tus nuevas compañías.

–Jose, aléjate de mí. Tus juegos no me van.

Me coge de la mano y me acerca a él.

–Ya te he dicho que lo siento. Eras tú la que no quería exclusividad.

No pienso volver a explicárselo. De un tirón me suelto y me voy. Busco desesperadamente la clase de Yoga. La necesito. Es una verdad indiscutible.

Salgo del gimnasio bastante más tranquila. No he vuelto a ver a Jose y la clase de yoga me ha dejado destrozada. El yoga relaja, sí, porque te deja tan cansada que tu cuerpo, después de una clase intensiva, solo quiere dormir y olvidar el dolor de todas las partes del cuerpo, alguna de ellas desconocidas hasta el momento.

Cojo el autobús y me siento en la última fila. Saco el móvil y veo dos llamadas de Fernando y un mensaje de texto:

“Dani. Necesito hablar contigo. Llámame cuando leas esto. Es importante”.

Levanto la mirada y me doy cuenta de que un hombre me mira fijamente. Lleva así desde que entré. En cuanto se da cuenta de que lo estoy mirando, gira la cabeza hacia otro lado.

Bajo del autobús y solo tengo que caminar unos cien metros hasta llegar a mi portal. Voy a paso ligero. Siento que alguien me sigue. He vuelto la cabeza un par de veces, pero no he visto a nadie. Abro la puerta del portal con dificultad, mi estado de ansiedad está alcanzando niveles considerables y subo las escaleras corriendo: “A la mierda lo conseguido en la clase de yoga”.

Entro en el piso y Sara está tumbada sobre el sofá. Llorando.... Esto es nuevo. Completamente nuevo e inusual. Es una persona muy alegre y positiva, no muestra sus sentimientos, al menos, no los negativos. Me asusto bastante.

Me acerco a ella y la abrazo. No para de llorar. Estoy un poco preocupada, pero espero a que ella se abra a mí si realmente quiere hacerlo. Si decide callarse, lo aceptaré, entonces la abrazaré y estaré aquí para ella. Acepto como es, igual que ella ha aceptado mis miedos y mis rarezas.

Después de más de veinte minutos sollozando, se tranquiliza y dice.

—Me dijo que me quería... —hipa—, y yo..., yo le dije que estaba loco, que no sabía lo que decía. Y..., y me lié con el primero que pasó delante de sus narices.

Estoy completamente estupefacta: ¿qué..., quién..., cómo..., cuándo..., dónde...? Mis sospechas se hacen realidad. Me he perdido algo. Algo importante. He estado tan sumida en mis cosas que no me he dado cuenta de nada. La miro con cara de sorpresa. No sé qué decir. Me ha dejado fuera de juego.

—... Joan... —gime—. Está completamente loco. Dice que está enamorado de mi.

Esto cobra algo de sentido. Hago un par de tazas de tila, a ambas nos va a venir bien. Entre sorbo y sorbo me cuenta que lleva un par de meses liándose con él a escondidas en la discoteca. Ato cabos. No es tan difícil. Con el gorila simpático era con quien desaparecía en alguna esquina del Club Adara. Nunca se han acostado juntos. No han llegado a mucho más, pero algo me dice que ella también siente algo por él. Si no, ¿por qué va a estar llorando desesperadamente y culpándose por haberle hecho daño de forma deliberada?

Me siento un poco mal. He estado tan sumida en mis problemas, tan distraída por el más que posible daño, huyendo de ÉL, que no me he dado cuenta de lo que le estaba ocurriendo. Sospechaba que Joan sentía algo por ella, pero no podía imaginarme que llegara a este extremo.

Se abre a mí. Por primera vez desde que la conozco se sincera y admite que le dan miedo los sentimientos. Que su padre pegaba y engañaba a su madre. A ella nunca la tocó, pero su novio del instituto la engañó con una amiga. Que desde entonces huye de las emociones y que no está dispuesta a

aceptar que le vuelvan a hacer tanto daño. No confía en el sexo masculino y no piensa hacerlo jamás. Con esta última frase termina su alegato y vuelve a romper en llantos. La entiendo perfectamente.

La vuelvo a abrazar. El amor es una jodida mierda, una enfermedad, entra en tu corriente sanguínea, se hace con tu sistema nervioso, se apodera de tu cuerpo y no te deja pensar con claridad. Te impide ver el peligro. Ojalá hubiera una vacuna. Ojalá fuera como la varicela. La pasas una vez, de pequeña a ser posible, y te inmunizas para siempre. Pero no, nada más lejos de la realidad.



## QUIERO QUE VUELVAS A MÍ

Tras varios días, Sara y yo hemos vuelto a la normalidad y todo está mucho más tranquilo. Fernando me ha estado llamando dos veces al día, pero no le he cogido el teléfono. No tengo ganas de que me grite y me hable de Alejandro. A él no le importa con quién salgo y, si le importa, ya puede dejar de preocuparse. He terminado con él. Bueno, él ha terminado conmigo. Ese pensamiento me deprime.

Por la tarde voy a mi clase de yoga y me siento mucho más tranquila. No he podido olvidar al cabrón enchaquetado, pero estoy haciendo grandes progresos. Anoche solo soñé tres veces con él. Bastantes menos que el resto de la semana. Ignoro a Jose que no ha dejado de mirarme durante el tiempo de gimnasio, pero no se ha acercado a mí. Un gran paso si tenemos en cuenta que el martes quiso que habláramos en los vestuarios de señoras. Afortunadamente, una mujer bastante mayor se escandalizó al ver a aquel hombre dentro del santuario femenino y, chillando cual grillo enjaulado, lo echó de allí a patadas. Gracias señora de pelo blanco convertida en bicho escandaloso y gritón.

Salgo de yoga y decido correr en la cinta. Soltar adrenalina me vendrá bien para poder dormir esta noche. Paro después de ocho kilómetros, me ducho, me visto y, aún con el pelo mojado, salgo del local con la moral bastante más alta. Me siento bien. La alegría me dura poco, en la puerta me encuentro con Jose, me está esperando, lo sé. No tengo escapatoria.

–Dani, espera. Tengo que hablar contigo –me corta el paso y se pone frente a mí.

Suspiro. Me resigno. Mejor termino con esto de una vez y vengo a las clases de yoga a relajarme, no a salir más alterada de cómo entré. Me cruzo de brazos.

–Perdóname, la cagué.... –mucho, pero ya no importa, me digo.

Se acerca demasiado a mí. Otro. ¿Tengo un imán para los hombre que no me convienen? Me coge por los hombros con las manos.

–Lo siento...

Acerca sus labios peligrosamente a los míos y yo solo puedo preguntarme si tengo un cartel en la frente donde pone “besos gratis”. Levanto la mirada. Pero solo puedo ver al hombre que está detrás de él y que se acerca a grandes zancadas hacia nosotros encolerizado y embravecido. No reacciono. A continuación éste coge a Jose de los hombros, tira bruscamente de él y lo aparta a un lado.

–No vuelvas a acercarte a ella –ladra Alejandro.

No salgo de mi asombro. De dónde ha salido y qué coño hace aquí. Por qué se porta de esta manera tan irracional y por qué está tan enfadado.

–¿Pero quién cojones eres? –le reta Jose con la mirada.

–¡No vuelvas a tocarla! ¿Me has entendido?

El monitor de gimnasio hormonado se envalentona y se abalanza sobre él. Alex lo esquiva, se vuelve, le da un puñetazo en la cara y lo tira al suelo. Yo aun no me he movido de mi sitio. Esto no puede estar pasando. La sangre se detiene en mis venas. Jose se toca la nariz y está sangrando. El color rojizo me hace reaccionar y me asusto.

–¡Estás loco! –le grito al agresor indignada.

Me agacho para ayudar a mi amigo, saco una toalla de mi bolsa de deporte y le limpio la cara. El ogro que tengo delante, y al que desconozco totalmente, sigue de pie a nuestro lado respirando con dificultad.

–Tranquila Dani. Estoy bien –vuelvo mi atención al golpeado.

Nos levantamos. Los dos se retan con la mirada y Jose me pregunta si quiere que me acompañe a casa. Está seguro de que dejarme sola con este hombre de las cavernas no es buena idea. Se lo agradezco, pero no hace falta.

–Estoy bien. No te preocupes.

Se resigna. No tiene intención de suplicarme. Su orgullo ya está lo bastante dolido por hoy. Vuelve a mirar a Alejandro.

–Ya nos veremos –le advierte–. Esto no ha terminado aquí.  
–Puedes estar seguro.

\*\*\*\*

6 años antes

Estoy profundamente dormida, pero mi estado de alerta nota como la cama se hunde y unos brazos me rodean la cintura. Siento su calor y su respiración en mi cuello. No me asusto. Sé perfectamente de quien se trata. Me muevo un poco.

–Estoy aquí, Nena –me abraza más fuerte–. No puedo separarme de ti.

No estoy segura de si es real o un sueño maravilloso, pero dejo que la ilusión se salga con la suya y suspiro de emoción. Vuelvo a estar donde quiero. Vuelvo a estar donde necesito. En los brazos de la persona más importante de mi vida.

Abro un poco los ojos y siento como sus brazos me rodean. Su cuerpo me da calor y el latido de su corazón me tranquiliza. La oscuridad de la noche nos envuelve, pero puedo ver que está completamente dormido. Me giro un poco y lo observo. ¿Donde has estado durante todo este tiempo...? Me encanta verlo tan relajado. Tiene cara de cansado, pero su respiración es acompasada y proporcionada. No debe haber dormido mucho durante los últimos días.

No puedo dejar de suspirar pensando lo guapo que es. Su pelo oscuro alborotado. Sus mejillas sonrosadas, sus carnosos labios... Acercó mi mano derecha y acaricio su labio inferior, es suave y esponjoso. Son muy apetitosos. Y los he echado mucho de menos. Tanto que ahora tengo que pellizcarme para comprobar que no estoy en medio de uno de los sueños que me han acompañado las últimas madrugadas, y que es cierto que lo tengo junto a mí. Le acaricio el brazo, el cuello, el pecho, el abdomen.... Necesito tocarlo y asegurarme de que es real. Que está conmigo y no me va a volver a abandonar. Me arrullo contra su cuerpo y vuelvo a caer en un profundo sueño.

Despierto con la luz del día. El sol entra por la ventana llevándose la oscuridad de la noche. La alegría que he sentido durante la madrugada me dura el tiempo de darme cuenta de que estoy sola en la cama. Parpadeo un par de veces, alargo el brazo y mis peores pesadillas se hacen realidad. Lo de anoche fue un sueño y solo en él dormí rodeada por los brazos de Álvaro.

Escucho un ruido en el baño y me asusto. Me tapo con la sábana, pero me doy cuenta de que lo más probable es que no sean antibalas ni anti ladrones violadores de Danis. Saco la cabeza y veo la puerta del baño un poco abierta y la luz encendida. Me levanto, temblando, y de puntillas me dirijo al aseo para ver qué es lo que ocurre. Tal vez lo de anoche no fue un sueño. “Aún hay esperanzas”.

Y no, no lo fue. Pero prefiero mil veces a un asesino violador de Danis dispuesto a matarme con un cuchillo en la mano, a lo que están viendo mis ojos. Desde luego la hoja de un cuchillo desgarrándome el corazón dolería muchísimo menos.

Álvaro está sentado en el suelo, tiritando sobre las frías baldosas, arrinconado en una esquina, totalmente encogido, agarrándose las piernas con fuerza y la cabeza entre ellas. Su llanto y sollozo me descolocan. Entran por mis oídos y explotan en mi estómago como si un rayo me cruzara entera. No me siento las manos, ni las piernas. Solo puedo sentir los latidos de mi corazón rebotando en mi cabeza. Nunca, jamás, he tenido tanto miedo.

Me acerco a él, literalmente corro hasta agarrarlo y lo abrazo todo lo fuerte que puedo. No lloro. No me sale. Mi estado de shock no me deja reaccionar de otra manera. El abrazo dura horas mientras él llora y se desahoga sin decir ni una sola palabra.

Pasan varios días desde que viera al amor de mi vida destrozado sobre el suelo del baño de su ático sufriendo de esa manera. He intentado hablar con él varias veces, pero cambia de tema y se enfada. Está muy irascible. No le puedo decir nada. Todo le molesta y le sienta mal. Hay días que no nos vemos. Y hay otros que, aunque estemos físicamente juntos, percibo que está muy lejos de mí. No encuentro la forma de que se abra y me deje ayudarlo.

No sé absolutamente nada de lo que ha ocurrido. Por qué se fue. Por qué ha vuelto siendo otra persona. Por qué no quiere contarme nada y, la pregunta que más miedo me da, por qué se está alejando de mí.

Las últimas semanas han sido duras. Álvaro quiere distanciarme de él, pero no lo va a conseguir. Estoy decidida a seguir luchando por lo nuestro. Le avergüenza que lo vea tan destrozado. Lo sé. Pero no voy a irme a ninguna parte. Solo espero que entre en razón y me deje ayudarlo, antes de que sea demasiado tarde. Anoche, después de que me hiciera el amor de manera lenta y apasionada, y cuando creía que lo tenía un poco más cerca de mí, se me ocurrió hacer la sugerencia de que tal vez necesite un profesional para ayudarlo a superar estos momentos. La cagué. Mucho. Muchísimo. Se puso como un loco, como una fiera. Aún estábamos desnudos cuando empezó a chillarme, descontrolado, endemoniado. Me asusté tanto que empecé a llorar y me acurruqué encogida entre las sábanas. Estábamos en su casa, si hubiéramos estado en la mía, hubiera salido corriendo a pedir ayuda a mi compañera de piso.

Necesitaba un nuevo refugio. El antiguo, él, había desaparecido en algún lugar del infinito universo, ¿dónde estás, Álvaro?, quiero que vuelvas a mí.

15

NO LO DIGAS

–¡Estás loco! ¡Loco! ... ¿Me has oído? –grito.

Alejandro tiene los nudillos llenos de sangre. Le acaba de dar un puñetazo a Jose en la cara y lo más probable es que le haya roto la nariz. Medio gimnasio está agolpado en la puerta viendo lo que ocurre. Qué vergüenza.

–¡Tú..., tú me vuelves loco! –me apunta con el dedo–. Joder –se queja, abre y cierra la mano, le debe doler un poco.

–Te lo tienes merecido –doy la vuelta y me voy.

No puede pegarle un puñetazo a una persona porque esté hablando conmigo. Es bastante irracional. Me está acusando de volverlo loco, ¿yo?, ¿a él? Me tiene mareada de dar vueltas. Tanta indecisión me tiene exhausta.

Ahora me acerco a ti.

Ahora me alejo.

Ahora te acerco.

Ahora te alejo.

Me posee con pasión diez veces en dos días y luego desaparece durante una semana. Soy una marioneta en sus manos. De esto es de lo que tengo que salir huyendo. Joder. Este hombre es bipolar.

Voy en dirección contraria a mi destino, pero ya encontraré la forma de volver cuando se haya ido. Me esconderé como una rata tras la esquina y, cuando lo pierda de vista, saldré de la alcantarilla y me iré a casa. Si. Necesito irme a casa. Para escapar de él tengo que pasar por la puerta del gimnasio, por delante del club de fans que ha salido a ver el espectáculo. Los saludo con la cabeza, en esas estoy cuando Alejandro me levanta y, como si fuera un saco de patatas de un kilo y medio, me carga sobre su hombro derecho y me aleja de allí diciéndome que me calme. Pero si yo estoy muy calmada. Tú eres el descerebrado que ha aparecido de la nada, le ha dado un puñetazo a Jose y ahora me lleva en hombros por medio de la calle. Levanto la cabeza mientras nos marchamos y los espectadores se han quedado atónitos. Les digo adiós dramáticamente con la mano y me encojo de hombros. La función ha llegado a su final.

No llegamos a su coche ni a donde quisiera llevarme. Se adentra en un callejón estrecho, oscuro y desolado. Me deja en el suelo, me aprisiona contra la pared y se apodera de mi boca de manera urgente. Me está aplastando, pero reacciono besándolo como si se fuera a acabar el mundo al minuto siguiente. Me agarro a su cuello y lo acerco más a mí. La necesidad que tengo de él es tan intensa que hasta duele. Durante estos días no me he permitido pararme a pensar en cuánto lo necesito y lo echo de menos, pero este beso me confirma que la vida sin él jamás podrá ser igual.

Jadeo.

Gruñe.

Me muerde fuerte. Me hace daño.

Seguimos devorándonos y noto el sabor metálico de la sangre adentrándose en mis papilas gustativas. No puedo parar. Llevo anhelándolo toda la semana. ¡Toda la vida! Ahora mismo es como si no hubiera existido nadie antes que él. Una espiral de emociones se apodera de mi cuerpo y mi mente. Pero la irracionalidad sobresale entre ellas y me pide a gritos que no vuelva a alejarlo de mí, que no me separe de él jamás.

Una puerta se abre a nuestro lado y un hombre muy bajito y calvo sale de ella dando un portazo bolsa de basura en mano. El ruido nos hace volver del planeta a cien años luz donde nos encontrábamos. Se separa de mí aún jadeando y tiene que agacharse para poder acompasar su respiración. Yo estoy apoyada aun sobre la pared que me aguanta y no me deja caer. Las piernas me tiemblan y mi pulso está tan acelerado que casi hiperventilo. Me agarro el pecho e intento tranquilizarme. Estoy a punto del desmayo. Esto, sumado a la sesión de yoga intenso y a los ochos kilómetros en la cinta, está pudiendo conmigo. Intento centrar mi mirada en un punto fijo, pero solo veo lucecillas blancas. Mi cuerpo se relaja de repente y en una milésima de segundo lo veo todo negro. Lo último que recuerdo son sus manos agarrándome fuerte antes de que mi cuerpo toque el frío el suelo.

Me despierto en su cama. Todo está oscuro, sólo me alumbraba una pequeña lámpara encendida en la esquina más alejada de la habitación. Me muevo un poco y el motivo de mi desesperación se acerca a mí con cara de preocupación. Me besa la frente y me pregunta si estoy bien. Lo estoy. Todo



ha sido causado por el estado de estrés de estas semanas. Mi cuerpo necesita un descanso. Me lo lleva pidiendo a gritos demasiados días.

–Estoy bien.

–No puedo alejarme de ti –dice con cara de culpabilidad, parece que le duele.

–No quiero que lo hagas. Solo quería un poco de tiempo y tú... desapareciste –se aparta de mí y su semblante ahora es de derrota.

–No sabes lo que dices. Algún día..., pronto..., me pedirás que me vaya.

No sé qué decir. Bueno, si, me gustaría decirle que no voy a dejarlo marchar ni deseo que él lo haga. Que me he enamorado completamente de él y no quiero pasar más un día sin poder besarlo. Pero no se lo voy a decir. No estoy tan loca. No le descubriré mis sentimientos, no voy a exponerme tanto y tan rápido. Antes necesito saber qué es lo que siente él y qué es exactamente lo que quiere de mí.

–Vamos –me coge en brazos–, necesitas comer algo.

Me agarro a su cuello y apoyo la cabeza sobre su pecho. Este es mi lugar. Aquí es donde quiero pasar el resto de mis días.

Me deja sobre la mesa de la cocina y prepara un par de sándwiches. Me vuelve a coger en brazos, me lleva al salón y me posa sobre el sofá.

Cenamos en silencio. Ha puesto un poco de música y está consiguiendo que me relaje. Terminamos y me levanto a recoger los platos.

–Siéntate, –me ordena–, ya lo hago yo.

No voy a discutir con él. He aprendido que es mejor hacer lo que dice y no llevarle la contraria. Aunque una de mis mayores virtudes es desquiciarlo, hoy no es buen momento para retarlo.

Vuelve y se tumba a mi lado. Me pregunta si quiero ver una película y le digo que sí. No sé si la otra opción es llevarme a casa, no quiero arriesgarme, prefiero abrazarme a él durante una hora y media al menos. Después... ya veremos.

Me despierto de nuevo en su cama. Respiro profundamente y me desperezo. No he podido dormir mejor. Miro el reloj de la mesilla y son las diez de la mañana. He dormido de un tirón. Espera, hoy es viernes. Me levanto de la cama como si quemara y empiezo a ponerme los pantalones. Alex entra en la habitación recién duchado, vestido con unos vaqueros desgastados y una sudadera gris. Está descalzo. Es un dios. Mi Dios.

–A dónde te crees que vas –esa frase se la he escuchado ya en varias ocasiones.

–A trabajar –sigo vistiéndome.

–Olvídate, anoche te desmayaste. No estás en condiciones de ir a ninguna parte –dictamina.

–Vale mami –ironizo y me cuelo en el baño antes de que me atrape.

–¿Te i...pogta.. que... ee... lave... loo... di...e.. tez con tu... ce...i...llo? – consigo balbucir. Su cara desde la puerta lo dice todo, no me va a dejar marchar a ningún sitio. Escupo la crema.

–No me pongas esa cara. Necesito ir a trabajar. Tengo que pagar facturas –intento convencerlo. Su cara no cambia.

Bebo un sorbo de agua y vuelvo a escupir. Le sonrío de oreja a oreja, con exageración estudiada. Me siento como una adolescente pidiendo permiso para salir.

–Te espero en la cocina. Tienes que comer algo –dice y se va.

Vaya, parece que ha entrado en razón. Mis dotes de convicción son extraordinarios. Es otro de mis dones. Este lo acabo de descubrir. No me lo creo ni yo. De todas formas, decido no arriesgarme, así que, sigilosamente, descalza y con los zapatos en la mano, cruzo el salón de puntillas y me voy hacia la puerta. Misión: escapar de este antro de perversión que tanto me gusta. Giro el pomo, pero no se abre. Me agacho e inspecciono la cerradura. Está cerrada con llave. ¡Mierda! Escucho lo que parece una breve risa desde el otro lado de la habitación. Me giro y está apoyado sobre el quicio del arco de la cocina, tiene los brazos y las piernas cruzadas. Me mira sonriente y con un intenso brillo en la mirada. Es lo más erótico que he visto nunca.

–Parece que te conozco mejor de lo que creía.

Me ha pillado. Por supuesto que no voy a salir de aquí. La parte de mí que lo necesita tanto está dando saltos de alegría y bailando jotas. Mientras,

mi otro yo, ese ser racional y sensato, me grita al oído que él no es nadie para decidir si debo o no acudir al trabajo. Soy mayorcita y es mi responsabilidad. Gana mi parte absurda e insensata, esa que te ciega cuando estás enamorada, esa que mana romanticismo y locura, la que ahora mismo está haciendo que me acerque a él, lo rodee con mis brazos, olvide que me tiene secuestrada y lo bese apasionadamente.

–No quiero desayunar. Llévame a la cama.

–Después. –Es una promesa, me encantan sus promesas, siempre y cuando no impliquen alejarse de mí.

Hacemos las paces. Tres veces. Esto ha sido mucho mejor que ir a trabajar. Lo reconozco, sin ningún lugar a dudas. El arte me apasiona y me hace feliz, pero nada se puede comparar con estar a su lado, sentirlo dentro de mí y ver cómo se transforma en la persona más cariñosa y atenta que he conocido. Lleva todo el día cuidando de mí. Solo le importa mi bienestar, lo han llamado varias veces por teléfono y ha despachado rápido las llamadas. Si esto no es amor..., se tiene que parecer mucho ¿no?

Recuerdo que aún tengo el móvil en el bolso y me levanto a buscarlo. Soy consciente de que paso más tiempo en esta cama que en cualquier otro lugar de este magnífico ático de lujo. Tengo que llamar a Sara, puede estar preocupada. Lo cojo, pero el desdichado no tiene batería. Escucho a Alejandro en el despacho y me acerco a pedirle su cargador. Los dos tenemos el mismo teléfono. Un Iphone 6 sin el que no podría vivir. Hay quien piensa que es un móvil como otro cualquiera, pero no saben lo equivocados que están.

Me paro antes de entrar, lo escucho hablar con alguien y no quiero interrumpir. Hay otra persona con él en la habitación. ¿Yo, cotilla? Nooooo.

Alejandro: “Olvídalo Marcus. No vamos a seguir con el plan. Está decidido”. Se recuesta sobre el respaldo de su silla. Ha tomado una decisión.

El que debe de ser Marcus: “No lo puedes decir en serio. El negocio está casi cerrado”.

Alejandro: “No lo vamos a hacer así. Ya no estoy interesado”.

Marcus: “No te reconozco. Te está ablandando, no puedes dejar que e...”.

Alejandro: “No la metas en esto”. Se levanta. Coge un sobre que hay sobre la mesa y lo guarda en un cajón.

Marcus: “Demasiado tarde ¿no crees?” No me gusta su tono de voz. “Además, ya le han llegado algunos avisos... Solo falta que firméis la compraventa con nuestras condiciones. Todo el trabajo sucio está hecho”.

Alejandro se vuelve a sentar, esta vez derrotado y se frota la sien. No le gusta perder batallas y el semblante de su cara da a entender que está a punto de perder la guerra.

Alejandro: “Esta bien. Acabemos con esto de una jodida vez”.

Marcus se vuelve para irse y yo consigo esconderme antes de que me vea. Me meto en la cocina y desde allí observo como cruza el salón y cierra la puerta justo después de salir. Esa cara la he visto antes en algún sitio.

Entro en el despacho sin hacer ruido. Lo veo derrotado, abatido. Está sentado tras su mesa. Tiene los codos sobre ella y las manos le aguantan la cabeza. Ahora mismo me recuerda al ángel alado que lleva tatuado en su espalda, totalmente... vencido.

Me huele. Lo sé porque a mí me pasa igual con él. Levanta la mirada y me ve. Los ojos se le vuelven negros y vislumbro la gran angustia que siente a través de ellos.

–No quiero molestar. Necesito hacer un par de llamadas –levanto la mano y le enseño el teléfono que llevo agarrado–. Mi móvil..., no tiene batería ¿me dejas tú cargador un momento? –le ruego mientras me acerco.

Su semblante desesperado no ha cambiado. Suspira. Me coge por la cintura, tira de mí y me sienta sobre su regazo. Me abraza fuerte, como si eso fuera lo único que lo consolara. Hago lo mismo. Qué bien huele. A jabón. A limpio. A menta fresca. A él. Comienzo mi viaje astral hasta el planeta Alejandro. Aún no ha dicho nada. Después de cinco minutos sin movernos, noto como su cuerpo se relaja, su mandíbula se destensa y sus ojos vuelven a ser de un azul intenso, la oscuridad los ha abandonado por el momento. Me coge las mejillas con sus manos y me besa suave.

–Puedes utilizar mi teléfono.

–Gracias. Pero necesito tener acceso a mi agenda.

Me levanta y , de nuevo en sus brazos, me lleva a la habitación mientras me besa el cuello.

–Necesito estar dentro de ti –lo repite varias veces durante el corto trayecto. Su erección me indica que está totalmente excitado, pero la expresión de sus ojos, el tono de su voz y su cuerpo me dicen que lo que realmente ansía es sentirse unido a mí de esa forma sobrehumana, su cuerpo demanda de manera urgente el mío como si lo necesitara para no perder la cabeza. Yo siento lo mismo. Y cuando eso ocurre, todo lo demás no importa. Me llena y el placer es infinito, pero nada que ver con lo que llega a sentir mi alma. Se infla y se eleva, resplandece, se siente libre, pero a la vez parte de alguien. Es la sensación más plena que mi todo yo ha experimentado.

Me siento en una silla de la cocina, pongo a cargar el móvil y lo dejo sobre la mesa. Necesito beber agua, así que, mientras espero a que cargue lo bastante para poderlo encender, abro el frigorífico, cojo una botella y bebo. Después de lo que acabamos de hacer en la habitación del placer, termino con ella de un trago.

Vuelvo a sentarme y enciendo el terminal. Tengo cinco llamadas perdidas de mi hermano. Son de las últimas veinticuatro horas. Decido escribir un mensaje a Sara y después llamar a Fernando. Abro la aplicación de whatsapp y empiezo a escribir. En ello estoy cuando el teléfono empieza a vibrar en mi mano. Descuelgo.

–Hola Fernando.

–¡Dani! –suspira– ¿Estás bien?

–Si...

–Por favor –me corta–, dime que no estás con Alejandro Fernández.

–No estoy con Alejandro Fernández –miento. Esta vez no me ha costado tanto y, para mi sorpresa, no tengo remordimientos. Prácticamente no he mentado. No está aquí conmigo en estos momentos y no estamos saliendo, al menos, eso creo. Y, de todas formas, solo he repetido palabra por palabra lo que me ha ordenado. Acabo de descubrir que tengo otro don. Coger una lógica aplastante, darle la vuelta y hacer que parezca lo que yo deseo. Porque lo parece, ¿no?

–Escucha. No puedo hablar ahora. Estoy embarcando en estos momentos en el aeropuerto. Estaré una semana en Indonesia. Te lo explicaré todo cuando vuelva, pero, por favor, prométeme que no te acercarás a él –

habla de manera atropellada, me está suplicando, no entiendo por qué, pero es así—. No me iría en estos momentos si tuviera otra opción.

No tiene de qué preocuparse, pero está a punto de colgar y no tengo tiempo de explicarle nada. Ya le contaré todo lo que me está ocurriendo cuando vuelva de su viaje de negocios, así que lo sereno.

—Tranquilo. Todo está bien. Nos vemos cuando vuelvas.

Nos despedimos. Vuelve a repetir que me cuide y tenga cuidado y colgamos. Termino de escribir el mensaje a Sara. Le pregunto si está bien y le digo que no sé cuando volveré a casa. Me contesta al instante: “Estoy bien. Tu hermano ha estado aquí esta tarde. Estaba muy preocupado. Quería hablar contigo, saber dónde estabas”.

No entiendo su preocupación. Alejandro no le gusta, eso está bastante claro, pero nunca le han gustado mis ligues, no es nada nuevo. Así que no me extraño de nada. Estoy pensando sobre cómo Fernando se ha podido enterar de mi historia con Alex cuando éste me abraza por detrás y me besa el cuello. Puede que tenga alguna idea de cómo mi hermano ha averiguado que nos vemos, al fin y al cabo ellos tienen una relación, algún tipo de negocio entre manos por el que ni he preguntado porque, de todas formas, no me iba a enterar de nada.

—Acabo de hablar con mi hermano —digo sin más.

Deja de besarme y se pone tenso, demasiado tenso. Puedo notar la dureza de su cuerpo, la rigidez de sus músculos y cómo, durante una milésima de segundo, ha dejado de respirar. Intenta que no se lo note, pero es demasiado tarde. Aquí hay gato encerrado y yo pienso abrir la jaula y dejarlo salir. Me giro y me pongo frente a él. Quiero verle la cara.

—Sabe que estamos... que nos vemos.

Su cara no cambia, pero eso no quiere decir nada. Es un respetable hombre de negocios. Supongo que saber mentir y, para sobrevivir en ese mundo, lo primero que aprendió sería poner cara de póker.

—Nos vemos... —repite. Me atrae de nuevo hacia él, me vuelve a abrazar y esparce un reguero de deliciosos besos desde mi oreja hasta la garganta. Está intentando distraerme. Intento separarme.

–No vas a entretenerme... –sube por el cuello–. Dime cómo puede saberlo... –atrapa mi labio inferior.

–No nos estamos viendo... –muerde ahora mi labio superior–... estamos juntos.

Un momento, ahora sí que ha conseguido que Fernando pase a un segundo o tercer plano. Estamos... ¿juntos? Lo aparto de un empujón.

–¿Qué significa eso?– pregunto.

–Que tú y yo estamos saliendo. Creo que está claro –se está riendo de mí, lo tendrá claro él, yo ni de lejos.

–Pues lo tendrás claro tú –casi chillo.

–Vamos a hablar sin rodeos. Esta conversación se está demorando demasiado –vuelve a agarrarme de la cintura y pega nuestros cuerpos a la altura de las ingles–. Cuando quiero algo... –susurra– ... y lo consigo..., no lo dejo escapar. Y yo te quiero... a ti.

Dejo de respirar durante unos instantes. Sigue.

–¿Me quieres... tú a mí?

No voy a negar nada. Esta situación no tiene vuelta atrás.

–Si... te quiero... a ti –estoy completamente enamorada de ti, idiota, me digo.

Estamos moviéndonos sobre arenas movedizas. Utilizando un juego de palabras muy peligroso, pero ha empezado él. Cuando esto nos explote en la cara, podré echarle las culpas de las posibles consecuencias que pueda tener.

Estoy en una nube. Me quiere a mí. Pero ¿me quiere a su lado o me quiere de QUERER? Eso no ha quedado muy claro. Yo ansío que me quiera. Y que no me deje nunca. Y que no me haga daño. Y que no me separe de él... y casarnos, y tener dos niños... un niño y una niña... Desvarío.

“Se te está yendo la pinza”.

Lo sé.

Me coge en brazos. Cuando estoy cerca de él, mis pies no tocan mucho el suelo.

–Necesito volver a estar dentro de ti –ruge salvaje.

Yo también necesito tenerlo dentro, así que no pongo ningún inconveniente aunque haya pasado tan solo una hora desde que salió de mí. Mi cuerpo me pide a gritos su roce.

Él es lo que más me llena. Y no me refiero sólo a físicamente.



## HABLA CONMIGO

5 años y medio antes

Un calvario, así ha sido el último mes. Álvaro ha desaparecido. Está completamente perdido. Nos hemos visto casi todos los días, en la facultad a la que vamos juntos la mayoría de las veces, pero no es la persona que conocí. No sonríe, no hace bromas, no me mira..., no... me dice que me quiere, aunque sé que aún lo siente. Alguna vez veo que me observa y se me parte el alma, parece que le duela tenerme cerca. Me desgarró el corazón cada vez que se hundió un poco más. Está destrozado y no sé cómo puedo ayudarlo. Me desquicia, me vuelve loca no saber qué hacer. Me da mucho miedo plantearme esto, pero si no quiere estar conmigo ¿por qué no me deja de una vez? No me permite acercarme, no me deja quererle, casi no nos vemos... ¿por qué no me aparta de su vida para siempre? Reconozco que yo no consiento que se aleje demasiado, cuando creo que eso va a ocurrir, lo agarro fuerte y no lo dejo marchar, pero él nunca ha insistido en irse, ni siquiera lo ha insinuado. Hay días, los menos, que vuelve a mí durante unos breves instantes. Lo siento cerca y mi corazón se llena. Pero en lo que tarda un pájaro en batir las alas, lo vuelvo a perder y la oscura soledad vuelve a hacer acto de presencia.

—¡Dani! —Marta se sienta junto a mí en el banco en el que me encuentro. He salido de clase a tomar un poco el aire. Es una compañera. Los últimos meses hemos estado bastante tiempo juntas. Álvaro no quiere ni realizar los trabajos en grupo conmigo, así que me he tenido que buscar otros compañeros.

—Hola Marta —le sonrío como puedo.

—Vamos a comer juntos a la cafetería. Estamos planeando qué hacer para la graduación y vamos a discutir muchísimo. Será divertido. ¿Te apuntas?

La graduación. Casi no recordaba que en dos semanas nos graduábamos. Solo nos falta la nota del TFG (Trabajo de Fin de Grado) y seremos graduados en Bellas Artes. Me ilusiona mucho que eso ocurra, lo he

querido durante toda mi vida, pero hay algo importante que no me deja disfrutar este momento como se merece. Ahora mismo no sé qué va a pasar con nuestras vidas. No hemos vuelto a hablar de París. No hemos buscado piso ni hemos planeado nuestro traslado a esa ciudad. Me niego a pensar que eso no ocurrirá, que no seremos felices, que no estaremos juntos para siempre. Intento no pensar en eso demasiado. Cuando murieron mis padres, aprendí a vivir el momento, ni siquiera el día a día. No pensaba en nada que no fuera la próxima media hora y eso llevaba haciendo los últimos meses.

–¿Te vienes o qué? –interrumpe mis pensamientos.

–No gracias, ya he comido –le enseño mi bocadillo a medio terminar.

–Oh, vale –se levanta–. Pero contamos contigo y con Álvaro para la cena y la fiesta –y le intento sonreír.

–Claro. Cuenta con nosotros –y se va.

Al Álvaro que conocí y del que me enamoré le encantaría la idea de pasarlo bien en una fiesta, junto a mí. Al Álvaro en el que se ha convertido no le hará ninguna gracia estar rodeado de gente ni de... mí. Aunque todavía puedo convencerlo si le digo que habrá mucho alcohol. Últimamente bebe demasiado. Tal vez yo también debería perder un poco la cabeza por un día.

Estoy a punto de llorar, pero no quiero hacerlo. Mi teléfono empieza a sonar y me saca de mis pensamientos. Es mi hermano.

–Hola Fernando.

–Hola, Dani, ¿cómo estás?

–Bien, ¿y tú?

–Trabajando mucho.

Se está convirtiendo en un gran hombre de negocios. Hace un año abrió su primera empresa de compra venta de “no sé qué” y ya tiene más de 30 sucursales por toda España. Está intentando expandirse por Europa. Ha estado tan ocupado durante estos dos últimos años que ni siquiera conoce a Álvaro.

–No puedo ir a tu graduación –sigue y me deja helada, él es mi única familia.– Lo siento, Dani, tengo una reunión en Londres ese día. He intentado cambiarla, pero es imposible.

–No importa –miento, claro que importa, no tengo a nadie y contaba con él para que se alegrara por mí ese día. Espero que Clara no me falle. No

estoy segura ni de que Álvaro aparezca, aunque también sea su graduación.

Fernando vuelve a disculparse varias veces y me promete que me llamará en cuanto vuelva. Intento no hacer un drama de esto. Hace mucho tiempo que aprendí a valerme por mí misma.

Después de colgar, respiro profundamente varias veces y me levanto. Su presencia es como un imán para mí, me giro un poco y lo veo a lo lejos. Álvaro está subiendo a un coche con un tío que no conozco de nada. Él también me ha visto pero, como ya es costumbre, pasa de mí y hace como que ni siquiera le importo. Se me rompe un poco más el corazón y decido hacer lo que llevo haciendo ya varias semanas. Me voy a casa a llorar y martirizarme. Últimamente no me encuentro muy bien. Mi cuerpo no reacciona como quiero que lo haga. Álvaro está muy lejos y no sé si conseguiré volverlo a traer.

## Actualidad

Es sábado, estoy sentada en el sofá del salón de casa de Alejandro leyendo una revista. Ayer casi nos declaramos. Vale, no me dijo que me quería, no dijo que estuviera enamorado de mí, pero dejó bastante claro que me quiere a su lado. Que me necesita, y su forma de tocarme me hace sospechar que siente lo mismo que yo. Llevo en una nube desde entonces, son las cinco de la tarde y ha estado más tiempo dentro que fuera de mí. Estoy muy cansada, no entiendo de dónde saca la fuerza para estar follándome todo el día. Tengo que volver a darle la razón a Sara. Es exactamente el tipo de hombre que ella definió, espero que se equivoque en lo de que necesita tirarse a tías diferentes... ese detalle debió omitirlo.

Tengo ganas de hablar con ella y contarle todo lo que me está pasando, saber cómo está. Anoche tampoco dormí en casa. Sé que no le importa y que se alegra por mí, sin embargo algo me dice que tengo que estar cerca de ella ahora. Cojo el teléfono.

–Hola amor.

–Hola zorra. Me tienes abandonada –esta es mi Sara.

–¿Qué haces?

–Mmm ..., nada... –ha tardado mucho en contestar–. .... Quita... –susurra.

–¿Estás con alguien?

–Eh..., no.

–Estás con alguien –es raro que me mienta sobre esto, hay gato encerrado.

–¿A quién te has llevado a casa?

–Te lo cuento cuando te vea.

–¡Venga ya, suéltalo! –doy un saltito en el sofá.

–Está bien..., es Joan.

–¡Lo sabía! –chillo

–No te aceleres. Solo nos hemos acostado... Varias veces. Si no te hubieras mudado, lo sabrías.

–No me he mudado –me muerdo una uña.

–Escucha –cambia de tema–, esta noche he quedado con Sofía y Roberto. Vamos a salir. Te iba a llamar ahora para decírtelo. No puedes decir que no. Tenemos mucho de qué hablar.

–Por supuesto que sí. ¿A qué hora hemos quedado? –no me puedo negar, la tengo un poco descuidada y, además, me apetece mucho.

–Roberto pasa a recogernos a las nueve.

–Vale. Estaré allí antes de las ocho. Necesito cambiarme de ropa –mientras termino de decir esto, Alejandro se acerca donde estoy, para frente a mí y me mira fijamente a los ojos. Yo también lo hago–. Te dejo. Nos vemos en un rato –y cuelgo.

–¿A quién vas a ver después?

La respuesta no va a ser fácil.

–He quedado con Sara. Vamos a salir esta noche –disimulo ojeando la revista.

No ha sido tan difícil como esperaba.

–¿Las dos solas? –me mira mientras abre un poco más las piernas. Sabe lo que le voy a decir.

–Ehh... No. Con Sofía y... –“bomba va”– Roberto–. Sigo leyendo como si no tuviera importancia. Paso una página. Silencio. Se cruza de brazos.

–Roberto...

No digo nada.

Sigue.

–¿Ese que te besó en medio de mi puto club? –se está enfadando. Mis manos comienzan a temblar.

–Sigue siendo mi amigo. Además, le dejé claro que no quiero nada con él. Nada...

–¿Te has acostado con él? –me corta. Los ojos le chispean. Hago como la que no lo ha escuchado. Paso otra página.

–Mírame –ordena, y yo lo hago–, ¿te ha follado? –ahora soy yo la que está muy cabreada y me levanto.

–¡Por supuesto que no!

–¿Estás segura?

–Oye. No tienes por qué dudar de mí. Te estoy diciendo la verdad. Sólo somos amigos.

–¿Eso crees, Dani? –levanta las manos exasperado–. Eres una ilusa. Está enamorado de ti –clama.

–¡Estás completamente loco! ¿También le vas a dar un puñetazo por ser mi amigo? –sigo gritando–. Además, no siente nada por mí –en realidad no estoy mintiendo, estoy segura de que solo está confuso.

Su mirada me atrapa. Se entrelaza con la mía y mi piel se electrifica. Recorre la distancia que nos separa y estoy perdida.

–¡Joder!, nena. Estoy completamente...

–¡No me llames así! –vocífero. Ese apelativo me supera.

Alejandro se queda atónito. Empieza a tocarse el pelo compulsivamente y su cara me indica que está completamente desesperado. Yo caigo de espaldas en el sofá y empiezo a llorar con la cara entre mis manos. Se agacha a consolarme.

–No llores pequeña. Por favor... , dime qué he hecho.

No puedo parar de llorar. Lo quiero. Lo quiero tanto que no puedo respirar. No puedo controlar esta situación por más tiempo. Necesito decírselo. Necesito que sepa lo que siento por él. Pero, ¿y si él no siente lo mismo por mí? No quiero asustarlo. No podría aguantar que se volviera a alejar. Ya no.

–Por favor...–hipo–, déjame irme a casa –sigo llorando. No puedo verlo, pero he notado como se ha puesto tenso–. No te voy a dejar..., sólo quiero... hablar con Sara.

–Habla conmigo.

–No quiero asustarte –me recompongo y me limpio las lágrimas con el dorso de la mano.

–No lo harás.

–No sabes lo que dices. No me conoces de nada.

–Déjame conocerte. Ábrete a mí.

Vuelvo a ponerme nerviosa y las lágrimas vuelven a rodar por mis mejillas a borbotones. Me levanto y lo aparto. Las palabras salen de mi boca como si me quemaran por dentro.

– ¡Estoy muy jodida! ¿Qué quieres saber? –hago aspavientos con las manos–. Hace años alguien me partió el corazón, lo hizo añicos..., ¡me destrozó!... –sollozo. Intento respirar–. ¡Aún estoy buscando los pedazos! –su cara es indescifrable–. No quiero..., no podría volver a soportarlo. No quiero que desgarres lo que queda dentro de mí. Pero..., pero, ¿sabes qué? Que es demasiado tarde... –mis sollozos se han convertido en un llanto espasmódico que me impide seguir hablando, afortunadamente. Caigo de rodillas en el suelo y mi cuerpo convulsiona al compás de mis gemidos. Alejandro no dice nada. Está completamente perplejo. No sabe qué hacer. Después de lo que me parece una eternidad, se agacha y me abraza.

–Por favor..., llévame a casa –le suplico.

–Está bien pequeña, te llevaré.

Después de una hora, el tiempo que he tardado en tranquilizarme, Alejandro me ha cogido en brazos, nos ha desnudado a los dos y nos ha metido en la bañera. Casi no hemos hablado. Se ha dedicado a lavarme, acariciarme, besarme y a decirme una y otra vez que todo va a salir bien. Que cuidará de mí. Cuando el agua se ha enfriado, me ha sacado, me ha posado sobre el suelo despacio, y con una toalla me ha secado lentamente todo el cuerpo venerándolo. Después me ha vestido y me ha sentado en la cama hasta que ha terminado de vestirse él.

Dios mío. Lo amo. Lo amo con toda mi alma.

Aparca en la puerta de mi casa. Nos bajamos del coche, cierra, se acerca a mí y me da la mano mientras caminamos hacia el portal. Lo suelto para poder abrir la puerta. Entramos y vuelve a cogerla. Es todo muy natural.

Como si lleváramos haciéndolo años. Entramos en mi piso y está todo muy calmado.

–¡Sara, he llegado!–aviso.

En ese momento y, aun cogida de la mano de Alejandro, mi amiga sale de la habitación en paños menores jugueteando con Joan que, claramente, le está metiendo mano. Alejandro está sonriendo, pero yo me disculpo de todas formas. Tras unos segundos, se percatan de nuestra presencia.

–Hola... –mi amiga nos sonrío, es toda una exhibicionista, no le importa que la vean casi desnuda. Joan se pone tenso y mira a Alejandro como si le tuviera que dar algún tipo de explicación.

–Perdonad. Creíamos que estábamos solos –Sara se disculpa.

–Acabamos de llegar –la informo.

–Vale..., ahora volvemos –empuja a Joan de nuevo dentro de la habitación. Alejandro me gira y me atrae hacia sí.

–Bienvenido a mi hogar. Una locura constante –se la presento formalmente.

–No pasa nada –me besa la frente–. Pero no me gusta que vivas aquí si esto ocurre muy a menudo –se separa un poco.

– Más veces de las que me gustaría –susurro para mí, pero me ha escuchado y se tensa.

–Lo digo en serio. Esto no me hace ninguna gracia.

–Ya... A mí tampoco. Pero es mi casa. Y esa, mi alocada amiga – intento bromear–. No tengo otra opción –me encojo de hombros.

–Sí que la tienes –me he perdido, ve lo confusa que estoy–. Ven a vivir conmigo.

“Hola, me llamo Alejandro, tengo el cuerpo de una escultura griega, follo como un dios, tengo varias empresas, entre ellas el Club donde sueles emborracharte, me gustan los coches caros, colecciono BMW, y conducir como un loco es uno de mis hobbies. Me enfado con facilidad, soy muy irascible y dominante, sobre todo en la cama. Por cierto, me apellido Fernández. ¿Te vienes a vivir conmigo? Te follaré cada día hasta dejarte extenuada. No importa que solo llevemos dos semanas juntos. ¿Hola?”

Ahora sí que estoy segura de que ha perdido la cabeza. Le acabo de

pedir tiempo. Hace dos horas le conté por qué necesito ir despacio. Por qué me da miedo las relaciones. Le acabo de pedir que me traiga a casa para poder pensar con claridad lejos de él y... y me mi viene con esas. Me aparto de su cuerpo.

–No estás hablando en serio –entro en la cocina, necesito agua.

–Yo nunca bromeo –dice con voz ronca y segura, y sigue mis pasos.

–Estás loco –no quiero alterarme–. No lo has pensado... –bebo.

–Lo llevo pensando mucho tiempo –eso tiene gracia.

–¿Cuánto tiempo? –cojo la botella del frigorífico –¡Nos conocemos de hace solo un par de semanas! –levanto las manos.

–No necesito más. Supe que pasaría desde el primer momento en que te tuve entre mis brazos.

Bebo y cuando termino me limpio la boca con el dorso de la mano.

“Dani, cállate”

No me puedo callar.

–Te refieres a la vez que me echaste de tu casa después de haberme follado cinco veces en pocas horas. Si, lo recuerdo muy bien. Jamás podré olvidarlo. Recuerdo claramente cómo me sentí al respecto.

No le está gustando lo que estoy diciendo. Su cabreo está aumentando por momentos. Que se prepare que no he terminado. Lleno mis pulmones de aire y sigo.

–O te refieres a la vez que desapareciste durante cuatro días... Espera, eso fue anteayer, no se te ha podido olvidar tan rápido. Durante esos días ¿también tenías claro que viviríamos juntos?

–Si –dice convencido–, pero tengo que contarte algo... –da un paso acortando las distancias–. Espero que no me od...

–No hace falta que me cuentes nada. No me voy a mudar a tu casa, al menos, no tan pronto. Está decidido.

Sumerge sus largos dedos entre su pelo y tira suavemente de él. Cierra los ojos. Se está desquiciando.

–Por supuesto que está decidido –su imperturbabilidad me enciende, realmente está seguro de que me iré con él.

“Claro que lo harás”.



Tú, callaté.

Le suena el móvil. Mete la mano en el bolsillo izquierdo de la chaqueta de cuero negro que lleva puesta y descuelga. Salvados por la campana.

–No es un buen momento, después te llamo... No... Ese lunes no puedo viajar a París... No puedo... ... Está bien –mira su reloj–, estoy allí en media hora.

Me mira.

–Tengo que irme. Id al Club. Llámame cuando termines, te recojo y nos vamos a casa.

“¿Ordena, Mi Señor, algo más?”

–A.Tu.Casa –especifico.

–No vamos a discutir sobre esto –me da un beso y se va. Pero no un beso corto y casto. No. Se para frente a mí, con la mano derecha agarra fuerte mi cadera y la izquierda rodea mi nuca atrayendo hacia sí. Lame mi labio inferior, después el superior y saquea mi boca de manera desmedida y desesperada dejándome claro que no quiere irse. Pero... se va. Y me deja completamente extasiada y mareada. Tengo que agarrarme a la encimera para no caerme de culo. Estábamos discutiendo ¿No?

muy corto, estrecho y escotado de color azul eléctrico. Zapatos de tacón negros *peep toe Daviner de Dune* y bolso trapeado a juego y chaqueta de cuero también negra. Yo he optado por una falda roja corta de vuelo y top negro corto palabra de honor. Chaqueta de ejecutivo negra y zapatos de tacón negro a juego con la cartera que llevo en la mano.

El taxi nos está esperando en la puerta. Roberto y Sofía se van a retrasar y vamos a cenar las dos solas. Está bien. Necesitamos ponernos al día con nuestras vidas. Necesito contarle lo que me está pasando y, con suerte, me convenza de que salga corriendo y me vaya a vivir a otro país.

Entramos en el restaurante italiano y un camarero nos acompaña hasta una mesita pequeña, con mantel a cuadros rojos y blancos y una vela en el centro. Está situada justo al lado de una gran ventana que da a la calle. El sitio es precioso, hacía mucho tiempo que no veníamos a cenar aquí. La luz es tenue y no hay demasiado ruido, se puede escuchar el hilo musical y a Rosalía, una cantante italiana de los años 70, entonando sus canciones. Nos sentamos una frente a la otra en dos sillas blancas de madera.

Pedimos una botella de Amatista, un vino blanco afrutado que tomamos frío, la camarera toma nota y se va. Sara está mirando su móvil.

–Deja el dichoso aparato o me voy –la insto como ultimátum.

–Perdona –sonríe y lo guarda en el bolso.

–Vaya cara de tonta tienes –le digo y vuelve a sonreír.

–Lo sé. Tu tienes la misma. Suelta por esa boca –me mira inquisitiva.

–Empieza tú, yo voy a necesitar media botella de vino.

La camarera se acerca a nuestra mesa, llena nuestras copas, deja la botella dentro de una cubitera y se va. Cogemos cada una la nuestra, las levantamos y brindamos.

–Por los hombres que saben romper bragas y follar como dioses –sonríe, necesitaba su frescura.

Una pareja mayor que está en la mesa de al lado la mira atónitos. Lo ha dicho demasiado fuerte. Mi amiga, que no tiene vergüenza alguna, lo mira a él y le dice:

–Ya era hora –le guiña un ojo, el hombre no dice nada y vuelve la

mirada hacia su acompañante.

–Te echaba de menos. Me alegro de volver a verte así –la informo.

–Yo también me alegro de que te follen como mereces –ríe.

–¿Puedes hablar más bajo? –sugiero

–Si, pero no me da la gana.

Pedimos la comida y, cuando terminamos, vamos por nuestra segunda botella de vino. Le he contado lo que ha ocurrido los últimos días. Cómo Alejandro se presentó en la puerta del gimnasio, le pegó un puñetazo a Jose y me obligó a irme con él. Ella me ha puesto al día de su historia con Joan y yo me he quedado a cuadros cuando ha reconocido que siente algo por él.

–Qué callado te lo tenías –la acuso.

–Tú tampoco has estado mucho por casa últimamente. Va en serio, ¿no?.

–Estoy enamorada de él –confieso–. No sé cómo ha ocurrido, pero... le quiero –Sara no dice nada.

–¿No vas a llamarme descerebrada?

–¿Por qué? Él también te quiere.

–Estás loca. No me quiere. Solo quiere follarme.

–Un hombre que solo quiere follarte no pasa contigo la mayor parte del tiempo. Te ha tenido secuestrada dos días.

–Recuerda que desapareció. No me ha llamado en toda la semana.

–Pero ha vuelto. Eso confirma mi teoría.

–¿Qué teoría? –estoy intrigada.

–Que ha intentado alejarse, no sé por qué –bebe un sorbo de vino–. Pero no puede hacerlo.

Lo ha clavado, es exactamente lo que Alex me ha dicho. Lo que tengo que averiguar es por qué ha intentado alejarse de mí. Tiene que haber una razón. Yo la tenía. Y aun la tengo, pero no voy a luchar más contra mis sentimientos. Ellos han ganado.

–Estoy muerta de miedo –reconozco.

–Es normal –coge mi mano y la aprieta dándome fuerzas–. Pero ya era hora de que tu corazón volviera a dejar entrar a alguien.

–Ese es el problema. No sé cómo ha ocurrido. A veces siento que la otra persona no salió jamás.

–¿Me estás diciendo que aún sientes algo por Álvaro? –aún me duele

escuchar su nombre.

–¡No!..., no lo sé. Es complicado. Aunque me traicionara de aquella manera... Nunca he podido olvidarlo. A veces dudo que pueda hacerlo algún día –agacho la cabeza y me toco la frente. Me estoy agobiando. Hacía mucho tiempo que no decía esto en voz alta–. Pero no...

–¿Alejandro sabe algo?

–Ni siquiera le he dicho que lo quiero... –levanto la barbilla y miro mi copa. La cojo y le doy un sorbo–. Sabe que hubo alguien que me hizo mucho daño.

–Tienes que ir paso a paso... –me aconseja.

–Me ha pedido que me vaya a vivir con él –la corto y la miro. Ahora sí que la he sorprendido.

Coge la botella, se llena la copa hasta la mitad y se la bebe de un trago. Yo le acerco la mía para que haga lo mismo. La llena, me la llevo a la boca y, de un sorbo largo, la dejo vacía. No me juzga, ni me critica.

–¿Qué vas a hacer? –se seca la boca con la servilleta.

–¿Lo preguntas en serio? No voy a irme a vivir con él –levanto la voz conforme voy hablando–. Está loco. Completamente ido. Casi no nos conocemos. No llevamos nada juntos...

–Está bien. Lo pillo. No me tienes que explicar por qué no es una buena idea. Pero... tal vez sea lo que necesitas.

–Vale, estoy rodeada de locos ¿Qué has fumado hoy? –le sonrío sarcástica.

–Escúchame. Llevas sola demasiado tiempo. Nadie ha conseguido despertar en ti ningún tipo de sentimiento desde..., desde ese cabrón mal nacido. Alejandro lo ha conseguido en muy poco tiempo. Tiene que ser especial. Tiene que ser por algo.

–No me imagino la vida sin él. Pero...

–Estás contestándote tú sola –la miro dubitativa, ella pone cara de confianza y vuelve a cogerme la mano.

–Dani, escúchame. Te mereces ser feliz. La vida le ha dado otra oportunidad a tu maltrecho corazón. Si Alejandro ha conseguido entrar, es que tiene que estar ahí. Es para ti.

–No sé lo que siente por mí.

–Eres imbécil ¡Por favor, Dani! Quiere que vivas con él. Quiere despertarse a tu lado cada mañana. Quiere tenerte cerca cada día. ¿Eso no te

dice nada? No sabía que fueras tan tonta.

–Oye, no me insultes –me suelto la mano.

–Eres idiota.

–Y tú una zorra –me hace reír, la adoro.

–Y me encanta –sentencia.

Volvemos a llenar las copas, brindamos por las nuevas oportunidades y terminamos con la segunda botella durante la siguiente media hora.

Paramos un taxi en la puerta del restaurante y le pedimos que nos lleve al club Adara. No está muy lejos, pero las dos botellas de vino han sido suficiente para no atrevernos a ir andando. Sara ha quedado allí con Joan para que luego la lleve a casa, pero me ha prometido que esta noche es nuestra. Yo no estoy muy convencida de ir al Club de Alejandro, algo me dice que no es buena idea, pero no puedo negarme, mi amiga también está enamorada y su relación no es tan complicada como la mía. Me resigno. Tengo la esperanza de que Alex no esté por allí esta noche. Tenía algo urgente que hacer. Joan nos ve en la puerta, nos acercamos a él, abre la cadena y pasamos sin tener que esperar la kilométrica cola de los sábados noche. Le da un beso a Sara y compruebo lo enamorado que está de ella. Me saluda.

–Hola Dani. El señor Fernández me ha dado instrucciones –“claro que sí”–. Venid conmigo –coge a Sara por la espalda. Yo los sigo.

Ni pregunto. No quiero saber si está por aquí. Las dos botellas de vino, la música y el barullo empiezan a surtir efecto en mí y empiezo a desinhibirme. Llegamos al reservado en el que estuvimos la última vez. Es el más cercano a las oficinas y caigo en la cuenta de que la vez anterior también estuvo orquestada por Alejandro. Nos invitaron al reservado y nos estuvieron trayendo copas sin pedir las. Todo cobra sentido en mi mente. Me estuvo vigilando desde que llegué. El gorila simpático de Sara vuelve a besarla y se despide de nosotras.

–Si necesitáis algo se lo decís a Gema –miro hacia donde señala y la camarera nos sonrío. Es la misma chica de la última vez. Esa que le hacía ojitos a Roberto ¡Roberto! Caigo en la cuenta.

–Joan. Roberto y Sofía tienen que estar a punto de llegar.

–No os preocupéis. Los traeré hasta aquí –vuelve a besar a Sara y se va.

–No has sido del todo sincera. Lo vuestro va en serio –le digo con mirada acusadora.

–No nos vamos a ir a vivir juntos. –Hija de puta, pero la quiero.

–Nosotros tampoco –niego–. Estás enamorada de él –afirmo. Se encoge de hombros y empieza a bailar. Yo la sigo.

La camarera trae nuestras copas y, justo detrás de ella, entran Sofía y Roberto. Nos abalanzamos sobre ellos. No nos vemos desde hace una semana. Gema mira de soslayo a mi amigo. Si, le gusta. Éste me abraza.

–Te he echado de menos. No has contestado a mis llamadas.

Me ha estado llamando toda la semana, pero no he tenido tiempo ni ganas de hablar con nadie. He estado muy ocupada revolviéndome en mi pena.

–Lo sé, lo siento –me disculpo.

–No pasa nada. Ahora estás aquí. Tenía ganas de verte –me sonrío.

–Yo también –le devuelvo el gesto.

Le he echado de menos, pero no como él cree. Es mi amigo. Siempre ha cuidado de mí. Pero me parece jugar sucio si lo utilizo de paño de lágrimas. No habría sido buena idea. Nos acercamos a la mesa y cogemos nuestras copas. La camarera ha vuelto y ha traído también las de Roberto y Sofía. Empezamos a hablar los cuatro y consigo olvidar un poco lo único que ocupa mi mente últimamente. Tras un rato, Roberto coge mi mano, tira de mí y me lleva hasta la pista de baile. Salimos del reservado.

–Vamos a bailar.

Lo sigo y me agarro fuerte a su brazo para no caerme. Después de todo lo que he bebido, no estoy muy segura de poder bajar las escaleras sin tropezar. Llegamos al centro de la sala y empieza a darme vueltas sobre mí misma. Reímos. Qué bien me siento. Tras el cuarto giro, me mareo y caigo sobre su pecho. Roberto pega su cara demasiado a la mía, pero me separo y sigo bailando.

Lo estoy pasando bien. Inconscientemente miro hacia el ventanal del despacho de Alejandro. Desde aquí es un espejo, solo se ve el reflejo de las luces. Después de tres canciones necesito beber algo. Le sugiero que subamos

de nuevo al balcón, así se llaman aquí a los reservados que cuelgan, y me sujeta la cintura durante todo el trayecto para mantenerme en pie. Llegamos arriba y Sara está manteniendo una acalorada discusión con Joan. Tal vez me he equivocado y su relación sí es tan complicada como la mía. Nos acercamos a Sofía que está bailando asomada al balcón y le pregunto qué ha pasado.

–Nos estábamos besando cuando ha entrado –da un sorbo a su copa agarrando la cañita rosa. Mi cara lo dice todo.

–No me mires así. Solo estábamos jugando –se excusa y mira a Joan–. Creo que no le caigo bien –se encoge de hombros.

A mí tampoco me caería bien la persona a la que encontrara comiéndole la boca a Alejandro. Pensar eso hace que se me remueva el estómago. Me dan ganas de vomitar. Si presenciara esa escena, creo que me moriría. No estoy preparada.

–Necesito ir al baño. Ahora vuelvo.

Dejo a Roberto y a Sofía bailando. Sara sigue discutiendo con Joan. Después hablaré con ella. Tiene que dejar de hacer tonterías. Entro en el aseo y me recompongo. Bebo agua y me refresco la mente. Tengo que dejar de pensar en Alejandro. La noche va muy bien. Hasta ahora.

Salgo y Roberto me está esperando fuera. También está bastante borracho. No tanto como yo, pero tiene los ojos vidriosos. El reflejo de las luces de diferentes colores se reflejan en su iris. Me insinúa que bailemos, me coge de la cintura y me atrae hacia sí. Demasiado. Yo me agarro a su cuello y me muevo en sintonía con su cuerpo. Está sonando *Hello* de Adele, pero una versión bastante más movida. Acerca su boca a mi cuello y lo roza con los labios. No hace falta ser muy lista para saber que esto no es buena idea. Intento separarme pero me tiene bien atrapada. Sigue con su reguero de besos hasta llegar al lóbulo de mi oreja izquierda.

–Dani... –susurra. Vuelvo a empujarlo, pero no tengo fuerza suficiente. No lo consigo. Sigue besándome, ahora la barbilla y, justo antes de alcanzar mi boca, logro alejarlo.

–¡No!

–¿Es por él? –atrapa mi muñeca. No digo nada.

–¡No te conviene! –tira de mí.

–Roberto, no sé como decírtelo. No siento nada romántico por ti –le digo mientras intento soltarme.

–Dame una oportunidad. Déjame demostrarte...

–Es imposible. Lo...

–¿Estás con él? ¿Es eso? Te dejaré cuando se aburra de ti –por fin, nos separamos. Se ha pasado.

–No vayas por ahí... No..., no quiero dejar de quererte.

–¿Me quieres? –parece contrariado.

–Sabes que sí. Eres muy importante para mí. No quiero perderte.

–Te quiero, Dani..., déjame demostrártelo... –se acerca otra vez, coge mi cara con ambas manos e intenta besarme de nuevo. Vuelvo a apartarlo.

–¡No puede ser! No lo hagas más difícil..., por favor... –decido ser sincera. Solo así conseguiré que se dé cuenta.

–Estoy enamorada de Alejandro –confieso. Me mira atónito.

–¡Venga ya! –levanta las manos–. No sabes lo que dices. Estás borracha –su tono de desprecio no me gusta nada.

–Lo quiero.

–¡Eso es imposible!

–¡Tú no sabes nad...! –dice precipitadamente, se abalanza sobre mí y consigue atrapar mi boca con la suya. Durante una milésima de segundo no reacciono. Al momento siguiente lo aparto y chilló.

–No vuelvas a acercarte a mí.

Y lo huelo. Mi cuerpo reacciona a su presencia antes que mi mente. Miro a la derecha y ahí está. Enchaquetado, su pelo perfectamente despeinado, sus ojos azules negros de ira, su mandíbula cuadrada apretada rechinando los dientes, el cuerpo tensionado y los puños cerrados apretados junto a su costado. Está morado de rabia. Roberto huele el peligro y, cuando miro en su dirección, se ha marchado. Es preferible que sea así. No sé qué puede ocurrir ahora. Está cabreado, pero su cara de desprecio es lo que me está matando por dentro.

–Alex... –intento acercarme a él y se aleja.

Da media vuelta atravesando el pasillo por donde entiendo que ha venido. Va hacia su despacho. Lo sigo. Voy, literalmente, corriendo tras él. Abre la puerta y no la cierra. Entiendo que soy bienvenida. Entro en la habitación. Está completamente ido, cogiendo su pelo y tirando de él



desquiciado. No sé qué hacer. Para frente a un armario, lo abre, coge una botella de whisky, llena un vaso y se lo bebe de un trago. Echa la cabeza hacia atrás. Vuelve a llenarse otro y hace lo mismo. Creo que nunca lo he visto beber antes. Estoy temblando. Este silencio me está matando.

–Lo... lo siento –le digo y atraviesa con la mirada–. No sé qué has visto, pero no es lo que crees.

–¿Qué creo, Dani? –su voz me da miedo.

–No..., no lo sé –titubeo.

–Exactamente..., no lo sabes... –vuelve a darme la espalda, mira el vaso vacío que tiene en la mano, lo tira contra la pared y el estallido que provoca al caer eriza cada bello de mi piel. A continuación, coge la botella y da un trago directamente de ella.

Me acerco y lo abrazo fuerte por detrás. No sé por qué lo hago tal y como están las cosas ahora mismo, pero mi cuerpo me pide a gritos estar cerca de él. Tocar. Apoyo mi cara en su espalda. Cuando nota que lo agarro, suspira y me parece que se relaja. Pero solo dura unos segundos. Suelta la botella, agarra mis brazos, los abre y me aparta de su cuerpo. Se aleja y se queda de pie tras su mesa. Quiere poner espacio entre nosotros. Me deja desolada.

–Os estabais besando –le cuesta decirlo, le duele. Lo sé y eso hace que no pueda respirar.

–¡No! –por supuesto que no, me digo. Él arquea las cejas en señal de darme otra oportunidad, espera la verdad.

–Vale, intentaba besarme –reconozco–, pero...

–¡Joder!, estabas abrazada a él –sus ojos arden de ira.

–Escúchame, llevabas razón, Roberto siente algo por mí, pero...

–¿¡Se te ha declarado!?! –brama. Rodea la mesa y se acerca a mí a grandes zancadas–. ¿Te ha dicho que te quiere?

–Sí, pero... –vuelve a cortarme, está encolerizado, no me deja hablar.

–¿Le quieres? –“¿Qué?” No contesto–. ¿Le quieres? –repito más fuerte y cabreado.

–¡No! ... ¡Si!, claro que lo quiero, es mi amigo –no debería haber dicho eso, aunque sea cierto–. No te enteras de nada, ¿verdad? –contesto rabiosa.

–No, parece que no. Te dejo sola cinco putos minutos y te besas con el primero que se te pone a tiro –se pasa y mucho.

–Vete a la mierda –giro sobre mi cuerpo y voy hacia la puerta.

Necesito salir de allí. Antes de conseguir llegar, tira de mi brazo hacia él. Lo empuja. No puede tratarme así. No puede insultarme de esa manera. Me sigue, agarra mi muñeca, me gira y me besa con fuerza, me hace daño, pero me rindo a él. Agarra con sus manos mi culo y me levanta. Yo rodeo con mis piernas su cintura aunque no es lo que quiero.

“Claro que no”.

–Tal vez necesites una dosis de tu propia medicina –dice displicente.

¿Sería capaz? El cuerpo se me tensa e intento soltarme y alejarme de él, pero agarra fuerte mis muslos que rodean su cintura y no me lo permite. Siento lo excitado que está. Intento desabotonarle la camisa pero no me deja. Me tira sobre el sofá alejándome de él.

–No me toques –Ruge. Quiere castigarme–. Date la vuelta y agarraté al sofá.

Lo hago, estoy completamente excitada, no quiero pero lo estoy. Mi cuerpo se revela contra mí pidiéndome a gritos que le deje darme placer de la forma que él desee. Me baja las bragas sin compasión y me da un fuerte azote en la nalga abrasándome la piel. Grito. No lo esperaba. A continuación me masajea en el mismo sitio y vuelve a azotarme. Después del tercero me penetra sin piedad. Gruñe. Jadeo.

–Espera –le pido, pero no lo hace. Todo lo contrario. De una estocada me impulsa hacia delante.

–No te sueltes –sisea enfadado.

Está siendo brusco y violento, sin embargo, que sepa que puede hacer conmigo lo que quiera, me excita a niveles extrasensoriales. Agarra fuerte mis caderas, tanto que sé que me va a dejar marcas. Agarro fuerte el respaldo del sofá e intento que sus fuertes estocadas no puedan conmigo. Me derrito. Duele y, al mismo tiempo, es lo más placentero que mi cuerpo ha experimentado hasta ahora. Después de un sin fin de estocadas despiadadas, muevo mi mano acercándola a mi clítoris para tocarme y poder correrme como necesito, pero, justo antes de llegar a tocarme, me para con un gruñido

y me penetra con más fuerza.

–No te toques –vuelve a empujar–, no vas a correrte ahora –dice tosco.

Y sigue con sus penetraciones. Cada vez más fuertes. Cada vez más aceleradas. Cuando siente que me voy a correr, para. Estoy desquiciada.

–Necesito correrme –susurro lloriqueando.

Llega hasta el fondo de un solo movimiento y se queda quieto dentro. No puedo respirar.

–Y yo necesito –sale y vuelve a entrar– que entiendas –repite la acción, estoy al borde del colapso– que eres mía –ruge.

Y entra y sale.

Entra y sale.

A un ritmo demencial.

A un ritmo desesperado.

Hasta dejarse ir dentro y fuera de mí, llenándome la espalda con su semen y la sala con sus rugidos. Inmediatamente después se aleja, se sube los pantalones y sin mirarme va hasta el mueble a servirse otro vaso de whisky. Yo intento serenarme. Misión imposible con lo excitada que me ha dejado. Me levanto y voy al baño a limpiarme la espalda con una toalla. Cuando vuelvo está sentado en su silla mirando fijamente la pantalla. Sigue sin hablar y ni siquiera me mira. Es como si yo no estuviera. Me ha utilizado a su antojo, me ha hecho ver que soy suya y que puede tenerme donde y como quiera y que después puede pasar de mí de esta manera. Tengo un cabreo descomunal.

“Es que puede hacerlo”.

–¿Quién te crees que eres? –me planto delante de su mesa–, ¿quién coño te crees que eres? –sigue sin hacerme caso.

Decido hacerme la digna y salir de aquí. No quiero estar cerca de él. Antes de girar el pomo, escucho.

–No soy yo el que estaba besando a otra –apunta sereno dándole a

continuación un trago al whisky.

Me paro en seco. Su frase es como un jarro de agua fría para mí. Lleva razón. Si yo presencio lo que él acaba de ver no sería tan razonable. Ese pensamiento me trae de golpe a la realidad. Giro sobre mí misma y camino hacia donde se encuentra.

–No sé de qué manera decírtelo: ¡deja de hacerme daño, joder! – empiezo a sollozar–. No lo estaba besando..., no... Estaba intentando ser sincera con él. Le estaba diciendo que.... –“No lo hagas Dani”–... que... no tiene nada que hacer... porque... –“Cierra el puto pico”–... porque estoy completamente enamorada de ti.

Su cara cambia de repente. Está sorprendido. Esto ya no tiene vuelta atrás. Decido ser sincera.

–Te quiero... No, no sé cómo ha pasado... yo... yo... te quiero –rompo a llorar, él no dice nada, su cara no me dice nada, está impávido.

Comienza a faltarme el aire y, aprovechando que la mesa nos separa y que él no termina de reaccionar, salgo corriendo y escapo de allí. Necesito aire fresco.

## Y YO A TI

5 años y medio atrás.

No me encuentro bien. Abro la puerta de casa y voy directamente al baño. Vomito varias veces. Durante unos minutos no separo la cabeza de la taza del váter. Me toco la frente y creo que tengo fiebre, he debido coger algún virus.

Consigo levantarme del frío suelo de baldosas blancas y me meto en la bañera. Tal vez eso me relaje. Pero no lo hace. Tras media hora bajo la ducha de agua caliente, decido que es hora de salir, me pongo el pijama y me dirijo a la cocina, tengo que comer. Tengo hambre, pero no quiero forzar mi estómago, así que decido hacerme algo ligero. Un sándwich de pavo.

Estoy sola en casa, Clara ha ido a pasar unos días a casa de sus padres fuera de Madrid. Su madre está enferma y quería cuidarla hasta que se sintiera mejor. Ya ha terminado los exámenes, así que no tenía mucho que hacer por aquí. Solo espero que vuelva antes de mi graduación, la necesito a

mi lado. Me gustaría tener a alguien que me quiere cerca de mí en esos momentos.

Termino de cenar y me tumbo sobre el sofá. Decido poner una película antigua y dejar de pensar dónde puede estar Álvaro, qué estará haciendo y con quién. Me da miedo decírmelo en voz alta y escucharlo, pero está muy lejos de mí, aunque no me haya dejado. Por fortuna, me quedo profundamente dormida antes de que empiece la trama, así que mi mente descansa durante un rato. Últimamente tengo mucho sueño durante el día. Debe ser por lo mal que duermo de noche.

No sé qué hora es, pero siento su calor a mi lado, ese que lo hace presente en casa aunque no esté. Abro un poco los ojos y Álvaro está junto a mí, de rodillas en el suelo, mirándome y acariciando mi cara. Consigo sonreír un poco y él me devuelve la sonrisa. Ese gesto..., un simple detalle de atención por su parte hace que el calor vuelva a mis mejillas y la sangre a mi corazón.

–Te quiero –dice como si fuera la verdad más pura que haya dicho jamás.

Me coge en brazos, me aprieta contra él y me lleva a la habitación mientras no para de besarme dulcemente. Las mejillas, la frente, la sien, los labios... Me deja sobre la cama despacio y se tumba sobre mí. No hace nada, solo me mira. Tras una eternidad, sigue con su reguero de besos pacientemente, sin prisas, suavemente. Por la barbilla, el cuello, los hombros... Vuelve a parar y, conforme va desnudándose, besa cada centímetro de mi piel sin dejarse nada. Me baja los pantalones y los tira al suelo; me besa los tobillos, las rodillas, los muslos... Me quita la camiseta, me besa los pechos, el estómago, las ingles... muy despacio, muy muy despacio, tomándose todo el tiempo del mundo. Finalmente, se levanta, se desnuda lentamente y vuelve a tumbarse sobre mí. Mi cuerpo racciona ante su desnudez, es perfecta. Vuelve a besarme, esta vez un poco mas vehemente. Para y clava su mirada en la mía.

–¿Me quieres? –tiene los ojos vidriosos.

–Más que a mi vida –y es literal.

Sigue saqueando mi boca con la suya y, tras un rato, coge su pene y

roza la entrada de mi vagina. Todo mi ser tiembla. Lo necesito como al aire para respirar.

–Te amo –las lágrimas comienzan a caer por sus mejillas mientras introduce su pene dentro de mí. Cuando la ha enterrado completamente, vuelve a decir:

–Te amo, Nena –sale–. Te amo –entra– con toda... mi alma –sale–, no lo olvides... –entra– nunca.

No puedo hablar, el llanto no me deja. La sensación que se está creando dentro de mí me produce un miedo aterrador. Me golpea el pecho. Llevo deseando esto mucho tiempo, que reaccione, pero algo en lo más profundo de mi ser me grita a voces que se está despidiendo. “No te vayas Álvaro, quédate conmigo siempre”. Seguimos así durante mucho tiempo, lo está alargando y yo no quiero que termine. Entra en mí.

–Eres...–sale–... toda... –entra–... mi vida –sale.

Sus embestidas son cada vez más rápidas e intensas, pero no para de decirme que me ama y que eso nunca cambiará. Yo he conseguido hablar y hacerle saber que él es todo mi mundo. Noto que se va a correr y me dejo ir con él. Siento como se derrama dentro de mí. Percibir su calor en mi interior es lo más hermoso que he sentido nunca. Él. Yo. Somos uno. Ahora mismo no hay nada ni nadie que nos separe. No hemos dejado de mirarnos en ningún momento.

–Nena..., siempre seré tuyo –una de sus lágrimas cae sobre mi mejilla izquierda mezclándose con las mías.

–Yo... siempre seré tuya.... Siempre –mientras me digo “No te despidas de mí, amor”.

Me abraza fuerte, está desesperado. Noto la tensión de su cuerpo y mi llanto se hace más intenso. Él tampoco puede controlarlo y los dos lloramos abrazados diciéndonos que nos amamos hasta quedarnos profundamente dormidos.

\*\*\*

Actualidad

Acabo de decirle a Alejandro entre sollozos que lo quiero justo después de que me poseyera sin dejar que me corriera, así deja claro que es el dueño y señor de todo mi cuerpo. Y no ha reaccionado, se ha quedado impertérrito. Esto es lo que tanto miedo me da. Lo que tanto temo. No ser correspondida de la forma que necesito. No estoy preparada para que vuelvan a destrozarme por dentro.

Voy corriendo por el pasillo de la planta alta del Club, paso de largo los balcones y bajo las escaleras sin casi tocar el suelo. Llego a la pista de baile y la gente me empuja. Las lágrimas no me dejan ver por donde voy. Tropezco con alguien, caigo al suelo y me vuelvo a levantar. Tengo que salir de aquí lo antes posible. Intento abrirme paso entre la multitud, pero es bastante complicado. La gente bebe y baila a mi alrededor. No puedo respirar y estoy a punto del colapso. Siento la música retumbar dentro de mi cabeza. Me golpea directamente en el corazón. No siento las piernas ni las manos. Estoy temblando.

Sigo corriendo y consigo llegar hasta la calle. Salgo y veo a Joan a lo lejos discutiendo con un par de jóvenes. Está lloviendo, pero no me importa. Necesito aire y las gotas de lluvia caen sobre mi cara y se mezclan con las lágrimas que ruedan por mis mejillas a borbotones. Me alejo de la multitud de entrada en la discoteca y me apoyo sobre un coche. Agarro fuerte mi pecho con una mano, pero el pinchazo que siento en él está ahogándome por dentro. Vuelvo a tomar aire y comienzo a andar de nuevo. Los coches empiezan a tocar sus bocinas y, al levantar la vista, me doy cuenta de que estoy en medio de la carretera. Intento mover las piernas, pero no me hacen caso. Estoy un poco mareada. La lluvia sigue cayendo sobre mí, me froto la cara y los ojos tratando de centrar la mirada, sin embargo, no consigo ver más allá de un metro. Todo está borroso.

Los coches siguen tocando el claxon y pasando a un escaso metro de mí a toda velocidad. Escucho frenar a uno de ellos de manera brusca a la vez que pita de forma urgente. Veo las luces de dos faros acercándose a gran velocidad. Me quedo petrificada, por un instante pasa por mi mente la idea de que quizá sean las últimas luces que vea en mi vida. Y, justo antes de que consiga arrollarme, unos robustos brazos tiran de mí y consiguen apartarme



de la carretera. Me está aplastando el pecho. Al momento siguiente estoy en la acera, Alejandro me abraza respirando bruscamente y mojado por la lluvia. Me posa sobre los adoquines de la acera sin apartarse demasiado.

–¡Han estado a punto de atropellarte! –brama.

–Aléjate de mí –lloriqueo y lo empujo. No quiero estar cerca de él. Me duele. Le he abierto mi corazón y se ha quedado estupefacto.

Salgo a correr por la acera. Vuelve a cogerme y a abrazarme. Forcejeo. Pero no me deja apartarme de él.

–Por favor... –suplico y vuelvo a forcejear, pero Alejandro no me suelta.

–Por favor, para. Vas a hacerte daño –sigue abrazándome. Sus músculos están tensos y su respiración muy agitada. Nunca lo he visto tan nervioso.

–¡Pues deja que me vaya! –lo vuelvo a empujar, pero no se aleja lo más mínimo.

–No puedo... Lo he intentado pero... ¡No puedo, joder! –grita.

Se aparta repentinamente. Me tambaleo. Hago lo imposible por seguir de pie. Ahora que me ha soltado no consigo moverme. Sigue.

–Tú tampoco te enteras de nada, ¿verdad? No pued... –lo corto.

–¿No me entero de qué? –bramo–, ¿de que me apartas de tu lado cada vez que te da la gana?, ¿que te digo que estoy enamorada de ti y me dejas ir sin más?, ¿Que no me quieres?, ¿que no sient....?

–¡Te quiero, por Dios Santo! ¡Te quiero desde la primera vez que te vi!

Se abalanza sobre mí y nuestras bocas chocan como dos tanques enemigos en medio del campo de batalla. Me agarra del pelo, enreda sus dedos entre mis cabellos y tira hacia sí. Yo me aferro a su cuello. Nos devoramos desesperadamente. Su lengua penetra en mi boca sin pedir permiso y enredándose y danzando al compás de la mía.

Sigue lloviendo, estamos empapados, pero lo único que nos importa es saciar la sed que tenemos el uno del otro y que no conseguimos calmar. Sus manos agarran ahora mi cuello y lo aprietan con ganas. Me está ahogando, casi no puedo respirar. Intento apartar su cuerpo de mí. Pero no me

lo permite. Alguien nos interrumpe.

–Estás aquí –Sara se tambalea junto a nosotros, casi no se mantiene en pie. Junto a ella están Sofía y Roberto. Alejandro lo ve y puedo sentir su cuerpo tensarse, aunque ya no lo tengo pegado al mío. Me coge de la mano y se dirige a mi amigo.

–No vuelvas a acercarte a ella –es una dura advertencia. Roberto dirige su mirada hacia mí, pero yo no tengo nada que decirle. Alejandro vuelve a rugir.

–¡Es mía! –mi amigo lo mira–, ¿me has entendido?

Roberto se pone en posición de defensa y yo empiezo a asustarme. No quiero que comiencen una pelea en la que los dos se pueden hacer mucho daño. Sara y Sofía nos miran como en un partido de tenis sin decir ni una palabra. Están atónitas. No entienden qué está pasando. Sara la–oportuna–cuando–quiere salva la situación.

–Tranquilos, esto no es un concurso para ver quien la tiene más grande –coge a Roberto y tira de él–, nosotros nos vamos –no se resiste, se vuelve y se va con ellas.

Sofía me mira preguntándome qué coño está pasando y yo me encojo de hombros. No es un buen momento para contarle nada. Se da media vuelta y camina en dirección a nuestros amigos. Paran en la puerta de la discoteca y los pierdo de vista un momento después. Alejandro me tiene agarrada tan fuerte que la sangre no llega a los dedos de mis manos. Intento soltarme. Aprieta un poco más. Duele.

–Me estás haciendo daño.

Afloja la presión sin llegar a soltarme. No voy a enfadarme con él porque haya advertido a Roberto. No ha estado bien, pero yo en su lugar no sé qué hubiera hecho. Bueno, sí. Algo mucho más irracional, como... cortarle la cabeza, por ejemplo. Nos miramos y caigo en la cuenta de lo que ha dicho antes de que nos interrumpieran.

–Me... quieres...–susurro y me sonrío.

–Te quiero...

Sonrío y volvemos a besarnos, esta vez lentamente. Lame mi labio inferior, después el superior y, cuando termina, su lengua se adentra en mi

boca. Pausadamente. Sintiéndonos. Percibiéndonos. Encontrándonos. Previamente, solo nos teníamos delante. Ahora... nos vemos. Nos sentimos. Nos tenemos.

Entramos en casa de Alejandro cogidos de la mano. No hemos podido soltarnos durante todo el trayecto desde la discoteca. Mientras conducía no ha dejado de acariciarme el brazo y el muslo, prometiéndome sin palabras todo lo que ocurriría a continuación. Estamos empapados, el tiempo que hemos pasado bajo la lluvia nos ha calado la ropa. He empezado a tiritar nada más salir del coche. Alex se ha dado cuenta y me ha abrazado para intentar hacerme entrar en calor. Nos dirigimos directos al dormitorio.

–Vamos –me insta a que levante los brazos–. Estás helada.

Solo puedo sonreír. Nos desnuda a los dos y nos dirigimos al cuarto de baño. Sin soltarme, abre el grifo y, cuando el agua está suficientemente caliente, nos metemos dentro. Nos abrazamos mientras el calor del agua que cae sobre nosotros consigue que deje de tiritar. No para de acariciarme la espalda. Nos miramos.

–¿Estás bien?

Le digo que sí con un leve gesto de cabeza. Volvemos a abrazarnos. Es una sensación maravillosa. Él. Yo. El agua caliente cayendo sobre nuestros cuerpos. La intimidad que nos rodea y el silencio que nos abraza. Nos besamos, primero suavemente y, conforme pasa el tiempo, se convierten en besos ardientes y apasionados. Me da la vuelta, posa su mano bajo mi espalda invitándome a que me incline hacia delante.

–Agárrate a la pared –ordena y lo hago. Ha dejado de ser dulce para convertirse en el hombre dominante que tanto me gusta y me pone–. Necesito estar dentro de ti.

Y me penetra sin esperar si quiera a que esté preparada. Sabe que lo estoy. Mi cuerpo siempre está dispuesto para él. Siento como llega hasta lo más profundo de mi ser. Me agarra de las caderas y tira hacia sí para ahondar más en mí.

Jadeo.

Ruge.

Entra y sale.

Entra y sale.

Sus acometidas son cada vez más profundas y constantes. Le aviso que me voy a correr y él me ordena que espera. Sale entonces de mí y apoya mi espalda en la pared, se agacha y me abre las piernas. Su lengua recorre con parsimonia la parte interna de mis muslos. Gimo. Todo mi cuerpo tiembla. Agarro con mis manos su cabello y tiro de él guiándolo hasta el centro de mi placer. Me devora entera. Rápido y certero. Su lengua se mueve exquisita y sabia. Me corro sin ni siquiera darme cuenta de que iba a hacerlo. Se levanta y sin esperar a que me recupere me penetra rápido y duro. Se aferra a mi cabello mojado y me besa con desesperación.

Jadea.

Jadeo.

Jadeamos

Entra y sale.

Entra y sale.

No puedo aguantar mucho más, espero que se dé prisa. Adivina mi deseo vehemente y me ordena entre susurros que me corra de nuevo. Lo siento derramarse dentro de mí mientras yo exploto y toco el cielo con las manos. Vuelve a abrazarme y besarme como si no hubiera un mañana. Terminamos de ducharnos, nos enjabonamos el uno al otro y nos enjuagamos. Salimos del baño y me tumba sobre la cama.

–Ahora voy a hacerte el amor– susurra mientras me besa.

Esto es nuevo. Hace mucho tiempo que no me hacen el amor. En mi mente se agolpan imágenes que había ocultado tras enormes bloques de cemento. Recuerdos que no hacían otra cosa que hacerme daño y partirme en dos. El dolor se posa sobre mí como un antiguo compañero de viaje y me aplasta cual losa de cien kilos. No puedo respirar, me encojo sobre mí misma y me trabo las piernas con las manos. Estoy a punto de sufrir un ataque de pánico. Tiemblo. Alejandro se da cuenta de que algo no va bien.

–Dani... ¿qué te ocurre? –me abraza.

–No..., no puedo respirar.

–Tranquila, estoy aquí. Nadie volverá a hacerte daño –besa mi frente

y deja pasar unos minutos.

–Cuéntame qué pasó –pero no le contesto. Sigue besándome.

–Esto..., esto me da miedo.

–Dani..., jamás te dejaré. Estoy completamente enamorado de ti –sigo llorando–. ¿Quién te hizo tanto daño? –me rodea con sus brazos más fuerte si cabe y me recuesta sobre la cama. Me relajo un poco–. Déjame demostrarte cuánto te quiero.

Se tumba sobre mí y recorre con sus labios todo mi cuerpo. Cuando llega a las ingles, me abre las piernas y sopla sobre mi monte de venus. Roza con su boca mi clítoris y lo succiona suavemente. Jadeo. Toda la zona está muy sensibilizada. Baja por mis muslos hasta llegar a las rodillas y vuelve a subir. Se detiene en mis pechos y se deleita con ellos. Vuelve a mi boca y su lengua juega con la mía. Coge su polla y me penetra despacio mientras repite una y otra vez, “Eres...mía, eres...mía...”. Me hace el amor, lentamente, despacio, sin prisas, durante más de dos horas. Cuando terminamos, nos abrazamos y, sin salir de mí, nos quedamos profundamente dormidos.

## ALÉJATE DE ÉL

Me despierto con los primeros rayos de sol. Intento moverme, pero sus fuertes brazos tatuados me tienen aprisionada. Todavía sigue dentro de mí. Está abrazándome por la espalda. Me retiro un poco y me giro. Nuestros cuerpos se separan. De su boca sale un pequeño gruñido. Se ha quedado boca arriba a mi lado. Lo miro. Duerme plácidamente. Contemplo su cara relajada y no puedo dejar de suspirar. Es perfecto. Su mandíbula cuadrada, sus jugosos labios, sus largas pestañas, su pelo alborotado... Caigo en la cuenta de que aún no sé qué edad tiene. No lo he pensado mucho porque me importa muy poco. Nada, en realidad. Es mayor que yo, pero no demasiado. Treinta y cinco tal vez.

Se mueve y sonrío. Debe estar soñando. Me estremezco al ver esta imagen y caigo en la cuenta de que solo quiero hacerlo feliz. Tengo que averiguar cómo conseguirlo, pero de momento sé como hacer que empiece

bien el día. Sonríó para mí y me froto las manos mentalmente. Lentamente me levanto y me tumbo sobre él. Comienzo a besarle el torso y bajo hasta rozar su pene que no está flácido del todo. Empiezo a besarlo despacio y lamerlo desde la base hasta la punta. En el segundo lengüetazo está erecta y lista para actuar. Este hombre es un dios. Lo escucho suspirar. Sigo con mi tarea.

Después de varios minutos, noto como su mano derecha toca mi cabeza, lo miro sin parar de hacer lo que estoy haciendo y me observa extasiado. Gime. Su mano izquierda agarra con fuerza mi pelo y empuja mi cabeza para dirigir la rapidez y la fuerza de mi mamada. . Gruñe. Lo cojo con la mano y masajeo de arriba a bajo mientras que lamo la punta con la lengua. Me suelta la cabeza y abre los brazos a ambos lados de su cuerpo extasiado. Se corre en mi boca mientras no dejamos de mirarnos. Absorbo toda su esencia y trago con gusto lo que me ofrece. Está caliente y espeso, es sensual y muy sexi. Quiero hacerlo otra vez. Terminó y, antes de reaccionar, se incorpora, atrapa con sus grandes manos mi cintura, me tumba sobre la cama y comienza a besarme la boca.

–Quiero esto cada día.

Baja rozando con sus labios mis pechos, mi estómago, las ingles... hasta llegar a mi zona íntima para devolverme el favor. “Admítelo Dani. Tú también quieres esto todas la mañanas”. Y todas las noches, ya puestos a pedir. Cuando me corro, se introduce en mí sin contemplaciones, vuelve a estar completamente excitado. ¿Dónde has estado durante toda mi vida?

Me despierto y Alejandro no está a mi lado. Me siento en la cama y pienso en todo lo que ha pasado en tan poco tiempo. Me quiere. Ese pensamiento me reconforta. Me quiere desde la primera vez que me vio. Eso dijo anoche y sé que no es una forma de hablar. Lo dijo muy en serio. Esto me hace pensar que no sé cuando fue la primera vez que me vio. Me gustaría saberlo, tengo que preguntárselo. Me levanto y me dirijo hacia el cuarto de baño. Necesito una ducha. Me visto lo más rápido posible. Tengo ganas de verlo y estar junto a él. Es lo único que me pide el cuerpo. Sentirlo. Estoy irremediabilmente enamorada de este hombre. Me ha atrapado de una forma que no comprendo. En muy poco tiempo. Su temperamento, su dominio, su dulzura, su corazón... Todo ha hecho que no pueda vivir sin él.

Voy al salón. Está desierto. Entro en la cocina y tampoco lo veo. Me dirijo a su despacho. Paso sin llamar y está de espaldas mirando por la ventana. Al escucharme, se gira y sonrío. Corro literalmente hacia él y salto sobre su regazo enredando mis piernas alrededor de su cintura como un monito. Me agarra fuerte y ríe. Ilumina la habitación.

–Buenos días –digo junto a su oído.

–No recuerdo ninguno mejor –me besa con pasión durante más de un minuto.

–Necesito contarte algo... –separa un poco sus labios de los míos.

–Ahora no. Tengo hambre –lo miro con lascivia.

–Mi niña preciosa no se sacia con nada...

–Necesito un café y una tostada –río y le doy un pequeño puñetazo en el hombro izquierdo–. Dame de comer.

Me lleva a la cocina en brazos, tal y como estamos, conmigo enganchada a su cuerpo como un monito tití. Me posa sobre la encimera y antes de alejarse me da otro beso. Abre el frigorífico y coge la leche. Observo que está casi vacío.

–Necesitas pasarte por el supermercado.

–Iremos el lunes –¿iremos..., nosotros?, pienso mientras él abre un mueble tras otro sin encontrar lo que busca.

–No cocinas muy a menudo ¿verdad?

–Claudia cuida de mí –espero que se refiera a la asistenta.

–Es la asistenta –lee mi mente–. No la conoces aún porque ha estado fuera. Esta semana te la presento y le dices las cosas que te gustan. Si prefieres, ella también puede hacer la compra. Hazle una lista con lo que necesitas.

Sigue dando por hecho que voy a venir a vivir con él. No tengo ganas de discutir, aunque es mi don máspreciado. No quiero bajar de esta nube de algodón en la que estoy subida desde anoche, pero el tema es de tal importancia que requiere mi presencia en la tierra. Así que decido tirarme sin paracaídas desde el cielo. Soy una kamikaze. Así me va en la vida.

–No voy a vivir contigo –le cambia el semblante.

–No pongas esa cara. Es demasiado pronto –me exacerbo.

–El lunes a las diez recogerán tus cosas y las traerán aquí –sirve dos



café.

–No puedo dejar tirada a Sara con el alquiler –cambio de táctica.

–Ya he hablado con ella. La ayudaré hasta que encuentre a alguien – me tiende mi taza, ni siquiera la veo.

–¿Que has hecho qué? –chillo, él calla– ¿Cuándo has hablado con ella? –pregunto intentando tranquilizarme, milagro si lo consigo.

–Hace un momento. Quiere que la llames –me cruzo de brazos y lo atravieso con la mirada–. No voy a discutir este tema –sentencia, ya lo ha dicho todo el dominador, deja el desayuno junto a mí y me ordena–. Come, mientras yo voy a hacer unas llamadas desde el despacho –me da un corto beso y desaparece de mi vista.

–No voy a dejar que me pagues el alquiler –grito a su espalda echando humo por los poros. Para ser un hombre de negocios, negociar no lo hace muy a menudo, al menos no conmigo.

Cojo el café y la tostada y me dirijo al salón. Mi móvil está sobre la mesa. Lo enciendo para llamar a Sara. Me doy cuenta de que tengo varias llamadas y un mensaje de Fernando. Lo abro y leo:

“Daniel, he hablado con Sara. Aléjate de él. Es peligroso. Te lo contaré todo cuando vuelva. Te quiero”.

Las llamadas significan que está enfadado o preocupado y es importante. Me intriga saber a qué se refiere mi hermano al decir que Alejandro es peligroso. Sé que es un agresivo hombre de negocios y que no ha llegado donde está sin sacrificar muchas cosas, es posible que hasta haya tenido que cortar algunas cabezas, metafóricamente hablando, claro. Supongo que negociar con él no tiene que ser algo afable y gustoso. Fernando habrá sufrido un calvario para poder cerrar el trato. Si es que ha conseguido cerrarlo. No me interesa mucho ese tema. Pero si es igual de dominante e impetuoso en el trabajo que en la cama, será muy difícil poder trabajar con él.

Llamo a Sara.

–Hola traidora –digo enfadada.

–No chilles –gruñe.

–No estoy chillando –grito un poco más alto, se lo merece.

–Me duele la cabeza –me la imagino cerrando los ojos.

–Pobrecita –ironizo–. ¿Has hablado sobre mi vida con Alejandro hace

un momento?– voy directa al grano, para qué dar vueltas.

–Si.

–¿Y?

–Y ¿qué?

–No te hagas la tonta –la acuso.

–Te quiere. Vais a vivir juntos. Es normal. No te resistas. Ocurrirá – suspiro y me toco las sienes con las manos.

–¿¡Estás muy segura de que saldrá bien!?

–¿Por qué tiene que salir mal?

Es imposible razonar con ella. No voy a perder tiempo enumerándole las razones por las que esto puede no ser buena idea. Cambio de tema.

–Anoche Roberto intentó besarme... y dijo que me quería.

–Por eso estaba así Alejandro... –confirma sumando dos más dos. Es muy lista.

–Si. Nos vio. Se enfadó muchísimo. Después de eso... le dije que lo amaba.

–¿Y qué hizo?

–Al principio no reaccionó, después... dijo que estaba enamorado de mí.

–Me alegro mucho por ti..., te lo mereces –siento su sonrisa a través de la línea–, zorra con suerte.

–¿Qué tal con Joan? –estoy preocupada por ese tema.

–No buscamos lo mismo.

–Sara... –busco que me diga algo más, estoy segura que es mucho más complicado que eso, pero no dice nada.

–Está bien –decido no presionarla–, pero prométeme que hablaremos del tema en otro momento.

–... te lo prometo.

Seguimos hablando un rato y nos despedimos. Consigo que me cuente que Joan la llevó a casa, pero no se quedó a dormir. Estaba muy enfadado con lo que había pasado con Sofía. Necesitan hablar y aclararlo. Espero que consigan arreglarlo. Sara también merece ser feliz. Por mi parte, deseo con todas mis fuerzas en despertarme junto a Alejandro todas las mañanas. Pero el temor que siento a exponerme a que vuelvan a hacerme daño es mucho más fuerte que las ganas de estar con él. “No te engañes Dani. Esto ya no tiene

vuelta atrás”. ¿Qué voy a conseguir alejándome? Sufrir más. Además, no se puede razonar con mi cabrón enchaquetado y es demasiado tarde para si quiera considerar la opción de salir corriendo. Es imposible. No puedo. No quiero separarme de él. Y ha dejado claro que no va a volver a hablar del tema.

Me doy cuenta.

Voy a vivir con él.

Quiero vivir con él.

Me dirijo al despacho dando saltitos de alegría a darle la noticia. Está decidido, no puedo luchar contra el destino. Éste nos quiere juntos y no voy a batallar contra lo evidente.

Lo quiero.

Me quiere.

Nos queremos

No puedo pedir más.

Entro sin llamar. Está hablando por teléfono. Solo su presencia me hace vibrar. Está serio, no le gusta lo que está escuchando. Su clara mirada está oscurecida. Me acerco sin hacer ruido. No quiero molestar. Levanta la cabeza y su sonrisa me indica que soy bienvenida, así que me siento sobre su regazo mientras él termina con la llamada. Me hundo en su cuerpo. Nos acoplamos perfectamente el uno con el otro.

–No puedo viajar ahora...–me rodea con su brazo derecho mientras sostiene el teléfono con el izquierdo, me besa la sien... No, es imposible... Llama a Michael, programa una reunión para el lunes a primera hora... Tengo que colgar –y cuelga.

Ni adiós, ni gracias ni nada. Me preocupa que esté desatendiendo asuntos importantes por mí. Es la segunda vez que le escucho decir a alguien por teléfono que no puede viajar ahora. Me abraza contra sí e inspira fuerte.

–Qué bien hueles –susurra con su cara entre mi cuello. Decido decírselo.

–Voy a necesitar espacio en el baño para mis cosas.

Noto cómo sonrío de satisfacción. Ha ganado. Seguro que no pierde muy a menudo. Levanto la cara y lo beso. Agarro con mis manos su cara y lo admiro. Es tan guapo que...

Mierda,

mierda,

mierda.

Estoy muy jodida, bien jodida.

No quiero volver a caer en el agujero negro de diez metros de profundidad si esto no sale bien. Quiero pensar que no soy la misma persona de entonces, que he aprendido mucho durante estos años y que la terapia me hizo madurar y ver las cosas con perspectiva. Sí, con perspectiva. Que la vida es una hija de la gran puta y te jode sin avisar, pero que a pesar de todo, tenemos la obligación de sonreír estoicamente y seguir hacia delante. Sí, eso aprendí del el error más grande de mi vida. Álvaro. Dejo de besarlo y me levanto. Gruño divertido.

–Necesito un armario para mí sola. Una estantería para mis libros... una mesa para trabajar... –se levanta tras de mí, tuerce la boca en una feliz sonrisa–. También necesito una habitación para pintar... Y mi taza preferida... Y un gran zapatero... –en realidad no necesito nada de eso, sólo pretendo sacarlo de quicio, pero no lo consigo.

–Todo, preciosa. Si me dejas..., te lo daré todo.

Me agarra de la cintura, me atrae hacia sí con ímpetu y devora mi boca. Me derrito. Sí. Esto es lo que quiero todos los días de mi vida.

Después de comer decidimos salir a dar un paseo. Vamos al Retiro. Agarrados de la mano, caminamos durante más de una hora. Es perfecto. Como si lleváramos juntos toda la eternidad. Nos sentamos bajo un árbol.

–Háblame de tu familia –le pido recostándome sobre su hombro. Me rodea con sus brazos y me besa cerca de la comisura del labio.

–No los veo muy a menudo. Me hermana Noelia...

–¿Tienes una hermana? –recuerdo que dijo que tenía dos hermanos, di por hecho que eran dos chicos.

–Sí, me recuerda mucho a ti. Vive en Londres.

–¿Cuántos años tiene? –estoy entusiasmada.

–No estoy seguro... –para de hablar y reflexiona unos segundos– ...  
unos veintisiete años. Le caerías bien.

–Me encantaría conocerla –sonríó.

–Vendrá en Navidad –me acerca a él y roza mis labios con los suyos  
moviendo la cabeza de lado a lado mientras aguanta la mía con las dos manos  
sobre mi mejilla.

–Mmm. –ronronea–, necesito besarte.

Me ha contado que le encantan las motos. Va al circuito de Jerez cada  
año y le apasiona la velocidad. El viento en la cara y la sensación de libertad.  
Es tal la pasión con la que habla de ello que me pica la curiosidad y le pido  
que alguna vez me dé un paseo.

–Cuando quieras, preciosa –concede mientras mete la mano bajo mi  
blusa–. – ¿Y qué haces tú para divertirte? –pregunta.

–Salir con Sara... –“Bailar, emborracharme... tirarme a alguien”, esto  
solo lo pienso, he tenido tiempo de darme cuenta de lo celoso que es. Lo digo  
en voz alta y no tengo parque para correr. Sigo hablando–. Me gusta leer.  
Pero no lo digo como un tópico. Amo los libros, son parte de mí. Y, por  
supuesto, me encanta el arte y pintar. Cada vez que tengo tiempo recorro los  
museos de Madrid. Estoy deseando viajar a París con la exposición, pero lo  
que de verdad siempre he soñado es poder visitar el MoMA de Nueva York  
(Museum of Modern Art) –mis ojos se iluminan, los suyos no.

–¿Vas a París? –suena sorprendido a la vez que molesto.

No hemos hablado sobre este tema. No he tenido mucho tiempo de  
ponerlo al tanto de mi vida.

## SALIR O ENTRAR

“Esa no ha sido la mejor forma de decirle que pronto viajarás”.

Soy una experta en meter la pata. Debería haber buscado una forma mejor de decirle a Alejandro que no estaré en Madrid durante un periodo de tiempo. No será muy largo, pero a lo mejor a partir de entonces tenga que viajar más.

–En realidad no estoy segura –intento excusarme–, de todas formas, solo serían un par de semanas –le resto importancia, ya torearé este toro cuando llegue el momento.

Nos levantamos y seguimos paseando. Alejandro estudió aquí en Madrid y, tras graduarse, vivió unos años en Australia. No visitó mucho España durante ese tiempo.

–Solo volví una vez..., por la muerte de mi madre.

Me sorprende su sinceridad. Hace un rato le he preguntado por su familia y no me ha querido contar demasiado.

–Oh, lo siento –me doy cuenta de que no nos conocemos en absoluto.

–No pasa nada, hace mucho tiempo de eso.

Intenta no darle importancia, pero sé que la tiene. Sus ojos han perdido el brillo durante unos instantes y su sonrisa solo ha sido un intento de mueca.

–Mis padres fallecieron en un accidente de coche... sé lo que se siente. No importa el tiempo que pase...

Agarra con sus manos mi cara y me da dulces besos sobre la comisura del labio.

Posee varias sociedades, entre ellas MKD, un entramado de empresas, y el Club Adara. La discoteca la mantiene por motivos sentimentales. Era de un socio y amigo que falleció de manera trágica y de repente. No quiere deshacerse de ella. Me confiesa que en realidad no la suele visitar mucho. La Gerente se llama Verónica, pero está de viaje por motivos personales. Eso y yo son los motivos por los que ha pasado bastante tiempo en el club

últimamente. Me deja atónita. Y me doy cuenta.

–Cuando mi hermano nos presentó en *The Paris*... ya nos conocíamos –afirma con la cabeza–. Me pareció que estabas molesto.

–Lo estaba, no te acordabas de mí –me abraza y esconde su cara en mi cuello–. Nunca me había ocurrido eso –se separa y ríe divertido.

–Oh. Lo siento –y caigo en la cuenta–, ¿cuándo fue entonces la primera vez que nos vimos? –pregunto, no sabe muy bien a qué me refiero, o se hace el tonto–. Dices que te enamoraste de mí la primera vez que me viste, ¿cuándo fue eso?

–Esa noche fue la primera que fui al Club desde que Verónica se marchara. No me hacía demasiada ilusión tener que pasar por allí después de un largo día de trabajo. Habían sido unas semanas muy duras. Estaba muy enfadado, pero Marcus llamó y había que solucionar algunos... problemas. No podían esperar a que Verónica regresara.

“Estaba muy cansado, solo quería irme a casa y dormir. Las cosas no salieron del todo bien esa noche. Solo había estado aquí un par de veces antes y, aunque Verónica hace bien su trabajo... Esto solo podía hacerlo yo. En fin. Estaba desquiciado, y... entonces... te vi. A través de la cristalera del despacho... te encontré... Estabas bailando y riendo, irradiabas alegría, sensualidad, frescura... De repente me di cuenta de que el peso de mis hombros había desaparecido y solo podía sonreír, y mirarte..., no podía dejar de hacerlo. Eres preciosa... –me besa–. Fuiste un imán para mi cuerpo. Bajé las escaleras, intenté acercarme a ti. Estabas bailando con un idiota –sonríe– y me mandaste a la mierda”.

Abro los ojos de par en par. Lo recuerdo. No me hizo caso, le dijo al idiota que se marchara y éste desapareció. Me agarró del brazo y me llevó a un reservado. Me dio agua. Creo.

–Lo aparté de ti. No te conocía de nada y... no podía soportar que te tocara. Me di cuenta en seguida de que algo ocurría. Jamás había sentido antes ese instinto de protección y posesión hacia otra persona. Te llevé a un balcón, te senté, me pediste que buscara a Sara y os llevé a casa.

–Lo recuerdo... Te dije...

–Que era muy mandón. Que me perdonabas porque era un Dios Griego. Y que te dejara en paz si no iba a follarte –termina la frase por mí, se está divirtiendo.

Madre mía. Vaya forma de meter la pata. Me tapo la boca con la mano y cierro los ojos. Qué vergüenza. He aquí la prueba de que beber es malo para la salud. Y para la dignidad. Y para el sentido común. Y para morirte de pavor unas semanas después cuando la persona a la que amas te cuenta como te conoció.

–Lo..., lo siento –no atino a decir otra cosa–, soy una idiota.

–Eres adorable..., y un poco desquiciante... –caigo en la cuenta de algo que me horroriza.

–Espera, ¿nos acostamos?, ¿nos acostamos y no me acuerdo de nada?

–¡No, me gusta que las mujeres a las que me tiro estén conscientes y despiertas!

No tengo porqué, pero esto último me mosquea bastante. Me aparto de él y se da cuenta del error que ha cometido.

–No he querido decir eso...–se toca el pelo–, quiero decir que si, me gusta follar con alguien que esté despierta, pero... pero... –no sabe cómo arreglar el embrollo– me gusta follar contigo, únicamente contigo –termina con una risa–. Joder, me vuelves loco –y rompemos en carcajadas, yo de vergüenza, él de la situación.

Durante todo este tiempo ha sabido que desde el principio he querido acostarme con él, que me atraía, y que siempre me ha parecido un dios griego. Oh, dios mío. Tengo que dejar de beber.

Nota mental: el alcohol es malo. Muy malo. Me lo apunto por millonésima vez en un pos-it amarillo fluorescente que mi descerebrada mente desechará horas después. Es automático, tiene incorporado un chip de autodestrucción.

–Siempre llevas esta pulsera –me acaricia la muñeca.

–Me la regaló mi madre por mi dieciséis cumpleaños. Es... especial.

–¿Qué significan? –pregunta mientras roza con sus dedos los objetos que cuelgan de ella.

Respiro hondo antes de contestar. Puedo recordar el sonido de su voz cuando me la dio, tres meses antes de fallecer.

–La estrella es la luz de la vida, aunque todo se nuble, aunque la



noche siempre se apodere del día, siempre habrá una estrella brillando en el cielo. Aunque no se vea, sabemos que están ahí –cojo aire antes de seguir-. El corazón es el amor, no solo el amor romántico. Ella quería que viera el amor en todo lo que nos rodea cada día. Un amigo, un hermano... una sonrisa amable de un desconocido... –Alejandro suelta la pulsera que aún tenía agarrada y me abraza hundiendo su cara en mi cuello mientras yo me pierdo enredada en él.

Tras un breve instante me recompongo.

–El antifaz significa misterio, ilusión e incluso erotismo –la miro y comienzo a tocarla y a darle vueltas en mi muñeca–. Ella quería que lo tuviera todo, que no me perdiera nada. Que la vida no pasara desapercibida a mi lado. –Alejandro me levanta la cara acariciándome el mentón y me besa. Primero despacio, después... de esa forma que me desborda y que él maneja con maestría.

El resto de la tarde la pasamos en su casa. Sobre las ocho vamos a mi piso a recoger alguna de mis cosas. Estoy hecha polvo, esta noche no hemos dormido demasiado. No sé ni cómo puedo andar. “Ejem ejem”.

Entramos en mi diminuto piso y no se escucha ruido. Están todas las persianas bajadas. Mientras subíamos en el ascensor, he estado intentando convencer a Alejandro para que me deje hacer la mudanza poco a poco. Los cambios bruscos no me sientan bien y no quiero que me afecte. Prefiero evitar cualquier ataque de ansiedad y que pueda verme en medio de un ataque de pánico. Creo que eso ya ha ocurrido. Estamos en el descansillo.

–Solo te pido una semana. –Enciendo la luz del salón.

Lo que encontramos es una orgía con todas sus letras. Solo se ven piernas y brazos. Y... un, dos, tres... cuatro culos. Miro a Alex. La vena que le sobresale de la frente me indica que esto acaba con nuestra negociación. Los implicados en el acto sexual nos miran, algunos más que otros, y con un casi imperceptible gesto le digo a Sara que qué coño hace. No me lo pregunto por el hecho en sí, sino porque creía que lo de Joan podía funcionar y no es ninguno de los implicados. La otra conocida es Sofía, a los dos del sexo opuesto no los conozco. Ni quiero hacerlo. Vuelvo a mirar a mi hombre que está a punto de explotar.

–Nos vamos –dice Sara empujando a los otros tres a su habitación que

desaparecen de nuestra vista.

–No pasarás aquí ni una sola noche más –masculla, muy enfadado–. No sé cómo aguantas esto.

Me encojo de hombros. Entramos en mi dormitorio. Cierra la puerta tras él.

–Espera. Tú... ¿sueles hacer esas cosas? –los ojos se le salen de las órbitas. Si le digo que si, convulsiona.

“Haz la prueba”.

Mejor no.

–¿Qué? ¡No! –me mira inquisitivo.

–Oye, tengo una vida antes de conocerte. He tenido... experiencias. – está morado, creo que no respira–. No, nunca he hecho nada con más de una persona a la vez –lo tranquilizo–. ¿Y tú? –Por favor que no me cuente nada.

–Alguna vez. Hace mucho tiempo.

No sé por qué pregunto. Una ola de celos me abrasa la garganta en este mismo instante.

–Tengo una vida antes de conocerte –repite lo que le he dicho antes y sonrío. Se acerca a mí y me abraza.

–Ahora eres mía, preciosa. Y yo soy tuyo. Nada va a cambiar eso –susurra junto a mi oído, me besa y me deja mareada.

Durante un par de horas metemos mi ropa y enseres en cajas. Mañana una empresa de mudanzas lo recogerá todo a las diez. Podríamos llevarlo nosotros, no son tantas cosas. Pero me niego a discutir con él. Terminamos y nos vamos a comer. La salida de la casa es más tranquila que la entrada.

Almorzamos y vamos al cine. Pasamos la tarde como una pareja normal. Como si lleváramos años juntos. No me suelta en todo el día. Me besa y me abraza cuando considera que ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que lo hizo. No se sacia de mí. Yo de él tampoco.

\*\*\*\*\*

5 años y medio antes

Me despierto y Álvaro no está a mi lado. Durante una milésima de segundo siento que lo de anoche fue un sueño, pero desecho esa idea al instante. Aún puedo oler su esencia y sentirlo a mi lado. Me estremezco. No estoy muy segura de qué fue exactamente lo que pasó hace unas horas, pero estuvo tan cerca de mí otra vez. Ha sido especial y maravilloso. Empiezo a llorar. El miedo ha escapado de donde lo tenía escondido y se presenta ante mí sin avisar. Estoy aterrada. Tengo la sensación de que anoche se despidió de mí, de nosotros. Me lo dio todo y me ha dejado sin nada.

Llego a la universidad con unas enormes gafas de sol. Me tapan toda la cara. Me ha costado mucho levantarme tras llorar durante hora y media bajo las sábanas. He buscado fuerzas donde creí que ya no quedaban y me he obligado a ducharme. Hoy publican las notas del TFG y necesito verlas.

Ando por inercia. Mis pies lo llevan haciendo 24 años y no hace falta que les ordene que se muevan, afortunadamente. Mi mente ahora mismo no es capaz de hacer dos cosas a la vez, y está totalmente concentrada en no dejarme llorar. Camino por el campus, el sol deslumbra en el horizonte y los árboles se mueven por el viento. Puedo escuchar las risas de un grupo de compañeros sentados en el césped. Uno se levanta y se acerca.

–Dani –me obliga a parar, aunque no quiero.

–Hola.

–El Viernes que viene tras la graduación cenaremos en el Hotel Silken Puerta de Madrid –me sonrío, le sonrío forzosamente–. He hablado con Álvaro hace un momento. Me ha confirmado vuestra asistencia.

Vaya. Todo un detalle por su parte. Yo he intentado preguntarle sobre el tema y no me ha hecho ningún caso. No sé si enfadarme o sentir alivio porque vayamos a hacer una cosa normal juntos. Intento poner cara de circunstancia, pero no lo consigo. Sergio hace una mueca.

–¿Estás bien? –me agarra del codo, me recupero.

–Eh... Si, claro, sólo estoy un poco nerviosa... Voy a ver la nota del TFG.

–Ah, estupendo. Seguro que sale bien. Te dejo... suerte –se despide y se va.

Subo las escaleras y camino por un pasillo muy largo flanqueado por puertas a ambos lados. Odio tener que entrar aquí. Llego al tablón de anuncios y no encuentro el listado que he venido a buscar. Escucho una puerta abrirse a mi lado.

–Hola Daniel –el señor Ramírez me sonríe. Es mi tutor del Trabajo de Fin de Grado. Le tengo un cariño especial. Me ha ayudado mucho durante estos cuatro años. Es de esos profesores que te inspiran. No debe tener más de cuarenta años.

–Buenos días Señor Ramírez...

–Llámame Felipe –siempre nos lo está recordando, prefiere que le tuteemos, pero no logro conseguirlo. No me sale natural–. Vienes a conocer la nota, ¿verdad? –pregunta retóricamente mientras sacude unos documentos que lleva en la mano–. He tenido problemas con el ordenador, pero déjame darte la enhorabuena –y me tiende la mano. Sonrío de oreja a oreja. Por fin, algo bueno.

–Gracias Señ... Felipe –rectifico a tiempo–. No lo hubiera conseguido sin su... sin tu ayuda.

–Claro que sí, Daniel, tienes mucho talento, puedes hacer lo que quieras tú sola.

Hablamos un poco de mi futuro. Me pregunta qué tengo pensado hacer ahora y me invento una pequeña historia. Mi plan durante cuatro años ha sido irme a París con Álvaro e intentar seguir formándonos allí, pero, aunque no hemos hablado de ese tema últimamente, tengo bastante claro que eso no ocurrirá. Me dice que tendrá las notas publicadas en un par de horas, nos despedimos y me voy. Esperaré para ver la calificación de Álvaro antes de irme a casa a seguir llorando mi pena. Se graduará con honores, estoy segura, pero ya que he venido no me voy a ir sin verla. Él seguro que ni se interesará por ella. No se interesa de nada. Tampoco de mí.

Para hacer tiempo, decido ir a la cafetería a desayunar algo. No he comido nada en casa. En realidad, no recuerdo cuando fue la última vez que comí en condiciones. Estoy un poco mareada, necesito azúcar.

Subo de nuevo por las escaleras hacia el pasillo donde se encuentran los despachos de los profesores y donde deben estar ya las notas puestas.

Efectivamente, están publicadas.

Sánchez, Daniel. 9

Sanz, Álvaro. MH

No esperaba menos de él. Matrícula de Honor. Se lo merece. Me alegro mucho. Decido llamarlo para darle la noticia. No sé si me cogerá el teléfono pero no pierdo nada por intentarlo.

Un tono. Dos tonos. Tres tonos. Cuatro tonos.

–¿Quién es? –pregunta una voz de mujer, cantarina, demasiado feliz y satisfecha. “¿Quién demonios eres tú?”

–Eh..., hola, quiero hablar con Álvaro.

–Está ocupado –escucho risas.

–Perdona, ¿quién eres?

–Una amiga –se escucha una voz de fondo, la de Álvaro. Le quita el teléfono.

–Dani, no puedo hablar...

–Conmigo –le cambio el final.

–No te pongas así, celebramos el final de carrera, que hemos terminado –“¿La Universidad o lo nuestro?” Está algo borracho y tal vez colocado–. Después hablamos –no habla claro.

–Si, ya –y cuelgo.

Intento olvidarlo y centrarme en no llorar hasta llegar a casa y cerrar la puerta. Me urge salir de allí a toda prisa.

## SORPRESAS TE DA LA VIDA

Entro en la galería el lunes por la mañana con las energías renovadas. Llevo en las manos dos capuchinos con doble de azúcar que acabo de comprar en la cafetería de la esquina. Estamos a principios de noviembre pero el sol luce con intensidad. O eso, o la felicidad que irradia mi corazón hace que lo vea todo de varios tonos color caramelo. Me he arreglado como me sentía. Un vestido camisero corto de flores blancas, rojas y moradas, sobre un fondo negro, una chaqueta entallada de crepé corte sartorial negra y unos botines de plataforma y bolso grande a juego. Llevo el pelo suelto haciendo ondas naturales. Los labios pintados con mi barra favorita, *Ruby*

*Woo de Mac* y las uñas del mismo color rojo.

Me siento bien. A esta hora de la mañana la galería aun no ha abierto al público. La tranquilidad que se respira se mezcla con el olor a óleo y la serenidad de la soledad. Cruzo las tres salas que separan la entrada de mi despacho y me deleito mirando el arte que me rodea. Me encanta mi trabajo. Me apasiona y, además, lo hago bien. Antes de entrar en mi oficina veo a Berta sentada en su mesa. Levanta la cabeza y me saluda.

–Buenos días, Dani –sonríe de oreja a oreja.

–Buenos , Berta, ¿qué tal el fin de semana? –le dejo el café sobre la mesa.

–Gracias –lo coge y le da un sorbo–. Magnífico. He estado en la sierra con unos amigos –bebe de nuevo–. Tienes varios correos importantes a los que contestar. Y ha llamado la secretaria del Señor Álvaro Llorens, está en Madrid desde ayer, se pasará por aquí a lo largo de la mañana. Casi escupo el capuchino que estoy saboreando. Abro los ojos de par en par.

–¿Qué? ¿Por qué no me lo has dicho antes? –grito con voz de grillo.

–Acaba de telefonar hace diez minutos, iba a llamarte en cuanto te he visto entrar por la puerta –nota mi nerviosismo–. Tranquilízate, todo saldrá bien. Lo llevas esperando mucho tiempo.

Si, es lo que quería. Que el dueño de todo esto, responsable de mi futuro en esta empresa, y la persona que decidirá si voy o no a París, se dignara a aparecer por aquí después de más de seis meses de intenso trabajo. ¡Joder! Pero no esperaba que fuera hoy mismo y que avisara con tan poco tiempo de antelación.

Preocupada me dirijo a mi despacho. No ha sido buena idea ponerme estos botines tan altos, me tiemblan las rodillas. Me siento y suspiro. Trato de calmarme.

“No pasa nada. Todo va a salir bien. Lo tienes todo controlado”.

Abro el correo y voy seleccionando. El spam va a la papelera, contesto rápido los emails menos importantes y dejo para el final a los que le tengo que dedicar algo más de tiempo. Cuando termino con esta tarea, miro el reloj, ha pasado media mañana y el señor Llorens aún no ha aparecido.

Salgo del despacho y Berta no está en su mesa. Me dirijo a la sala de exposiciones principal y la encuentro hablando con una chica muy alta y sofisticada. No debe tener más de 25 años. Va vestida de Prada, lo sé a ciencia cierta, no es que yo tenga nada en mi armario que se le parezca, no puedo permitírmelo, pero conozco toda sus colecciones, reconocería cada uno de sus modelos desde kilómetros de distancia. Me acerco a ellas. Me escuchan llegar y se giran hacia donde estoy.

–Daniel, ella es Isabelle Dugés. Secretaria del Señor Álvaro Llorens. Isabelle, te presento a Daniel Sánchez, Directora de la Galería.

Me sonrío.

Le sonrío.

Nos damos la mano.

–Encantada de conocerla –dice en un perfecto castellano, pero sin poder esconder el atenuado acento galo.

–Igualmente, señorita Dugés –pronuncio el apellido en un perfecto francés. Estudié el idioma durante mis cuatro años de Universidad. El plan era irme a vivir a París, con Álvaro, juntos... Mierda, mierda, joder.

–El señor Llorens ha tenido problemas esta mañana –Berta me salva de hundirme en el lodo de recuerdos. En seguida me recompongo. Estoy acostumbrada a cambiar el chip. La modelo de Prada se dirige a mí.

–Vengo a decirle en persona que Álvaro..., el Señor Llorens... –rectifica, ay yayay, estos dos tienen algo– desea invitarla a comer. Quiere pedirle disculpas por no acudir a la inauguración de la exposición –me tiende una tarjeta–. A la una y media de la tarde. Procure ser puntual. Le molesta mucho tener que esperar –cojo la tarjeta y sin mirarla la guardo–. He de irme. Hasta pronto –gira sobre sus tacones y sale contoneándose de la galería. Berta me mira.

–Es... simpática –no respondo.

Miro el reloj. Son las doce y media de la mañana. He quedado para comer con Alejandro. No sé como le sentará que anule nuestra cita. Opto por escribirle un mensaje. Rápido e indoloro. Por teléfono me arriesgo a quedarme sorda:

“No puedo comer contigo. Una reunión de negocios. Te llamo cuando termine. Te lo compensaré”. Pulso Enviar.

No tarda más de dos minutos en contestar:

“Es de mala educación dejar tirado a tu novio. Por supuesto que me lo



compensarás. Dalo por hecho. TE QUIERO”.

Vuelvo a leer el mensaje. Tu... ¿novio? Me asusto un poco, pero gana el sentimiento de felicidad.

Le envío otro: “Estoy deseando tener que compensarte... de mil formas diferentes. Por cierto, ¿cuantos años tienes? YO TAMBIÉN TE QUIERO”.

Me contesta:

“Joder, preciosa. Estoy cachondo. No veo la hora de tenerte desnuda. Tengo treinta y siete años”.

Vaya. Dos más de los que pensaba. No es que me importe. Solo que aparenta bastante menos.

Dejo el móvil sobre mi mesa y me siento frente al ordenador. Comienzo a revisar el inventario de las ventas que se han producido desde la inauguración. Entra un correo electrónico por el servidor.

De: Álvaro Llorens.

Hoy a las 12:50 horas

Asunto: No llegue tarde.

“Señorita Sánchez. Cuando llegue al restaurante diga mi nombre. La acompañarán a la mesa. Tal vez me retrase un poco. Usted sea puntual”.

No lo conozco de nada, pero ya me cae mal. Dominante, autoritario y acostumbrado a mandar, y a que le doren la píldora. Me lo imagino de mediana edad, de unos cuarenta y cinco, con sobrepeso y una incipiente calva.

“Y con un palo metido por el culo”.

Mi subconsciente a veces acierta. Es un maleducado. Ni “hola qué tal”. Quiere disculparse, si. Pero ha tenido varias semanas para llamar y justificarse y no lo ha hecho.

“Es el dueño de la empresa. No tiene que excusarse por nada”.

Cada vez tengo menos ganas de asistir a esta reunión—comida—o—como—se—llame. No me apetece tener que ser simpática, ni tener que hacer la pelota al Jefe Ordeno y Mando. Así lo voy a llamar. Ale, ya tiene nombre. Bautizado queda.

Voy al baño, me refresco un poco, me retoco los labios y vuelvo al despacho a recoger la documentación que he preparado esta mañana tras la noticia de que iba a venir. Querrá estudiar todos los datos de las obras, sus ventas y oportunidades de traslado. Me pongo la chaqueta, me cuelgo el bolso y, justo antes de salir por la puerta, me coloco las gafas de sol. Me dirijo al borde de la acera para parar un taxi. De pronto, siento que unas grandes manos tiran de mí, me dan la vuelta y me abrazan. Unos jugosos labios se pegan a los míos. Me estremezco. Se separa y sonrío. Lo admiro. Dios, es perfecto. Lleva barba de varios días y el pelo alborotado que contrastan con su traje Armani y su Rolex de oro con esfera y pulsera negra. Debe costar más que mi salario anual. Es increíblemente atractivo.

–Buenas tardes, preciosa ¿Puedo acompañarla a su almuerzo?

No sé por qué me pregunta. No me deja contestar. Tira de mí y me mete en la limusina. No puedo dejar de mirarlo embobada.

–Carlos, a... –me mira.

Despierto de mi ensimismamiento.

–La Manzana, Hotel Hesperia. Paseo de La Castellana –me dirijo al chófer. Acto seguido, Alejandro pulsa el botón que nos aísla del conductor cerrando la mampara de cristal.

–Una reunión de trabajo. En un Hotel. Espero que sea con una mujer –está empezando a ponerse rojo.

–Un día de estos te explota la vena de la frente –no le hace gracia–. En el restaurante del hotel –especifico–. No es tan raro. –no, no lo es, y lo sabe, pero sus celos son enfermizos.

–Dime al menos que no es con uno de esos artistas promiscuos – sonrío. Está feliz, no lo puede ocultar.

–Ven –me coge de las caderas y me sube sobre su regazo–. Quiero que huelas a mí y no olvides que me perteneces.

No podría hacerlo aunque quisiera. Soy totalmente suya.

Paramos en la puerta del Hotel. Antes de dejarme ir, vuelve a besarme. Quedamos en vernos en casa después de trabajar y nos despedimos. El trayecto en la limusina ha sido corto, pero intenso. Es muy impetuoso.

Entro y busco los baños. Necesito retocarme los labios, están hechos

un desastre. Compruebo que vuelvo a estar perfecta y me dirijo al Restaurante. Es precioso. Todo en tonos pastel, sillas y mesas de madera abedul y mucha vegetación colgando de las paredes. La luz tenue y natural. Es relajante. No hay mucha gente y casi no se escucha ruido. Una tranquilidad infinita invade la estancia. Me dirijo al camarero que está tras el atril.

–Buenas tardes. Estoy esperando al Señor Álvaro Llorens.

–Buenas tardes, señorita Sánchez, el señor Llorens aun no ha llegado. La acompañaré a su mesa –dice sin ni siquiera mirar la reserva. Me indica cordialmente que lo siga.

Llegamos a un espacio casi totalmente cerrado, abierto solo por mi derecha, muy amplio. Los techos son altos y, desde donde estoy, no puedo ver ninguna otra mesa. Es muy... íntimo. Demasiado, diría yo. Me quito la chaqueta, la cuelgo sobre el respaldo y me siento. Dejo la documentación sobre la mesa.

–¿Desea tomar algo mientras espera?

–Eh... agua, por favor.

–¿Con gas o sin gas? ¿Alguna marca en especial?

“Del grifo me vale”.

–Cualquiera..., sin gas.

–En seguida se la traigo –da media vuelta y desaparece.

Miro a mi alrededor. Está todo muy bien cuidado. La decoración es simple pero exquisita. La luz, ideal. Mantel blancos, servilletas blancas, un pequeño florero con campanillas en el centro de la mesa... Después de diez minutos no sé con qué entretenerme. Cojo el móvil y le mando un mensaje a Sara:

“Qué haces. Yo aburrída. Esperando para comer con mi Súper Jefe. Jefe Ordeno y Mando”.

Contesta: “Comiendo con una compañera ¿El jefazo? Veo que ya lo has bautizado ¿Gordo y calvo?”.

Sonrío.

Vuelvo a escribir: “Aún no lo conozco, pero no me cae bien ¿Has hablado con Joan?”. Me preocupa ese tema.

Contesta: “Hablemos mejor de ti”. A ella parece que no tanto.

Escribo: “Esta tarde pasaré por casa, tengo que recoger algunas cosas

¿Estarás allí?”.

Contesta: “Mmm, probablemente si ¿Necesitas ayuda?”.

Tecleo: “No, solo quiero hablar contigo...”.

No termino de escribir el mensaje, siento su presencia a mi lado y parece que estoy en uno de los sueños que durante tantos años me han acompañado. Ese olor... Levanto la mirada y mis ojos se encuentran con los suyos. Siguen siendo negros como el azabache e infinitos como el universo. Durante un segundo vuelvo a perderme en sus profundidades. Mi corazón se para y la luz de mi alrededor desaparece. Todo se convierte en un bucle donde solo está él. Tiene el pelo más corto, pero igual de alborotado. Su espalda ha ensanchado y sus piernas torneados. Parece más alto, su presencia impone. Va vestido con un traje perfectamente planchado, no acierto a adivinar el diseñador, pero está hecho a medida. Sigue siendo... fastuoso, se ha convertido en un hombre, pero sigue siendo... él. Álvaro...

## EL PASADO. AQUÍ Y AHORA

Estoy perturbada, sorprendida y desubicada, pero el sentimiento que me abrumba es el miedo que se instala en todo mi ser. Me aprisiona el pecho y no me deja respirar. Álvaro me mira, no dice nada. Su cuerpo está tenso y puedo ver como le cuesta tragar. Al cabo de lo que me parece una eternidad.

–Daniel... –su voz..., mi nombre en un susurro. Se trata de una maldita pesadilla. Cierro los ojos un par de segundos y los vuelvo a abrir con la esperanza de que se haya ido. No es así. Es una puta casualidad que solo va a joderme la vida.

Al ver que no reacciono, se mueve y se sienta frente a mí. Me doy cuenta de que la mesa es demasiado pequeña. No hay suficiente espacio entre nosotros. No puedo respirar.

–¿Qué..., qué haces aquí? Estoy esperando... –balbuceo.  
–Me estás esperando a mí.

Su boca..., su barbilla..., sus fuertes manos..., el pelo castaño que le cae por un lado de la frente..., el brillo de sus ojos... Sigo sin reaccionar.

–Trabajas para mí –no entiendo nada–, en mi galería –su semblante es serio, su barbilla cuadrada está tensa y aprieta los puños sobre la mesa.

Me alegra no ser la única a la que esto le afecta.

“Es Álvaro, por dios. Está sentado frente a ti”.  
Ato cabos. Lo sé, ya era hora.

–Eres Jefe Orde... –cinco años sin vernos y ya voy a meter la pata. Vuelvo a callarme–. Eres tú...

–Debí decírtelo antes... No sé por donde empezar.

¿Perdona? ¿Qué? ¿Debiste decirme qué? Podrías empezar desde el principio, pero no hace falta, es demasiado tarde. Me estoy poniendo muy nerviosa. El estado de shock está dejando paso al dolor y al odio descomunal que llevo guardando durante tanto tiempo. Cinco años de preguntas sin respuestas. Cinco años de incertidumbre. Cinco años sin saber por qué. Cinco putos años sin saber cómo pudo dejarme en aquel estado.

Reacciono. Intento levantarme, pero, antes de llegar a hacerlo, atrapa mis manos con las suyas aún sobre la mesa. Su tacto me hace retroceder en el tiempo. Su calor recorre mi brazo, atraviesa mi corazón y se introduce en mi alma. Su calor cala mi piel y me recorre entera. Intento soltarme, pero no me deja.

–Por favor, no te vayas. Déjame hablar contigo –¿Hablar...de qué?

–Has tenido cinco años. Cinco putos años desde aquella noche...

–Lo siento –se acerca más–... necesito explicarte... –sube sus manos hasta rodear mis muñecas.

–¡No! –me asusto–, no me toques.

No quiero llorar, pero es inevitable. Suspira y me suelta. Me levanto, cojo la chaqueta, me cuelgo el bolso sobre el hombro derecho y me vuelvo.

Se ha levantado y lo tengo frente a mí, pero no me toca. Me mira. No se mueve.

–Déjame irme... –digo suplicante.

Estas dos palabras tienen para mí más significado de lo que pueda parecer. Una vez me dejó ir, me echó de su vida. Ahora soy yo quien se lo pide. Tiene los ojos vidriosos, también está muy alterado aunque nadie que no lo conozca lo suficiente lo diría, se está conteniendo. Está luchando consigo mismo, no sabe qué hacer. Levanta su brazo derecho y despacio lo acerca hasta mi barbilla. La acaricia con los dedos sin dejar de mirarme. Cierro los ojos y me tensa. Parece contradictorio, pero me duele. Tras varios segundos, se aparta. Siento frío donde antes me tocaba y despierto del universo paralelo donde me había enviado. Paso junto a él y su olor vuelve a introducirse por mis fosas nasales y me eriza la piel. Los recuerdos se agolpan en mi mente mientras salgo corriendo del Hotel.

Llego a la calle, me apoyo sobre una pared e intento respirar con fuerza abriendo paso al oxígeno hasta a mis pulmones. Creía que me asfixiaba. Mi mente se ha quedado totalmente anulada, solo podía correr. Levanto la cabeza y el aire me despierta lo suficiente para no caer desmayada al suelo. Las manos y las piernas me tiemblan. Intento coger el móvil y teclear un mensaje a Sara para que venga a recogerme, pero la ausencia de pulso me hace imposible escribir sobre el diminuto teclado. No quiero llamarla, si hablo con ella o con cualquier persona ahora mismo, comenzaré a llorar y, en estos momentos, apenas consigo contenerme.

Guardo el móvil e intento serenarme. Cierro los ojos y vuelvo a exhalar fuerte. Estoy apoyada sobre la pared lateral del edificio, unas macetas muy altas me esconden de la gente que pasa por la avenida ajena a mi desgracia. Porque esto es una desgracia. Que Álvaro aparezca ahora y sea mi jefe solo puede traerme problemas. No puedo si quiera acercarme a él, ¿cómo voy a trabajar en su galería?

Abro los ojos y lo veo salir a la calle. Él no me ve. Parece muy preocupado, tocándose la sien y resoplando mientras habla con alguien por teléfono. Se acerca a un coche que para en estos momentos en doble fila. Saluda a un hombre con gorra que le abre la puerta trasera donde observo que

lo espera una chica, Isabelle...; y desaparecen de mi vista. Ver cómo se aleja hace que mi corazón explote y las lágrimas salgan de mis ojos de forma compulsiva. No puedo parar, no voy a intentar retenerme. Necesito soltar toda la tensión acumulada durante todos estos años.

Entro en la galería y varias personas observan mi obra preferida. Desde la primera vez que la vi me atrapó. Su profundidad, sus colores, sus formas... Su luz... Es perfecta. Me transmite tranquilidad. Me conformo con observarla, jamás podría pagarla.

Cruzo las salas. Aún me tiemblan las manos. Durante todo el trayecto en taxi no he podido parar de llorar. El conductor no ha dicho nada, pero no ha dejado de mirarme por el espejo retrovisor con pena. Al bajar, he limpiado mis lágrimas con un pañuelo de papel que éste me ha ofrecido y me he puesto las gafas de sol. Llego al despacho quitándomelas. Entro y cierro la puerta, me apoyo sobre ella, suspiro y cierro los ojos. Cuando los vuelvo a abrir, mi mundo vuelve a darse la vuelta. Está frente a mí, a un metro de distancia.

–Te has dejado esto –deja la documentación sobre la mesa.

Clava su mirada en la mía. Da un cauteloso paso en mi dirección, alarga la mano derecha y me coge suavemente de la muñeca. No me aparto. Se asegura de que no lo rechazo, tira poco a poco hacia sí hasta que solo un centímetro nos separa, entrelazamos las miradas y me abraza. Me rodea con sus brazos y me pega completamente a su cuerpo que se amolda perfectamente al mío. Su calor, su olor... Comienzo a llorar de nuevo, hipo y convulsiono a la vez que intento respirar. Lo agarro fuerte y el tiempo se para.

\*\*\*\*\*

5 años y medio antes.

Me he puesto un vestido corto negro y plateado muy estrecho. Unas sandalias de plataforma plateadas y una chaqueta de hilo ancha a juego. Acabamos de graduarnos. Dos horas de entrega de títulos, consejos y

enhorabuenas. Hemos terminado con las fotos y vamos camino del Hotel Silken Puerta de Madrid donde cenaremos y lo celebraremos.

Entro en la habitación del hotel que hemos reservado de la mano de Álvaro, pasaremos la noche aquí. Hoy está especialmente distraído. No me ha soltado durante todo el acto en la universidad y, al terminar, me ha besado y felicitado, pero no me ha sonreído. Sus labios se han estirado forzando una mueca, pero sus ojos no expresaban lo mismo.

Me suelta y me siento sobre la cama. Entra en el baño, cierra la puerta y lo pierdo de vista. La habitación impresiona. Suelo negro y paredes blancas de las que cuelgan grandes espejos plateados. Todo muy moderno y funcional. La cama es de un metro cincuenta sobre la que puedes rodar.

Al cabo de unos minutos, Álvaro sale sorbiéndose la nariz. Cree que soy tonta y que no me he dado cuenta de que se ha metido coca. No es la primera vez, lo llevo viendo varios meses. No le he dicho nada. Lo he intentado, pero no me ha dejado ni empezar a hablar. No quiere escucharme, no quiere hablar conmigo. Aparece cuando quiere y desaparece tan rápido como vuelve. Tengo que solucionar esto ya, no puedo esperar más. Desde que volvió de Barcelona está perdido, pero además este trimestre ha sido muy intenso. No pierdo la esperanza de que solo esté estresado y se relaje y vuelva a ser el mismo en cuanto esto acabe.

Cenamos en un salón abierto que llega directamente a una terraza desde la que se ve gran parte de la ciudad. Álvaro, que está sentado a mi lado, se ha bebido ya dos botellas de vino. Está un poco desfasado. Él, siempre controlado, desaliñado pero correcto, está perdiendo los papeles por momentos. He intentado que se calme y se serene, pero no lo puedo controlar. Ha ido dos veces al baño y sé que ha estado haciendo allí. Se vuelve a levantar. Pide disculpas y se va. Me levanto y lo sigo. Como sospechaba vuelve a entrar en el aseo. Espero unos segundos y entro detrás de él.

El baño es muy grande, lo busco pero no lo veo. Escucho unas risas al fondo, dentro de un cubículo y me acerco. No está cerrado del todo. Empujo la puerta y encuentro lo que sospechaba. Álvaro está esnifando cocaína sobre la tapa del váter acompañado, y esto es una sorpresa para mí, por Laura, una



compañera de clase con la que últimamente lo he visto muy a menudo. Creo que ha pasado más tiempo con ella que conmigo este último mes. Cuando me ven ni si quiera se esconden ni se avergüenzan, terminan lo que están haciendo y se levantan. Laura sale del cubículo, me mira y ríe cínicamente. Se va. Paso de ella. El que me interesa está sentado sobre la tapa del váter, echando su vida por el retrete y esperando a que yo desaparezca para poder tirar de la cadena y ahogarse sin público. En lugar de enfadarme, me invade la pena. Está totalmente perdido y solo quiero ayudarlo. Deja caer la espalda hacia atrás y cierra los ojos.

–Deberías alejarte de mí. No quiero hacerte daño.

–Demasiado tarde ¿No crees? –abre los ojos y me mira.

–No sabes lo que dices.

–No, no lo sé. Me has echado de tu vida. No me cuentas nada – empiezo a enfadarme.

Paro, cierro los ojos, suspiro e intento serenarme. Quiero que se abra a mí. No puede ser demasiado tarde. No pienso rendirme. Me acerco a donde está, me arrodillo frente a él y lo cojo de las manos.

–Mírame –le pido, y lo hace–. Te quiero, no voy a dejarte nunca. Por favor, déjame ayudarte –se levanta y tira de mí levantándome con él. Me abraza durante unos segundos.

–Nena..., te amo –y me besa. No dura demasiado, lo justo para recordarnos que tenemos el uno al otro es un regalo. Bueno, yo nunca lo he olvidado. Él logra acordarse de vez en cuando.

A las tres de la mañana no me siento los pies. No es que esté siendo el alma de la fiesta, pero estas sandalias son demasiado altas y yo no estoy acostumbrada más que a llevar zapatillas de deporte. Me siento. Sergio se acerca a mí con una coca cola en la mano.

–¿Cansada? –me ofrece la bebida y se sienta a mi lado. Estamos en la terraza del hotel y se está levantando un poco de aire que se agradece en esta noche de Julio. Bebo un sorbo del refresco que me ha traído.

–Gracias.

–¿Has visto a Álvaro? El grupo de Mural queremos hacernos una foto. Hace tiempo que no lo veo.

–No, estará en el baño –“Esnifando coca”.

–¿Quieres bailar? –me sonrío.

–Me encantaría, pero no puedo más –me masajeo los tobillos–. Creo que voy a subir a la habitación a descansar.

–Oh, vale –me levanto y me tambaleo. Me agarro al hombro de Sergio y él me sujeta el brazo. Reímos.

–Será mejor que te acompañe.

Cruzamos la sala y, antes de entrar en el ascensor, Sergio se despide de mí y vuelve a la fiesta. Me quito los zapatos incluso antes de darle al botón de la planta en la que está nuestra habitación. “Oh, esto está mucho mejor”. No tengo ni idea de donde puede encontrarse Álvaro. Justo antes de que Sergio se sentara a mi lado, le he enviado un mensaje diciéndole que estaba muy cansada y que me iba a la habitación. Me ha parecido ver que había leído el mensaje, pero no estoy muy segura, las luces de colores de la fiesta no me han dejado comprobarlo con nitidez.

Salgo del ascensor y camino por nuestra planta descalza con las sandalias en la mano. El pasillo me parece bastante más largo que esta tarde. Estoy muy cansada. Física y anímicamente. La situación me desespera. Álvaro ha desaparecido. Después de decirme que me ama con locura, pero de pedirme que me aleje de él, casi no he vuelto a verle. He intentado pasarlo bien y no darle a las cosas más importancia de la que realmente puedan tener, pero no ha servido de nada. Mi cabeza no para de dar vueltas a lo que puede estar pasando por la de Álvaro. No le encuentro explicación. Si me quiere tanto ¿por qué me aleja?

Llego a la puerta de la habitación y escucho ruidos dentro. Introduzco la tarjeta y abro la puerta. Después de eso, todo se vino en tropel. Necesité varios segundos para darme cuenta de lo que estaba pasando. Álvaro estaba en la cama con... Marta. Paro en seco. No mis pies, sino todo mi cuerpo, todo mi ser, toda yo y, aunque el corazón me bombea a mil por hora, todo sucede a cámara lenta. Es como estar en el estreno de una película a la que no te han invitado y de la que intentas escapar, pero alguien ha cerrado con llave la puerta de la sala de cine y te es imposible salir.

Me falta el aire, todo se pone negro y poco más recuerdo. Ni siquiera sé si alguno de ellos se percató de mi presencia; más que nada porque nadie sale en mi busca. Álvaro me llamó un par de veces al día siguiente, pero

jamás le cogí el teléfono, entre otras cosas, porque yo dejé de ser yo y dejé de existir para ser otra diferente. Salgo de allí a toda prisa y lo siguiente de lo que tengo un poco de conciencia es del vómito en un macetero antes incluso de llegar al ascensor.

A partir de ahí todo se vuelve negro. Los siguientes días pasaron como una nebulosa y agujeros negros donde los días parecían años y mi existencia luchaba por no desaparecer. No conseguía, por más que lo intentara, controlar el temblor de mis manos. Miraba a mi alrededor y todo parecía ir a cámara lenta. No lograba unir un pensamiento con otro, en la mitad del primero me perdía y volvía donde lo había dejado, al principio. No encontraba respuestas ni a las preguntas más obvias. Sabía que el mundo no terminaba ahí, que la vida seguía y que todo a mi alrededor era tan real y tangible como siempre, pero nada volvería a ser igual porque yo no era la misma persona.

Bebía agua cuando el cuerpo me lo pedía, comía algo a la fuerza cuando Clara me obligaba..., dormía a base de pastillas. No tomé conciencia de lo preocupante que era mi estado y de las consecuencias que iba a tener hasta que un día, varias semanas después, me desperté en el hospital con Fernando y Clara a mi lado con caras de “qué coño estás haciendo con tu vida”.

23

TÚ, NUNCA

Álvaro me está abrazando y el tiempo ha vuelto a detenerse, pero esta vez no son cosas bonitas las que pasan por mi cabeza cuando lo siento tan cerca. No puede aparecer en mi vida y hacer como que nada ha ocurrido. Que no destrozó mi alma y se llevó lo que más quería, mi felicidad. Y lo que más necesitaba, a ÉL.

Me separo bruscamente y no puedo hacer otra cosa que mirarlo con odio. Ahora, después de tantos años, logro entender lo que pasó, cómo lo sentí y cómo afectó a mi vida. Es difícil poner nombre y describir sentimientos tan intensos y dolorosos, pero forman parte de mi día a día y me he acostumbrado a vivir con ellos. Son compañeros de viaje, parte de mi familia. Después de tanto tiempo, a veces, recuerdos de aquella noche aun cruzan mi mente y vuelven a arrancarme la piel a jirones. He aprendido a vivir con ello, pero no por eso duele menos, al contrario. El tormento es más fugaz en el tiempo porque he aprendido a hacerle frente y anularlo en décimas de segundo, pero cuando aparece lo hace con tanta fuerza que durante un breve instante me aplasta el corazón y me deja sin aliento. Es desgarrador. Me anula. Todavía me pregunto por qué pasó sin encontrar respuesta. Aun hoy no puedo dejar de ahondar en mi memoria buscando explicación a algo que sé que cabe la posibilidad de que no la tenga, a por qué una persona que te ama puede hacerte tanto daño sin pensar en las consecuencias, sin pensar en cuánto puede cambiarte la vida y, lo que considero más importante, sin pensar en cómo eso te va a afectar y a cambiar a ti por dentro. Es complicado expresarlo. No me siento especial por aquello, pero sólo quien ha sufrido un trauma de esas características entenderá lo que sentí. No concibes cómo la persona con la que has vivido tanto tiempo, con la que has compartido tantos momentos, con la que has mimetizado tu vida, por la que has dejado tanto tuyo para ser más él, puede jugar contigo y con vuestro futuro de esa manera. Intentas convencerte de que realmente te quiso durante todo ese tiempo y que los errores se cometen sin quererlo... intentas justificarlo..., pero el tiempo me demostró que realmente yo no le importaba.

Nada, después de ese suceso no hubo nada. Solo un huracán que arrasó todo a su paso llevándose sólo lo bueno, dejando a la vista todo lo malo. Así es como lo sentí. No esperaba que se disculpara, ni siquiera lo quería. Solo deseaba que el tiempo pasara rápido y el dolor se disipara. Qué confundida estaba, jamás lo haría. Que no se preocupara por mí, por mi estado, cuando todo el mundo sabía lo mal que lo estaba pasando, sólo hizo acrecentar mi desazón y darme cuenta de que realmente no me había querido nunca.

Desde aquel día dejé de ver la vida con los mismos colores,, literalmente hablando. El sol nunca volvió a brillar como para deslumbrar, los

tonos chillones se tornaron ahora apagados y nada era como yo lo veía con anterioridad. O ¿antes sólo veía a través de un cristal que filtraba la realidad a mi antojo?

También afectó a mis relaciones sociales. Me cerré durante muchos años, nunca he vuelto a ser la misma. La confianza no sólo la pierdes hacia esa persona, una traición así hace que reconsideres la humanidad del resto del mundo. No quise saber nada de nadie durante varios años, aún hoy me cuesta relacionarme de manera más personal con la gente que no conozco. Aprendí que la confianza se pierde. Si. Para siempre. Pero hacia todo el mundo, aunque solo te haya fallado una persona.

Durante mucho tiempo miraba a mi alrededor y pensaba “pobres ilusos, creen que son diferentes”. Así de cruel era, así de cruel soy. No creo en el amor fiel. No creo en la sinceridad pura. Las personas contamos lo que queremos que se sepa, lo que no, lo guardamos para siempre bajo cien llaves en un baúl con tres metros de hormigón encima. Y no lo critico, intentamos sobrevivir en medio de una guerra por quién es quién. A nadie se le puede acusar de buscar la tranquilidad y la felicidad, sí se puede dudar de la forma de perseguirla de algunos. Todo el mundo quiere estabilidad y que le amen, todo el mundo está preparado para mentir, pero no para que su mentira salga a la luz y desmorone su perfecta realidad. Todo el mundo quiere encontrar su sitio.

La vida es un castillo de naipes. Un simple suspiro puede hacer que se derrumbe. Y por esa debilidad, ponemos todas las fortalezas y escudos a nuestro alcance para que eso no ocurra. Jamás entendí por qué Álvaro hizo aquello de aquella manera. A conciencia. Sabiendo que lo podía descubrir y, ahora lo veo más claro, dándome pistas para ello. Jamás llegaré a comprenderlo.

Encuentro excepcionalmente una cosa buena a todo lo ocurrido. Aprender, aunque de una forma muy dura, que la realidad no es lo que tenemos delante, sino todo lo que no vemos. Que las cosas no son como queremos que sean, sino como son en realidad por ellas mismas. Que todos mentimos, por amor, por compasión, por miedo, por dinero, por venganza, por odio, por intereses inconfesables, y que la única diferencia entre lo que

me ocurrió y el resto del mundo, es que yo lo descubrí y el resto vive sin darse cuenta. Y tienen suerte, no se piense que me siento afortunada, crecí tanto con la experiencia que jamás podré volver bajar a la altura donde las cosas se disfrutaban de esa manera infantil que nos hace reír sin parar, amar al ser humano tal y como es, aceptarlo, y sentir la bondad de las personas que nos rodean por la simple razón de que son así y así debe ser.

Ahora disfruto más de las cosas sencillas. De un café con Sara. De un abrazo de Fernando. Pero no espero mucho más de la vida o, sería más correcto decir que no espero mucho más de las personas. Esto me lleva a pensar en Alejandro. Un tropel de reflexiones vuelven a mí y caigo en la cuenta de que estoy completamente enamorada de una persona que no conozco de nada. ¿Espero de él más que del resto del mundo? Sí, definitivamente la respuesta es afirmativa. Pero ¿por qué va a ser diferente? Miles de preguntas se agolpan en mi cabeza y me empieza a doler.

Solo una afirmación reverbera entre tanta inconsistencia, algo que golpea consistentemente mi sien, algo que sabemos, pero nos negamos a nosotros mismos. Algo que creemos que solo es cierto para los demás, pero que nosotros somos diferentes. Algo que me dijo hace tiempo alguien que me adoraba incondicionalmente:

–No trastes de entenderlo todo, a veces no se trata de entender, sino de aceptar. Nada es para siempre, amor.

Desde luego que no lo era. Cuando Álvaro vuelve a intentar acercarse a mí, reacciono. Todo el resquemor acumulado en mis entrañas sale de mi boca.

–Sal de mi vista maldito hijo de puta –le espeto mirándolo fijamente a los ojos.

Se queda de piedra. No esperaba que escupiera contra él de esa forma, pero ahora mismo solo puedo sentir, no pensar, y nada es racional. Quiero que se vaya, que se aleje y nunca jamás pueda hacerme daño. No quiero volver a respirar el mismo aire que él.

–Tendrás mi dimisión encima de la mesa el lunes que viene –me iría antes de esta maldita galería, pero quiero ser responsable, mi trabajo es muy importante. Durante mucho tiempo me ha dado la vida.

–No tienes porqué hacerlo.

–Ah, ¿no? –río cínicamente–. ¿Vengo a trabajar cada mañana y nos damos los buenos días? –está muy nervioso, no sabe qué hacer.

–Dame cinco minutos, déjame explicarte...

–¡No necesito ninguna explicación, no la quiero! ¿Acaso no has tenido tiempo durante estos cinco años? ¡Aléjate de mí, joder!

Antes de darme la vuelta y poder salir de allí, alguien entra interrumpiéndonos.

–Álvaro, cariño, ¿por qué tardas tanto? –es Isabelle. Como sospechaba, esas confianzas de la modelo de Prada prueban fehacientemente que se tira al jefe. Mierda. Me importa una puta mierda. Se queda cortada al ver la tensión que hay entre nosotros. Su cara de confusión me indica que no sabe nada.

–Te dije que esperaras en el coche –ni siquiera la mira. Sus ojos están puestos sobre los míos.

–Pero...

–Vete.

Se da media vuelta y sale de la habitación. Cuento un par de segundos para no encontrarme con ella en el pasillo e intento salir detrás. Pero su mano tira de mi brazo y me acerca tanto a él que nuestras mejillas se rozan.

–Nunca he dejado de quererte –me espeta.

No sé si reír, llorar o... darle una bofetada. Tiene mucha gracia. La pesadilla de hoy es con creces la peor de todas. “Por favor, Sara, ¿puedes despertarme ya?” Pero el calor de su aliento sobre mis mejillas disipa la esperanza de que esto sea un mal sueño y esté a punto de terminar. Es real, está frente a mí y estoy muerta de miedo.

–Tú nunca me has querido –discrepo llena de ira. Le doy un empujón, esta vez más enérgico de lo debido y lo aparto con todas mis fuerzas.

Doy media vuelta y salgo del despacho. No debí volver aquí después de encontrarme con él en el restaurante del hotel. Esta vez no me arriesgo y voy a un lugar seguro. Mi casa. Pero ¿cuál es ahora mi casa? Junto a Sara. Lo tengo claro. No puedo enfrentarme a Alejandro y a esto ahora. No puedo ocultarle algo así y se volverá loco en cuanto sepa toda la historia. Necesito

distancia de todo y de todos. Necesito volver a nivelar el suelo que piso. Necesito concentrarme en respirar y poco más.

Somos quienes somos no por las circunstancias que hemos vivido, sino por cómo canalizamos todo lo bueno y lo malo que nos ocurre. Desechamos lo que nos resta y nos hace infelices y débiles. Guardamos lo que nos hace más fuertes, eficaces o, por lo menos, maduros para valorar lo que realmente es importante. Somos la suma de momentos, instantes, de sensaciones... de personas que han sido importante en nuestras vidas. Entonces... ¿quién soy yo ahora?

Tumbada sobre el sofá no puedo parar de llorar. Le he escrito a Sara diciéndole que venía a casa y cuando he llegado solo ha tenido que abrazarme. Le he contado, como he podido, entre hipos, sollozos y lamentos, todo lo que me acaba de pasar y de lo único que tiene ganas es de salir a la calle, buscar “al cabrón hijo de puta ese y rebanarle los huevos y la polla a pedacitos”. Yo también tendría ganas de hacerlo si no estuviera tan fuera de juego.

Conocí a Sara justo después de que pasara todo. Clara se marchaba a cursar un Máster a Italia y nuestro contrato de alquiler terminaba en tres meses. Ninguna de las dos teníamos intención de renovarlo. Yo me iba a París a vivir mi sueño dorado. Después de todo, no quise quedarme en aquel lugar de tantas doradas experiencias. No quería nada que me recordara lo que había pasado. Así que... Yo buscaba un piso para compartir y ella tenía una habitación de sobra. Pero no la busqué. La encontré por casualidad. En la cola de un Starbucks. Un tío estaba sobándome el culo y ella le dio una hostia con toda la mano abierta. No le tembló el pulso. Lo llamó degenerado y lo echó a patadas del local. Se convirtió en mi heroína. Es lo que deseaba hacer yo con el resto del mundo, pero no me atrevía. Solo conseguí esconderme y esperar que el huracán Álvaro no arrollara todo lo que yo era a su paso. Que dejara algo y a partir de ahí empezar a recomponerme, a crecer. A día de hoy lo sigo haciendo.

Ella me salvó. Me acogió en lo que fue desde entonces nuestra casa. Me hizo ver que no todo es tan importante como para borrarte y hacerte desaparecer. Me hizo entender que las personas no somos perfectas y que



además el amor las sobrevalora. No es que pensara que Álvaro lo fuera, era muy consciente de todas sus... imperfecciones, pero eso lo hacía más real. Sus defectos fueron los que me enamoraron e hicieron que perdiera la cabeza por él. Su mal despertar. Su desgana, su forma de actuar con quien no le gustaba, su sonrisa perenne, su mala educación a veces, la brecha sobre su ceja y que la partía en dos... Todo formaba parte de él y yo lo aceptaba. Así que, después de mucho tiempo, lo perdoné. No conseguía estar tranquila conmigo misma y me convencí de que todo tiene un porqué. Quise acabar con todo y tenía que empezar por eximirnos de culpa a los dos. Lo hice. El perdón me dignificó (y mierdas varias que me dije a mí misma) y... me sentí mucho mejor. O me convencí de ello.

Durante muchos meses los amaneceres fueron difíciles. A veces solo conseguía ser feliz durante la milésima de segundo que dura el estado de inconsciencia en despertarse del todo tras un largo periodo de sueño. Clara me llamaba de vez en cuando muy preocupada (y aún lo sigue haciendo). Después de dejarme en el hospital y tener que viajar a otro país, no podía hacer otra cosa.

\*\*\*

5 años antes.

Llevo semanas sin comer y casi sin beber. Sobrevivo a base de colas que me pone muy nerviosa y necesito tranquilizantes para dormir. El gato que se muerde la cola. Intento superar el día a día sin pensar en el mañana. No concierdo una cita ni conmigo misma más allá de la hora siguiente. Paso sin pena ni gloria por la vida que sé que me estoy perdiendo. Es difícil. Todo a mi alrededor sucede a cámara lenta y paso segundos eternos intentando no caer al fondo del abismo.

Me acabo de despertar y me siento más mareada que de costumbre. Las nauseas son más intensas y el ardor de estómago está llegando a límites insospechados. Así son las mañanas, el peor momento del día, vomito solo de pensar que quedan horas para cerrar los ojos y fundirme con la oscuridad.

Intento llegar a la cocina y tragar, que no comer, un trozo de manzana. Pero se queda en eso, en el intento. Las piernas me comienzan a flaquear, un frío sobrecogedor recorre mi cuerpo y de repente... todo negro. No siento nada.

Despierto en el hospital, me cuesta abrir los párpados y, más que por cansancio, es por ganas. Me he sentido tan a gusto en mi estado de inconsciencia. La luz entra a través de mis pupilas y hace eco en la cabeza. Una punzada de dolor atraviesa mi sien. Vuelvo a cerrar los ojos. Después de un rato, la fuerza vuelve a mí y me enfrento a lo que está pasando. Tengo una vía en el brazo, la boca seca y Fernando está sentado junto a mí dormido, apoyado sobre la cama. No recuerdo qué ha pasado. No consigo unir piezas del puzle. Es como si alguien hubiera desperdigado los fragmentos y no hubiera forma de recomponerlo. Intento moverme y Fernando se despierta. Me mira preocupado.

–Dani ¿Te encuentras bien?

–¿Qué... qué ha pasado? –un pinchazo se clava en mi estómago, duele.

–Te desmayaste. Has sufrido un shock –intenta no enfadarse, pero no lo consigues del todo.

–Me duele –me quejo tocándome la barriga.

–Pediré que te den más calmantes –se levanta junto a mi cama.

–¿Recuerdas algo?

Lo miro contrariada.

–No..., lo siento... , yo... , yo...

–Sshh, no tienes que explicarme ahora nada. Necesitas descansar y recuperarte. Voy a avisar al médico –sale de la habitación dejándome sola. En ese momento entra Clara hablando bajito por teléfono. Está enfadada.

–Ni se te ocurra... –silencio–, desaparece –es lo único que consigo escuchar. Cuelga justo después de decir eso. Supongo que piensa que aún estoy dormida, o en coma, o... yo que sé, aun no sé lo que ha pasado. Cierra los ojos, resopla y se toca la sien. Está muy preocupada, pero... hola, estoy aquí.

–¡Oh, Dios mío! –se abalanza sobre mí y me abraza–. Creí que estabas muerta, había mucha sangre...

¿Sangre,..., dónde? Me he cortado las venas y no me acuerdo. Soy gilipollas, pero ¿tanto? Se separa de mi cuerpo y miro mis manos, las muñecas las tengo intactas. Respiro tranquila. En ese momento entra el médico seguido por Fernando y un enfermero. Éste me toma la tensión mientras el doctor me hace extrañas preguntas. No entiendo nada. Mi cara no deja lugar a dudas. No sé de qué me está hablando.

–Señorita Sánchez. Estaba usted embarazada de siete semanas. Ha tenido un aborto espontáneo. El problema más grave ahora mismo es su desnutrición aguda. La anemia que tiene ha podido ayudar a que el...

Dejo de escucharlo. Mis oídos zumban como si un centenar de abejas sobrevolaran alrededor. Un sudor frío recorre mi espalda y miro avergonzada a Fernando y a Clara que me observan con cara de pena. Lo saben. El médico ya ha debido de hablar con ellos. Todo el mundo necesita que en algún momento de su vida alguien le de un toque en la espalda y le diga que la está cagando mucho, que tiene que cambiar y que ha llegado la hora. Yo no necesité ese toque de atención. A mí me vapuleó la noticia de la pérdida de un bebé de Álvaro. Ningún ser querido me dijo que había llegado el momento de ser responsable, que había que hacerse mayor. A mí me dieron con un bate de beisbol en la cabeza sin avisar para que me apartara.

Ese fue mi punto de inflexión. Y desperté.

## PROMESAS

A las siete de la tarde Alejandro me ha llamado ocho veces y me ha dejado unos sesenta mensajes de whatsapp. Debe de estar muy cabreado. Me lo imagino a punto de que le explote la ya conocida vena de la frente. No le gusta no tenerme controlada.

–Habla con él –me sugiere Sara justo antes de beber de su cerveza. Hemos cambiado los gin–tonic por botellines. Seis cascos vacíos yacen sobre la mesita baja del salón.

–No estoy preparada –bebo yo también.

–No hace falta que le cuentes nada. Dile que estás bien.

–No lo estoy –me tapo la cara con el antebrazo.

–Puede que te quite la pena a base de polvos –la miro y está circunspecta, no parece que bromea–. Estoy hablando en serio –se levanta y camina descalza hasta la cocina–. Quizás necesites que te recuerde lo que tienes ahora –escucho cómo abre el frigorífico y lo cierra a continuación. Vuelve a sentarse en el sofá a mi lado y me da un botellín bien frío quitándome el que tengo casi vacío en mi mano. Lo deja sobre la mesa junto al resto. Bebemos a la vez.

–Sé lo que tengo ahora –en realidad no tengo ni idea. Sé que lo quiero y que él dice sentir lo mismo, pero todos nos cegamos al principio. Puede pasar cualquier cosa–. Querrá que me vaya con él.

–Vete, ¿qué problema hay?

Lleva razón, quizá lo que necesito es sentirlo cerca. Abrazarlo, hundirme en su pecho y olvidarme de todo ¿Podría hacerlo? Al tercer tono descuelgo.

–¿Dónde estás? –ladra.

–Hola... –escucho un gruñido ininteligible al otro lado de la línea.

–No me toques los cojones, Dani –está muy cabreado. No esperaba otra cosa.

–Estoy en mi casa. Con Sara.

–Esa ya no es tu casa. Baja, estoy en el coche –pi pi pi pi piii, se

escucha. Me ha colgado. Me quedo mirando el móvil durante unos segundos hasta que cojo el bolso y lo guardo dentro.

Ni siquiera lo pienso. Le doy un beso a Sara en la mejilla y mi buena amiga me da ánimos y me recuerda la suerte que tengo con un Dios Griego esperándome abajo. Y salgo del piso en su busca.

Veo la limusina negra y mi piel reacciona. Carlos me está esperando en la acera, me acerco, lo saludo, me sonrío y abre la puerta trasera ceremonioso haciéndome una pequeña reverencia con la gorra. Entro y no me da tiempo a sentarme. Alejandro tira de mí, me sienta sobre sus rodillas, me abraza y hunde la cabeza en mi regazo. Su olor penetra en mis fosas nasales y me siento en casa. Es simple. Ahora no entiendo la razón por la que llevo toda la tarde huyendo de él.

Hay sensaciones que no puedes controlar. Tal vez no manejarlas nos hace creernos más dueños de ellas porque la dificultad de comprenderlas nos hace merecedores al alcanzarlas. Eso me pasaba con Alejandro. Las sensaciones que mi cuerpo experimentaba a su lado eran inconfesables. No podía manipularlas a mi antojo, pero eran mías y las conocía. Con Álvaro siempre fue más complicado, no encontraba nombre para ellas y me costaba transformarlas en algo positivo, en algo a lo que poder aferrarme. Había huido tanto de él y de su recuerdo que todo parecía que había pasado en otra vida.

–Preciosa... –agarra mi cara y me besa desesperado–, ¿dónde has estado...? –susurra más para sí que para mí.

He viajado cinco años atrás, perdida, donde tú no existías ni estabas para cuidarme. Donde todo se vuelve gris y llueve sin cesar. Donde un día me extravié y me costó tanto encontrarme.

Nos besamos. Nos aferramos el uno al otro como si no hubiera nada más.

–Te quiero –sale del fondo de mi alma, y soy completamente sincera.

Llegamos a casa abrazados, recordándonos sin palabras lo que sentimos por el otro. Alejandro me pregunta varias veces qué me pasa, le digo

que no me encuentro bien, que me duele la cabeza y necesito descansar. Lo deja estar. Algo no le cuadra, pero no insiste. Decide que es mejor dejarlo para cuando me encuentre mejor. Cenamos algo rápido, nos duchamos y nos acostamos. Me rodea con los brazos y me acerca a él.

–Prométeme una cosa –le pido.

–Lo que quieras, preciosa.

–Que jamás me mentirás –se remueve nervioso y pasa demasiado tiempo hasta que confirma mi petición.

–Siempre te diré la verdad –besa mi frente.

A la mañana siguiente Alejandro no me despierta. Cuando abro los ojos, me doy cuenta de que son más de las diez. No he podido dormir mucho. Recuerdos que creía lejanos se han ido agolpando en la mente durante la madrugada y no han hecho otra cosa que acrecentar mi dolor de cabeza. Me levanto y me dirijo a la cocina. Mi dios griego me espera sin camiseta y yo babeo sin poder remediarlo. Su espalda se mueve y la tinta de sus tatuajes bailan al compás de sus músculos. Creo que nunca podré acostumbrarme a tanto derroche de masculinidad. El ángel alado parece volar. Es impresionante.

Me acerco por la espalda y lo abrazo. Poso mi mejilla sobre ella y respiro. Siento su calor y cómo se relaja. Deja lo que tiene entre las manos, se da la vuelta y me rodea entre sus brazos.

–Buenos días, preciosa –susurra entre mi pelo.

–Buenos días –me besa la sien, se aparta y me ordena.

–Siéntate, tienes que comer –hago lo que dice aunque me cuesta separarme de él. Me pone delante un plato con dos tostadas y un café.

–Come –vuelve a ordenarme.

Estoy esperando que me pregunte qué pasó ayer. Estoy segura que no lo va a dejar pasar. Yo tampoco lo haría. No le va a gustar lo que le voy a decir, pero no le voy a mentir. Dejo la tostada sobre el plato y me armo de valor.

–Alejandro... ayer... –por un momento no sé como seguir. Deja de leer el periódico que acaba de coger y me mira inquisitivo

–Ayer desapareciste –dice en tono neutro.

–Esto va demasiado deprisa. Necesito tiempo para asimilarlo –no he

mentido, pero no he dicho toda la verdad.

–Esta es tu casa –esta vez su voz es más dura, se está cansando de esto.

–No, no lo es... –su cara me asusta–, bueno, vale, deja que me haga a la idea.

Me mira fijamente y durante un minuto no dice nada. Deja el periódico sobre la encimera, después el café y se levanta ceremonioso. Acorta la distancia que hay entre nosotros. Yo tengo que tragar varias veces y respirar hondo para no caer desfallecida. Me quita la taza de las manos, me coge por las caderas y me sienta sobre el frío acero. Gimo de la sorpresa. Me acaricia los muslos y me separa las piernas para acomodarse entre ellas. Su mirada me tiene atrapada y solo la aparto para observar como humedece su labio inferior con la lengua para después morderlo lentamente.

–Sé que algo ocurrió ayer –musita junto a mi boca. Baja hasta mi cuello y lo muerde para después besarlo. Yo estoy en algún lugar entre Venus y Júpiter–, ¿me lo contarás? –mete las manos bajo mi camiseta y me acaricia la espalda mientras sigue con su reguero de besos hasta la clavícula izquierda.

–Me cuesta... mucho adaptarme a los cambios y... ha habido muchos – digo entre casi gemidos.

De repente se separa de mí. Vuelve a mirarme a los ojos, pero esta vez no veo calor en su interior. Sabe que le he mentado o que, al menos, no he dicho toda la verdad.

–Vístete, te dejaré en la galería. Te recogeré a las seis. Iremos a cenar. Quiero que conozcas a alguien –cambia radicalmente de tema.

No quiero ir a trabajar. Justamente hoy no me apetece en absoluto, pero no puedo hacer otra cosa. Además, tengo mucho trabajo, quiero dejarlo todo cerrado antes de presentar mi dimisión y tengo que buscar una sustituta. No quiero dejar nada al azar. He invertido mucho tiempo en este proyecto y, aunque yo ya no esté al frente, deseo sinceramente que salga bien.

Alejandro se despide de mí en el coche, con un último beso me recuerda a quién pertenezco y salgo temblando como siempre. No lo puedo controlar. Mi cuerpo casi se desvanece cuando él lo toca. No puedo hacer otra cosa que no sea aceptarlo. Pero no puedo pasar por alto lo distante que ha

estado durante el corto trayecto.

Entro en la oficina y esta vez tiemblo por otro motivo muy diferente. Berta se acerca a mí y me dice que el señor Llorens ha tenido que salir de viaje. Mi cuerpo se relaja. Todo será más fácil si no lo tengo cerca. Espero que tarde al menos una semana en volver. O dos. “O toda la vida”. Para entonces ya me habré marchado.

Tras dos horas de papeleo caigo en la cuenta de que ya no iré a París con la exposición. Llevaba esperándolo mucho tiempo. Me apena, pero me digo a mí misma que es lo mejor. Tendré otras oportunidades.

Salgo del despacho y Berta no está en su mesa. Voy a la sala de reuniones a buscarla para irnos a comer y me encuentro con el proyector encendido. Entro y lo apago. He apagado también las luces y estoy a punto de salir cuando choco de frente con un torso duro. Ese olor... su olor. Levanto la mirada y sus ojos me atrapan. Doy un paso hacia atrás.

–Buenas tardes, señor Llorens –intento sonar profesional. Ninguna otra relación nos va a volver a unir jamás.

–Buenas tardes, señorita Sánchez –está serio, se gira un segundo y cierra la puerta con llave metiéndosela a continuación en el bolsillo. Empieza a faltarme el aire. ¿Qué pretende?

–Solo quiero hablar contigo. No quiero que salgas huyendo –respiro fuerte, casi hiperventilo–. No quiero que dimitas. Sé cuanto te gusta este trabajo.

Salgo corriendo y tiro de la puerta intentando abrirla. Álvaro me coge de la cintura, me da la vuelta y me apoya contra la madera. Puedo sentir su mirada sobre la mía, pero yo cierro con fuerza los ojos. Me está haciendo daño. Se da cuenta y me suelta sin apartarse lo suficiente como si mi piel le quemara. Sigue hablando.

–Tranquilízate. No voy a tocarte –se ha quedado a medio paso de mí–. En pocas semanas viajamos a París, no puedes renunciar a eso. Llevas mucho tiempo esperándolo.

–Nueve años y medio –le recuerdo, él sabe muy bien a lo que me refiero.

–No voy a hablar de eso –sentencia.



–No hace falta. Hace mucho tiempo que lo tengo superado –no sé si mi voz refleja la seguridad que intento expresar.

–Pues demuéstalo. No dejes que esto interfiera en tu carrera –se acerca un palmo más a mí. Intenta atrapar mi mirada, pero la aparto.

–No lo hará. Hay más galerías a parte de esta –vuelvo a girarme y golpeo la puerta como si se fuera a abrir por arte de magia. Al instante lo siento demasiado cerca de mi espalda.

–Dani... –no sé si es una súplica, una orden o una queja, pero su voz logra atravesar las primeras capas de mi corazón.

–Abre la maldita puerta –musito en un ruego.

–Dime que no vas a dimitir –puedo sentir su calor sobre mi cuello. Y en ese momento golpean la madera y gritan tras ella.

–Dani, ¿estás ahí? –Álvaro da un paso hacia atrás y yo me giro dejando que encarcele mi mirada pidiéndome en silencio que no diga nada.

Por supuesto, no le hago caso.

–Berta, estoy aquí. Me he quedado encerrada, ¿puedes abrir la puerta? –pido a mi compañera intentando no ahogarme en la profundidad de sus ojos negros suplicantes y confusos.

–Claro, ahora vuelvo, voy a buscar la llave.

Álvaro vuelve a dar otro corto paso hasta deshacer la distancia que nos separa y deja sus labios a poco más de un centímetro de los míos. Nuestras respiraciones indomables delatan nuestro estado de excitación. Ha pasado mucho tiempo, pero mi cuerpo reacciona a él como el primer día.

–Puede que tu mente luche contra lo que siente, pero tu cuerpo parece que no se ha olvidado de mí –me ha debido leer la mente. Puedo sentir su calor rozando la suave y sensible piel de mis labios–. Demuéstrame que no sientes nada por mí y te dejaré. No salgas huyendo y abandones algo que tanto te apasiona.

No estoy segura de si se refiere al trabajo o a él. Pero no me importa, sólo deseo poner tierra de poner medio. Su aliento se mezcla con el mío y, tras varios segundos, se aparta. Se escuchan pasos tras la puerta y a continuación cómo Berta la abre. Me mira y después mira a Álvaro extrañada.

–Señorita Ramírez –se dirige a Berta. El tono determinado de su voz me sorprende. Ha conseguido regular su respiración en décimas de segundos.

Yo aún estoy intentando no desvanecerme y caer de rodillas al suelo—. El vuelo se ha anulado. Necesito que prepare el despacho que está junto al de la señorita Sánchez. Lo utilizaré mientras esté en Madrid. Llame a mi secretaria y que vuelva a concertar la reunión con el señor James Wells para después de comer —ahora me mira a mí—. Señorita Sánchez, seguro que desea acompañarme, el señor Wells es...

Es el director del Museo de Arte Moderno más importante del Reino Unido, el Tate Modern, actualmente el más importante del mundo, superando al MoMA de Nueva York y al Reina Sofía de Madrid.

—Sé quien es —le corto, y definitivamente mi yo profesional está completamente entusiasmado y supera al yo personal, desastroso y funesto—. Y estaré encantada de asistir a la reunión.

Álvaro sonrío triunfante haciéndome saber que le encanta salirse con la suya. Berta concierta la reunión mientras yo me preparo para la misma y nos vamos a comer antes de volver a trabajar. Al entrar en la oficina descubro que Isabelle está en el nuevo despacho del señor Llorens ultimando detalles. Álvaro está sentado tras su mesa y, cuando me ve, levanta su mirada atrapando la mía. Consigo que solo sea durante un breve segundo. Haciendo caso omiso a mi cuerpo, sigo caminando hasta sentarme en mi mesa y repetirme una y otra vez que soy una persona adulta y puedo controlar esto.

Después de una hora, Berta entra, me informa de que Álvaro me está esperando en la sala de reuniones y me levanto nerviosa pero con paso decidido. Estoy entusiasmada.

Tras dos horas de negociaciones y de observar admirada como Álvaro lo llevaba a su terreno y lo convencía sin ni siquiera proponérselo de que invirtiera en no sé qué más proyectos, nos despedimos del señor Wells y concertamos una próxima reunión, esta vez en Londres. Isabelle lo acompaña hasta la puerta y vuelvo a quedarme a solas con Álvaro.

—Lo has hecho realmente bien —dice.

—No he hecho nada. Solo ver como te lo metías en el bolsillo desde mucho antes de empezar la reunión —le sonrío, no puedo hacer otra cosa, me ha impresionado.

—Vamos, tenemos que celebrarlo —tuerce la boca en una media

sonrisa. Lo siento, pero no ha colado.

–No puedo, he quedado.

Y tampoco sería tan temeraria de emborracharme teniéndolo cerca.

“¿No te fías de ti?”

Me pongo mentalmente los ojos en blanco.

–Esta bien –se acerca peligrosamente a mí. Tiene que dejar de hacer eso. Debería dejar de invadir mi espacio personal. Me tenso, pero no me muevo–, acabo de recordar que yo también tengo una cita.

¿Con quién? Afortunadamente no lo digo en voz alta. A mí qué coño me importa con quien salga. Me rodea y sale de sala. Respiro aliviada.

25

## LAS BOMBAS INFORMATIVAS DE UNA EN UNA

A las seis salgo de la galería. No queda nadie dentro, únicamente el personal de seguridad. Sus manos rodean mi cintura antes si quiera de poder darme cuenta, mi cuerpo reacciona y cada bello de mi piel se eriza dándole la bienvenida.

–Eres mía –susurra en mi oído. Me giro y le rodeo el brazo con mis manos. Sonrío. Estoy en casa. Soy completamente suya.

Me besa. Atrapa mi labio inferior y lo muerde con los dientes. Después lo lame sanándolo. Hace lo mismo con el superior y, justo antes de que caiga desvanecida junto a sus pies, me levanta, me aprieta contra su cuerpo y me besa de manera envilecida. Me encanta. Es un depravado. Su forma de besar debería estar prohibida en público. Es casi porno. Y, como no puede ser de otra manera, gimo y él sonríe sin apartarse ni lo más mínimo. Sabe que me tiene exactamente donde quiere.

–Te follaría ahora. Te empujaría a esa pared, me encargaría de que tu cuerpo no se viera con la columna. Te rompería las bragas y te subiría la falda lo justo para poder hundirme en ti –“¿Hola?” “¿Y por qué no lo haces?” Se

aparta de mí dejándome desamparada—. Pero no tenemos tiempo. Tengo una sorpresa para ti. —Qué lástima, me lamento para mis adentros.

Me meto en el coche a regañadientes. Alejandro le indica a Carlos dónde tiene que dirigirse y descuelga el móvil para atender una llamada.

—No, ya te he dicho que no puedo viajar ahora... Mañana a las nueve.—  
Y cuelga.

Yo lo miro embobada. No me acostumbro a su inusual belleza. No puedo explicar lo atractivo que es. En ese momento atrapa mi mirada y en milésimas de segundo todo a nuestro alrededor deja de importar, nuestras respiraciones se aceleran y el calor inunda nuestro cuerpo.

—Carlos, sigue dando vueltas hasta que te lo diga —y pulsa el botón cerrando la mampara que nos separa del chófer sin dejar de mirarme.

—La sorpresa puede esperar —su sensual voz destilando confianza y sexo consigue que me deshaga por dentro sin tan siquiera tocarme.

Me coge por las caderas, me pone sobre su regazo, levanta mi falda y de un tirón rompe mi ropa interior. En este momento ya estoy sacando su polla de los pantalones dejándola libre ante mí. La suave piel de su zona más íntima me calienta entera.

Jadea, gime, suspira.

Jadeo, gimo, suspiro

Jadeamos, gemimos, suspiramos

Alejandro me levanta lo justo para dejarme caer sobre ella y adentrarse lentamente en mí. Me derrito. Llega hasta lo más profundo y un grito desgarrado sale de mi garganta. Alex sonrío satisfecho y comienzo a moverme sobre él sin poder pararlo. Gruñe. Le gusta lo que le hago. Sin darme tiempo a reaccionar. Nos levanta, me posa de espaldas sobre el sillón que tenemos en frente y se tumba sobre mí sin dejar de bombear. Cada vez más fuerte.

—Me has echado de menos —musita anhelante junto a mi oreja.

—¡Si!

—Te gusta lo que te hago —no digo nada, no puedo más. Vuelve a profundizar en mí, esta vez más fuerte instándome a que le conteste.

–¡Si! –sale y vuelve a entrar sin compasión.

–Alejandro... –vuelve a hacer lo mismo.

–Alex...

–¿Quieres correrte preciosa?

–Por favor...–lloriqueo.

Para y empieza a hacer círculos con las caderas parando mi incipiente orgasmo, pero alargando el placer. Sabe lo que se hace. “Maldito dios griego del sexo”. Tras breves instantes, comienza de nuevo a bombear fuerte y duro y, tras ordenarme que me corra, lo hago sin poder remediarlo. Caigo desde un decimo sexto piso en picado. Todas mis neuronas se unen en una fiesta para sentir el placer que demuestra el experto.

Siento como se derrama dentro de mí y la sensación hace que ya tenga ganas de comenzar de nuevo. Nunca me cansaré de él. Sale de mí gruñendo y, tras un último y corto beso, se sube el pantalón, nos recomponemos un poco y le indica a Carlos que ya puede dirigirse al restaurante.

Me pregunto si el chófer sabe lo que hacemos cuando su jefe levanta la mampara y yo voy en el coche.

“Por supuesto que lo sabe, no seas ilusa”.

Me ruborizo.

–Me vuelves loco. No puedo controlarme contigo cerca –me gusta lo que dice, pero no sé por qué creo que no está hablando conmigo y es más una queja que otra cosa.

Me siento junto a él y me acomodo bajo su regazo. Y toda la tensión acumulada durante el día me abandona. Los miedos y las inseguridades desaparecen y las dudas se alejan despidiéndose de mí. Él, ahora, lo es todo.

Vuelven a llamarlo por teléfono. Descuelga, pero no me suelta. Y solo necesito este momento para entender que hasta su voz es dueña de todo mi ser.

Nos bajamos del coche y, sin soltarnos las manos, entramos en el restaurante. No necesita hablar. Justo al vernos, una chica muy guapa se acerca a nosotros e indica a Alejandro –a mí creo que ni me ha visto, y si lo

ha hecho me ha ignorado con mucha elegancia— que la acompañe a un reservado en la parte de arriba. Entramos en este y hay una mesa preparada para tres comensales. Me lamento. Quiero tenerlo para mí sola. Soy muy egoísta, pero después del fatídico día que he pasado, lo necesito solo para mí. De momento me entran unas ganas irrefrenables de irnos a casa. Me mira y sabe lo que pienso. Me abraza contra su pecho.

—Quiero que conozcas a alguien —me besa la frente.

—Yo quiero que me lleves a casa —me desnudes y sigas con lo que estabas haciéndome en la limusina, me digo. Gimoteo. Me mira. Y me desarma.

—No me tientes. Podría hacerlo aquí —mete su mano bajo mi falda y sube poco a poco hasta tocar mi sexo—. Podría hacerlo donde quisiera. Joder. No sabes lo dura que me la pone que siempre estés preparada para mí —gimo. Me vuelve a tener donde quiere. De repente se aparta de mí. Odio que haga eso—. Pero no es un buen momento —se acomoda en una de las sillas.

—Siéntate —ordena. Lo miro aturdida. Tuerce la boca en un gesto. Sabe cómo me siento. Respiro fugaz quejándome en silencio. Hago lo que me dice, me siento a su lado y vuelvo a resoplar. Quiero mi golosina.

Justo cuando mi corazón está volviendo a latir con normalidad, alguien entra en el reservado irrumpiendo mi tranquilidad. No me lo puedo creer. Levanto la mirada y me encuentro a Álvaro sonriendo pero totalmente contrariado. No esperaba encontrarme aquí, estoy segura de ello. Alejandro se levanta, Álvaro deja de mirarme y centra toda su atención en él. Le sonrío abiertamente y el otro hace lo mismo. Se acercan fundiéndose en un cariñoso abrazo. Yo, mientras, recojo mi mandíbula del suelo, mirando hacia la puerta y contando hasta cien para no salir corriendo. No podría de todas formas, mis piernas han dejado de funcionar. Toda yo he dejado este mundo para hacer un viaje astral de un millón de años luz.

“Houston, tenemos un problema”.

Me sudan las manos y me tiemblan a la vez. Necesito beber agua, pero ni siquiera me atrevo a coger la copa y descubrir lo nerviosa que estoy. Dudo, en estos momentos, que sea capaz de coordinar dos palabras coherentes seguidas. Estoy en un gran aprieto. Este sería un buen momento para que la tierra se abriera bajo mis pies y me tragara. Pero no lo hace, tampoco lo esperaba. Mierda, a ver cómo salgo de esta.

–Dani, Dani... –me llama Alejandro. Salgo de mi bendita ensoñación–. Dani...–me tiende la mano para que me levante. Lo hago, me tiemblan las rodillas pero consigo tenerme en pie a duras penas–. Te presento a Álvaro...

Si, ya nos conocemos. Nos enamoramos hace muchos años, me destrozó el corazón, me dejó embarazada y desapareció. No lo volví a ver jamás. Hasta hace un par de días. Por cierto, me ha dicho que me sigue queriendo y está tratando de comprobar si sigo sintiendo algo por él y de convencerme para que no deje de trabajar en la galería, donde puede controlarme y tenerme cerca. Alejandro sigue haciendo las presentaciones.

–... Mi hermano, Álvaro. Ella es Daniel, mi futura esposa –¿qué?

¿Qué?

¿Qué?

¿Qué?!!

¿Ha dicho hermano?

¿Ha dicho esposa?

Por favor, las bombas informativas de una en una.

Todo comienza a darme vueltas y me encuentro bastante mareada. Alejandro se da cuenta y me sienta sobre su regazo. Me da un poco de agua y bebo.

–Estoy bien –balbuceo.

–No estás bien. Nos vamos a casa.

–En serio. No ha sido nada.

Le sonrío y se tranquiliza. Me besa sin importarle que estemos acompañados y se levanta conmigo aun en brazos. Me deja sobre mi silla y se sienta junto a mi. Miro hacia mi izquierda y Álvaro se está sentando a mi otro lado y frente a su hermano. “Su hermano”. Tengo que digerirlo rápido.

Intenta sonreír pero no le llega a los ojos, no puede esconder lo contrariado que está. Desde luego, no esperaba encontrarme aquí. Ya somos dos. Alejandro vuelve a acercarse a mí, me da un corto beso, esta vez en la mejilla y me dice bajito que en cuanto quiera nos vamos.

–No hace falta. No te preocupes –le contesto intentando no parecer contrariada. Álvaro nos mira y no puede ocultar la sorpresa. Tampoco puede esconder el rechinar de sus dientes.

–Vaya. No sabía que tuvieras novia. Y, mucho menos, que fueras a casarte. Han cazado al indomable Alejandro Fernández –sonríe, o al menos lo intenta. Y sin apartar su mirada de mí sigue–. Enhorabuena, es una preciosidad –se me corta la respiración, muevo compulsivamente las manos y centro mi atención en el bordado de las servilletas.

–Lo sé. Tengo mucha suerte –deja de mirarme y se pone serio. Mira a su hermano amenazante–. Y es toda mía. Ni se te ocurra acercarte a ella. Sigue revoloteando alrededor de esas modelos que te persiguen –y ensancha una sonrisa sincera reflejándola en sus ojos. Está feliz. Le hace feliz tener a su hermano a su lado. Pero sé que lo ha dicho muy en serio. Aplastaría a cualquiera que osara tocarme. Ya lo ha hecho antes. No es una simple advertencia. Dios mío, si se entera de algo. Caigo en la cuenta.

Código rojo,  
código rojo,  
¡código rojo!

Tengo que hablar con Sara urgentemente. Necesito que me aconseje sobre qué hacer. No sé como le sentaría a Alejandro enterarse de todo, aunque me preocupa más cómo le sentaría enterarse de todo sin que yo haya tenido la oportunidad de explicárselo. Pero ahora mismo no podría sumar dos más dos, no encontraría la forma de contarle la historia ni aún teniendo un guion delante.

“Relájate Dani, disimula que no tienes ganas de atragantarte y ahogarte con una aceituna”.

–Tranquilo tío. Jamás se me ocurriría tocar algo que te perteneciese –sonríe, pero no le llega a los ojos. Se miran.

–Me alegro de verte –le dice sincero Alex.

–No te pongas sensible. No lo aguantaría –rompen en carcajadas. Esta vez, totalmente sinceras.

Y me doy cuenta de la nueva faceta que estoy descubriendo de mi



dios del sexo. Relajado, sonriente, sin preocupaciones, feliz. Parece mucho más joven de lo que es. En un ambiente distendido, sin negocios, llamadas... está mucho más atractivo si eso fuera posible. Necesito varios segundos para apartar mi mirada obnubilada de él y darme cuenta de lo que realmente está pasando.

Mientras hablan entre ellos, yo no puedo dejar de pensar lo mal que puede terminar esto para todas las partes. Son hermanos y lo último que quiero es que tengan problemas por mi culpa.

En ese momento, el teléfono de Alejandro vuelve a sonar y, tras mirarlo, se disculpa diciendo que solo será un momento y sale del reservado para poder hablar, dejándonos solos a Álvaro y a mí. Intento parecer tranquila y le sonrío tímida. Mi cuerpo se alerta en cuanto éste atrapa mi mano izquierda que reposa sobre la mesa con la suya. Se está pasando. Intento apartarla, pero no me deja. La aprieta fuerte. Lo miro a los ojos encolerizada sin saber a qué coño está jugando.

–Suéltame. Es tu hermano. Le has prometido que no me tocarías. Veo que no has cambiado nada –escupo dolida.

–No te equivoques –susurra, pero sin ningún atisbo de duda atrapando mi mirada y acercándose demasiado–. Tú no le perteneces. Olvidas que fuiste mía mucho antes que de él.

Se me corta la respiración y siento como si alguien tirara de una alfombra bajo mis pies. Estoy totalmente desubicada. Perdida. Esto no está bien. Y, por mucho que lo imagino, no encuentro un final feliz para ninguno de los tres.

SOY TUYA

–Por favor –suplico–, estás jugando sucio –vuelvo a tirar de mi mano sin conseguir soltarme del agarre de Álvaro.

–Él tampoco juega limpio, te lo aseguro –dice a escasos centímetros de mi boca –¿qué querrá decir con eso?

–Tú... sabías...

–Por supuesto que no. Solo quería que conociera a alguien especial –sus ojos brillan–. Dani, yo...

En ese mismo instante escuchamos pasos en el pasillo y a Alejandro

despidiéndose de quien sea al teléfono. Álvaro se aparta de mí justo un momento antes de que su hermano aparezca por la puerta mientras guarda el móvil en el bolsillo interior de su chaqueta. Mi cara lo alerta de lo nerviosa que me encuentro y, antes de sentarse, se acerca y se arrodilla junto a mí.

–¿Te encuentras bien? –me recompongo y lo miro intentando esbozar una sonrisa. No sé si lo consigo.

–No es nada. Solo estoy un poco cansada.

–Cenamos y te meto en la cama –me da un corto pero cálido beso que consigue tranquilizarme un poco y vuelve a sentarse en su silla. Se gira ahora a su hermano.

–¿Habéis hablado ya sobre trabajo? –me empieza a arder el estómago y el fuego sube hasta mi garganta. No entiendo nada. ¿Sabe que nos hemos visto esta mañana?–. Alejandro es el dueño de la galería –me mira y sonrío–. Creo que trabajareis juntos durante algún tiempo –suspiro para mis adentros.

–Acabo de llegar a la ciudad. No he tenido tiempo de visitar D'Arte todavía –“¿Será mentiroso!”–. Mañana por la mañana tengo intención de acercarme –dice clavando su mirada en la mía y enfatizando la palabra intención–, y... ¿cuándo será la boda?–Álvaro intenta parecer relajado sin conseguirlo.

–Pronto –asegura Alejandro.

No aguanto más esta situación. Me está sacando de mis casillas. No quiero engañarlo, pero tampoco estoy dispuesta a aguantar tantas sandeces. No puede decidir por sí mismo y sin más cuándo nos vamos a casar. Es más, no pienso hacerlo. No ahora mismo. Llevamos muy poco tiempo juntos. Y ni siquiera me lo ha consultado.

“Ni si quiera te lo ha pedido, Dani”.

Eso. Arggg.

Estoy harta. No aguanto más. Me levanto como un resorte.

–Tengo que irme –ni me preocupo en buscar una excusa. Si no sabe lo que me pasa es que es demasiado tonto. Agarra mi mano y tira de ella.

–¿A dónde vas? –no quiero tener esta conversación delante de Álvaro. Ya le gritaré hasta quedarme afónica cuando estemos solos.

–A casa –no va a dejar que me vaya así como así. Decido dar pena, es mi otra mejor opción. La primera, ahogarme con una aceituna, la he desechado antes–. Estoy un poco cansada –no debatiré si cree que no me encuentro bien. Y no es mentira. Me estoy volviendo loca.

–Esta bien. Nos vamos –se levanta, se abotona la chaqueta y vuelve a envolver mi mano con la suya.

–Tú puedes quedarte –sugiero, me vendría bien olvidarme del mundo en mi casa durante un buen rato. Pero no me hace caso. No sé ni por qué lo intento. Mira a su hermano.

–Lo siento. Tenemos que irnos.

–No te preocupes –se pone de pie también.– Ella es lo más importante –y esto último lo dice sin apartar la mirada de mí.

Intento que esos ojos negros no me atrapen, pero es imposible luchar contra la profundidad de la que emanan. Los hermanos se funden en un cariñoso abrazo y la culpabilidad me aplasta como una losa de mármol de ciento cincuenta kilos. Alejandro no me suelta y Álvaro no deja de mirarme. Y yo... quiero salir, irme, volar, ¡ya!

No hablamos demasiado durante el camino a casa. A pesar de la culpabilidad y la desazón que siento por la idea de que sean hermanos, no me puedo olvidar de que Alejandro ha decidido por su cuenta que nos casemos. Nunca me han pedido matrimonio antes, pero no debería ser así ¿no? No espero rosas, corazones y purpurina, pero por lo menos hablarlo juntos antes de anunciarlo.

Bajo del coche, no espero a que Carlos o Alejandro me abran la puerta. Salgo enfadada en dirección al ascensor. No hablamos mientras sube cada una de las plantas. La tensión se respira en el ambiente. Entramos en el ático y voy directa a la habitación, no quiero hablar. Podría decir algo de lo que luego me arrepentiría. Normalmete no filtro, cuando estoy enfadada ni siquiera pienso. Me quito la camiseta sacándola por mi cabeza.

–¿Se puede saber qué diablos te pasa? ¡No puedes estar tan enfadada porque quiera pasar el resto de mi vida contigo! –qué obtuso. Le tiro la camiseta que sostengo en la mano a la cara. La coge al vuelo.

–¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿Y si no quiero casarme? Por dios, ¡nos conocemos de hace cinco putos minutos! –levanto los brazos exasperada.

–Créeme. Ocurrirá.

La seguridad aplastante con la que lo dice me saca de quicio. Algunas

veces puede ser realmente desesperante. ¿De verdad que no lo entiende? Aún siendo un hombre debería estar al tanto del tema. Es terco y cabezota a niveles exagerados. El cabreo se multiplica por dos al darme cuenta de que tiene la mirada clavada en mis tetas que se encuentran envueltas en un sujetador de encaje celeste cielo. ¿En serio? Resoplo.

–¿Te importa dejar de mirarme las tetas cuando estamos discutiendo?

Me giro y voy al cuarto de baño a darme una ducha. Me extraña, pero no me sigue. Termino de desnudarme y abro el grifo. Levanto el brazo a la altura de mis hombros y toco el agua que cae en cascada. Cuando noto que está lo bastante caliente, me quito la gomilla que me tenía atado el cabello y, antes de que las puntas rocen mi espalda, Alejandro enreda los dedos de su mano derecha entre los mechones de mi pelo, tira de ellos obligándome a ladear la cabeza y me muerde el cuello.

Gimo por la sorpresa y la sensación del roce de sus labios calientes sobre mi piel consiguen hacerme estremecer. Me da la vuelta y me besa apasionadamente. No quiero seguirle la corriente, aun estoy muy enfadada, pero no puedo luchar contra él. Perdería. Empuja mi cuerpo desnudo con el suyo completamente vestido. Nos lleva hasta debajo de la ducha y el agua cae calando mi piel y su ropa.

Enredo mis manos entre sus cabellos y lo atraigo más hacia mí. Me muerde el labio inferior y yo jadeo extasiada. Se aleja un momento y sonrío complacido. Sabe que me tiene exactamente donde quiere. Suelta mi cabello y me agarra de las caderas instándome a que rodee su cintura con mis piernas. Lo hago. Me apoya contra la pared sin parar de besarme desesperado. Separa un poco nuestras pelvis y con la mano derecha se quita el botón, baja la cremallera del pantalón del traje, saca su duro miembro y se adentra en mí de una fuerte estocada. Anhelando mi estrechez. Jadeamos al unísono.

–Eres mía –ruge conectando nuestras miradas. Con los ojos vidriosos intento hacerle saber que es cierto. Soy irremediamente suya, pero con la siguiente estocada entiendo que quiere escuchármelo decir.

–Soy tuya –grito.

A continuación comienza un ritmo enloquecedor. Entra y sale. Entra y sale. No tiene compasión. Mi espalda pegada a la pared resbala arriba y abajo

ayudada por las baldosas mojadas. Después de una eternidad durante la cual le ha dado tiempo a jugar con mi cuerpo de mil maneras distintas...

–Alejandro –suplico.

–¿Qué quieres pequeña?

–No puedo más.

–No te corras hasta que te lo diga –dice con seguridad y arrogancia, pero esta vez no me molesta en absoluto. Todo lo contrario. Su voz dominante consigue que me derrita un poco más y me lleva más cerca del abismo.

Entra fuerte.

Sale despacio.

Entra fuerte.

Sale despacio.

Introduce su mano derecha entre los dos y masajea mi hinchado clítoris haciendo círculos con el dedo pulgar. Gimo. Acelera sus acometidas y el ritmo se vuelve apetitosamente violento. Cuando me ordena Ahora, su voz produce en mi cuerpo el efecto deseado. Y caigo en picado desde el séptimo cielo a la velocidad de la luz. Un rayo atraviesa mi cuerpo sin olvidarse ningún rincón. Siento cómo se derrama dentro de mí y mi cuerpo se tensa de nuevo preparado para volver a empezar en cualquier momento.

Nunca había sentido el sexo de esta manera tan intensa. En mis anteriores relaciones sexuales disfrutaba del momento, pero, en cuanto terminaba, deseaba que se apartaran de mí y no me tocaran. Ni por asomo me apetecía volver a empezar de nuevo.

“Te olvidas de Álvaro”.

Inconsciente cruel, déjame en paz.

Álvaro es otra historia. He estado manteniendo su recuerdo tan a raya que lo considero como si fuera un sueño, algo que sucedió en otra vida. Así lo he sentido hasta que ha vuelto a entrar y me ha recordado que fue real, no una pesadilla como llevo tantos años repitiéndome. Sí, existió. Pero tanto lo bueno como lo malo. Y esto último, arrasó todo lo demás a su paso.

Despierto de mi inoportuno ensimismamiento al notar cómo Alejandro

sale de mí. Vuelvo del planeta Álvaro y me regaño por pensar en él en estos momentos. Soy una idiota redomada que tiene que controlar sus sentimientos. Me perdono porque estoy segura de que aun estoy en estado de shok. Si necesito echar mano y aplicar las técnicas aprendidas en la terapia, lo haré. No puedo volver a ponerme en peligro y permitirme caer en el abismo.

Sigo enfadada con Alejandro, pero dejo que me lave y me seque en silencio. Cuando termina, me coge en brazos y me tumba junto a él desnuda en la cama.

–Te quiero –susurra en semi penumbra. Durante unos segundos no contesto. No dudo de lo que siento por él, dudo de que esto vaya a terminar bien.

–Te quiero –le respondo convencida. Me besa y aprieta mi espalda contra su pecho rodeándome con sus grandes, fornidos y tatuados brazos.

Suena el despertador y giro mi cuerpo sobre sí mismo buscándolo para apagarlo. No está donde debería. Abro los ojos y la luz que entra por la ventana me deslumbra. Me tapo la cara con las manos, pero he tenido tiempo suficiente para darme cuenta de donde estoy. Y de quién no está a mi lado.

Las cosas están yendo tan deprisa que no me he acostumbrado a despertarme en esta cama. No quiero confundir, no deseo estar en ningún otro sitio ahora mismo, pero eso no quita que prefiera que las cosas vayan más despacio. No conozco a Alejandro de nada. Ni siquiera sé donde trabaja. Es surrealista. Vivo con una persona que sale por la mañana y no sé a dónde va. Tenemos que hablar. De demasiadas cosas. No puede decidir él solo algo tan importante como el matrimonio. No voy a casarme con él. Al menos no todavía.

“Dilo tres veces seguidas y, con suerte, empiezas a creértelo”. Resoplo.

Me quito las manos de la cara y vislumbro la belleza de la habitación. Es simple pero majestuosa. Paredes grises y muebles de madera y acero. Lo mejor de todo es la cama. Juraría que mide dos metros de ancho. Me incorporo y me siento en el borde posando los pies en el tibio suelo de madera. Me doy cuenta de que estoy completamente desnuda. Voy hacia la cómoda y abro el primer cajón. Cojo una camiseta y la huelo. El olor, su olor inunda mis fosas nasales y me eriza todos los bellos de la piel. Me la pongo

por la cabeza y bajo a la cocina. Escucho ruido dentro y me imagino que el objeto de mi deseo está desayunando mientras lee el periódico. Puede que esté desnudo.

“No flipes”.

Me retraigo al ver a una mujer de unos cincuenta años, de metro sesenta, con el pelo castaño recogido en un moño y un delantal rojo puesto. “Deberías haberte puesto bragas”. Ni que lo digas. Nota mi presencia y se vuelve.

–Buenos días, señorita Sánchez –sonríe. Estoy un poco avergonzada. ¿Qué estará pensando de mí? No digo nada–. Soy Claudia, la asistente del Señor Fernández –rompe el silencio y sonríe.

–Buenos días, llámeme Dani, por favor –me siento en un taburete detrás de la gran mesa de color blanco. El frío del cuero atraviesa mi trasero desnudo. Miro a ambos lados buscando a Alejandro sin encontrarlo. Se da cuenta.

–El señor no está. Salió hace más de dos horas. No duerme demasiado –esto último lo dice más para ella que para mí. Su tono de preocupación no me ha gustado nada.

Miro el reloj y son las ocho de la mañana. ¿Se fue a las seis? Definitivamente no, no duerme lo suficiente. Me tuvo entretenida hasta más de las dos. Al recordar lo de anoche bajo la ducha, mi libido sale a saludar. Por dios, no llevo bragas.

–¿Qué desea desayunar?

–No se preocupe, puedo hacerlo yo –sí, puedo hacerlo yo, pero estoy sentada porque no llevo ropa interior. Que me disculpe Claudia esta mañana.

–Es mi trabajo. Me gusta sentirme útil –no lo dice con acritud. La acabo de conocer, pero su semblante irradia dulzura y educación. No la imagino alterada.

–Café, por favor –le sonrío.

–El señor me dijo que le preparara al menos tostadas. Anoche no cenó nada –suena a reprimenda. Deja un plato con dos rebanadas de pan y el café delante de mí. Cojo la taza y le doy un sorbo–. Me gustaría que me dijera cuales son sus comidas preferidas para poder hacer la compra.

–Cualquier cosa, tengo muy buena boca.



De repente me doy cuenta de dos cosas. Una, que, como ya sabía, no tengo filtro, no es una frase que diga una señorita refinada. “No veo ninguna por ningún lado”. Muy graciosa. Y dos. Me viene en tropel el recuerdo de la última vez que la dije y a quien fue. A Alejandro. La noche que me invitó a cenar a aquella casa tan maravillosa en la sierra de Madrid. Comimos uvas con queso y salmón. Recuerdo que llegué aterrada sin saber muy bien qué hacía allí. Esa noche fue la primera vez que dormimos juntos. Fue especial. Tengo que pedirle que me vuelva a llevar. Terminó el café en pocos minutos, me ha sentado bien.

–Gracias por el desayuno, Claudia –me levanto.

–No ha comido nada. El señor se enfadará.

–No tiene por qué enterarse –le guiño un ojo a la vez que sonrío.

No me quedo a comprobar su respuesta a mi implícita proposición. Dudo si será mi cómplice o me delatará ante su jefe, mi arrogante, irascible y dominante Dios Griego del Sexo que me tiene completamente obsesionada.

Me dirijo al dormitorio y me visto deprisa. No quiero llegar tarde, aunque no tenga ganas de verme las caras con Él. Salgo corriendo por la puerta y justo antes de cerrar, vuelvo a darle las gracias a Claudia y me despido de ella.

Presiento que no va a ser el mejor día de mi vida, pero mi vestido camisero azul de mangas largas con cinturón marrón a juego, mis tacones de ocho centímetros y mi bolso de cuero del mismo color, me suben la moral conforme camino por la calle y reparo en mi reflejo en los escaparates. No me veo del todo mal. La chaqueta *blazer* de exactamente el mismo tono que el vestido me da un toque de sobriedad. Llevo el pelo suelto y un poco ondulado por el viento.

Así que, con las pilas cargadas, llego a la galería y con una amplia sonrisa saludo al seguridad de la puerta cuyo nombre desconozco; me anoto en la agenda mental hablar con el encargado sobre por qué envían a uno distinto cada semana. Cruzo las tres galerías hasta llegar a mi despacho. Las energías positivas se esfuman cuando veo a Isabelle en la puerta de mi oficina, sentada tras su nueva mesa.



## DESAPARECER

La secretaria, ayudante, acompañante o lo que sea de Álvaro, me ve y se levanta. Me estaba esperando. Qué bien. Ironizo.

–Buenos días , Señorita Sánchez.

–Buenos días, Señorita Dugués –sonríó forzada. Paso por su lado sin pararme si quiera. Me sigue. Entro en mi oficina.

–El señor Llorens –“ahora lo llama señor”– quiere sobre la mesa de su despacho toda la documentación relacionada con el traslado de la exposición. Dossiers de cada obra, empresa de transporte especializada, revisión de contratos... –no soporto escucharla.

–Lo tendrá todo, no se preocupe –la corto. No necesito que me diga lo que tengo que hacer. Llevo trabajando en este proyecto más de seis meses.

Ni si quiera me digno a mirarla. Su sola presencia me molesta.

“¿Por qué te molesta, Dani?”

Argg. Me pongo los ojos en blanco mentalmente.

Porque es imbécil. Una imbécil muy elegante. Lleva un traje de chaqueta gris oscuro de Prada con una camisa blanca y el pelo recogido en un moño que parece informal, pero que no lo es. Me pregunto si algo comprado en un mercadillo cuelga de su armario. Gira sobre sus Manolo Blahnik rojos de setecientos euros –la guinda del pastel– y sale del despacho. La odio.

Respiro varias veces y decido empezar a poner orden en mi descolocada

vida en general, y en mi desenfadada vida sentimental en particular, a la alta velocidad a la que va.

Empecemos por partes. Necesito hablar con Sara para que me aconseje qué hacer. Va a alucinar cuando se entere de que Alejandro y Álvaro son hermanos. Hermanos. La llamo por teléfono. Un mensaje puede tardar demasiado. Necesito ir cerrando temas con urgencia.

–Hola, Zorra –me saluda.

–Buenos días para ti también –digo resignada.

–¿Cansada? ¿Toda la noche follando? ¿Te la metió por el culo? ¡Qué pena me das!

Reímos. De sobra sabe que tengo un problema con eso. No es que no quiera que ocurra. Es que no he tenido buenas experiencias al respecto. Lo he dejado por imposible.

–Sabes que en esta vida no todo es follarse, ¿no?

–¿No? –me responde teatralmente sorprendida y alargando la o. Volvemos a reír.

–Pero ¿follaste o no?

–Si –acepto–. Pero no te llamo para contarte cómo mi Dios Griego del Sexo me folló bajo la ducha durante más de dos horas –la pico.

–Guarra –rompemos en carcajadas.

–Escucha, ¿puedes quedar para comer? Es importante.

–¿Problemas?

–Código rojo.

–Está bien, ¿en Vitorino a las dos?

–Perfecto.

–Te dejo. Mi jefe me mira con cara de mal follado. Este si que necesita un buen polvo bajo la ducha. Se conformaría con hacerlo en cualquier sitio, de hecho. Seguro que no moja desde que España ganó el mundial de fútbol –y cuelga.

Me encanta hablar con ella, me llena de energía. Es tan vital e irradia tanta positividad que te impregna con ella. Ama la vida y sabe vivirla. No sé qué haría sin Sara. Una cosa tachada de la lista. Respiro varias veces y cojo fuerza para lo que viene.

“Tú puedes Dani”.

Claro que sí.

Antes si quiera de buscar en la agenda su nombre, el móvil suena y vibra en mi mano. Es Alejandro. Descuelgo.

–Te echo de menos –susurra sensual tras la línea.

–Me dejaste sola en la cama –lo acuso.

–Parecías una oruga enroscada entre las sábanas –se está riendo de mí–. Vale –sigue en un tono más áspero y menos divertirdo–, en realidad tenía prisa y, si te despertaba, te follaría. Tenía una reunión a primera hora de la mañana fuera de Madrid.

–Me hubiera gustado que lo hicieras –gimo.

–A mí también –dice rotundo, ronco, sensual y salvaje, él es todo eso y más. “Céntrate Dani. A lo que ibas”–. Tenemos que hablar –cambio diametralmente la atmósfera que hemos creado–. Ni si quiera sé dónde trabajas.

Sé que el Club Adara es suyo, pero no es a lo que se dedica. Solo lo ha estado gestionando mientras la encargada, Verónica, está fuera. Tengo que preguntarle cuándo vuelve. Uno de los mil temas que tenemos que tratar.

–No has preguntado –pongo los ojos en blanco, no es tan simple.

–Señor Fernández. La señorita Marina de la Rosa desea verle –escucho tras la línea a la que debe ser su secretaria.

–Alejandro, tenemos que hablar –ahora lo que se oye es una voz estridente. Será la tal Marina. El tono con el que lo ha dicho me dice que ella también tiene temas pendientes con él. Empiezo a ponerme nerviosa.

Espera, Marina de La Rosa, la morena que le acompañó a la exposición el día de la inauguración. Me entran ganas de vomitar. El silencio que se crea, demasiado largo y espeso, junto con esa chillona voz y la familiaridad con la que ha tratado a Alex, me pone nerviosa.

–Tengo que dejarte, nos vemos esta tarde –y cuelga.

Su manera de despedirse consigue que mi nerviosismo se convierta en un estado de alerta y ansiedad considerable. ¿Quién es realmente esa mujer? ¿Por qué Alejandro me ha colgado por ella? No tacho esta tarea de mi lista. La dejo como pendiente subrayada con rotulador amarillo fluorescente. No he conseguido nada. Ni que quedemos para hablar ni que me haga conocedora del lugar donde trabaja. Tendré que conformarme con la información anexa

que he conseguido sin proponérmelo. Una tal Marina de la Rosa tiene la suficiente confianza con él como para llamarlo por su nombre de pila e irrumpir en su despacho un Miércoles a las nueve y media de la mañana sin que le concedieran paso. Arggg.

No lo puedo remediar. Me distrae. Me entretiene prometiéndome sexo fuerte y mágico sin planteárselo con esa voz salvaje y sensual, y pierdo la cabeza.

“Y las bragas la mayoría de las veces”.

Tengo que cambiar de táctica. Yo también puedo ser muy convincente. No volverá a tocarme hasta que no se sincere conmigo. Lo repito varias veces en mi mente. Para conseguir algo, solo tienes que creer que puedes hacerlo.

“Y tú nunca podrás convencerme de ello”.

Reviso el correo. Nada importante. Decido ponerme a preparar la documentación que Álvaro me ha pedido a través de la señorita Prada–Manolos para dejarla sobre su mesa esta tarde antes de irme a casa. Voy al archivo, una habitación pequeña al fondo del pasillo, y recopilo la información. Lo tengo todo bien organizado. Cierro el último cajón y giro sobre mis zapatos. Me topo con un torso ancho y robusto. Me asusto y me quedo clavada en el suelo.

–Hola –Álvaro tuerce la boca en una media sonrisa que podría desarmar al puto ejército chino y camina un paso deshaciendo el espacio que nos separa. Puedo sentir su respiración a escasos centímetros de mi cara. Se agacha lo suficiente para quedarse a mi altura y deja su boca a un diminuto centímetro de la mía. Su mirada, oscura y profunda como las Fosas Marianas, consiguen que se me corte la respiración.

“Aléjate, Dani. Da un paso atrás”. Pero no puedo moverme.

–Ho...la –sé fuerte, me arengo.

Levanta su mano derecha despacio y estoy al borde del abismo. Cierro los ojos amedrentada por lo que puede pasar y aprieto las carpetas que sostengo sobre mi pecho. Roza con la manga de su chaqueta la parte superior de mi brazo izquierdo y me tenso hasta apretar cada músculo de mi cuerpo. Un segundo después coge una carpeta que está sobre una repisa detrás de mi espalda. Se separa y se va. Durante unos segundos no reacciono. Al momento siguiente me flaquean las piernas y me doy cuenta de que necesito llenar mis

pulmones de oxígeno. Respiro hondo y dejo caer mi lánguido cuerpo sobre el archivador que tengo justo a mi espalda.

Entro en Vitorino y diviso a Sara al fondo de la sala. Sonríe y me saluda con la mano mientras que con la otra da un sorbo a su copa de vino. Es el restaurante de moda. Un gastrobar. La comida es exquisita y en absoluto cara. Paredes blancas con cuadros en blanco y negro. Con fotos de antiguas leyendas del rock.

Mientras camino hasta ella observo que llena mi copa. Sabe que lo necesito. Me siento frente a mi amiga, de espaldas a la barra y me dejo caer en la silla derrotada. Le doy un trago a mi bebida. Termino y la dejo sobre la mesa.

–Lo necesitaba.

–Buen Sexo. Buen Vino. Pide y la vida te lo da –levanta su copa brindando conmigo pero no la sigo. Se encoge de hombros y bebe sola. La miro agobiada.

–Alejandro y Álvaro son hermanos –le suelto sin más. Sara escupe el líquido burdeos manchando mi vestido.

–¿Pero, qué haces? ¡Mira como me has puesto! –me limpio con la servilleta. No la puedo culpar. Me lo he buscado yo solita.

–¿No pretenderías no esperar reacción por mi parte ante la mierda que acabas de soltar? –tiene los ojos muy abiertos y está haciendo aspavientos con la mano que no sujeta la copa.

–Pues imagínate como me quedé yo.

El camarero se acerca, pedimos la comida y, mientras la traen, le cuento lo que ha pasado. Mi sorpresa al encontrarlo en la cena. Lo mal que me sentí y lo mal que me siento por no ser totalmente sincera con Alejandro. Las ganas que tenía de atragantarme con una aceituna y morir trágicamente en aquel instante.

–¿Qué vas a hacer?

–Irme a vivir a Cuba.

–Saca dos billetes, me voy contigo –bebe. Caigo en la cuenta de que ella tampoco lo está pasando bien en estos momentos y me doy patadas en el

culo por ser tan mala amiga.

–¿Todo bien con Joan?

–No es importante.

–Claro que lo es –le cojo una mano–. Perdona, soy una pésima amiga –digo sincera.

–Salimos el Viernes y te perdono.–propone con mirada pícaro mientras se suelta de mi mano.

–Eso está hecho –levanto la copa instándole a que haga lo mismo y brindamos por una futura noche apoteósica. Sonreímos.

El camarero deja los modernos platos negros totalmente planos ante nosotras y empezamos a comer y a divagar sobre los distintos sabores que se mezclan en el paladar. Pincho con el tenedor lo que parece ser un tipo de queso frito con cebolla caramelizada sobre una base de masa de pan y me lo llevo a la boca. Cierro los ojos y lo degusto con deleite.

–Mmm. Está buenísimo. Podías cocinarlo un día en casa –abro los ojos.

–Ya no vives conmigo.

–Invítame a dormir una noche. Haremos una fiesta de pijama. Yo llevo los mojitos.

–¿Tu irascible y dominante Dios Griego del Sexo te deja dormir fuera de casa? Esto si que no lo esperaba –le tiro un trozo de rosco y ella lo esquiva. Nos echamos a reir.

Seguimos disfrutando de nuestra comida rodeada de altos ejecutivos, empresarios con trajes de chaqueta de más de mil euros y alguna que otra cara conocida. Hablamos de cosas triviales, como por ejemplo del modelito que nos vamos a poner el Viernes por la noche y qué zapato le puede quedar bien.

–No quisiera volver al tema, pero ¿Álvaro es moreno, alto, labios carnosos, cuerpo de impresión y sonrisa perfecta? Como Theo Jones , pero cien veces más atractivo.

–Nadie es más atractivo que Theo Jones –afirmo rotunda mientras me peleo con lo que parece ser una espinaca–. Pero sí. Yo no lo habría descrito mejor, ¿por? –como está loca, no le hago mucho caso.

–Por nada –se encoge de hombros y rellena mi copa de vino hasta casi hacerla bosar.



–Buenas tardes, señoritas –esa voz a mi espalda hace que me quede helada y me ahogue con la comida que estaba a punto de tragar. Toso y bebo medio vaso de vino. Qué hija de puta, por eso me ha llenado la copa.

–Soy Álvaro –se presenta al darse cuenta de que yo no hago nada. Alarga el brazo y estrecha su mano con la de Sara. De otro sorbo me termino la bebida.

–Yo Sara –sonríe forzada–, la que te rebanaría la polla a trozos, hijo de puta –afortunadamente esto último solo lo he escuchado yo. La reprendo con la mirada y ella me hace una mueca con la boca fingiendo arrepentimiento. Se está divirtiendo.

–Salió muy rápido del despacho, señor Llorens.

“No tienes filtro Dani”.

Joder. Al instante me arrepiento de lo que he dicho.

–¿Me ha echado de menos, señorita Sánchez? –dice clavando su mirada en la mía.

La retiro y observo cómo Sara vuelve a llenar mi copa con una sonrisa alumbrando su cara. Definitivamente, quiere emborracharme. Pocos segundos después, cuando no ha pasado el suficiente tiempo para que el silencio se vuelva incómodo, siento unas fuertes manos agarrarme por la cintura y levantarme. Me rodea con sus brazos y me gira. Es curioso, pero, con solo sentir su calor, mi cuerpo se relaja y, aunque sigo enfadada con él por tomar decisiones sin contar conmigo y colgarme como lo hizo, no puedo evitar sentirme irremediamente atraída por su magnetismo. Agarra mi cara con ambas manos y me besa como si no estuviésemos rodeados de gente. Mi cuerpo tiembla y se rinde a él. Es todo lo que necesito.

–Hola preciosa. No esperaba encontrarte aquí –vuelve a unir nuestros labios y suelto un leve gemido que espero solo haya escuchado él. Se retira un poco y sonríe complacido.

–Me quedaría contigo, pero es una comida de negocios –no me suelta.

–Y llegamos tarde –avisa Álvaro intentando sonreír sin conseguirlo, con la mirada fija justo donde la mano de Alejandro agarra mi cadera.

Suena el teléfono de mi Dios, mira la pantalla, se disculpa, se despide con un beso, demasiado largo, lleno a rebosar de promesas que no puede cumplir aquí y ahora, y se aleja de nosotros llevándose el móvil a la oreja. Álvaro me

mira y se acerca mucho más de lo aconsejable a mí.

–Espero los documentos esta tarde sobre mi mesa. Nos vemos luego  
–esto último es un leve susurro muy cerca de mi oído. O así lo he sentido yo.

–Encantado de conocerla –mira y sonrío a Sara.

Paso de él nerviosa y me centro en mi amiga. El agobio y el enfado se acrecientan cuando veo a Sara a punto de partirse de la risa. Me siento y apoyo derrotada la cabeza entre mis dos manos. Quiero morirme y resucitar tumbada en una hamaca en las Islas Phi Phi.

–Yo haría un trío con los dos –la atravieso con la mirada y se calla.

–¡Te estás divirtiéndote! –chillo. No me lo puedo creer.

–Perdona. Los nervios –intenta justificarse. Sigue riéndose sin poder parar. Coge la copa y se la lleva a los labios intentando controlarse.

–Alejandro quiere que me case con él –vuelve a escupir la bebida sobre mi ropa.

–Joder, eres imbécil –me limpio de nuevo.

–¡La culpa es tuya! –puede que lleve razón.

– Eres una zorra.

–Lo sé –sonríe y bebe—. Pero me quieres.

Sonrío resignada.

Por supuesto que la quiero. Y estoy deseando salir el viernes con ella y olvidarme de todo, aunque solo sea durante unas horas. Tendré que enfrentarme a Don Dominante y Autoritario, pero no podrá hacerme cambiar de idea. Tiene que entender que tengo una vida antes de conocerlo. No puedo abandonar a mis amigos por él sin mirar atrás. No lo haré.

Terminamos de comer mientras intenta tranquilizarme y hacerme creer que encontraremos una solución y todo saldrá bien. Yo me resigno y me convengo a mí misma de que tal vez tenga razón. No tiene porque salir mal. Puede haber una solución aunque ahora no la vea.

“Claro que la hay. Pero no es buena para ti”.



## QUÉDATE

Hablar con Sara me sienta bien. He dejado de querer morirme y resucitar en las Islas Phi Phi. La idea de estar allí en estos momentos tumbada en una hamaca sigue rondando mi cabeza, pero ahora tengo más ganas de enfrentarme a lo que viene. Ya visitaré Tailandia en vacaciones. Cuando mi vida no sea un desastroso caos.

Hace frío. El mes de noviembre ha entrado con fuerza y definitivamente la temperatura ha bajado bastante. Salimos del Restaurante y nos despedimos con un abrazo. No he vuelto a ver a Alejandro ni a Álvaro. Deben estar en los reservados ubicados en la planta de arriba. Solo apto para bolsillos adinerados. Nada que ver con los nuestros, donde solo hay céntimos, algún chicle y... –meto la mano y encuentro algo– vaya, un pendiente que perdí hace unos meses.

Intento terminar pronto el trabajo. Álvaro ha pedido que le deje toda la documentación sobre la mesa esta tarde. Lo tengo casi todo preparado, solo me falta ultimar algunos detalles y me iré. Miro el reloj y compruebo que son las cinco de la tarde. La comida de negocios ha debido alargarse. Con suerte, salgo de aquí sin tener que encontrármelo. Me animo diciéndome que ya me toca tener un poco de suerte.

Apago el ordenador, me pongo la chaqueta, cuelgo el bolso sobre mi hombro derecho, adecento mi mesa y cojo la última carpeta. Antes de cerrar la puerta, apago las luces y compruebo que todo está en su sitio. Me gusta dejarlo todo ordenado y recogido.

Entro en el nuevo despacho de Álvaro, antes lo utilizábamos de improvisado almacén, y me doy cuenta de lo cambiado que lo han dejado en tan poco tiempo. En... horas. Han hecho un gran trabajo. No es presuntuoso ni nada por el estilo, más bien parece el despacho de un artista. Un gran cuadro de Tom Wesselman cuelga de la pared tras su mesa. Es *Smoker*. A Álvaro siempre le ha fascinado el Pop Art, movimiento artístico que

estudiamos en la universidad y sobre el que hablamos durante tardes enteras tumbados sobre la cama. Con él encima o debajo de mí. Álvaro. Quería adornar las paredes de casa con obras de Andy Warhol “para realzar el valor de la cotidianidad de la vida y ensalzar los momentos diarios, los verdaderamente importantes”.

Le encantaba este movimiento por todo lo que lo rodeaba. Artistas que luchaban contra la desigualdad, queriendo que el arte llegara a todos los sectores de la sociedad. Con imágenes sencillas y objetos cotidianos intentando reflejar la realidad del momento. Fácil de comprender y asimilar, las pinturas luchaban contra la corriente artística de aquel momento, el Expresionismo Artístico, identificado con la parte elitista de la sociedad con la que no se sentía identificado.

Me doy cuenta de que no conozco a Álvaro. Me lo imaginaba viviendo en París, en Londres o Nueva York en un apartamento en un barrio de artistas adinerados como el SoHo o TriBeca. Vendiendo su obra sin especular con ella. Haciéndola llegar al más desfavorecido. Siempre he sabido que su familia tenía dinero, pero él, desde que recuerdo, ha sido un hippie rebelde que luchaba contra el sistema. Parece que ahora ya no es así. Ha cambiado la lucha contra la homogeneidad del sistema y el consumismo por la frialdad de la mejor venta o el más prometedor negocio convirtiéndose en un empresario al que solo le importa las ganancias que obtenga. Por eso no entiendo por qué ha colgado ese cuadro ahí. Esa obra es una declaración de intenciones que, por supuesto, no tiene nada que ver con lo que él es ahora.

El arte no solo es belleza. Es sentimiento, pasión, una forma de ver la vida, una manera de expresar los pensamientos. Una forma de ser. No cuelgas un cuadro en la pared porque quede bien con el sofá, o con el mueble del salón. Lo eliges porque te sientes identificado, porque dice algo de ti, por lo que te hace sentir. No entiendo por qué se ha decidido por esta obra en concreto.

Admiro el Wesselman con los ojos muy abiertos. La conozco de sobra, pero no deja de sorprenderme verla tan de cerca. Es sensual y provocadora. Unos labios de mujer rojos sobre un fondo blanco; y sobre el lado derecho del labio inferior cae un cigarrillo humeante. Simple y rebelde.

No puedo dejar de admirarlo. Me tiene completamente atrapada. ¿Será el original?

–Es auténtico –escucho a mi espalda.

Parece que supiera lo que estaba pensando. Es él. El joven rebelde y desgarbado que desapareció y volvió a mi vida cinco años después convertido en gran empresario atractivo y demoledor para ponerlo todo patas arriba. Giro sobre mis tacones y mis ojos se encuentran con los de Álvaro. Está apoyado bajo el quicio de la puerta. Con los brazos y las piernas cruzadas. Relajado. Me pregunto cuánto tiempo lleva ahí. Desconecto nuestras miradas e intento escapar, pero su cuerpo cubre toda el espacio interponiéndose en mi camino.

–Déjame salir –intento parecer categórica.

–No. Hasta que me prometas que no dimitirás.

–No puedo prometerte eso –descruza los brazos, camina un paso hacia mí y me asusto lo suficiente como para que lo haya notado.

–Tranquila, no voy a tocarte..., si no quieres–. Me relajo solo un poco. Después de todo, su palabra no vale demasiado para mí.

–Quédate. Prometo no acercarme a ti. No te tocaré, no lucharé por volver a tener lo que un día tuvimos.

Su última frase me aflige. No sé por qué pero ha tenido eco en mí. No quiero que luche por lo que un día tuvimos, pero me ha recordado lo que significamos hace tiempo el uno para el otro y me entristece pensar lo que pudo ser y lo que no será jamás. Levanta el brazo derecho para tocarme con la mano, pero se da cuenta de lo que acaba de hacer y vuelve a bajarlo.

–No lo dejes todo. Mereces recoger lo que has sembrado. Ya decidirás qué hacer cuando esta exposición se disuelva.

Lleva razón, pero arriesgo demasiado. No solo me preocupa mi relación con Alejandro. También mi salud mental. Me costó años recuperarme del Huracán Álvaro, no quiero volver a aquello. Ahora soy más fuerte. He aprendido a sobrevivir, pero el temor a que todo se vuelva a repetir es demasiado fuerte.

– Necesito pensarlo –cierro los ojos y suspiro.

–Como quieras –se resigna.

Sobre la mesa dejo la carpeta que aún tenía abrazada a mi

cuerpo, y que me ha servido como improvisado e imaginario escudo ante a Álvaro, y camino hacia la puerta. Paso por su lado y una pregunta me frena en seco.

–¿Le quieres? –nuestros cuerpos están situados uno al lado del otro, mirando en distintas direcciones. Nuestros brazos se rozan sin llegan a tocarse. No nos miramos.

–Si –no titubeo, es lo que siento.

–¿Como me quisiste a mí? –no contesto.

No sabría responder a esa pregunta. El amor es complicado y confuso. No se trata de a quién se quiere más sino cómo se quiere. De todas formas, no merece que le conteste. Me abandonó a mi suerte. Y ni siquiera se preocupó por mi estado cuando sufrí el aborto espontáneo. No me quiso y no le debo nada. Ni siquiera la respuesta a esa pregunta. Suspiro.

–Eres muy injusto –digo mirando al suelo.

–Lo sé. Pero dime la forma de olvidarlo todo, de apartarme de ti ahora que te he encontrado y lo haré.

–No puedo. Yo jamás logré olvidarte. Pero no significa que no lo tenga superado. Te he recordado cada día durante todos estos años... –suspiro–, pero aprendí a vivir con ello y conseguí que no me hiciera daño.

–Me destroza verte con él –confiesa. El dolor se refleja en su voz.

–Podrás soportarlo. Haz lo mismo que la última vez. Vete sin mirar atrás.

Salgo de la oficina a la calle y tomo una gran bocanada de aire fresco impregnado de humedad. Me asalta un único pensamiento. Hablar con Alejandro y contarle quien es Álvaro lo antes posible. No quiero mentiras entre nosotros. Prefiero la verdad mil veces aunque sea cruel y conlleve problemas. Y estoy segura que los conllevará. Alejandro es un hombre difícil, además de posesivo, dominante, celoso, terco y desconfiado. No estoy segura de cómo se tomará que su hermano y yo estuviésemos enamorados durante cuatro años, que me dejara embarazada y se largara, y de que haya esperado tanto para contárselo. No entenderá por qué no lo hice en cuanto lo ví el primer día. Que fue... anteayer. Parece que hace mucho más tiempo.

Entro en casa de Alejandro y Claudia está en la cocina empezando a preparar la cena. Solo son las seis y media, pero lo deja todo dispuesto cada

día antes de irse a las ocho.

–Buenos tardes, Señorita Sánchez, ¿desea comer algo?

–Buenas tardes, Claudia. No, gracias. ¿Está Alejandro? –digo camino de su despacho.

–El señor todavía no ha llegado –grita un poco para que pueda escucharla. Paro y giro sobre mis cansados pies. Entro en la cocina.

–¿No ha llamado? –miro el móvil y compruebo que no tengo llamadas ni mensajes de mi Dios. No me extraño demasiado. Aún es temprano para una persona tan ocupada como él.

–No, lo siento.

Me quito la ropa y decido darme un baño relajante con espuma. La inmensa bañera de mármol estilo bathtub me llama a gritos. Tras mi tranquilo y largo baño de espuma y aceites de varias esencias diferentes me visto con unos pantalones de algodón corto blancos y una camiseta de Alejandro de mangas largas gris que me llega hasta las rodillas, y vuelvo a la cocina. Claudia está terminando de hacer la cena y recogiendo todo los enseres que ha utilizado.

–¿Desea cenar?

–No, gracias, esperaré a Alex.

Me despido de ella hasta mañana y decido tumbarme sobre el sofá del salón y leer la novela que me tiene entusiasmada mientras mi ocupado novio decide si es buena hora o no para aparecer por casa y estar junto a mí.

Despierto y todo está oscuro y en silencio. Me incorporo y me siento al borde del sofá. Miro el reloj y compruebo que son más de las once y media. Instintivamente levanto la cabeza en dirección al despacho, pero no veo luz tras la puerta. De todas formas decido cerciorarme, me incorporo y camino descalza hasta allí. Empujo la puerta entornada y la oscuridad y sobriedad del lugar me rodean. Me siento en el gran sillón de cuero marrón chocolate. Agarro el borde de la mesa con las manos e impulso la silla junto con mi cuerpo hacia delante.

Miro alrededor. Todo habla de él. La mesa robusta. El cómodo e inmenso sillón, la elegancia de la estancia, la sensatez y madurez de la decoración. También es una declaración de intenciones como el cuadro de



Álvaro, pero esta vez concuerda a la perfección con lo que conozco de él. No hay mentiras ni verdades a medias. Lo que ves es lo que hay.

“Solo falta información”.

Mi yo más cruel me recuerda que tengo que hablar con él y lo enfadada que estoy por ello.

Apoyo la espalda en el respaldo del sofá y respiro. Huele a él. Su olor me reconforta y me relaja tanto que, sin darme cuenta, me quedo dormida. Estás aquí. Escucho una voz suspirar cerca de donde me encuentro. Sus brazos rodean mi delgado cuerpo, tiran de él y lo apoya sobre su regazo. Abro un poco los ojos y veo su cara de preocupación.

–¿Ocurre algo? –susurro. Acaricio su mejilla con el dorso de mis dedos.

–No te encontraba –le cuesta decirlo. Me deja sobre la cama y comienza a desnudarme.

Agarra mis tobillos con ambas manos y sube lentamente acariciando mi pierna. Cuando llega arriba, agarra mis pantaloncitos, tira de ellos hacia abajo y los saca por mis pies. Vuelve a subir besando cada centímetro de mi piel y su calor penetra en mí. Puedo notar como el bello se va erizando por las zonas que sus labios tocan.

–Eres preciosa –me relaja a la vez que me excita.

“Prometiste no dejar que te tocara hasta conseguir que se abra a ti”.

No recuerdo haber dicho eso.

“Yo creo que si”.

No tengo fuerzas ni ganas para hacer caso a mi estúpido inconsciente que pretende que lo aparte y lo obligue a dejar de hacer eso que está haciendo que se le da tan bien y que tanto me gusta. Pero todavía me apetece menos enfrentarme mañana por la mañana a mí misma y llamarme imbécil redomada por no poder controlar mi cuerpo y mi libido y por no ser fuerte y de convicciones firmes. Alejandro me distrae, pero tengo que aprender a controlar lo que me provoca.

Me quita la camiseta por la cabeza y, justo antes de que consiga bajarme las bragas, me incorporo, me pongo de pie junto a la cama y cruzo los brazos intentando tapar mis pechos. No sabría descifrar la expresión de su cara.

–Tenemos que hablar –digo decidida. Al menos, he intentado sonar diligente.

–¿Ahora? –un esbozo de una confusa, pero divertida sonrisa se asoma a su cara.

–No sé nada de ti, ¿dónde has estado?

–Trabajando –se baja de la cama, se sienta en el borde frente a mí y se toca la sienes con los dedos. Está cansado.

–Es surrealista. Ni siquiera sé donde trabajas.

–Torre de Cristal. Piso 212 –dice atropelladamente–. ¿Puedo follarte ya?

No. Pero su sonrisa de pícaro me desarma. Alarga el brazo y rodea mi rodilla derecha con su mano izquierda. Tira hacia sí y me quedo de pie ante él que sigue sentado sobre el borde de la cama. Hace lo mismo con la otra y sube acariciando mis muslos hasta llegar a los glúteos y masajearlos. Agarra las braguitas por el elástico y la baja lentamente, dejándome completamente desnuda y expuesta frente a él. Me obliga a levantar un pie y después otro para sacarlas por abajo y las tira sobre la mullida alfombra. Gimo.

Se levanta y poco a poco se desabotona la camisa que pronto se encuentra en el mismo sitio que mi ropa interior. Su perfecto torso me fascina. Sus abdominales ondulan celestialmente su estómago, su pecho definido, sus fuertes y tonificados brazos.

Se quita los pantalones y los bóxer Hermes Woven de quinientos euros que se amontonan ahora también sobre la alfombra. La masculinidad que irradia es fastuosa. Me deja sin aliento. Vuelve a sentarse en el borde de la cama y agarra mis caderas.

–Necesito sentirte. Estar dentro de ti es lo único que me tranquiliza.

Tira hacia sí y me sienta a horcajadas sobre él, introduciéndose en mí sin prisas. Cuando me tiene completamente empalada, gruñe. Siento como me llena, cómo su miembro se amolda a mí cavidad, hinchándose, haciendo hueco para caber entera. Me abraza.

–No soportaré que te aparten de mí.

No sé si he escuchado bien, me da la sensación de que ni si quiera se ha

dado cuenta de que lo ha dicho en voz alta. Nadie podrá apartarme de él. Por supuesto que no.

29

## OTRA SORPRESA, NO

Me despierto acorchada, pero con una idea clara en la cabeza. Ahora que sé donde trabaja, voy a ir a hablar con él y explicarle todo desde el principio. Me da miedo su reacción, no soportaría que saliera huyendo, o que me echara de su vida. No sé qué haría sin él, qué sería de mí sin tenerlo cerca. Se ha convertido en lo más imprescindible de mi día a día. Sin embargo, estoy decidida a decirle la verdad, pase lo que pase, tengo que ser sincera. “Todo saldrá bien”.

Pensar en positivo me ayuda a activarme y mi cuerpo recobra la energía perdida. Me pongo de pie sobre este magnífico suelo de madera que me tiene cautivada y voy al cuarto de baño a darme una ducha rápida. Bajo a medio vestir esperando que Alejandro se encuentre todavía en casa. Tal vez pueda hablar con él antes de irse. Es muy temprano, pero sé de sobra que es más que probable que lleve en la oficina bastante tiempo. Aún así, no pierdo la esperanza.

–Buenos días, Claudia, ¿no está Alejandro? –cojo una taza y echo café recién hecho de la cafetera.

–Buenos días. Cuando llegué a las siete, ya se había marchado –metes dos rebanadas de pan en el tostador y suspira. No aprueba que “El Señor” duerma tan poco. A mí tampoco me gusta nada.

–Vaya –digo para mí mientras me siento en un taburete. Claudia pone las tostadas en un plato y lo deja delante de mí.

–Come, está muy delgada –sonríe a la vez que levanta las manos en un gesto de reprimenda.

Lleva razón, pero el estrés de las últimas semanas está pudiendo conmigo. Tengo que centrarme y cuidar de mi cuerpo. Si no estoy en buena forma física, mi mente no me acompañará al ritmo. Me obligo a comer.

–Están muy buenas, gracias –trago el primer bocado y caigo en la cuenta de que Claudia puede darme la información que Alejandro no quiere ofrecermé. Preguntarle puede ponerla en una situación incómoda, pero puede no contestarme si no quiere. Lo entenderé. Terminó con la primera tostada–. ¿Puedo hacerte una pregunta Claudia?

–Claro, señora –dice mientras corta el tallo de algunas margaritas. No me gusta que me llame así, pero no me voy a entretener ahora en hacerla comprender lo incómoda que me hace sentir.

–¿Hace mucho que conoce a Alejandro? –comienzo con una pregunta sencilla. Mejor tantear el terreno y asegurarlo que adentrarme en él y hundirme en arenas movedizas.

–Toda la vida. He cuidado de él desde que nació –sonríe tiernamente. Esta información me hace caer en algo.

–¿También cuidabas de su hermano?

–Sí, pero Alejandro siempre ha necesitado más atención. Era un niño muy problemático. Álvaro era más revoltoso, un niño travieso que buscaba diversión. A mi señor..., le gustaba estar solo, no tenía demasiados amigos, nunca ha sido un niño muy comunicativo –vaya, me ha dado más información de la que realmente esperaba con esa pregunta –dejé Barcelona cuando se trasladó a Madrid.

–¿Ha habido...? –me corto, no sé cómo tratar este tema–, ¿ha puesto café a muchas más... mujeres? –coloca las flores dentro de un jarrón en forma de tubo de cristal transparente. No me contesta– No debería preguntarle esto. Olvídelo –llena la jarra de agua y la deja sobre la encimera

–Alejandro es un hombre muy atractivo... –no sé qué quiere decirme exactamente con eso–, además de sincero. Estoy segura de que

contestará a su pregunta sin ningún problema.

–Lo siento –me arrepiento de haberla puesto en este aprieto al instante. No quiero que crea que estoy insegura, que no me fío de él o que no tengo la suficiente confianza con Alex como para poder preguntarle directamente. Pero es cierto, las tres cosas lo son.

–No se preocupe. Sé lo difícil que puede llegar a ser. Tenga paciencia con él. Es un buen hombre –y merece sinceridad por mi parte, lo sé.

Termino con el desayuno y voy a la habitación a acabar de arreglarme. Opto por un vestido tubo beige cortado a la altura de las rodillas. Cuello barco y medias mangas. Unos zapatos de tacón alto diseño *peep toe* Planet atados en una elegante pulsera al tobillo que compré en Asos y un *clutch* a juego con trebillas doradas. Me dejo el pelo suelto, me maquillo para tener buena cara y enmarco mis ojos con el *eyer-line* negro. Un abrigo estilo kimono en tejido rosa palo de *tweed* de Helene Berman me dan el toque elegante que necesito.

Antes de salir de la habitación me doy cuenta de que no llevo el móvil. Miro encima de las dos mesitas de noche sin suerte. Entro en el cuarto de baño y compruebo que no está. Me pongo de rodillas y busco debajo de la cama. Me incorporo y camino hacia la gran cómoda que descansa sobre la pared del fondo. No lo he dejado sobre ella, pero me percató de que un cajón está medio abierto y pienso que ha podido caer dentro de él. Lo abro y toda la sangre de mis venas se congela. No tengo suficiente con lo que están viendo mis dilatadas pupilas, meto la mano y saco unas bragas de encaje de color rojo que, desde luego, no son mías. A continuación la suelto con asco, no sin antes darme cuenta de que descansan junto al sujetar a juego y tres o cuatro conjuntos de otros colores que claramente no reconozco.

Salgo de la habitación cual león enjaulado y hambriento al que han abierto la puerta y ofrecido un joven cordero. Me duele la mandíbula de lo tensa que la tengo y las uñas a la francesa están clavándose en la palma de mi mano izquierda de lo fuerte que llevo apretado el puño.

Cruzo el puto ático de lujo buscando la salida. Me gustaría cerrar los ojos y encontrar la luz verde con el emblema de EXIT y salir corriendo en dirección contraria lejos de toda esta mierda.

–Señora –la voz de Claudia hace que pare en seco justo antes de girar el pomo de la puerta. Me vuelvo–, su móvil, lo ha dejado sobre la mesa de la cocina.

Ya ni me importaba el dichoso móvil. Sé lo que voy hacer. Solo tengo una cosa en la cabeza. Subir hasta el piso 212 de la Torre de Cristal. Pero mis intenciones ahora son totalmente diferentes. No voy con la intención de ser sincera para mejorar lo que tenemos. Él no lo ha sido. Voy a dejarle claro que quiero la verdad. No permitiré una mentira más sobre nosotros. Las cartas sobre la mesa. Eso quiero. Después me di cuenta que la baraja aún estaba precintada dentro de un cajón. Qué ilusa he sido siempre.

Cojo un taxi hasta mi destino y me repito varias veces durante el trayecto en voz alta, el taxista parece que no se ha dado cuenta, que tengo que ser fuerte para enfrentarme a Alejandro con determinación. No puedo flaquear ante sus seguros intentos de desviar el tema y entretenerme con sus perfeccionadas dotes de embelesamiento y seducción.

Entro en el impresionante edificio y casi me parto el cuello mirando hacia arriba buscando su final. Es más extraordinario viéndolo de tan cerca. Tardo en convencer al seguridad de que me deje pasar sin acreditación. Mis dotes femeninas de convicción como mi sonrisa de niña perdida y que necesita ayuda no ha servido de nada. Las puertas se han abierto ante mí, literalmente hablando, cuando le he dicho que soy la novia de Alejandro Fernández y que tendría problemas si no hacía lo que le decía.

No tardo demasiado en subir hasta el piso 212. La lanzadera en la que me encuentro nada tiene que ver con un ascensor normal. Miro alucinada cada vez que para en alguna planta, todo es moderno y funcional. Me tranquilizo ante tanta maravilla. La belleza de lo que me rodea consigue aplacar mis nervios lo necesario para no convertirme en Quimera, el monstruo tremendamente feo de la mitología griega que estudié en una optativa y que siempre me ha producido pesadillas.

El pitido del moderno y veloz ascensor me atrae al mundo real y me doy cuenta de que es la mía. Salgo de él con reticencia. Estoy segura de querer estar aquí, no me arrepiento en absoluto, pero me aterroriza pensar con lo que

me puedo encontrar. Es posible que no esté preparada para lo que mis oídos van a escuchar.

“Da igual. Solo quieres sinceridad”.

Exactamente.

Vuelvo a asombrarme con lo presuntuoso del lugar. Es fascinante. Todas las paredes son de cristal. La privacidad aquí no parece una norma. El suelo de mármol gris exhaustivamente pulido y abrigantado. Mobiliario de acero a juego con las grandes lámparas de cristal que cuelgan del techo. La elegancia es sobrecogedora, me conmueve. Avanzo unos metros sin encontrar a nadie en el gran halls.

–Buenos días, señorita ¿En qué puedo ayudarla?

Giro sobre mis preciosos peep toes beiges de ocho centímetros y me encuentro con una chica de unos veinticinco años, rubia y con una gran sonrisa detrás de un mostrador sobre el que puedo leer en letras grises y grandes pegadas sobre la pared de cristal, MKD. Es ridículamente guapa.

–Buenos días, ¿podría ver al señor Alejandro Fernández? –pregunto mientras camino hacia donde se encuentra y le devuelvo la sonrisa.

–Siga este pasillo de mi derecha. Encontrará a su secretaria al fondo de la sala.

–De acuerdo. Gracias.

Camino el interminable pasillo flanqueado por puertas a los lados y paredes de cristal que encierran despachos con gente trabajando. Son todos muy parecidos. Visto uno, visto todos. La sobriedad se repite en ellos. Al momento siguiente, se abre ante mí otra sala, mucho más grande que la anterior y, como me ha informado la rubia despampanante número uno, me encuentro con la rubia despampanante número dos sentada tras una mesa acorde con la decoración de toda la planta. Lo que llama mi atención y consigue distraerme son los grandes ventanales de cristal que van desde el suelo hasta el techo y que ocupa toda la pared del fondo. Tiene suerte de trabajar en un lugar como este. Se ve casi toda la ciudad. Es imponente. Nota mi presencia y levanta la cabeza en mi dirección.

–Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? –sonríe agradable. ¿Le enseñan esa frase en un curso intensivo antes de entrar a trabajar aquí? ¿Después de preseleccionarlas de un catálogo de lencería cara? Arrgg. Estoy

celosa. Mucho.

–Buenos días. Me gustaría ver a Alejandro Fernández –digo decidida. Si no titubeo, puedo parecer más convincente.

–¿Tiene cita? –mira extrañada lo que debe ser su agenda–. Está reunido hasta las nueve y media.

–Ehhh. No. Pero estoy segura de que...

–¿Está Alejandro? –escucho una voz estridente detrás de mí. La reconozco al instante. Es la misma por la que Alex me colgó ayer por la mañana. Giro para encontrarme con Marina de la Rosa. La recuerdo de la noche de la inauguración de la exposición de la galería.

Nos miramos. No nos conocemos de nada, pero nuestro sexto sentido nos alerta de alguna manera. No nos gustamos. Jamás seremos amigas.

–Y tú eres... –no se acuerda de mí o no quiere acordarse. Dice quitándose unos guantes de seda blanco roto a juego con toda su indumentaria muy al estilo Audrey Hepbur. Tiene el pelo negro recogido en un moño clásico y la tez blanca y tersa como el algodón. Parece un poco mayor que yo, pero no lo aparenta. Es impresionantemente elegante. Me alegro de haberme arreglado hoy un poco más de lo habitual.

–Daniel. Daniel Sánchez. Directora de la Galería D'Arte –no le ofrezco la mano. Las dos tenemos claro que no hace falta la falsa cortesía entre nosotras. Parece caer en la cuenta de algo.

–Álvaro no tiene despacho aquí. Estás muy desorientada –dice despectiva. Me hierva la sangre al momento por varias razones. Parece conocer muy bien a los dos y estar familiarizada con ellos. Definitivamente, está al tanto de sus vidas.

–No estoy buscándolo a él –pero no pienso decirle por qué o por quién he venido.

Me mira de arriba a bajo un par de veces. Sonríe displicente y decide pasar de mí. Me alegro, no aguantaría durante mucho más tiempo sus impertinentes frases, su voz chillona ni su retadora mirada. Me carga al instante. No sé quién es, ni lo que hace aquí ni qué relación le une a los dos hombres más importantes que han pasado por mi vida, pero la odio al instante. Es físico y emocional. Todo se une para alertarme de que estoy ante una persona tóxica. He tardado en reconocerlas, pero he conseguido



distinguir las del resto de la gente.

–Lo esperaré en su despacho –indica la señorita impertinente a la rubia secretaria a la que no se le ocurre llevarle la contraria.

La perdemos de vista al instante. Cierra la puerta que tenemos a la derecha y desaparece. La pared es de cristal, pero están completamente ahumados. No se puede ver absolutamente nada a través de ellos. Nos quedamos en silencio y me recompongo al instante. No es difícil adivinar de qué tipo de mujer se trata. De familia adinerada. Nunca ha tenido problemas en conseguir lo que quiere, es más, todo el mundo se le ofrece gustoso. Una niña bien. Hija de un magnate a la que nunca le ha faltado de nada. Acostumbrada al lujo y a la comodidad. “Y se folla(ba) a Alejandro”. De verdad, no era necesaria la puntualización. Tras este pensamiento siento la vena de mi frente bombear sangre con brusquedad. Tengo que tranquilizarme. La secretaria me sonríe.

–Si lo desea, puede esperarlo –me señala unos sofás de cuero blanco de diseño con patas de acero situados a mi espalda.

Miro el reloj y solo falta media hora para que acabe su reunión. Puedo esperar ese tiempo. No es demasiado. Y tampoco importará si llego tarde al trabajo. ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Qué me echen? No es tan malo. Ahora mismo lo único que me apetece es desaparecer durante un largo periodo de tiempo y perder de vista a los dos.

–Gracias –la secretaria no me cae mal del todo.

Giro y mi cuerpo se tensa al instante. Lo veo llegar, con traje de dos piezas negro. Camisa blanca y corbata fina negra. Impresiona. Un calambre me recorre la piel y el cuerpo me traiciona. Maldito seas. Toda yo me alerto ante lo que me hace sentir. No puedo controlarlo. Me atrapa y me envuelve. Consigue cortarme la respiración durante varios segundos. Lo acompaña la rubia de impresión número uno. La que estaba tras el mostrador de recepción. Camina a su lado sin acercarse demasiado, medio paso por detrás con una Ipad en la mano apuntando lo que mi arrogante y dominante Dios del Sexo le dice. Nuestras miradas se encuentran.

–¿Qué haces aquí? –casi susurra entre sorprendido y alertado. Me da la sensación de que no está contento.

“Aún lo estará menos cuando le digas todo lo que vienes a decir”.

Suspiro. Pero no me da tiempo a abrir la boca, bueno, se abre completamente convirtiéndose en una gran *o* al escuchar lo que su secretaria dice a continuación.

–Señor Fernández, su prometida lo está esperando en su despacho –“¿Cómo?” Tierra, trágame.

Su mirada intenta decirme que me tranquilice, pero sabe que no acataré esa orden. El fuego que se está creando en mi interior en estos momentos es tan intenso que estallará en llamaradas incontroladas más pronto que tarde. Así que antes de que eso ocurra, le ordeno a mis pies que se muevan y salgan de aquí lo antes posible. Me sorprenden, pero lo hacen. Mi instinto de supervivencia se ha puesto en alerta máxima y lo empujan hacia la puerta. Al pasar por su lado atrapa mi muñeca y me hace parar en seco.

–Mejor no le entretengo, Señor Fernández. No quiero que su prometida tenga que esperar por mi culpa –escupo la palabra prometida con una sonrisa cínica intentando esconder el dolor que se clava en mi pecho sin poder conseguirlo.

–Dejadnos solos –ordena a las dos ex modelos de Victoria Secret reconvertidas en secretarias con modales exquisitos sin dejar de mirarme. Éstas desaparecen al instante por el pasillo principal.

## ¿QUÉ ES LO NUESTRO?

La mente me grita que salga corriendo y no vuelva a acercarme a él. En cambio, mi corazón, roto y echo pedazos, susurra esperanzado junto a mi oído que aún tenemos una oportunidad. No puede haber acabado todo.

Aprieta con sus dedos mi muñeca sin llegar a ser violento. Me gira y me sitúa frente a él.

–No es mi prometida –su voz ruda y sincera logra serenarme un poco, pero mi parte más racional no puede creerle. Tiene que ser verdad. Olvido que soy un libro abierto para él. Sabe lo que estoy pensando. No quiero mentiras ni verdades a medias. Lo quiero todo, o no quiero nada.

–Ya no –termina de aclarar.

–No necesitas darme explicaciones. Mejor dáselas a ella. Supongo que no sabe que llevas varias semanas follándome día y noche sin parar –escupo apesadumbrada.

–No hables así de lo nuestro –está enfadado. Coge mi otra muñeca con la mano libre y tira de mi cuerpo hacia sí. No hay suficiente espacio entre los dos. No puedo respirar–, no mancilles lo que tenemos.

–¿Nuestro? No tenemos nada. Me has engañado.

Me duele, me duele el pecho y cada centímetro de mi ser. Darme cuenta de que es cierto lo que acabo de decir, me hace chocar contra un muro de hormigón a doscientos kilómetros por hora. No lo puedo controlar, las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas. Alejandro levanta las manos y las seca con el dorso y yo lo permito. Acerca sus labios a ellas y las besa suavemente tratando de aplacar mi desazón. El pulso acelerado me recuerda que no tiene derecho a hacer eso. Él es el único responsable de mi estado de confusión. Agarro sus muñecas con ambas manos y tiro de ellas fuerte para evitar que vuelva a tocarme. No me cabe duda de que mi ímpetu le pilla desprevenido.

–No vuelvas a acercarte a mí. Estoy harta de tus mentiras, demasiadas en tan pocas horas.

–Cariño. Estás aquí –se escucha esa voz estridente desde el quicio de la puerta del despacho de Alejandro. Aprovecho que éste gira la cabeza en esa dirección y salgo corriendo de allí lo más rápido que mis temblorosas piernas y los tacones de ocho centímetros me dejan. Ni siquiera vuelvo a mirarlo. No sé si viene detrás o se ha quedado con la que dice ser su prometida. Prefiero no quedarme a comprobarlo. Solo quiero salir de aquí. Llegar a casa y..., definitivamente, emborracharme para atenuar el dolor que me aprisiona el pecho. Tal vez no sea la mejor manera ni la más recomendable, pero es la más rápida que conozco. La terapia tardaría demasiado tiempo.

Entro en mi apartamento llorando a mares. Se está haciendo demasiado normal en mi vida lo de llorar en un taxi. Eso no dice nada bueno de mí, al menos no cuenta que me esté pasando nada bueno.

Cuando he salido del edificio, el aire ha llenado mis pulmones y refrescado mi extenuada mente. En lo que ha tardado el ascensor en llegar al vestíbulo, no he parado de darle vueltas a todo lo ocurrido en las últimas tres horas. Cómo ha podido cambiar tanto la visión que tengo de Alejandro en tan poco tiempo. La ropa interior de otra mujer en sus cajones, su prometida esperándolo en el despacho. Afortunadamente he logrado parar un taxi y entrar en él justo antes de que el retorcido cabrón enchaquetado –he decidido volver a llamarlo así tras los últimos acontecimientos– lograra agarrarme del brazo. Cuando he escuchado su voz, rota y desesperada, llamarme desalentado desde la gran puerta de cristal que da acceso al halls, he temido que mi cuerpo me traicionara y cediera a dejarlo acercarse a mí.

Le he pedido al taxista, entre sollozos, que se largara lo antes posible de allí y, como buen profesional, ha acelerado dejando a Alejandro donde hasta hace unos segundos estábamos nosotros tirando de los mechones de su pelo con desespero.

Voy directamente a la cocina. Me sirvo un gin–tonic bien cargado y casi me lo he bebido de un trago antes de entrar en mi antigua habitación. Me siento en la cama y miro alrededor. Está casi vacía, mis pocas pertenencias se encuentran en casa de Alejandro. Tengo que buscar la manera de traerlas sin tener que verle la cara. Le diré a Roberto y a Sara que se ocupen de ello.

Tiro el bolso sobre la cama y el móvil sale despedido. Lo he apagado justo después de montarme en el taxi, no paraba de sonar y me tenía verdaderamente irritada. ¿De verdad cree que voy a hablar con él? Me tiro de espaldas en la cama y cierro los ojos. Todo ha ido demasiado deprisa. Me monté en una noria por inercia hace tres semanas y se ha quedado parada conmigo dentro de un cubículo de un metro cuadrado a treinta metros de altura. Tengo que bajar y salir de él lo antes posible y volver a mi antigua vida. Es un primer paso. Me alejaré de Alejandro, buscaré un nuevo trabajo y

no tendré nada que ver ni con él ni con Álvaro, otro gran problema que me causa dolor de cabeza y que, además de todo, es su hermano.

Me levanto decidida y vuelvo a la cocina, relleno mi copa y me dirijo al salón. Dejo caer mi cuerpo sobre el mullido sofá y enciendo la tele, pero una idea cobra vida en mi acelerada mente. Enciendo el ordenador de Sara que está sobre la mesa y busco el nombre de Marina de la Rosa en Google. Como sospechaba, es hija de un rico empresario de Barcelona. Tiene 32 años aunque aparente muchos menos a pesar de su forma de vestir, ridículamente elegante. Escribo el nombre de Alejandro Fernández a lado del suyo y pulso intro. Un segundo después tengo varias entradas con foto de los dos sonriendo en lo que parecen cócteles y fiestas. Una de ellas llama mi atención. Marina enseña un anillo a las cámaras con la mano levantada mientras Alejandro la besa en la mejilla. Leo el pie de foto y casi me hace vomitar: “Marina de la Rosa luce orgullosa su anillo. La inminente boda será todo un acontecimiento”

“Vaya, a ella sí le ha dado anillo”. Me martirizo. Nada de esto tiene sentido. ¿Por qué quiere que me case con él si está prometido con otra? De un trago termino con la segunda copa. Cierro el ordenador, ya he tenido suficiente. Con esto tengo para martirizarme durante un mes o dos.

“Cuenta mejor en años”.

Arrgg.

Me pongo otra copa y el alcohol que ya corre por mis venas comienza a surtir efecto. Las extremidades se relajan y un hormigueo recorre mi nuca. La valentía propia del estado de embriaguez, esa que te empuja a hacer tonterías sin medir las consecuencias, me está dando toquecitos en la espalda para que encienda el móvil. Voy a la habitación, lo cojo de encima de la cama e introduzco el pin. Me siento esta vez en el suelo con la espalda apoyada sobre el sofá y el aparatito del diablo empieza a vibrar en mi mano. Lo miro. Quince llamadas perdidas y algunos menos mensajes de whatsapp.

Me empiezo a poner nerviosa y termino con la tercera copa del tirón. La dejo sobre la mesita y centro la atención en los mensajes. Las quince llamadas son de Alejandro. No me interesan en absoluto. Abro la aplicación. Mierda, el primero es de ese cabrón.

Leo: “Coge el maldito teléfono, no puedes salir corriendo sin más”.

Claro que puedo.

Le contesto: “Mira cómo lo hago. Vete a la mierda, y no te equivoques, pienso seguir con mi vida”.

Muy maduro, sí señor.

El siguiente que leo es de Roberto: “Hola, estás perdida, hace mucho que no nos vemos (caritas tristes). Da señales de vida. Te echo de menos”.

Le contesto. No estoy muy segura si logro escribir bien. El teclado de mi Iphone es demasiado pequeño para lo borracha que estoy a estas alturas: “Hola, guapo. Estoy en casa (foto de mi gin-tonic vacío sobre la mesa). Necesito otra copa. Y no quiero beber sola”

Justo al terminar de enviar la última línea y tener tiempo a arrepentirme de la invitación implícita a mi amigo, la pantalla se ilumina y me llevo un susto de muerte. Mi yo más malévolos, ese que me hace cometer locuras de las que normalmente me acabo arrepintiéndome, está corriendo en estos momentos en dirección a la-oscuridad-del-fondo-del-armario con el rabo entre las piernas. Será miedica. Me sereno al instante al leer el nombre. Es Fernando. Descuelgo.

–Hola hermanito –nunca lo llamo así.

–Estás borracha –y se ha dado cuenta.

–¿Yo?, nooooo –pero no logro disimularlo. Mi exagerada exclamación y mi larga negativa alargando demasiado la o denotan el alto grado de alcohol en mi sangre. Oficialmente estoy borracha.

–Es Jueves –toda una observación, un día como cualquier otro para ahogar las penas en litros de gin-tonic. No he sido yo quien ha elegido el día en que romper el corazón a Dani se ha convertido en fiesta nacional.

–Créeme, la ocasión lo merece –le aseguro. Escucho un bufido ininteligible a través de la línea. Creo que se está resignando.

–Está bien... –está enfadado, pero intenta controlarse, estoy segura después de escuchar el tono con el que ha dicho estas dos palabras–, tenemos que hablar. Aun estoy de viaje, he tenido que hacer escala en Roma. El viernes por la mañana llego a Madrid, tengo una reunión en la que zanjaré un tema muy importante... –recrudece el tono conforme habla–, ¿puedes venir a comer a casa el sábado? Enviaré a Héctor a recogerte.

–Claro –digo más enérgica de lo que sería normal impulsada por el

maldito bendito alcohol—. Pero no hace falta que me recojan, puedo ir en autobús.

—Me quedo más tranquilo, si no haces un trayecto tan largo sola — puedo sentir preocupación en su voz, no está seguro si debe decirme o no lo que le inquieta.

—Dani, estás en peligro. —No logro encontrar las palabras para responder a eso. Si la sangre no se ha helado dentro de mis venas es por el alcohol caliente que corre por ellas. ¿Qué? Escucho voces tras la línea.

—Tengo que dejarte, prométeme que tendrás cuidado.

—Te..., te lo prometo —pero no estoy segura de lo que digo, que tenga cuidado con qué. Puede leer el horror que me atraviesa entre líneas.

—Pequeña... —hace mucho que no me llama así—, tranquila, estás vigilada y el viernes por la mañana todo acabará —suspira—. Te lo contaré, te lo prometo. Nos vemos el sábado —pi pi pi pi piii.

No le doy más vueltas a la cabeza, aunque quisiera, no podría. Mi estado de embriaguez no me lo permitiría. Me levanto y, balanceándome, voy a la cocina a prepararme otro gin-tonic. Cojo la copa entre mis manos y justo al salir de la cocina escucho el timbre de la puerta. Mi corazón empieza a palpar con fuerza, late desbocado sin control alguno. Mi yo más malévolo aún está en el fondo del armario. Tal vez mandar al ser más arrogante y seguro que he conocido en mi vida a la mierda y asegurarle que volveré a mi antigua vida, no ha sido buena idea. Comienzo a temblar.

¿Sería capaz de presentarse aquí después de lo ocurrido? Miro por la mirilla y la congoja desaparece al instante. Es Roberto. Abro la puerta de par en par con una exagerada sonrisa en la boca y los brazos abiertos a la altura de mis hombros.

—Robertoooo. Me alegro de que hayas venido —me abalanzo sobre él y lo pillo desprevenido. Tropiezo y caigo sobre su regazo. Me agarra de las caderas y me levanta impidiendo que mi culo toque el frío suelo.

—¿Cuánto has bebido? —me coge en brazos y me deja sobre el sofá. Me encojo de hombros y le doy un sorbo al líquido que no se ha derramado durante los últimos movidos minutos. Estoy mareada.

—Te prepararé algo de comer —me quita la copa de las manos impidiendo que siga bebiendo y me quejo por lo que está haciendo.

Definitivamente ha venido a joderme la diversión.

–¿Para qué has venido? Creí que te emborracharías conmigo –me quejo como una niña pequeña, incluso hago un puchero, una mueca muy ocurrente que siempre me ha ayudado a conseguir lo que deseo.

–Es Jueves –otro lumbreras–. No me das ningún tipo de pena. Vamos, tumbate –coge mis pies y los levanta hasta dejarlos sobre el sofá ayudándome a recostarme.

Lo pierdo de vista y todo comienza a dar vueltas, no ha sido buena idea colocarme en esta posición. Cierro los ojos y todo gira a mi alrededor. No sé cuanto tiempo estoy así.

–Siéntate, tienes que comer algo –Roberto me agarra de los hombros y me insta a que me incorpore.

–Dile al maldito mobiliario que deje de moverse –mi amigo sonrío, se sienta junto a mí y me ofrece un vaso de agua. Bebo, como un par de bocados del sándwich que me ha preparado y me encuentro bastante mejor. La lámpara y la mesa han dejado de dar vueltas. Solo falta que paren las sillas y el sofá en el que me encuentro sentada.

–No vas a contarme lo que pasa ¿Verdad? –verdad. Me dejo caer de espaldas y pido a Roberto que ponga una película. Así él se entretiene y yo puedo dormir a su lado.

Media hora después, nos encontramos acomodados en el sofá. Mi amigo está tumbado sobre el respaldo con los pies alargados descansando sobre la mesita de cristal. Mi cuerpo está completamente acoplado al suyo. Mi hombro bajo su regazo, su fuerte brazo derecho rodeando mi espalda y mi cara apoyada sobre su duro, pero cómodo estómago. Me quedo dormida mientras me acaricia el cuello, la cara y el brazo derecho que rodea su cintura lánguido.

Escucho voces amortiguadas. El calor de Roberto aún me rodea el cuerpo, pero no está tan relajado como lo recuerdo. Ha cesado en sus caricias sobre mi piel y su estómago ha dejado de ser cómodo y blando para convertirse en hierro forjado. Abro los ojos y los vuelvo a cerrar de golpe, un intenso dolor atraviesa mi cabeza de lado a lado. Pero la imagen que acabo de ver se ha quedado grabada en mi mente a fuego. Ojalá pudiera no tener que volver a abrirlos, pero nada me va a librar de enfrentarme a esto. Lo hago.



Alejandro mira la escena que tiene ante él. Roberto y yo abrazados y en semi penumbra sobre el sofá. Está lleno de furia contenida. Su mirada azul se torna de un negro intenso cargado de violencia. Aprieta los puños junto a su costado y sé que está haciendo lo imposible por reprimirse y no abalanzarse sobre mi amigo y hacerle mucho daño. Sara, de pie a su lado, nos observa con cara de confusión. Está totalmente contrariada preguntándome sin palabras qué coño está pasando.

Intento incorporarme y me tambaleo. Roberto, a mi lado, agarra mis caderas con fuerza consiguiendo que no me caiga. Todo ocurre muy rápido. A continuación siento a Alejandro a mi lado levantándose en brazos, con una mano empuja a mi amigo con demasiada energía provocando que caiga al suelo. Éste se levanta como un resorte y se abalanza sobre él, Sara consigue pararlo antes de que llegue a nosotros y todo se vuelve negro. Dejo de sentir y escuchar lo que ocurre alrededor. Estoy totalmente tranquila envuelta de serena oscuridad.

## EL AMOR TE CIEGA

Despierto abotargada y confusa. No sé qué hora marca el reloj ni donde me encuentro exactamente. Abro primero un ojo y después otro. Conozco la lámpara de Ikea blanca modelo Illsta que cuelga del techo. Mi cuerpo descansa fatigado en un lugar seguro. En mi habitación. Respiro tranquila. Giro sobre mí pasando el brazo derecho bajo la almohada y me encuentro con una escena que no debería hacerme sentir la serenidad que profeso al contemplarla, sin embargo no me extraña que mi cuerpo se relaje ante ella. Alejandro reposa dormido sobre una silla que ha debido coger de la terraza. Debe estar incomodísimo. Alguna vez me he quedado dormida en ella tomando el sol y me he levantado con un intenso dolor de cuello. La chaqueta cuelga de la espalda del asiento. No lleva corbata y la blusa blanca desabotonada hasta la mitad deja al descubierto su fornido y esculpido pecho. Las mangas remangadas a la altura del codo y el pelo alborotado hasta lo indecible. Ha debido tocar demasiado ese cabello rebelde que tiene. Es un tic muy recurrente para él que delata su estado de nerviosismo, no lo puede controlar. La tenue luz de la mesita de noche le da un halo de erotismo que, aunque no necesita, multiplica su sensual masculinidad por mil. Me reconforta verlo tan relajado, pero no puedo olvidar todo lo ocurrido. Ni mi Dios Griego del Sexo puede arreglar tal estropicio.

Abre los ojos y se encuentra con los míos. No se altera lo más mínimo ni mueve un ápice su cuerpo. No quiere espantarme, sabe que volveré a salir corriendo. Así nos llevamos varios minutos.

–¿Te encuentras bien? –no se levanta, denota mi estado de confusión–. Te has desmayado.

–Estoy bien –comienzo a recordar–. Necesito agua.

–La tienes sobre la mesilla –no se acerca a la cama para ofrecérmela, sigue sin moverse, está tan asustado como yo. Sorbo a sorbo termino con el líquido del vaso.

–¿Quieres más?

–No –lo dejo donde estaba–. No te preocupes, estoy bien. Será mejor

que te vayas –no lo miro, vuelvo a tumbarme dándole la espalda porque no quiero que me vea llorar.

– Dani, tienes que escucharme –su tono ronco y suplicante me hace estremecer. Cierro los ojos y los aprieto tratando de contener el llanto.

–Vete por favor, déjalo estar –las lágrimas ruedan descontroladas por mis mejillas. Escucho las patas de la silla chirriar contra el suelo y a Alejandro levantarse. No lo veo, pero puedo imaginármelo tocándose el pelo compulsivamente tratando de tranquilizarse.

–Marina nunca significó nada –se detiene manteniendo su posición distante–, lo nuestro terminó antes de conocerte –sus palabras me hieren, le dio un anillo, iban a casarse–. Es cierto que estuvimos comprometidos. Tengo negocios con su padre y nos llevamos bien... Congeniábamos en la cama y eso para mí era suficiente. Me pareció una buena idea... –me incorporo y me siento sobre la cama con la espalda apoyada sobre el cabecero. Quiero mirarlo de frente.– ...hasta que te conocí a ti. Supe desde el primer momento que te vi que eras especial, que cambiarías mi vida, que podrías hacer conmigo lo que te propusieras –avanza en mi dirección y se arrodilla frente a mí sobre la cama. Siento cómo se hunde–. Eso me dio mucho miedo –su voz se quiebra–. Siempre lo he tenido todo bajo control. Dani, tocarte es lo único que me reconforta, verte sonreír es lo más maravilloso que me ha pasado en la vida –coge mis manos y las besa con devoción–. Comprendí qué era hacer el amor la primera vez que me acosté contigo. Fue sexo pervertido en una limusina, sí, pero en nada comparable a lo que había hecho hasta aquel momento. Comprendí que estaba perdido mucho antes de besarte por primera vez –roza con sus labios mis mejillas absorbiendo las lágrimas que aun ruedan por ellas hasta morir sobre las sábanas, inspira fuerte llenando los pulmones y pega su frente sobre la mía–. Nada ni nadie podrá apartarme de ti –mueve sus labios sobre los míos de lado a lado sin llegar a tocarlos del todo–. Me vuelvo loco cada vez que pienso en la posibilidad de perderte –me besa y gimo sin poder remediarlo. Nuestras bocas bailan al son de mis sollozos y me rindo a él sin remedio–. Daría mi vida por ti sin pensarlo. Nunca he querido nada ni a nadie tanto como te quiero a ti.

Lo amo. Cada poro de mi piel grita su nombre y solo un deseo recorre mi cuerpo y mi mente. Rompo en un llanto silencioso.

–Esta mañana... encontré lencería de otra mujer en la cómoda –no sé ni lo que digo. Me mira confuso y al momento siguiente tuerce la boca en una

sensual sonrisa.

–Es tuya, la compré para ti –susurra junto a mi boca.

–Tengo que contarte algo –balbuceo, después de todo, le debo sinceridad. Vuelve a agarrar mi cara entre sus manos y me mira fijamente.

–Sshh –me hace callar y mordisquea mi labio inferior –necesito estar dentro de ti. Déjame sentirte –suplica desesperado. No contempla la idea de que pueda negarle nada y, por supuesto, no lo hago. Ha leído mi mente y mi corazón. Como siempre, sabe qué necesito en cada momento.

Aquella noche hicimos el amor. Amor en grande, en letras mayúsculas, subrayadas y en negrita. Fue sexo, sí. Sexo puro, sensual, pervertido y desesperado, fuimos dos amantes anhelando fundirnos en uno. Sin saciarnos, sin ver el final a nuestra locura. Dándolo todo y recibiendo más. Alejandro estuvo más tiempo dentro que fuera de mí. Sin duda fue la experiencia más intensa que había experimentado. Como si lo único que necesitáramos para seguir cuerdos fuera estar totalmente unidos. Nuestros cuerpos, sensibles y ardientes, luchaban por no separarse hasta la extenuación. No me di cuenta en ese momento, después comprendí el miedo que transmitía cada suspiro, gemido y jadeo que salía de su sensual boca. Estuvo conmigo sin dejarme caer, acompañando mi placer de silenciosas súplicas. Arrojando mi cuerpo bajo el suyo, luchando porque aquello no acabara. Pude ver alguna solitaria lágrima rodar por su mejilla. Era como si las emociones que sentía estando dentro de mí le hicieran daño hasta dejarlo sin respiración. Pocas horas después, todo lo ocurrido aquella noche cobró un maléfico y doloroso sentido. Pero jamás me arrepentiré de lo que le di y de lo que me dio, de las sensaciones que sentí, desconocidas hasta el momento, y de lo que creamos sin proponérselo. El recuerdo de la más intensa locura que nos acompañará toda la vida.

Me despierto como me he quedado dormida. Con los tatuados brazos de Alejandro rodeando fuerte mi cintura, mi espalda contra su pecho y su virilidad descansando semi erecta dentro de mi cavidad. Los primeros rayos de sol atraviesan la ventana bañando nuestros desnudos cuerpos. Solo necesito moverme un poco pretendiendo zafarme de su opresión para que su miembro se hinche ocupándolo todo, llenándome. Un calor abrasador recorre mi cuerpo desde los dedos de los pies hasta la garganta. Vuelvo a moverme y gimo sin poder contenerme. Siento la dureza de su larga y gruesa polla dentro

de mí. Vuelvo a repetir el movimiento buscando mi placer. Sin esperarlo, Alejandro da una fuerte estocada lanzándome hacia delante. Reacciono con un grito seco, no me lo esperaba. Agarra fuerte mis caderas, me atrae hacia sí y me empala sin piedad una vez más.

–Buenos días, preciosa –muerde mi cuello para luego lamerlo y besarlo–. ¿Estabas aprovechándote de mí? –vuelve a clavarse en mí enérgico. Gimo y asiento con la cabeza retadora y divertida–. Mi niña mala. Ahora me toca a mí.

Sale de mi cuerpo dejándome completamente desamparada, me coloca boca arriba, coge la corbata del bolsillo de los pantalones de su traje que yacen en el suelo junto a la cama y sube de nuevo arrodillándose en el colchón. Agarra mis manos, las une haciendo un nudo con la prenda y sube mis brazos por encima de mi cabeza ordenándome que no me mueva, con rapidez y destreza. La soltura de sus movimientos me hace comprender que no es la primera vez que hace esto. Aprieta el lazo y el dolor que produce la seda sobre mi sensible y sobre estimulada piel conecta directamente con la parte más oscura y baja de mi pelvis. Jadeo. La mirada de Alejandro, lasciva y lujuriosa, atrapa la mía penetrando en ella y dejándome totalmente expuesta. Mi cuerpo, dócil y sumiso, se rinde a sus pies en todos los sentidos. Masajea con sus robustas manos mis rodillas y a continuación me abre las piernas dejando completamente a la vista mi húmeda y empapada vagina. Su carnal y devota mirada se clava en ella mientras que con los dientes se muerde el labio inferior pausadamente. Se está recreando. Mi respiración acelerada mueve mis pechos rítmicamente clamando atención. Se da cuenta y arquea su espalda acercando su boca a ellos dándoles lo que ansiaban. Los mordisquea y lame sin compasión.

Gimo, gime.

Jadeo, jadea.

Grito, grita.

Gemimos, jadeamos, gritamos de puro placer.

Levanto las caderas en busca de fricción, pero las manos atadas en mi cabeza no me deja mucho margen de movimiento. Gruño reclamando más contacto. Mi piel, roja de excitación, clama a voces una caricia. Mi Dios Griego del Sexo se separa de mí y la desesperación se vuelve incontrolable.

Con facilidad da la vuelta a mi cuerpo dejándome boca abajo. Abre su mano bajo mi vientre y me insta a incorporarme dejándome con el trasero levantado y las manos y las rodillas sobre el colchón. Me masajea con ambas manos y gruñe. A continuación me da un fuerte azote. Grito. La quemazón penetra hasta llegar donde el dolor se vuelve placer. Vuelve a masajearme dando calor a mi colorada piel y repite el azote esta vez más fuerte. Amasa la cacha que está castigando y dirige la caricia hasta la parte más oscura de mis nalgas. Me tenso al instante. No estoy segura de lo que puede ocurrir a continuación. Baja la mano hasta mi vagina, húmeda y palpitante, mete un dedo con facilidad hasta el fondo y me masturba con él. Jadeo intensamente. Tras breves minutos, lo saca y lo dirige en dirección ascendente hasta esa zona prohibida que nunca nadie ha visitado antes. Se detiene y hace círculos en la zona más sensible.

–Alex...

–Te quiero toda –introduce la punta del dedo índice poco a poco–. Relájate, no voy a hacerte daño, te gustará, confía en mí –todo mi cuerpo tiembla ante la expectativa. Introduce el dedo hasta la mitad y comienza a dar vueltas dentro. La sensación me gusta, toda yo ardo de placer. De repente, me encuentro moviéndome hacia él buscando más presión. Se arquea sobre mi espalda besándola desde la cintura hasta el cuello y susurra en mi oído.

–Lo deseo. Y tú deseas complacerme. Y el placer que te daré será explosivo y devastador. Suplicarás que vuelva a hacerlo pronto.

Gimo. Mi respiración desbocada y entrecortada no me deja hablar. Quiero que lo haga. Soy toda suya. Puede hacer con mi cuerpo lo que desee. Asiento con la cabeza. Saca el dedo y vuelve a masajearme con deleite. Me pellizca las cachas y gruñe jadeante. Siento la punta de su polla en la entrada de mi agujero. Introduce un par de centímetros y para. Su fiero jadeo es música para mis oídos.

–Toda, Dani, eres mía –su voz ronca, sensual, salvaje y dominante consigue que me rinda a él todavía más. Introduce otro par de centímetros y jadea desesperado. Se está conteniendo para no dañarme. Le gustaría empalarme con rudeza, pero se pegaría un tiro antes de plantearse la posibilidad de hacerme daño. Entierra hasta la mitad y siento el músculo interno abrirse para acoplarse a su grosor. Un fuerte ardor crece dentro.

–Arrgg –gruño.

–Tranquila, el dolor desaparecerá rápido –para y tras breves segundos

la quemazón cesa y un inconfesable placer supura por cada poro de mi piel. Me muevo hacia tras pidiéndole que penetre más. Alejandro lo hace hasta meterla entera. Jadea y lo acompaño. Me da un azote en la cacha derecha y un estallido delicioso me hace estremecer. Un millar de sensaciones recorren a gran velocidad mi cuerpo. Alex comienza a moverse grácilmente, sin prisa, pero sin pausa. Entra y sale. Entra y sale. Jadeo y me acompaña. Sigue con su baile, empalándome, haciéndome suya por completo, ansiando más. Entra y sale. Entra y sale. Pega su pecho a mi espalda y masajea con un dedo mi clítoris con parsimonia.

–Alex... –suplico, gruñe–, no puedo más.

–¿Quieres correrte? –no contesto, sabe que sí–. No hasta que te lo diga.

Sigue concentrado en sus penetraciones sin olvidarse de mi hinchado clítoris. Me tenso. Aprieto los ojos con fuerza y tenso la mandíbula rechinando los dientes.

–Córrete preciosa. Córrete para mí –su orden es el pistoletazo de salida a mi rendición. Mi cuerpo se tensa y explota en un mar de sensaciones. Mis poros se abren mientras que mi vagina se contrae espasmódicamente. Todo da vueltas a mi alrededor, el oxígeno se acumula en mi cerebro descomponiendo las moléculas de mi organismo. Mi cuerpo, lánguido y extenuado, consigue quedarse en la misma posición porque los fuertes brazos de Mi Dios lo sostienen. Siento como se derrama dentro de mí, lubricando esa zona virgen hasta ahora, calentando cada rincón, haciéndolo suyo para siempre. Definitivamente sí. Quiero repetir la experiencia pronto.

Mi cuerpo desmembrado cae sobre el colchón extenuado y el cuerpo de Alejandro se desploma sobre él aplastándolo por completo. Nuestros jadeos y gemidos aún resuenan en la habitación. Su respiración acelerada me agita. Aún está dentro de mí. Apoya la mano izquierda junto a mi cabeza y se impulsa hacia arriba separando su pecho de mi espalda. Con la derecha coge su miembro y lo saca centímetro a centímetro hasta extraerlo completamente. Siento un leve escozor. Se tumba a mi lado dando un ronco gruñido. Rodea mi cintura con sus brazos y me atrae hacia él. Besa mi hombro con devoción y mete la cabeza en el hueco de mi cuello.

–¿Estás bien? –susurra sensual, pero hay un cierto tono de preocupación en su voz. No es una pregunta de cortesía, realmente necesita

saber que me encuentro cómoda con lo que acaba de pasar.

Giro mi cuerpo acoplándolo al suyo. Lo miro y le sonrío controlando mi todavía agitada respiración. Lo beso despacio. Uno nuestros labios húmedos y calientes.

–Podemos repetirlo cuando quieras –me aparto lo suficiente para poder verle la cara, una inmensa sonrisa cubre su rostro. Me quedo dormida con los labios de Alejandro regando mi piel.



## DESPUÉS HABLAMOS

Unos calientes labios besan mi hombro izquierdo. Susurra a mi oído que me despierte. Abro los ojos y los rayos de sol atraviesan completamente el ventanal de mi habitación. Parpadeo varias veces ayudando a mis pupilas a amoldarse a la luz. Veo a Alejandro completamente vestido con un traje de tres piezas azul oscuro, una blusa blanca y corbata gris perla. Se me corta la respiración. Está impresionante.

–¿Qué hora es? –me siento sobre la cama y cojo el café que me ofrece.

–Las ocho y media.

–¿Qué haces aquí a estas horas todavía? –debería estar trabajando, no es normal en él que no esté ya dirigiendo el mundo. Me pongo de pie y dejo la taza sobre la mesita de noche.

–Tenemos que hablar. Tengo una reunión muy importante dentro de media hora. Después de eso, te lo contaré todo –se acerca a mí y me abraza–. Por favor, ... prométeme que intentarás entenderme –la voz le tiembla por momentos, prueba de que en estos momentos no es el hombre decidido,

fuerte, dominante y seguro que suele ser.

–Me estás asustando –lo miro a los ojos.

–No tienes por qué –roza mis labios con los suyos de lado a lado.

–No lo suportaré –dice para sí.

–¿Qué ocurre? –poso el dorso de mis manos sobre sus mejillas.

–Solo quería despedirme de ti –sus palabras me hieren.

–No me voy a ningún sitio –cierra los ojos azules y los abre convertidos en gris perla. Algo le lacera el corazón. Me besa con devoción.

– Esta noche hablamos, te lo prometo. No más secretos.

Esta última frase me recuerda dos cosas. Una, que he quedado para salir con Sara y dos, que yo también guardo un secreto que me gustaría compartir con él.

–Yo también tengo que contarte algo..., pero esta noche no puedo, le prometí a Sara que saldría con ella. Alejandro tensa la mandíbula y me acerca más a él.

–Está bien. Carlos os recogerá, os llevará a cenar donde le indiquéis. Después al Club y, te esperará para llevarte a casa. No importa la hora a la que llegues, te estaré esperando.

–Te lo agradezco, pero no hace falta que nos contrates una niñera, sabemos cuidarnos solas –tuerzo la boca exasperada.

–¿De verdad? –está pensando en todas las veces que me ha tenido que rescatar. Achica los ojos enfadado, pero me atrae más a él para que note lo excitado que está.

–Está bien –claudico, de nada servirá discutir con él, nadie le lleva la contraria al jefe que se sale con la suya–. Tengo que ir a trabajar, no quiero volver a llegar tarde.

–Tranquila, he hablado con Álvaro. Te recogerá aquí sobre las diez, le acompañarás a una reunión –sin separarse de mí, vuelve a besarme–. Lo tienes completamente encandilado –tensó cada músculo de mi cuerpo–. Estoy empezando a ponerme celoso. Pasas con él demasiadas horas al día... –baja el reguero de besos hacia mi clavícula– ... y sé cuánto le gustan las mujeres.

–No digas tonterías –intento parecer relajada y no darle importancia, espero que no note el ritmo disparatado de mi corazón.

–Tranquila, no se acercará a ti. Sabe que lo mataría si eso llegase a ocurrir –me mira y sonrío, yo le devuelvo forzada el gesto–. Tengo que irme, si no salgo de aquí ahora, no llegaré a la reunión –se acomoda el paquete en

el pantalón—. Nos vemos esta noche en casa —me besa brevemente, se separa, pero, antes de cruzar la puerta de la habitación, se vuelve y me abraza. Con el dedo levanta mi barbilla—. Te amo más que a nada.

—Te amo —le respondo.

Miro mi reflejo en el espejo de la entrada. No me encuentro mal aunque no me siento del todo cómoda con ropa prestada. He tenido que tirar del ropero de Sara para poder arreglarme decentemente, ya que toda mi ropa junto a mis pertenencias están en casa de Alejandro, donde se supone que vivo.

“Tienes que pensar más las cosas”.

—Estás guapísima —me anima Sara con voz ahogada y la nariz congestionada. Hoy no ha ido a trabajar porque le duele bastante la cabeza. Creo que está pillando la gripe, pero jamás lo reconocería. No le gusta sentirse débil.

Le he contado lo de ayer mientras me ayudaba a vestirme. Que me levanté decidida a ir a ver a Alejandro a su empresa para contarle todo, que mis planes cambiaron el sentido de mi visita al encontrarme con ropa de mujer entre sus cajones y de la gran sorpresa que me llevé al enterarme de la existencia de su ex prometida.

—Gracias —le digo sincera.

—No es nada. En realidad la falda te queda un poco larga —sonríe.

Si, ella es más alta que yo y se nota en la ropa. Pero aún así me encuentro estupenda. Llevo un vestido corto que a mí me queda a la altura de las rodillas, con cinturón, mangas japonesas y estampado floral sobre un fondo celeste. Es precioso. Afortunadamente tenemos el mismo número de pie. Llevo unas sandalias marrones, cerradas al tobillo, de plataforma de London Rebel y un bolso shopper con acabados de ante y costuras cruzadas. Lo acompaño todo con un abrigo largo y ligero color marfil a juego con las flores del vestido. Si, voy muy elegante a la vez que fresca. No me identifico mucho con la sobriedad, hace sentirme triste. Pero no me refiero a la ropa cuando le he dado las gracias.

—No me refiero a la ropa —me giro hacia ella que está sentada en el sofá tapada con una manta—. Gracias por todo, no sé qué haría sin ti —me siento junto a sus piernas y estiro de la manta para taparla completamente.

Me levanto y le doy un beso en la frente—, podemos dejar lo de esta noche para otro día.

—¿Estás loca? Estoy bien, de verdad. Solo es un maldito resfriado. Se me pasará —llaman al portero.

—Es Álvaro. No puedo hacerlo esperar —cojo el bolso que estaba sobre la encimera y me dirijo hacia la puerta—. Llámame si necesitas cualquier cosa.

—Tranquila, estaré bien —me mira dulce—. ¿Lo estarás tú? —sabe que estar al lado de Álvaro me trastoca sin remedio, hay sentimientos que no logro controlar por mucho que lo intente y por muy claro que tenga lo que siento por Alejandro. La miro y le sonrío transmitiéndole tranquilidad. No sé si lo consigo. Ella hace lo mismo.

—Cariño, no te juzgaría si decidieras perdonarlo y darle otra oportunidad.

—Lo sé, no es eso. Hace mucho que logré perdonarlo. No entiendo por qué no consigo sacarlo definitivamente de mi corazón —abro la puerta buscando aire fresco.

—Quizás no lo logres nunca, pero eso no significa que no ames a Alejandro.

—No dudo de mi amor por él. Es tan fuerte que a veces me hace daño.

—¿Qué te preocupa entonces?

—Que no sea suficiente —suspiro, salgo y cierro la puerta. Me dejo caer sobre la madera y respiro varias veces buscando las fuerzas que necesito para enfrentarme a la persona que me está esperando abajo.

Salgo a la calle y el corazón se me acelera sin poder controlarlo. Álvaro está apoyado sobre el capó del coche. Lleva un traje de chaqueta oscuro con blusa blanca sin corbata y un par de botones sin abrochar. Elegante y sofisticado a la vez que despreocupado y relajado. Unas gafas de sol ray-ban cubren sus maravillosos ojos negros, esos que un día me enamoraron y me hicieron perder la cabeza. Su fuerte y trabajado cuerpo rezuma masculinidad y su porte transmite confianza y seguridad. Es tan bello que no puedo apartar la mirada de él. Por mucho tiempo que haya pasado, no puedo negarme a mí misma lo que mi corazón siente estando cerca del suyo. Un día lo fue todo para mí. Tanto que casi me pierdo buscándolo a él. Se acerca decidido.

—Estás preciosa —para a un metro de mí.

—Gracias —procuró no darle importancia—. ¿A dónde vamos? —

comenzamos a caminar hacia el coche. No contesta, me abre la puerta caballeroso y entro. Cierra, rodea el auto y se sienta junto a mí despreocupado. El conductor arranca el todoterreno negro con los cristales tintados y se incorpora al tráfico decidido.

–Tengo una sorpresa para ti –me mira.

–No me gustan las sorpresas –giro la cabeza y atrapa mi mirada. Me pongo tensa.

–Tranquila, es laboral –conoce mi cuerpo perfectamente. Suspiro.

Después de veinte minutos de camino con un tráfico demasiado denso, el conductor para frente a un edificio antiguo cerca del centro. Nos bajamos y lo admiro cautivada por su belleza. Es de ladrillos rojos antiguos. Grandes ventanales de cristal envejecido haciendo pequeños rectángulos y un gran portón de hierro flanqueando la entrada. Álvaro se adelanta y abre la puerta.

–Pasa –se inclina haciendo una reverencia y sonrío. Ordeno a mis piernas que caminen y entro seguida de Álvaro que cierra la puerta tras de sí. El interior es todavía más impresionante que el exterior. Una inmensa sala completamente vacía con techos de cuatro metros de altura sorprenden. La luz natural penetra por las grandes ventanas.

–¿Te gusta? –pregunta ilusionado.

–Es maravilloso –no me salen las palabras.

–Es una antigua fábrica de zapatos –sonrío mientras yo lo miro confundida–. Será la nueva galería. Cuando volvamos de París, este local estará listo y acondicionado. Quería que lo vieras antes de que empezaran las obras. Sé cuanto te gustan los edificios antiguos.

–¿Por qué haces esto? –no sé si estoy enfadada o confundida, o ambas cosas tal vez.

–Soy un hombre de negocios. Creo que puedo ganar mucho dinero con él. Tiene muchas posibilidades. Cualquier empresa de prestigio en esta ciudad hará cola para celebrar sus eventos aquí –dice seguro de sí mismo, pero sabe que no me refiero a eso. Se da cuenta. Y se pone serio.

–Te prometí que no te tocaría si te quedabas. Y no lo haré. Pero no puedo hacer nada respecto a lo que siento por ti y no pienso luchar contra ello. Estoy cansado –da un paso hacia donde me encuentro–. Dime que no sientes nada por mí –la profundidad de sus ojos me confunden.

–Sabes que no puedo. Ya te lo he dicho.

–Entonces no me iré. A no ser que me lo pidas fervientemente – camina otro paso acortando nuestras distancias. En ese momento alguien entra en el edificio y me salva de morir ahogada en el mar de sentimientos contradictorios que me crea Álvaro. Es Isabelle.

–Álvaro, tenemos que irnos ya. Víctor Noguera nos espera para la reunión. Su secretaria ha llamado varias veces. La ha adelantado una hora.

–Dile que no puedo y cámbiala para la semana que viene –le contesta a ella pero no aparta su mirada de la mía.

–Sabes que es imposible, esta tarde se va del país y tú tampoco estarás –Álvaro suspira cansado pero no pierde su firmeza.

–Está bien –la mira ahora a ella–. Estaré allí en quince minutos.

Isabelle se gira y sale a la calle dejándonos solos de nuevo. Álvaro vuelve a concentrarse en mí y tiemblo de miedo.

–El Lunes por la mañana salimos a primera hora hacia París. Estaremos allí unos días –¿qué?

–No puedo, es imposible –intento parecer segura.

–No digas tonterías, tenemos que reunirnos con el director de la galería, hacer entrevistas y prepararlo todo para el traslado.

–Puede hacerlo Isabelle, estará encantada de ayudarte.

–Ese no es su trabajo –está enfadado–. Te necesito a ti –dice rotundo y mi cuerpo lo interpreta alterándose–. Escucha, mi promesa sigue en pie, será un viaje de negocios. Te recogeré a las diez –no admite discusión alguna.

–Está bien –soy una profesional y voy a hacer bien mi trabajo. Cuando la exposición esté totalmente trasladada, lo dejaré.

–¿Hablas en serio? –está confuso. Lo miro arqueando la ceja, no lo entiendo–. Creí que me costaría más convencerte. Realmente, has cambiado mucho.

–Soy una profesional, no te voy a dejar tirado en medio de un proyecto de estas características –comienzo a caminar hacia la puerta. Me coge de la mano y tira de mí.

–Gracias.

–No lo hago por ti, es mi trabajo –me suelto y salgo a la calle. Entro en el coche y a continuación lo hace él por el otro lado. Se sienta lo más alejado que puede de mí y respira profundamente, como si se quitase un gran peso de encima.

Cruzo la puerta de la oficina a la una de la tarde. No entiendo la razón

por la que Álvaro me ha obligado a acompañarlo a la reunión de esta mañana. No me he enterado de nada, los números y los gráficos no son lo mío, nunca me han gustado ni se me han dado bien. Para coger notas y adorarle, ya estaba allí Isabelle. Estoy segura de que tienen o han tenido algo. Ella está completamente enamorada de él. Lo sé porque yo antes también lo miraba así.

“¿Antes?” Me pongo los ojos en blanco.

Saludo a Berta y quedo con ella para comer dentro de media hora. Cierro la puerta de mi despacho, me quito el abrigo y lo cuelgo en el perchero que tengo detrás de mi mesa. Aún no me he sentado frente al ordenador cuando suena el teléfono del despacho. Es Berta.

–Dani, tengo a Alejandro Fernández muy enfadado esperando tras la línea. Me he imaginado que a lo mejor no querías hablar con él. Casi me deja sorda.

Me tenso al instante. Qué habrá pasado. ¿Se habrá enterado ya de la relación que me une a su hermano? ¿Sabrá que la semana que viene viajo a París? ¿Las dos cosas?

–Está bien, gracias, pásamelo –digo resignada. Lo que tenga que ser será. Suspiro.

–Dani –no es la voz enfadada que esperaba, es como si le tranquilizara el hecho de escucharme–. Estoy harto de llamarte al móvil, no contestabas –no me riñe, solo está nervioso.

–He estado reunida. Lo puse en silencio y se me ha olvidado subirle el volumen después, ¿te ocurre algo? –lo escucho reclinarsse en su sillón.

–Solo quería escuchar tu voz –está desesperado, no entiendo por qué.

–¿Han ido bien las negociaciones de esta mañana? –nunca me cuenta nada de sus negocios, ni me interesa mucho, creo que no me enteraría de nada, sin embargo sé que algo le preocupa y quiero saber qué es. Suspira y puedo imaginármelo tocándose el pelo compulsivamente.

–Todo está bien... ahora que hablo contigo –la profundidad en su voz me abruma–. Prométeme que me escucharás. No estoy dispuesto a perderte. No lo soportaría.

–Me estás asustando –me tiembla la voz.

–Esta noche... –se escucha una voz femenina de fondo–. Tengo que dejarte. Por favor... confía en mí. Te amo –y cuelga.

Anoto en la lista “confesar a Alejandro y procurar que no le dé un infarto” la noticia de que me voy a París dentro de tres días con Álvaro. Estoy segura que será muy complicado compaginar todo para que lo nuestro salga bien. No le gustará la idea y mucho menos cuando sepa que estuve muy enamorada de su hermano.

A las cinco salgo de la galería y voy a casa de Alejandro a ducharme y prepararme para salir con Sara. He hablado con ella varias veces a lo largo de la tarde para intentar persuadirla y convencerla de que no es buena idea que salga cuando está a punto de pillar la gripe, pero he cesado en mis inútiles intentos. “Daniel Sánchez, me prometiste una noche de juerga y desenfreno”, me ha dicho después de insultarme y justo antes de colgarme. Le he mandado un mensaje diciéndole que la recogeré a las nueve y pidiéndole perdón por preocuparme por su salud. Espero que haya pillado la ironía.

Entro en casa de Alejandro y Claudia está haciendo la cena y preparando la mesa para dos. Aún es pronto, pero lo deja todo listo cada día antes de irse a las ocho.

–Buenas tardes, Claudia –entro en la cocina y dejo el bolso sobre la encimera.

–Buenas tardes, señora –me sonrío alegre.

–Por favor, llámame Dani –abro el frigorífico y saco una botella de agua–. No es necesario que haga tanta comida. Hoy no ceno en casa. Debí decírtelo antes.

–Lo sé, el señor me ha avisado. Estoy preparando la cena para él y para el Señor Álvaro –dejo de beber al instante. “Dani, no es tan raro. Son hermanos”. Pero algo no me cuadra.

–¿Te ha dicho algo más? –intento obtener información aunque ni siquiera sé qué estoy buscando, a lo mejor tengo suerte y de casualidad encuentro algo.

–No, no ha estado muy hablador. No es que lo sea, pero me ha parecido preocupado. Desde luego estaba muy tenso.

–Gracias –me vuelvo y salgo de la cocina. Definitivamente el día no le ha ido bien. Trato de convencerme camino de la ducha de que tal vez no tenga que ver conmigo ni con nosotros, pero no logro olvidarme de nuestras últimas conversaciones. Algo le atormenta y quiere compartirlo conmigo. Lo



que me aterroriza es qué pueda ser, algo importante sin duda cuando tiene tanto miedo a que eso pueda acabar con nosotros. Conoce exactamente lo profundo que son mis sentimientos hacia él.

La cena con Álvaro no me alarma. Son hermanos. Tendrán mil cosas de las que hablar. No me creo el centro del universo. Y Álvaro jamás le contaría nada, está seguro de que eso sólo logrará alejarnos más. Entonces..., ¿por qué está desazón en mi estómago?

## EN BUSCA DE LA VERDAD

Recibo un mensaje de Carlos diciéndome que está abajo esperándome. Salgo del ático de lujo y bajo en el ascensor. Alejandro no ha vuelto a ponerse en contacto conmigo de ninguna manera. Estará muy ocupado. Llevo un vestido ajustado corto rojo con la parte delantera cruzada y corte asimétrico de una sola manga. Una chaqueta *biker* corta de cuero de *Barney's Original* y unos zapatos y bolso negro a juego con tachuelas plateadas. El pelo recogido en una cola con acabado en una trenza de espiga estudiadamente despeinada. Saludo a Carlos y subo a la limusina. A continuación se incorpora ágil al tráfico.

A través del cristal tintado veo a Sara salir de nuestro apartamento, aún lo siento como mío. Mientras camina en mi dirección, un joven choca con una farola al girar el rostro para admirarla. Ella ni se da cuenta. Está acostumbrada a que esas cosas sucedan. Lleva un minivestido negro atado al cuello y una chaqueta amarilla estilo santorial. El pelo suelto ondulado por el viento y los labios rojos. Está muy buena. Me la tiraría si fuera lesbiana. Carlos le abre la puerta y ella entra en el coche.

–Cómo mola la limusina –me da un beso en la mejilla–. Debes de chuparla muy bien –le doy un bolsazo en el hombro–. Hemos quedado con Sofía y Roberto en el Club –dice como si nada. ¿En serio?

Roberto es mi amigo y jamás dejará de serlo, pero creo que es conveniente dejar pasar un poco de tiempo después de todo lo acaecido. No le daré de lado, él siempre estuvo cuando lo necesité, sin embargo algo me dice que no es buena idea que nos veamos hoy. Está todo muy reciente. Antes tengo que aclarar muchas cosas con Alejandro. Tal vez, después de esa conversación pendiente, no tenga ni que preocuparme por hacerle entender que no puedo sacar a Roberto de mi vida. Tal vez sea él quien no quiera saber nada más de mí.

–Viste cómo se puso Alejandro anoche. No creo que le haga gracia que hoy lo haya dejado tirado por Roberto.

–Es tu amigo, tiene que entenderlo –se encoge de hombros.

Me toco las sienes resignada y no contesto. No lograría explicarlo para que lo entendiera. Y en el fondo tiene razón. Anoche no estábamos haciendo nada malo. Solo vimos una película tirados sobre el sofá. Al salir del coche, paro junto a Carlos.

–¿Has hablado con Alejandro hoy?

–Si señora, ha estado trabajando hasta tarde.

–Gracias.

–No hay de qué. Las esperaré a que terminen.

La cena pasa rápido. Sara es la mejor amiga que tengo y sabe exactamente cómo hacerme reír y olvidarlo todo durante un par de horas. Dos botellas de vino después, volvemos a la limusina arrastrando los pies. Carlos se acerca y me agarra por el brazo.

–¿Se encuentra usted bien? –me acompaña hasta el coche.

–Maravillosamente –miro a Sara y rompemos en carcajadas.

Entramos en el Club Adara sin problemas. Joan no estaba en la puerta, pero el portero suplente me ha dado las buenas noches por mi nombre y nos ha invitado a pasar con demasiada educación. Sabe perfectamente quien soy y la relación que me une a su jefe. Subimos al reservado que, por supuesto, también nos tienen preparado y Sofía nos espera con una copa en la mano. Ni rastro de Roberto.

–Hola zorras –nuestra amiga se levanta y nos abraza.

–¿Y Roberto? –pregunta Sara.

–Tenía planes, creo que se tira a una compañera del curro –Sofía se encoge de hombros y bebe de su copa. Yo suspiro aliviada–. Estáis impresionantes.

–Tú estás espectacular –Sara la hace girar sobre sí misma.

En ese momento entra la camarera con nuestras bebidas. No las hemos pedido, pero no me extraña. Alejandro no deja nada al azar. Tampoco me sorprende que siempre nos atienda una camarera, me refiero al detalle de que siempre sea una mujer. Mientras las está dejando sobre la mesa, entra Joan. Se acerca a Sara, la gira y la besa. Ésta le sigue la corriente y de un saltito enreda sus largas piernas alrededor de la cintura de él.

–Iros a un hotel –les digo contenta. Me alegra ver que están arreglando las cosas. La suelta, le dice algo al oído, nos saluda con un gesto de cabeza y se va. Sofía baila sin parar al otro lado de la mesa.

–Me alegra ver que estáis bien –le digo alzando la voz. La música está demasiado alta. Sara no contesta. Solo sonrío y bebo de su copa.

–Vamos a bailar –tira de mi mano.

Bajamos las tres a la pista de baile. Nos mezclamos entre la multitud y damos vueltas sobre nuestros cuerpos durante más de una hora. Agotadas y sedientas, nos acercamos a la barra menos concurrida a pedir de nuevo. Al llegar nos damos cuenta que está acotada, es solo para clientes vip y la música allí no está tan fuerte. Por supuesto, nos dejan pasar sin ningún tipo de problemas. Intentamos pagar, pero un camarero muy simpático y guapo nos informa de que invita la casa. Se acerca a mí y me dice apartándome el pelo de la cara y poniéndolo tras mi oreja:

–Eres preciosa –me hace cosquillas–. El jefe tiene mucha suerte – sonrío con una dentadura perfecta que deslumbra en la semi oscuridad de la sala.

–Y tú estás despedido –esa voz ronca, cabreada, salvaje y sensual en mis espaldas me estremece. El bello de la nuca se eriza y sigue hasta researme la garganta. Me giro y sus ojos azules se han convertido en la oscuridad en un negro intenso.

El camarero se aleja con el rabo entre las piernas y sin mirar atrás asustado. Lo entiendo perfectamente. Su imponente cuerpo y su ruda voz hace temblar a cualquiera. A mí la primera, pero no de terror. Todos los poros de mi piel se abren dándole la bienvenida y me excito al recordar lo que sucedió anoche. La forma en la que hicimos el amor. Las mil maneras en la que me hizo suya.

“Y el escozor del culo te ayuda a no olvidarlo”.

Ni que lo digas.

Rodea mi nuca con su mano derecha y me atrae hacia a él desesperado, uniendo nuestras bocas en un baile de desesperación. Después de varios minutos, consigo retirarme para respirar.

–Me has echado de menos –jadeo.

–No sabes cuánto –volvemos a fundirnos en un obscuro beso. Cuando

estima que tiene suficiente de mí, me aparta un poco y saluda a las chicas. Mientras, yo consigo mantenerme en pie porque él me tiene agarrada fuerte de la cintura. Caería de rodillas al suelo si no fuera así.

–¿Qué haces aquí? –pregunto. Me pone frente a él sin dejar de soltarme.

–Me ha llamado Joan, ha surgido un problema –pega nuestras frentes.

–Espero que no sea importante –le agarro del cuello de la chaqueta y vuelvo a besarlo. No me sacio de él–. ¿Un día duro?

–Nada que no pueda arreglar.

–Me alegra saber que no has venido a vigilarme.

–No se me ocurriría –tuerce la boca en un divertido gesto. ¡Claro que se le ocurriría! Le doy un golpecito en el hombro–. Tengo que subir, no tardaré demasiado. Estaré en casa –pega su pelvis a la mía y lo noto palpitante y dispuesto–. No me hagas esperar demasiado –mueve las caderas de lado a lado consiguiendo que me derrita ante la expectación de lo que me dará después. Gimo.

–Podría denunciaros por escándalo público –dice Álvaro a nuestro lado.

–Y yo podría hacer que te echaran del local –le advierte Alejandro divertido–. Búscate a alguien con quien follar, dos semanas es demasiado para ti.

–¡Eh!–le da un puñetazo en el hombro a su hermano–, no es necesario que cuentes detalles de mi vida sexual.

Sara y Sofía sonríen junto a él y ésta última se presenta melosa. Tras unas breves frases de cortesía, nos despedimos y los dos adonis desaparecen en el ascensor.

–Yo podría acabar con esa mala racha al instante –dice Sofía mientras las puertas del ascensor del fondo se cierran con ellos dentro. Sara y yo la miramos.

–¿Qué? ¿Te importa que me tire a tu jefe? –yo la sigo mirando mientras Sara clava su mirada en mí.

–Todo tuyo –acompañó mi frase con un gesto de la mano.

Nos sentamos en unos sofás blancos que encontramos cerca de donde estamos. Sara frente a mí y Sofía a mi lado.

–¿Cómo puedes concentrarte al lado de ese hombre cada día?

–No es para tanto –le quito importancia y bebo un sorbo de mi copa.  
Sara me mira preocupada.

–Me recuerda a alguien... –sigue Sofía sin dejar de mirar por donde se han ido.

–Theo Jones –decimos Sara y yo al unísono.

–¡Si! –grita nuestra amiga y bebe un gran trago de su copa.

–El Lunes viajo a París con él –dejo caer.

–Zorra con suerte –dice Sofía.

–¿Qué ha dicho Alejandro? –pregunta Sara sorprendida.

–Aún no se lo he dicho, no he tenido tiempo –me excuso.

–No le va a gustar que viajes sola con ese tío bueno –me mira Sofía.

–Es trabajo. Y es su hermano.

–¿Esos dos dioses del olimpo son hermanos?

Me encojo de hombros.

–Zorra con suerte –me insulta Sofía antes de disculparse para ir al servicio.

Nos quedamos Sara y yo solas. A estas alturas de la noche estamos bastante perjudicadas. No hemos perdido el sentido, pero el suelo comienza a moverse bajo nuestros pies. Mi amiga no deja de decir guarradas.

–Si dejas que te la meta por el culo mientras le dices que te vas de viaje a la que es la ciudad del amor con su hermano, del que estuviste completamente enamorada y que casi te cuesta la vida recuperarte cuando te abandonó preñada en un hospital..., tal vez no se enfade demasiado.

Bebo otro sorbo intentando no mirarla con cara de circunstancia. Se da cuenta al instante y abre los ojos de par en par.

–¡Guarra! ¡Le has dejado follarte el culo!– chillaba con desmesura.

–Sshhh, no grites –miro a nuestro alrededor.

–¡Lo has hecho!, ¿cuándo?

–Anoche.

–¿Y?

–Y ¿qué? –me tira una servilleta.

–Venga ya, ¿te gustó?

–Fue mágico.

–¿Mágico? –abre la boca y convierte los ojos en círculos perfectos–, ¿te folla el culo y lo defines como mágico?

–Vale, aun me duele –reímos–, pero fue muy tierno, en serio. No me

lo esperaba así. Y me gustó, me gustó mucho.

–¿De qué habláis? –Sofía se sienta junto a nosotras con un nuevo gin-tonic en la mano.

–A Dani por fin le han petado el trasero –suelta Sara.

–Eh –le llamo la atención.

–Enhorabuena. Casi llegas a la treintena sin haberlo probado –dice nuestra rubia amiga.

Eso me recuerda que dentro de poco será mi cumpleaños. Cada año lo celebro junto a mis dos amigas y a Roberto. Esta vez habrá que abrir el abanico de invitados y posibilidades. No creo que a Alejandro le apetezca sentarse a beber chupitos de tequila en el suelo del salón de nuestro piso.

Tras otra ronda de bebidas y cinco o seis canciones después, miro el reloj y me doy cuenta de que son más de las cuatro de la mañana. Hace más de dos horas que vimos a Alejandro y a Álvaro. Estoy muy cansada. Me despido de mis amigas que han decidido seguir la fiesta en un after-hour de la calle Magdalena. Carlos para en doble fila y las deja a solo unos metros del local.

Entro en casa y todo está completamente oscuro. Suelto los zapatos y los tiro sobre la alfombra del gran vestíbulo. Me adentro en el salón y veo a Alejandro completamente dormido, desnudo de cintura para arriba sentado en el mullido sofá. Con la mano derecha agarra una copa de bourbon que descansa casi vacía sobre uno de los cojines. La tenue luz de la tele encendida con el canal veinticuatro horas lo baña creando una imagen abrumadora de su cuerpo. El pecho formado, los abdominales perfectamente definidos. Sus fuertes y torneados brazos tatuados... Su cara relajada. Lo contemplo con devoción. Me acerco y sin remediarlo me siento a horcajadas sobre él abrazándolo. Se mueve un poco y me abraza. Lo miro. Está completamente dormido, pero aún así su cuerpo reacciona al mío. Lo entiendo perfectamente. A mí me ocurre lo mismo. Le beso los ojos, la nariz, la boca, el cuello... Vuelvo a admirarlo y algo se rompe dentro de mí. Lo amo tanto que duele. El miedo se apodera de mi cuerpo sin casi dejarme respirar. Lo abrazo fuerte. Y, entre sus brazos, me quedo completamente dormida.

La melodía del móvil me despierta. Me levanto de la cama donde

Alejandro debió traerme de madrugada y miro el reloj. Son casi las diez de la mañana. No me da tiempo a descolgar. Cuando llego a él, entra un mensaje de texto. Es de Fernando:

“Héctor te pasará a buscar a las once”.

Le respondo indicándole la dirección donde quiero que me recoja y me meto en la ducha para terminar de espabilarme. Alejandro no está, pero no tengo demasiado tiempo para pensar en eso.

No hemos hablado de nada. Todos nuestros miedos, todo lo que nos impide ser completamente felices el uno con el otro sigue encerrado dentro de nosotros y eso no puede ser bueno. Además, caigo en la cuenta de que no le he dicho que pasaría el día con Fernando. Con todo lo acontecido en el día de ayer, se me ha olvidado por completo. Me hago un café rápido y veo una nota escrita de su puño y letra junto a mi taza preferida sobre la encimera:

“He tenido que salir a resolver un asunto urgente. Volveré pronto”.

Me gustaría esperarlo, pero no sé a qué hora salió ni cuando dejó esa nota. Es probable que tarde horas en volver. Me molesta un poco que me haya dejado sola, sin embargo no lo puedo culpar. No sabía que no podríamos pasar el sábado juntos. Le doy la vuelta a la nota y escribo en el reverso:

“Lo siento. No he tenido tiempo de decírtelo. Paso el día con mi hermano. Hace varias semanas que quiere hablar conmigo. Te quiero.”.

Bajo en el ascensor y veo mi reflejo en el espejo. Unos vaqueros Levis con una camiseta blanca y una parka con tejido de lana con diseño color block cubren mi cuerpo. Y unas cómodas zapatillas nike con listas doradas le dan el toque de comodidad que necesito. Los fines de semana prescindo de los vestidos y tacones que me obligo a ponerme entre semana.

Buenos días, Héctor.

–Buenos días, señorita Sánchez, ¿qué tal se encuentra? –abre la puerta para que entre.

–Bien, gracias –me siento en la parte de atrás, el chófer cierra la puerta y rodea el coche acomodándose en su asiento tras el volante.



Se incorpora al tráfico y escucho mi móvil pitar. Se está quedando sin batería. Lo saco del bolso y comienza a sonar en mi mano. Es Alejandro. Descuelgo.

–¿Dónde estás? –ruge. ¿Qué le pasa? No puede enfadarse porque no vaya a comer con él.

–Voy a casa de mi hermano.

–Eso ya lo sé. ¿Dónde estás ahora? –grita.

–Estoy en el coche de Fernando. El chófer...

–Dile que pare –ordena categórico.

–Pero, ¿qué estás diciendo? No puedo hacer eso –se está volviendo loco. Escucho a través de la línea su respiración agitada y puedo imaginármelo tocándose compulsivamente el pelo.

–Dime dónde cojones estás... –no puede hablarme así, no puede hacer eso. No hace falta que cuelgue la llamada, el móvil se queda sin batería y se apaga. Anoche no me acordé de enchufarlo a la corriente y creo que es la primera vez que me alegro de ello. No puede ladrarme de esa manera bajo ninguna circunstancia, pero además, ni siquiera sé qué bicho le ha picado.

Me desplomo contra el cómodo asiento de cuero y miro por la ventanilla. Está loco. No podemos parar en medio de la autopista. Ni siquiera se me ocurriría planteármelo. No pasa nada porque no comamos juntos hoy. No puede estar tan cabreado por eso. Es él el que me ha dejado plantada en su casa esta mañana. Y no me he enfadado. No entiendo por qué él tiene que ponerse así.

34

ABRE LOS OJOS

Las grandes puertas automáticas se abren ante nosotros para dejarnos paso al impresionante patio del chalet de mi hermano y su mujer. Héctor aparca el coche junto a la casa, cerca de la puerta. Está empezando a llover, pero las tres gotas que comienzan a caer del cielo no son suficientes para calarme. Llamo al timbre y la puerta se abre un instante después.

–Hola titaaaaa –mi sobrina sonrío de oreja a oreja y puedo ver que le falta un diente de la hilera superior. Es preciosa. Con su pelo rubio rizado y cara de angelito, dan ganas de comérsela.

Me agacho y la rodeo con los brazos. Me responde devolviéndome el abrazo apretando más fuerte y colgándose de mi cuello.

–Tenía muchas ganas de verte –le beso la mejilla.– Estás hecha una mujercita ¿Dónde está tu hermano?

–Jugando al fútbol en la pazte taseza –la dejo en el suelo y le doy la mano. Entramos en la cocina, mi cuñada está cocinando algo en el horno.

–Miza mami quién ha venido a vezme –Ana me mira y sonrío.

–Hola, Dani –se acerca y me da un abrazo.– Me alegro mucho de verte, ¿cómo estás?

–Bien, gracias, ¿y vosotros?

–Todo bien. Ya sabes..., estos demonios dan mucho trabajo.

–Mamá, no ze dicen palabotaz –tira del delantal de su madre con sus pequeñas manitas.

–Lo siento, peque, llevas razón. Además, tú eres un angelito –la coge en brazos y la besa en la sien–. Ve a avisar a tu padre. Dile que la tía Dani está aquí –la niña desaparece ilusionada por la posibilidad de ver a su padre. Sé cuanto adoran esos niños a mi hermano.

–¿Puedo ayudarte? –ofrezco mi servicio a la cocinera–. Soy una buena pinche.

–Estupendo –mi cuñada coge una bolsa y me la pone delante–. Odio pelar patatas. Todas tuyas. Coge un cuchillo de ese cajón de ahí.

Me lavo las manos, me siento en un taburete y comienzo con la tarea.

–¿Quieres beber algo?

–Un refresco, por favor –mi cuñada abre el frigorífico de dos puertas y saca una Coca Cola zero que sirve en un vaso con dos hielos–. Creí que tenías a alguien que os ayudaba en la casa.

–Tiene los fines de semana libres. Nos gusta estar solos en casa al

menos dos días a la semana.

–Mami, papi dice que ahoza viene. Le etá chillando al teléfono –mi pequeña sobrina entra corriendo en la cocina acompañada por su hermano gemelo Óscar que está completamente manchado de barro con un balón de fútbol bajo el brazo.

–¿Qué te ha pasado? –su madre se acerca a él preocupada y se agacha para estar a su altura. El niño no contesta enfadado.

–Ez un patozo, ze ha caído en un chazco –dice la pequeña Carmen divertida. Su hermano la empuja.

–No zoy un patozo.

–Haz metido la pata en un chazco –levanta los bracitos–. ¡Patozo! –contengo la risa.

–Está bien, no pasa nada –Ana se gira dirigiéndose a mí–. Ahora vuelvo, voy a darle una ducha caliente y a cambiarlo de ropa –le da la mano. Asiento con la cabeza y miro a mi sobrina.

–¿Quieres ayudarme?

La niña abre los ojos de par en par entusiasmada con la idea y se lanza sobre mí para que la coja. La siguiente media hora la paso pelando patatas con mi sobrina de cinco años riéndome sin parar. No pronuncia la erre, pero a excepción de eso es una persona mayor. Sus fantásticas deducciones me dejan alucinada. Me recuerda mucho a su padre. Termino de pelar la bolsa entera, las deajo en remojo y nos lavamos las manos bajo el grifo.

–Hola, Dani –me giro y veo a mi hermano con unas ojeras que lo hacen parecer más mayor–, me alegro de verte –se acerca y me abraza.

–Tienes cara de cansado.

–Lo estoy –me suelta y coge a su pequeña en brazos y le da un beso en la cabeza–. Ve a buscar a tu madre –la suelta en el suelo y sale corriendo atravesando el salón.

–¿Estás bien? –está realmente preocupado. Asiento con la cabeza.

–Estaré mejor cuando me cuentes por qué crees que estoy en peligro.

–Será mejor que comamos antes. Después te lo contaré todo.

Entre todos preparamos la mesa y nos sentamos en el salón. La comida está exquisita y reímos mientras Ana nos cuenta las últimas ocurrencias de sus incansables hijos. Fernando sonrío, pero no consigue ocultar la tristeza que esconden sus ojos. Está ausente. Héctor entra sin casi

pedir permiso y le dice algo a mi hermano al oído. Éste se tensa al instante y se levanta como un resorte.

–Ahora vuelvo, seguid comiendo sin mi –sale por la puerta de la entrada con el teléfono ya en la mano. Lo único que he podido escuchar ha sido cómo ordenaba a alguien que enviara seguridad.

Ayudo a Ana a fregar los platos y a recoger la cocina. Mientras, mi hermano, que acaba de volver, ayuda a los niños a hacer los deberes. Cuando termino, vuelvo al salón y mi cuñada se queda con los pequeños mientras acompaño a Fernando a su despacho. Espera que entre tras él junto a la jamba y cierra la puerta. Está nervioso, no puede ocultarlo. Se acerca a su mesa y me quedo de pie a su lado.

–Será mejor que te sientes –el tono grave de su voz me pide implícitamente que me porte bien y no le lleve la contraria. Lo hago. Él hace lo mismo frente a mí, al otro lado de la mesa.

–¿Me vas a decir ya qué coño está pasando? –froto la palma de mis manos contra la tela vaquera de mis muslos.

–No hables así ¿Qué hay entre Alejandro Fernández y tú? –observo cómo aprieta el reposabrazos de su silla con las manos. Está tenso.

–¿Qué importa?

–Acabo de echarlo de mi propiedad –“¡Qué!”–, he necesitado llamar a la seguridad del complejo para que se fuera –no entiendo nada.

–¿Estás con él? –vuelve a preguntar. No contesto. Agacho la cabeza y cierro los ojos concentrándome solo en respirar. Escucho los dedos de Fernando golpear la mesa frenético–. No encuentro una forma adecuada de decirte esto, Dani –llena sus pulmones de oxígeno y lo suelta poco a poco–. Será mejor que lo veas con tus propios ojos.

Me armo de valor y ensancho las pupilas. Está sacando un sobre marrón enorme de un cajón. Lo tira sobre la mesa delante de mí a la vez que ordena imperioso que lo abra. Temblando, cumplo la orden. Todo me da vueltas. Presiento que no me va a gustar lo que voy a ver. Saco el contenido y lo aprieto con mi mano derecha. Lo primero que observo es una foto de Alejandro y mía entrando en la casa de la sierra a la que me llevó, en el municipio de Valdelarco. Fue el primer día que salimos. No entiendo nada. La dejo sobre la mesa junto a las demás. Las lágrimas comienzan agolparse delante de mis ojos impidiéndome ver con claridad.

–¿Qué es esto?

–Alejandro Fernández lleva un mes extorsionándome –comienzo a marearme mientras ojeo todas las fotos que hay de él y de mí–. Solo se ha acercado a ti para asustarme y obligarme a cerrar un trato de varios millones de euros bajo sus condiciones –me centro en una foto tomada la que debe ser la noche que nos conocimos y que yo no logro recordar. Lo sé por el vestido que llevo. Me contó que se acercó a mí al verme bailar en la pista de baile desde el ventanal del despacho en la planta superior. Esa noche también estaba totalmente planeada. No bajó a buscarme porque se sintiera atraído por mí. Solo quería que nos fotografiaran juntos para extorsionar a Fernando–. Es una mala persona, Dani. No tiene sentimientos ni corazón. Me amenazó con hacerte daño si no firmaba la venta ayer mismo.

Ayer fue Viernes. Por eso estuvo tan estresado e irascible durante todo el día. Tengo ganas de vomitar. Eso es imposible.

–Y tiene la decencia de intentar entrar en mi casa hace un momento exigiendo verte. Quería llevarte con él –soy un mar de lágrimas incapaz de hablar.

–Yo... no... –balbuceo.

–No te preocupes, ha terminado todo. Tienes que prometerme que no te volverás a acercar a él. Estoy seguro de que ahora que ha conseguido lo que quiere, te dejará en paz –Fernando se ha sentado a mi lado y me abraza besándome la cabeza.

¿Cómo he podido ser tan tonta? Todas las señales indicaban que me alejara, que saliera corriendo en sentido contrario a donde Alejandro estuviera. Hipo. Lloro desconsoladamente sobre el hombro de mi hermano.

–Sshh, tú no tienes la culpa –intenta tranquilizarme–. Puedes quedarte aquí a dormir esta noche. Mañana, cuando estés más tranquila, Héctor te llevará a casa.

–No... –hipo–, no es necesario, estaré bien –limpio mis mejillas con el dorso de las manos.

–No, no estás bien –vuelve a abrazarme y rompo en un llanto desconsolado–. Vamos, tienes que descansar, después te llevaré a casa –me acompaña a la habitación de invitados, me tumba sobre la cama y besa mi sien–. Pulsa este botón si necesitas cualquier cosa. Supongo que te apetece estar sola –vuelve a besarme, esta vez en la mejilla y se va.

Agarro fuerte la almohada y vuelvo a llorar desesperada. Cubro la cara con ésta para amortiguar mi tormento y congoja. Todo me da vueltas y los pensamientos cruzan mi mente a mil por horas. ¿Cómo ha podido ocurrir? Me cuesta creer que Alejandro pudiera hacerme daño en algún momento, sin embargo las fotos no dejan lugar a dudas. Me sedujo para poder estar cerca de mí y que nos fotografiaran juntos para poder extorsionar a Fernando. Pero, ¿por qué me declara su amor?, ¿por qué me hace irme a vivir con él?, ¿por qué dijo que quería casarse conmigo? Las preguntas se agolpan en mi cabeza una tras otra haciéndola estallar. Un calambre cruza mi sien de lado a lado. Tal vez necesitaba que lo nuestro pareciera real para que Fernando lo tomara en serio. Es un sociópata, me ha manipulado a su antojo sin compasión. Lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas. Ha estado riéndose de mí mientras yo me devanaba los sesos buscando la forma de explicarle mi relación con Álvaro sin hacerle demasiado daño. Arrgg.

Me agarro el pecho apesadumbrada. Una punzada de dolor lo cruza hasta llegar a la espalda. Alejandro... ¿Cómo has podido jugar con mis sentimientos de esta manera? ¿Estará Álvaro al tanto de todo? Caigo en la cuenta de que la noche que su hermano nos presentó ajeno a la relación que nos unió me dijo que éste tampoco estaba jugando limpio. Llora con más fuerza. La traición de dos personas que dicen amarte no es fácil de digerir. Algo se rompe dentro de mí. Me quedo dormida envuelta en un tornado de pensamientos.

Las gotas de lluvia caen fuerte contra el parabrisas del coche de Fernando. Héctor conduce el todoterreno con seguridad y destreza. Está lloviendo a mares y la oscuridad de la noche lo envuelve todo. Mi mejilla, apoyada contra el cristal, siente el frío del mes de noviembre. Miro a través de la ventana y solo con las luces de otros coches consigo distinguir las sombras de los árboles alargadas junto a la carretera. Cierro los ojos y suspiro fuerte tratando de que el dolor que me atraviesa el pecho deje de lacerarme el corazón. Una lágrima solitaria rueda lenta por mi mejilla izquierda hasta caer sobre mi pantalón.

Héctor no ha dicho nada durante el trayecto. Ha puesto un poco de música en la radio cuando se lo he pedido para que no pudiera escucharme

sollozar. Me abrazo fuerte el cuerpo tratando de dejar de temblar. Fernando me ha dejado un chubasquero, pero no es el frío el que me hace tiritar, sino el miedo a lo que puede ocurrir a partir de ahora, el terror que me produce enfrentarme a lo que viene. A una vida sin él... El todo terreno para frente a mi casa. Ha dejado de llover. Héctor no baja del coche, vuelve su cuerpo para mirarme.

–¿Está usted bien? –me mira con compasión.

No respondo. No estoy bien. Lo pienso durante unos momentos y me doy cuenta de que algún día lo estaré. Mi corazón destrozado ha logrado recomponerse antes. Esta vez no va a ser diferente. Sé que lo lograré, aunque ahora no encuentre cómo. Pero no soy la niña indefensa que era antes. Soy una mujer y me enfrentaré a todo y a todos sin miedo.

–Lo estaré –abro la puerta del coche.

–¿Quiere que la acompañe arriba?

–No es necesario, gracias –cierro de un portazo.

Cruzo la solitaria calle. Miro a ambos lados, está desierta. Son las diez de la noche de un lluvioso sábado de noviembre. La lluvia cala mi ropa y el viento helado me hace estremecer. Paro junto a un coche que hace de parapeto y cierro completamente la cremallera del chubasquero. En ese momento pasa un coche por mi lado y tengo que saltar para que no me salpique el agua sucia de un charco que la rueda pisa a toda velocidad. Salgo de entre los coches aparcados junto al bordillo y lo veo. Todo desaparece de alrededor, solo existe Él. Los pedazos rotos de mi corazón vuelven a dividirse haciéndose añicos. No queda nada. Solo un inmenso agujero en su lugar. Consigo mantenerme en pie apoyada sobre el lateral de un coche. Está agachado en cuclillas, casi sentado en el suelo sobre sus piernas flexionadas, la cabeza gacha entre las manos que reposan sobre las rodillas y los dedos entre los mechones de su pelo. La espalda descansa tensa sobre la pared de mi edificio. Está derrotado. Los hombros caídos y su cuerpo consternado me duelen, pero es su mirada perdida la que hace que comience a llorar otra vez. No me muevo. Solo lo miro.

Estoy aterrada, no por el daño físico que Fernando cree que me puede hacer, sino por todo lo demás. No puedo enfrentarme a él en estos momentos. No quiero volver a verlo nunca en realidad. En ese momento nota mi



presencia, levanta la cabeza que suelta de entre sus manos y me ve. Clava su mirada en la mía buscando una señal dentro de mí, algo que le indique que todo va bien entre nosotros. Pero no la encuentra. Mis ojos están vacíos. La desolación se ha apoderado de ellos. Él también está aterrado, sus ojos azules convertidos en negro intenso le delatan. Tras breves segundos desconecto nuestras miradas y camino insegura hasta el portal. Con el rabillo del ojo veo que se levanta y da un paso en mi dirección.

–Para –le pido y lo hace–. No te acerques –trato de contener el llanto, pero gimoteo.

–Dani, no me dejes –no es una orden de las que suele dar, mas bien es una súplica desesperada envuelta en dolor y desazón. Vuelve a acortar nuestras distancias, esta vez demasiado. Está temblando–. He ido a buscarte. Llevo llamándote todo el día.

Vibro. Abro el bolso y busco la llave del portal. Estoy demasiado nerviosa para que mi cerebro dé ordenes y que mis desmayadas extremidades lo acaten. “Por favor, por favor, por favor”. Las encuentro y saco el llavero sosteniéndolo con la mano derecha, pero, antes de conseguir meterlas en la cerradura, caen al suelo. Joder. Siento su espalda pegada a la mía. No me atrevo a agacharme a recogerlas. Me tenso.

–Nada ha sido real –cierro fuerte los ojos, respiro hondo–. Solo has jugado conmigo.

–Por favor..., no es como te lo ha contado –susurra junto a mi oído abatido. Me estremezco. El calor que desprende su boca me llega al corazón. Agarra mis brazos con los suyos y me aprieta.

–Me has utilizado.

–Me volveré loco sin ti –le da la vuelta a mi desmembrado cuerpo y me pone frente a él–. Mírame –pero no lo hago. Pega su frente a la mía y puedo sentir su aliento sobre mi piel.

–Dijiste que me escucharías –susurra atormentado. Apoyo las palmas de mis manos sobre sus pectorales y lo empujo con fuerzas apartándolo de mí.

–No vuelvas a tocarme jamás –chillo a la vez que lloro.

–No digas eso –el dolor atraviesa cada sílaba, está desesperado, no sabe qué hacer para retenerme. Vuelve a acercarse y me abraza. Me remuevo con fuerzas intentando zafarme de sus brazos. Le pego puñetazos en el pecho angustiada, pero no consigo que me suelte.

–Para, para, para –susurra suplicante. En ese momento alguien tira de la espalda de Alejandro separándolo de mí.

–Dani, ¿estás bien? –Roberto agarra mis temblorosas manos. Asiento con la cabeza.

### TAL VEZ SI, TAL VEZ NO

Alejandro se recupera del empujón que le acaba de dar Roberto. Ha tardado más de lo habitual, estoy segura de que su cuerpo está resentido como el mío de tanto dolor y desesperanza. La lluvia se hace más intensa. Alejandro, en medio de la acera, está completamente empapado. Las gotas de lluvia caen por su cara no dejándome diferenciarlas de las que juraría que he visto salir de sus ojos. Lo odio, pero la imagen de su fuerte cuerpo derrotado bajo la lluvia despierta algo dentro de mí.

–No la toques –ruge a Roberto sin acercarse demasiado.

–Vete o llamaré a la policía –le clavo mi nublada mirada. Alejandro comienza a tirarse del pelo desesperado, camina de lado a lado como un mono enjaulado buscando la libertad. Para frente a nosotros. Alarga un brazo derecho en mi dirección levantando la palma hacia arriba.

–Vámonos a casa –no sabe qué más decir.

–Estás loco. Si vuelves a acercarte a mí, me da igual la forma, te denunciaré...

–¿Crees que eso me importa? –levanta los brazos con las palmas hacia arriba en señal de rendición–. No tengo nada sin ti. No quiero nada.

Los hombros hundidos, la ropa mojada, las ojeras... todo indica que lo está pasando muy mal. Me pregunto cuánto tiempo lleva esperando a que yo llegara, qué ha hecho durante todo el día y en qué ha estado pensando. Sabía que Fernando iba a contármelo todo y cómo reaccionaría. Cruzan mi mente velozmente todas las imágenes que he visto de nosotros dos juntos durante este tiempo y que ha utilizado para extorsionar a mi hermano. Eso me recuerda que llevo dos fotografías en el bolso. Meto la mano y saco una de

ellas. Se la tiro a la cara y la coge al vuelo. Cuando la ve, hunde más los hombros y me mira. Tuerce la boca en un gesto de dolor y camina un paso hacia mí. Es una foto de los dos paseando felices por el Retiro. Recuerdo aquella tarde. Mis brazos rodean su cintura y mi cabeza descansa sobre su pecho. Él me besa la cabeza con dulzura. No hace falta que le explique nada más. Está todo dicho. No queda nada entre nosotros.

–Será mejor que te vayas –Roberto se pone entre los dos.

Alejandro busca mi mirada escondida tras la espalda de mi amigo y por un segundo consigue atraparla.

–Ya no me amas –es un susurro roto casi inaudible para otros oídos que no sean los míos. Niego con la cabeza y veo que algo se rompe en su interior. Cierra los ojos y se gira derrotado. No es el hombre que suele ser. El ser dominante, irascible y seguro de sí mismo desaparece de nuestra vista convertido en un despojo de sentimientos, destrozado y desorientado. Me sorprende lo rápido que me ha creído. Roberto se gira y me agarra de los hombros.

–¿Estás bien? –rompo a llorar y me abraza preocupado. Hace mucho tiempo que no me ve así.

Se agacha y recoge las llaves que aun estaban en el suelo. Abre la puerta con una mano mientras que con la otra me sostiene en pie y subimos a casa en silencio. Me tumbo sobre el sofá con la cabeza sobre el regazo de Roberto. Intenta tranquilizarme con dulces palabras mientras me acaricia la sien. Algo se enciende dentro de mí. Me incorporo y me subo a horcajadas sobre él besándolo desesperada. Mi amigo en un principio se queda quieto, al momento siguiente agarra mis caderas pegándome más a él y devolviéndome el violento beso. Tras breves segundos, escucho a Roberto gemir sobre mi boca y tomo conciencia de lo que está pasando. Me levanto como un resorte y comienzo a llorar de nuevo. Caigo de rodillas al suelo.

–Lo... lo siento –hipo desesperada–. Será mejor que te vayas –me siento culpable, tengo que hacer algo, me estoy volviendo loca. Roberto se agacha y me abraza.

–No pasa nada, Dani, lo entiendo. No voy a dejarte nunca.

–¿Qué está pasando aquí? –Sara entra en el salón con la ropa empapada.

Después de dos horas y dos botellas de vino, les he contado todo lo que ha ocurrido y lo que convierte el último mes de mi vida en la mentira más grande jamás contada. Estamos los tres sentados sobre la alfombra, fumándonos un pitillo y rodeados de humo y copas vacías.

–Les voy a cortar los huevos a los dos –Sara da una calada al cigarrillo.

He aprovechado y he puesto a Roberto al tanto de la historia al completo. De la vuelta de Álvaro, de que es mi jefe, hermano de Alejandro y lo que pretende. Enchufé el móvil en el apique que tengo al lado y lo enciendo después de todo el día apagado. Cobra vida volviéndose loco. Más de veinte llamadas perdidas, casi todas de Alejandro, y ocho mensajes de texto.

–No los leas –me advierte Sara que sabe lo que estoy pensando.

–Quiero saber hasta donde puede llegar su cinismo y desvergüenza – la fuerza con la que hablo no concuerda con el temblor de mis manos.

Abro el primero. Enviado a las 11:32, justo después de irme esta mañana y que el móvil se apagara mientras hablaba con él:

“Vuelve Dani, déjame ser yo quien te lo cuente”.

Enviado a las 14:14, mientras comíamos:

“Estoy en la puerta de la casa de tu hermano. Por favor, sal y habla conmigo”. Cuando lo envió aun no sabía lo que me esperaba.

Enviado a las 16:03:

“Dani, te necesito”.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas sin poder controlarlas. Sara me quita el móvil de las manos.

–Se acabó, no dejaré que te martirices –toquetea los botones de mi Iphone y borra cualquier rastro de él, incluido su número de teléfono. Tira el móvil sobre el sofá de mala gana–. Necesitamos algo más fuerte, ¿alguien quiere tequila? –Roberto y yo levantamos nuestras copas aplaudiendo la idea.

El Domingo por la mañana lo pasamos buscando la forma de ir a casa de

Alejandro a recoger mis pertenencias. Necesito mi ropa para hacer las maletas. Mañana viajo a París con Álvaro, una idea que pasa de ser mala a nefasta después de todo lo ocurrido. Pero es trabajo. No puedo abandonar la exposición a estas alturas. Lo mejor es seguir con mi vida, me ayudará a no hundirme en el abismo en el que vuelvo a moverme después de tanto tiempo. Sara ha hablado con Joan para que haga de intermediario. El Portero Simpático no consigue contactar con Alejandro, pero nos acompañará al ático de lujo donde vive el que fue mi Dios del Sexo, al que amo con locura y desesperación, y nos ayudará con la mudanza. Yo aún conservo la llave, así que no tendremos problemas para entrar. Dudo que Alex me haya prohibido la entrada ante la seguridad del edificio. Roberto también nos acompañará, mientras más seamos, menos tardaremos en recogerlo todo.

Joan conduce su todoterreno azul. Roberto, de copiloto, mira distraído por la ventana. Le he hecho prometer que no hará ninguna tontería si nos encontramos con Alejandro. Me ha dejado clara sus ganas de matarlo, pero no se acercará a él por mí. Sara y yo vamos en silencio en la parte de atrás, agarra mi mano dándome las fuerzas necesarias para enfrentarme a esto con entereza. El novio de Sara, creo que es oficial, entrará primero, si está Alejandro hablará con él para que salga del piso y nosotros podamos recoger mis cosas. Espero que no se oponga a ello, me lo debe.

Introduzco el código del ascensor que comienza a subir con nosotros cuatro dentro. Estoy hecha un manojito de nervios. Son las tres de la tarde y el edificio está muy tranquilo. El portero me ha informado de que no ha entrado ni salido nadie del ático desde ayer por la mañana, al menos, no está anotado. Aún cree que vivo aquí y considera que puede darme esa información. Es posible que Alejandro no durmiera en su casa anoche. Muchas preguntas se agolpan en mi mente ¿Le habrá pasado algo? ¿Estará bien? “Eso ya no es tu incumbencia”.

Las puertas del ascensor se abren delante de nosotros. Salimos y veo la puerta del ático justo en frente, es la única de la planta. Le doy las llaves a Joan que abre sin problemas. Entra sin llamar mientras Roberto, Sara y yo esperamos fuera.

–No dejaré que se acerque a ti –me aprieta la mano con fuerza. Le devuelvo el gesto sin levantar la vista del suelo.

Roberto maldice varias veces intentando tranquilizarse. Escuchamos unos pasos caminar hacia nosotros desde dentro del ático. El corazón se me va a salir del pecho. Es Joan que anuncia que no está. Entramos tras él y Sara y yo nos dirigimos directamente a la habitación. La cama está desecha. Veo el cargador de mi móvil sobre la mesita de noche y la sudadera con la que dormí el viernes aún donde la dejé ayer por la mañana. No me dio tiempo a hacer la cama. Alejandro no se ha entretenido tampoco en ello y Claudia no viene los fines de semana. Está claro que hoy no ha dormido aquí. Sara entra en el baño e introduce en una bolsa de plástico mis productos de aseo. Yo abro las dos maletas que traje cuando me mudé sobre la cama y meto toda la ropa sin pararme a doblarla. El vestidor es inmenso y para coger mis vestidos tengo que abrir una parte que es de él. Su olor es como una bofetada para mí. Incluso me mareo. Sin controlarlo comienzo a llorar. Alejandro.

Como soy una kamikaze cojo una camiseta entre las manos y me la acerco a la cara. Me impregno de su fragancia. Huele a él, a menta fresca, a limpio, a mar salada y brisa marina. Una mezcla de sensaciones explotan dentro de mí y me siento en el suelo de madera que tanto he adorado. Sara sale del baño y se agacha junto a mí.

–Vamos, ya está todo –me ayuda a levantarme.

Entramos en el inmenso salón y Roberto está precintando una caja que ha llenado con los pocos libros que traje. Casi todos los tengo en el eBook. Joan sale de la cocina con el móvil en la oreja.

–Sigue con el teléfono apagado –sé a quien se refiere, se me encoge el corazón–. Debería saber que hemos entrado en su casa –me mira disculpándose.

–No pasa nada –le hago entender que estoy de acuerdo con la idea de ponerse en contacto con él.

–Ya está todo –Roberto se levanta–, podemos irnos.

–Joan, trae las maletas de Dani, están sobre la cama del dormitorio principal –le ordena Sara. Éste lo hace sin rechistar y cuando pasa por su lado le da un pellizco en el culo. Mi amiga lo aparta divertida de un guantazo.

Justo antes de entrar en el ascensor, recuerdo que me he dejado el

cargador del móvil encima de la mesita de noche.

–Id vosotros –saco las llaves del bolso–. Me he dejado algo, bajaré enseguida –giro sobre mis Nike blancas con listas doradas y vuelvo a entrar en el ático.

Ha sido mi casa durante muy poco tiempo, pero me sentía bien aquí, más que nada porque él estaba a mi lado. Cruzo el salón y el corazón se me encoge. Entro en el dormitorio y, como no pienso las cosas, me tiro sobre la cama y comienzo a llorar. Abrazo su lado de la almohada y me sumerjo en un mundo de fantasía donde todo sale bien. No hay mentiras ni engaños entre nosotros y nos amamos hasta el final. Un final de cuento de hadas que nunca ocurrirá. Escucho un gran estruendo al final del pasillo y me sobresalto. Bajo de la cama y salgo de la habitación. Como hoy estoy haciendo alarde de todas y cada una de mis maravillosas virtudes, ignoro mi instinto que me indica que salga corriendo en dirección contraria a los problemas y recorro el pasillo sin miedo hasta el final. Una de las habitaciones de invitados tiene la puerta entornada. La empujo, pero algo impide que la pueda abrir lo suficiente para pasar. Empujo con más fuerza y escucho un gruñido tras la madera. Meto el cuerpo por el diminuto espacio y lo que veo me deja sin habla y sin respiración. Alejandro, desnudo de cintura para arriba, yace semiinconsciente sobre el suelo. No huele a menta fresca ni a mar sala, es el olor al bourbon el que esta vez se introduce por mis fosas nasales. Tiene una botella vacía en la mano y, cuando me acerco a él, le doy una patada a otra que rueda por el suelo. Le toco la cara y está helado.

–Alejandro...–me arde la garganta. Abre un poco los ojos sin centrar la mirada en ningún punto fijo. Está perdido–. Alejandro. ¿Cuánto has bebido?

–Dani... –balbucea–, no me dejes –vuelve a cerrar los ojos y se desmaya completamente, lo sacudo varias veces sin conseguir que despierte. Nerviosa cojo el teléfono móvil de mi bolso que aun llevo colgado y llamo a Sara.

–Sara, dile a Joan que suba. Alejandro no se encuentra bien –cuelgo justo antes de volver a sollozar.

Tras varios minutos, que se me hacen eternos, Joan entra en el ático y grito indicándole donde nos encontramos. Retiro como puedo el cuerpo desfallecido de Alejandro lo suficiente para que Joan pueda entrar en la

habitación. Detrás de él está Sara que me mira preocupada. Se acerca a mí y me levanta del suelo. Joan está examinando a Alejandro.

–No es nada. Solo necesita dormir –lo coge en brazos y lo deja sobre la cama. Me asombra lo fuerte que está el portero de discoteca. Alejandro debe pesar al menos noventa kilos–. No despertará en quince horas –con el trabajo que tiene, debe tener experiencia en estos menesteres.

–No podemos dejarlo así –seco mis lágrimas con el puño de la sudadera burdeos que llevo puesta.

–No le ocurrirá nada, sólo tendrá un gran dolor de cabeza –especifica Joan.

–Se lo tiene merecido –masculla Sara.

–Me voy a quedar con él –aseguro.

–De eso nada. ¿Se te ha olvidado ya la razón por la que estamos aquí? –la fulmino con la mirada.

–Podéis iros si queréis. No me voy a mover de aquí hasta asegurarme de que está bien.

–¿Te has vuelto loca? –grita.

Pero no me amilano. La miro sin retroceder en mi intención de no moverme del puto ático de lujo trampa para ratones hasta comprobar que no se va a morir. Lo sé, soy muy dramática. Sara me quita el teléfono que aun tengo agarrado con la mano y realiza una llamada. Se lo lleva a la oreja.

–Roberto, lleva las cosas a casa. Joan te baja ahora las llaves – escucho voces tras la línea–. Tranquilo, volveremos lo antes posible –y cuelga.

Salimos los tres de la habitación y mi amiga le da las llaves de casa a Joan para que se las entregue a Roberto y le ayude con la mudanza. Nos quedamos las dos solas en el puto ático de lujo con el Dios Griego del sexo inconsciente en la habitación de invitados.

–Vamos a ver qué come un hombre rico –intenta quitarle hierro al asunto y la sigo a la cocina.

Tropiezo con el abrigo que Alejandro llevaba la noche anterior. Me agacho a recogerlo y el olor que desprende la prenda se condensa a mi alrededor inundando mis fosas nasales. Respiro hondo. Pesa mucho, aún está mojado, y lo cuelgo en el perchero del vestíbulo. Vuelvo y Sara ha sacado



una bolsa del congelador. La sangre se me hiela en las venas al ver la nota que escribí ayer por la mañana. Está en el mismo sitio donde la dejé, completamente arrugada. La tiro a la basura. Nos preparamos un salteado de verduras y nos lo comemos sobre los taburetes. Tengo el estómago cerrado, pero hago el esfuerzo para comerme al menos medio plato. Necesito fuerzas para seguir manteniéndome en pie. Enjuagamos la vajilla bajo el grifo y Sara la introduce en el lavavajillas mientras yo limpio la barra de la cocina con un paño de espaldas a la puerta.

–¿Qué hacéis aquí? –su voz, ronca y vacía, me pone los bellos de punta. Me giro y lo encuentro detrás de mí. Agarrado a la jamba de la puerta para no caerse. Solo lleva puesto unos pantalones de chándal caídos a las caderas. Los músculos de sus brazos y su torso se tensan manteniendo el equilibrio. No aparta la mirada de mí.

–Eso mismo me pregunto yo –escupe cínica mi amiga. Camina en mi dirección, me agarra del brazo y tira de mí.– Ya lo has visto, no se va a morir, aunque sea lo que merezca –la sigo y ,cuando paso junto a Alejandro, éste roza con su mano la mía erizando cada bello de mi piel. No me para, ni yo lo hago. No lo merece, sin embargo algo me dice que me quede junto a él.

Cojo el bolso del sofá y cruzo el salón hacia la puerta acompañada de Sara. Antes de atravesar el vestíbulo del ático, escucho algo de cristal estrellarse contra la pared de azulejos de la cocina. Paro en seco. Sara, que me conoce, me mira suplicante.

–No le debes nada.

–Lo sé, pero no puedo marcharme. No así –asiente no muy convencida.

–Esperaré aquí. Si no sales en cinco minutos, entraré a buscarte – advierte.

Vuelvo dentro. Alejandro está junto al fregadero con un paño lleno de sangre entre las manos. Me acerco y compruebo que ha tirado contra la pared el jarrón de las margaritas blancas, está hecho añicos por el suelo de la cocina y le ha cortado en el costado. Meto mis manos bajo el grifo, le quito el paño, lo exprimo y con cuidado le limpio la herida. No lo miro, si lo hago estaré perdida. Solo quiero comprobar que no es grave y me iré para siempre. Puedo sentir su mirada sobre mí.

–¿Cuánto has bebido? –susurro.

–No lo suficiente –responde enfadado.

–No puedes hacer esto –aprieto la herida y se separa gruñendo por el dolor–. Es más profunda de lo que parece, necesitas ir al hospital.

–No hace falta –agarra mis manos apartándola de su cuerpo.

–Necesitas que te cosan –ignoro que está tratando que no lo toque. Limpio el paño de nuevo bajo el grifo y lo exprimo.

–Lo que necesito no quiere saber nada de mí –escupe molesto.

Dejo la tela húmeda sobre la encimera y salgo de la cocina dejándolo solo, debería hacer caso a mi sentido común que me grita que coja el bolso y salga por la puerta sin mirar atrás, pero mis piernas hacen caso a la descerebrada que llevo dentro y me llevan hasta el armario del baño en busca del botiquín. Vuelvo a la cocina pero no llego a entrar, me lo encuentro sentado en uno de los sofás del salón bebiendo directamente de otra botella de bourbon. Me mira.

–Creí que ya habías salido corriendo lejos de mí –da un trago largo–. Deberías. No soy buena persona.

Le quito la botella de las manos y la dejo sobre la mesa. Me arrodillo frente a él sin que nuestros cuerpos se toquen.

–¿Me tienes miedo? –su voz ronca es un susurro asustado.

–No estaría aquí si lo tuviera –coloco una gasa sobre la herida de su torso, se remueve cuando lo toco–. ¿Te duele? –cometo el error de mirarlo a los ojos. Atrapa mi mirada y la penetra llegando a mi corazón.

–No es la herida lo que duele..., es el tacto de tu piel –su cara, su voz, su tez morena... , su perfecto cuerpo cincelado... Desconecto nuestras miradas. Pego la gasa con esparadrappo y me levanto antes de que ocurra algo de lo que me pueda arrepentir.

–¿Por qué has venido? –me mira semi tumbado en el sofá.

–Necesitaba mis cosas –cojo el bolso de la mesa donde lo había dejado y lo cuelgo de mi hombro derecho.

–¿Se acabó? –pregunta consternado.

–Nunca hubo nada –le doy la espalda y camino hacia la puerta.

Antes de poder cruzarla, ha conseguido levantarse, caminar hasta mí, agarrarme de la muñeca y colocarme entre la pared del vestíbulo y él. La mano izquierda agarra con fuerza mi cadera, mientras, la derecha envuelve mi cuello y con el pulgar roza mis labios.

–No digas que no hubo nada –susurra enfadado. Puedo sentir su respiración acariciando mis labios–. No te atrevas a decirme que no sientes lo mismo que yo. Aprieta su cuerpo contra el mío y puedo notar lo excitado que está. Gimo.

–Dímelo, dime que no me amas y no volveré a molestarte nunca –dice con voz rota. Está destrozado, ya somos dos. Los ojos humedecidos y rojos por el alcohol me entristecen.

–No puedo amar una mentira –me rompo. Gimo.  
Gruñe de dolor.

No sé de donde saco las fuerzas. No le he mentado. Amo lo que creí que era él, lo que creí que teníamos. Desconozco por completo al hombre que tengo justo delante, ese que me utilizó para ganar varios millones de euros. Este pensamiento me dan ganas de vomitar. Mis ojos, húmedos, le suplican que me suelte y me deje marchar. Los suyos, convertidos en ónix, negro profundo, luchan consigo mismo. Jadeamos al unísono. Su boca, a pocos centímetros de la mía, respira con dificultad. Puedo sentir su dolor. Y, a pesar de todo, mi cuerpo reacciona a él y el deseo se hace dueño de mi cuerpo.

–Dani, tenemos que irnos –dice Sara a nuestro lado.

Alejandro me mira por última vez buscando un resquicio de esperanza, una señal. Dura solo un segundo, pero su desesperación me cruza el alma.

No encuentra nada.

No puedo darle nada.

Me ha dejado vacía.

Se aparta derrotado dejándome libre. Hunde los hombros y agacha la cabeza. Justo antes de cruzar la puerta, vuelvo a mirarlo. Me desgarran el alma verlo así, alejarme de él es lo más duro que he hecho en mi vida. Mientras esperamos el ascensor somos testigos mudos de cómo Alejandro destroza parte del mobiliario de su lujoso ático. Sara me da la mano y la aprieta.

–Todo saldrá bien.

Tal vez.

## EPÍLOGO

Cierro la pequeña maleta de mano negra, salgo al salón y se la entrego al chófer que está esperando junto a las demás para bajarlas al coche. Se hace cargo de todo, las mete en el ascensor y baja sin esperarme tal y como le he ordenado.

Vuelvo al dormitorio y me dirijo con paso decidido a la pared más lejana del vestidor. Abro las puertas de madera blanca y aparto varias cajas que guardan recuerdos demasiados dolorosos. No he podido tirar sus cosas, las pocas pertenencias que dejó como reminiscencia de nuestra historia, de ELLA.

Con la rodilla izquierda apoyada en el suelo introduzco la clave en la pantalla azul de la caja fuerte, escucho el breve clic y agarro el pomo. Tengo que armarme de valor para girarlo y encontrarme con eso que tanto significó. La cajita morada de terciopelo sigue en el mismo sitio, exactamente donde la dejé. La cojo tembloroso y la abro. Brilla como la primera vez que lo vi. Dos semanas me llevó encontrar el adecuado, el que fuera digno de ella, de su belleza, de la bondad de su corazón. La cierro decidido, me levanto y la meto

en el bolsillo derecho de mi chaqueta de cuero.

Supe la primera vez que la vi que querría pasar el resto de mi vida a su lado. Me enamoró su cara dulce, sus impresionantes ojos verdes capaces de convertirse en grises cuando hacíamos el amor. Su voz temblorosa... intentando parecer segura sin conseguirlo, su amable sonrisa, la suavidad de su piel...

Podía ver a leguas que se sentía perdida, que le costaba encontrar su sitio. Aún no la conocía, pero mi cuerpo se conectó al suyo la primera vez que se rozaron. El rubor de sus mejillas me demostró que ella también lo había notado, aunque no supiera muy bien qué había ocurrido. En un principio no me atreví a acercarme a ella, fue el destino el que casi la hace caer en mi regazo.

Con cualquier otra persona me hubiera presentado simpático y me la habría metido en el bolsillo sin casi proponérmelo, pero con ella me convertía en otra persona, en un niño inseguro, me ponía nervioso nada más verla. Me moría de celos cuando la veía hablar con otros compañeros de clase; y cuando les sonreía tenía que controlarme para no levantarme y partirles las cara. Era una locura. ¡Ni siquiera la conocía!

Fui un auténtico gilipollas, la cagué sin remedio, me arrepentiré durante toda mi vida. Nunca jamás podré olvidar el dolor de sus ojos cuando me vio con esa chica en la cama del Hotel Puerta América de Madrid el día de nuestra graduación, ni siquiera recuerdo muy bien quién era, cualquiera me servía para lo que tenía en mente. Tuve que agarrarme a la cama para no salir corriendo tras ella. No podía. No debía. Si lo hacía, no hubiera servido de nada haberla hecho sufrir de aquella manera para que no volviera a acercarse a mí.

Fui un imbécil retorcido, un gallina que no tuvo huevos para dejarla ¡No podía! Ella lo era todo. Aún lo sigue siendo. He intentado olvidarla, he tratado de mantenerme alejado de ella... Durante todos estos años no he hecho otra cosa que correr en dirección contraria, aunque lo que en realidad quisiera fuera volver y contarle todo. Lo más probable es que no entienda mis razones, que no alcanzara a comprender por qué lo hice. Fue lo mejor, lo hice

por ella. Después de darme cuenta de lo que le podía hacer sin proponérmelo, tuve miedo, me aterraba la idea de poder infringirle ese dolor. Soy como mi padre, todos lo dicen. ¡Mi padre es un cabrón! Me ha costado años darme cuenta de que no soy como él. Jamás lo seré.

Cada hora de cada maldito día de mi puta existencia me arrepiento de lo que le hice. Pero creí que era lo mejor. Estaba convencido de que no era bueno para ella y de que tarde o temprano la cagaría y la destrozaría. Y lo hice. No supe calibrar las consecuencias.

Aquel día me levanté subido en una nube. Por la tarde, después de clase, iba a llevarla a pasar el fin de semana a una casa que mis padres tenían en el municipio de Valdelarco. En la mochila llevaba el anillo que tanto me había costado encontrar. Lo vi y me enamoré de él al instante. Me recordaba a ella. De oro blanco, perfectamente pulido y delgado, con un zafiro engarzado dándole color. Elegante, sensual, joven... alegre. No me separaba de él. Era como llevar conmigo toda la vida que nos quedaba por vivir juntos. Era una promesa, la de hacerla feliz y cuidarla hasta el día en que muriera. ¡Cuánto la quería!

Llegué a la universidad temprano. Después de dos clases, que se me hicieron eternas, salí del edificio para verla. Tenía mucha prisa porque otra clase empezaba en cinco minutos, pero no podía pasar más un segundo sin besarla. Aquel día el sol irradiaba luz y fuerza. Era mágico, o yo quería que lo fuera. Me puse las gafas de sol y crucé el césped donde tantas tardes nos tumbábamos a escuchar música y a leer. Y la vi. Todo desapareció de alrededor. Dejé de escuchar a cuatro amigos que jugaban al fútbol. Los coches de los aparcamientos que entraban y salían desaparecieron... Solo estaba ella. Caminaba despacio y distraída, con la mochila a la espalda y un libro entre las manos. Era perfecta. Su larga melena castaña, sus dulces labios, el color de sus mejillas... Se me ponía dura con solo mirarla. ¡Y me quería! Eso era lo mejor de todo. Me re Coloqué el paquete antes de salir corriendo hacia ella, ¡Nena! ¡Nena! La cogí entre mis brazos y comencé a dar vueltas. Dani agarró mi cuello y sonrió. Tenía la sonrisa más hermosa que había visto nunca. Verla feliz me llenaba el alma. Le iba a dar todo, le iba a dar mi vida.

–Hemos aprobado Arte Procesual –le dije. Casi se me olvida. Era

verla y todo lo demás dejaba de tener importancia—. No nos queda nada, Nena. En pocos meses te tendré toda para mí... En nuestro piso en Paris.

La bajé y la besé, no podía aguantarme más, su cuerpo me llamaba a gritos. Estábamos conectados de una manera sobrehumana. En poco meses me la llevaría a Paris, y digo me la llevaría porque nunca dejaría que fuera de otra manera. La raptaría si fuera necesario. Lo tenía todo planeado, nos casaríamos junto a dos o tres amigos y familia, en las escaleras de la iglesia Sacré Coeur, junto a la calle Montmartre y la plaza de los pintores. Rodeados de arte callejero y magia. El carrusel que había instalado todo el año pondría la música y la iluminación. Sería testigo de nuestro amor. Ella lo quería así y yo iba a dárselo. Ya tenía el piso donde viviríamos preparado, era una sorpresa. Mi hermano me ayudó a comprarlo. Cuando le dije que quería pasar el resto de mi vida con la mujer más maravillosa que había conocido nunca, no se lo pensó dos veces. Me dejó dinero para adquirir un precioso loft de dos habitaciones en Montparnasse, un barrio bohemio, de artistas y soñadores. En el fondo, aún pareciendo que tiene un palo metido por el culo, es un romántico empedernido.

Todo. Se lo iba a dar todo. Seguí besándola durante varios minutos. Intentó separarse varias veces para decirme algo, pero no la dejé. Necesitaba su sabor, su olor, sentirla cerca... Vivía por y para ella. La dejé en el suelo en contra de mi voluntad que me decía que la llevara a casa y le hiciera el amor lentamente durante todo el día. Pero no era el momento. Tendría todo el fin de semana para tenerla entre mis brazos. Solo para mí.

—Tengo que irme, llego tarde a Pintura Mural —le besé su preciosa nariz—. Te recojo a las seis.

Volví a besarla y me obligué a marcharme. Dos segundos más y no me separaría de ella. La tumbaría sobre el césped y... uff, algunas veces no conseguía controlarme. Lo lograba a duras penas. ELLA... me tenía hipnotizado. Estaba pintando una pared pensando en Dani, con colores vivos y alegres, como era ella. La admiraba, con lo que había pasado, con lo que había sufrido con la muerte de sus padres..., nada la paraba. Era mi maestra, dos años menor que yo, pero mucho más madura. Ni los diecinueve meses que me llevé recorriendo el mundo al terminar el instituto me enseñaron tanto como ella. Aprendí a amar la vida, a comprender a las personas, a tener

paciencia...

Me sonó el teléfono y no lo cogí. A la señora Martínez no le gustaban las nuevas tecnologías y las interrupciones. Intenté ignorarlo, a la quinta llamada tuve que comprobar quién era. Me extrañó ver el número de mi padre, hacía mucho tiempo que no hablábamos. Casi cuatro años. Cuando le dije que quería ser artista y vivir de la pintura, no lo entendió, siempre había pensado que trabajaría para él y heredaría todas sus empresas. Seguiría su estela y viviría por y para el trabajo. Un trabajo que me horrorizaba y me hacía infeliz. Había visto a mi madre estar sola días y días, esperando a que mi padre llegara siempre tarde a casa. Tengo muy pocos recuerdos junto al “Señor Sanz” durante mi infancia. Y felices, muchos menos.

Me disculpé ante mi profesora y salí con el teléfono vibrando sobre mi mano. Supe desde el principio que algo grave había pasado. La noticia me cayó como un jarro de agua helada. Tuve que agarrarme a la barandilla de la escalera para no caer rodando por ella. Al principio creí que era una broma. Mi cerebro se negaba a aceptarlo. No podía ser. Las manos me empezaron a temblar y todo se nubló a mi alrededor. Empecé a sollozar como un niño pequeño y conseguí sentarme en el último escalón de la escalera. Lloré. Grité para mis adentros y me hundí. De repente me sentí solo y perdido en el mundo. Recordé que de pequeño, cuando me asustaba, iba a su habitación por la noche. Ella me cogía en su pecho y cantándome bajito con sus brazos rodeando mi cuerpecito volvía a quedarme dormido. Su olor... a frutas, a limpio... me reconfortaba. Ese día, que yo creí mágico y especial, Ella, mi madre, había fallecido mientras mi padre estaba en uno de sus viajes de negocios. Lo odie un poco más.

No recuerdo muy bien cómo salí de la universidad, fui directo al aeropuerto, cogí el primer avión que salía hacia Barcelona y me fui. Y mi vida cambió para siempre. El fin de semana fue una locura, mi hermano no aterrizó hasta el sábado por la tarde. Vivía en Australia y llegó justo a la hora del funeral. Tan destrozado como yo, lloró junto al féretro de nuestra madre. Él ya había perdido a su padre hacía muchos años, pero era tan pequeño cuando ocurrió que casi no lo recordaba. Nunca lo había visto así. Siempre contenía sus emociones. Mi hermana Noelia que se acababa de ir a Londres a estudiar medicina a la Universidad de Oxford, había vuelto esa misma



mañana. Estaba sentada a mi lado agarrada fuerte a mi mano tan perdida como yo. Alejandro se levantó y se acercó a ella, se agachó y la abrazó. Lloramos los tres como bebés. Sin poder controlar la desesperación que nos invadía.

Nos quedábamos solos, mi padre, nuestro padre al fin y al cabo, jamás se ocupó de nosotros, nunca le importamos lo suficiente, no esperaba ni quería que lo hiciera ahora.

–Tranquila, Avispa –así llamábamos a nuestra hermana que de pequeña lo único que hacía era perseguirnos y molestarnos–. Yo cuidaré de ti –le prometió y la besó dulce en la frente. Se puso de pie y me agarró los hombros con las manos. Presionó y me zarandó levemente.

–Álvaro, no te martirices –yo miraba el césped quemado–. Mírame –ordenó. Levanté mis ojos llorosos centrándome en los suyos.

–Lo superaremos.

Alejandro y yo siempre habíamos estado muy unidos. Mi madre se encargó de que así fuera. Los tres en realidad. Aunque desde hace un tiempo a esta parte cada uno habíamos cogido caminos muy diferentes. Él era la viva imagen de mamá, sus ojos azules y grandes eran exactamente iguales. Yo me parecía a mi padre, o eso decían todos, y no solo físicamente. Siempre me recordaban que había sacado su genio y su carácter, su forma de ser. Yo no creía que fuera así, nunca sería como él. Nunca le haría daño a mi familia. Noelia era una mezcla explosiva de los dos. Ojos negro y pelo castaño claro como yo y nuestro padre; y facciones perfectas como mamá y Alejandro.

Alejandro y yo nos habíamos distanciado años atrás después de mi enfrentamiento con mi padre y su traslado a Australia. Sandra, mi madre, lo sufrió. Y no se lo merecía. Era la persona más amable, buena y servicial que había conocido. Además de ser preciosa. Iluminaba la sala donde estuviera con sus impresionantes ojos azules. Ojos que Alejandro había heredado.

Saber qué había pasado en realidad, cómo había fallecido mi madre, las circunstancias que lo rodearon, me hicieron chocar contra un muro de cemento y descubrir la cruel realidad. Casi me vuelvo loco pensando en Dani, en cómo podía acabar por mi culpa. En todo el daño que podría infringirle. La amaba, la amaba con todo mi corazón. ¿Sería yo capaz de hacerle daño de

esa manera? No lo creía. Yo no era como él. Yo no era él.

El lunes me armé de valor y la llamé. Cogí el teléfono móvil que había tenido apagado durante todo el fin de semana y lo encendí. Tenía un millón de llamadas y mensajes de ella. Se me partió un poco más el corazón, pero ya lo tenía decidido. La dejaría en cuanto la viera. Tras el tercer tono descolgó y un calor silencioso se instaló tras la línea.

–Dani... –no sabía qué decir–. Yo... lo siento –paré de hablar antes de que se me quebrara la voz.

–¿Qué ha ocurrido?..., ¿dónde estás? –pude sentir el temblor en cada palabra. Y se me rompió el corazón. Supe que no podría dejarla nunca.

–No quiero hablar de eso ahora, sólo quería que supieras que estoy bien. Estoy en Barcelona.

“Solo necesito escuchar tu voz, que me des fuerzas para no querer morirme y desaparecer. Dame fuerzas Dani, no dejes que te aparte de mí. Seré un egoísta y preferiré perderte y hacerte infeliz que vivir una vida sin ti”. Esto lo pensé, pero no fui hombre para decírselo.

–No estoy seguro de cuando podré volver... –no debería volver nunca–. Tal vez... –paré para coger aire y fuerzas para seguir–, espero estar allí el Jueves.

–Álvaro –Alejandro entró en mi habitación y me llamó. Tapé el auricular al instante–, tenemos que irnos, papá está esperando en el coche.

Íbamos al despacho de los abogados del mierdas de mi padre a arreglar todo los papeles de la herencia. Yo no quería nada. Solo deseaba una cosa y no me sentía mal por ello. Que quien estuviera enterrado bajo dos metros de tierra fuera él y no mi madre.

–Podéis iros sin mí. No me interesa en absoluto su maldito dinero –escupí sincero.

–No es suyo. Es de nuestra madre. Quería que no nos faltara de nada si ella faltaba algún día –dijo con voz dura–. Así que levanta el culo de ahí y sal para que podamos irnos y terminar con esto de una puta vez.

Y salió de la habitación enfadado. Volví a coger aire y me despedí de ella. Debí hacerlo para siempre.

–Tengo que irme. Adiós, Dani –y colgué. Y volví a llorar solo y en

silencio. Para mis adentros.

Salí de la habitación y Alejandro me estaba esperando en el vestíbulo tocándose compulsivamente el pelo. Me miró y pude ver la tristeza que emanaba de sus dos ojos azules. Me abrazó y volví a llorar como un niño. Él había vuelto a ser el tipo duro de siempre, el hermano mayor que no lloraba por nada.

–¿Cómo puedes no estar enfadado con él? Ni siquiera es tu padre –le dije entre sollozos.

–Él no tiene la culpa. Mamá tomó una decisión –dijo seguro. Lo miré con fiereza. No entendía como podía pensar así. Aún sigo sin entenderlo.

Los siguientes días fueron duros y pesados. El martes Noelia volvió a Londres y la casa se quedó aún más vacía. Mi padre intentó convencerme para que me quedara en Barcelona y trabajara con él. Establecerme en la ciudad era una buena idea para conseguir mi propósito de distanciarme de Dani. Pero jamás trabajaría con él. Nunca había querido. Y, ahora, con todo lo que había ocurrido, ni siquiera podía mirarlo a la cara. Era un cabrón desgraciado al que solo le deseaba la muerte.

El jueves por la noche cogí un avión de vuelta a Madrid. Me despedí de Alejandro en el aeropuerto y me fui. Él volvería la próxima semana a Australia.

–La voy a dejar –le dije entre sollozos. Alejandro me miró sereno.

–No eres como él, Álvaro, no tienes por qué hacerlo.

–Prefiero morirme antes que hacerle daño –tensé la mandíbula

–Eso no ocurrirá si no quieres –Alejandro apretó mis hombros instándome a que lo mirase a los ojos–. Esa clase de amor solo se encuentra una vez. No la abandones. Te arrepentirás el resto de tu vida.

Estuve tratando de convencerme durante todo el vuelo que dejarla era lo mejor. Le haría daño y la destrozaría, pero aprendería a vivir sin mí y yo, simplemente, me moriría sin ella. Pero era lo mejor. Estaba decidido.

Llegué a mi piso ya entrada la madrugada. Solté la mochila en el suelo del vestíbulo y pude oler su fragancia, fresca y dulce a la vez. Entré en

la habitación y la vi. Tumbada sobre la cama, agarrada fuerte a la almohada como si eso fuera a salvarle la vida. Y lo supe. Supe que sería un cobarde y nunca podría dejarla. Una losa gigante cayó sobre mi pecho y me aplastó el corazón. Me desnudé observándola. Sintiendo como poco a poco su presencia me tranquilizaba, minimizando el dolor y la desesperación de la semana anterior. Me tumbé a su lado y la abracé fuerte. Llegué a puerto. Me encontré a salvo, sereno. Estaba en casa. Con ella. Se removió cuando la toqué.

–Estoy aquí, Nena –la abracé fuerte y, a continuación, me disculpé. Esperaba que me perdonara aun sin entenderme, sin estar seguro de que pudiera escucharme–. No puedo separarme de ti.

Me quedé completamente dormido al instante. No había descansado durante casi una semana. Ella era la tranquilidad y el sosiego que necesitaba.

Me desperté sudando. Creyendo que todo había sido una pesadilla. Dani estaba entre mis brazos y todo estaba bien. Pero no era cierto. Mi madre había fallecido por culpa del cabrón de mi padre y yo, aunque me lo negara, era igual que él. Me derrumbé sobre el suelo del baño, encogido como un niño intentando que el dolor desapareciera. Pero no lo hizo. Lloré durante horas. Lloré con Dani abrazando mi cuerpo sin poder explicarme. Lloré desconsoladamente al darme cuenta de lo que tenía que hacer.

Fui un gallina al no ser capaz de dejarla. Nunca había tenido la fuerza y la determinación de mi hermano. Alejandro era de otra casta. Por eso, entre otras cosas, se estaba convirtiendo en un gran hombre de negocios. Recordé lo que me dijo, que me arrepentiría toda la vida si la dejaba. Y sabía que llevaba razón. Pero algo me decía que si no lo hacía, el final podía ser peor. No lo hice. Fui un cobarde desgraciado incapaz de alejarme de ella. No la dejé. Le partí el corazón en mil pedazos. Hice todo lo posible porque ella me dejara a mí... Y... lo conseguí.

A veces cometemos errores porque no sabemos la magnitud que tendrá sus consecuencias. De saberlo, no lo haríamos. Durante todos estos años no he hecho otra cosa que arrepentirme y desear volver atrás en el tiempo y deshacer todo el dolor que le causé.

.....

La estoy esperando sentado sobre el capó del coche. Me la llevo a París. Seis años después voy a conseguir mi propósito. He logrado convencerla para que me acompañe a preparar la exposición allí.

Abre el portal y sale con una pequeña maleta morada de mano. Su melena castaña, sus increíbles ojos verdes y sus mejillas sonrosadas siguen surtiendo el mismo efecto en mí. Se me acelera el corazón y se me pone dura sin remedio. Es increíblemente guapa. Su belleza natural y tranquila me atraviesa. Entiendo que mi hermano se haya enamorado de ella. Cualquiera lo haría. No puedo culparlo. Espero que él pueda perdonarme a mí cuando vuelva a ser mía. Sé que el muy idiota la ha cagado y, por supuesto, voy a aprovecharme de ello.

Me mira y sonrío tímida. Puedo ver la tristeza en su mirada. Alejandro le ha hecho daño y un gran sentimiento de culpabilidad me invade por completo. Somos idiotas y ninguno de los dos la merecemos. Ahora mismo le partiría la cara por haberla utilizado de esa manera. Sin embargo, le tengo que dar las gracias. Ahora estamos los dos de vuelta en la casilla de salida. La balanza se ha nivelado dándonos a los dos las mismas oportunidades para poder reconquistarla. Tengo que mover mis fichas con destreza y sabiduría, estoy seguro de que Alejandro hará algo al respecto. No me creo que la haya dejado ir así como así.

Camina lenta hacia donde me encuentro y me acerco para ayudarla con el equipaje. Es una maleta pequeña, pero cualquier excusa es buena para estar cerca de ella.

–Estás preciosa –le digo con una sonrisa segura. En realidad estoy tan nervioso como el primer día que me atreví a hablar con ella.

–Gracias. Tú pareces salido de la revista Mens Health –dice con naturalidad. Suelto una carcajada sincera.

Su franqueza me hace recordar la primera vez que hicimos el amor. Se entregó a mí sin secretos. Tenerla entre mis brazos... ¡fue una puta locura! Creí que me correría antes de meterla. La deseaba, la deseaba tanto que dolía. Escuchar de sus labios entre jadeos que era virgen me volvió loco al instante. ¡Por dios! ¡Tenía diecinueve años! ¡No se había acostado con nadie! La

noticia me descolocó al principio, no reaccioné como hubiese querido, pero estaba aterrado. La iba a hacer mía. Mía eternamente. Si ya la tenía dura, sus ruegos porque no esperara demasiado de su inexperiencia casi me la hacen estallar ¡Joder! ¡Me dolían hasta los huevos! Se la metí despacio, mirándola a los ojos, no quería perderme ni un detalle de cada momento. Atesoraré ese recuerdo siempre, lo guardo en mi memoria como lo más maravilloso que he vivido nunca. La hice mía. Y lo será para siempre.

Me da igual haberla cagado, tiene que entenderme, al menos conseguiré que escuche mis razones. Me da igual haberle prometido que no me acercaría a ella ¡Me da igual mi hermano! ¡A la mierda las promesas! ¡A la mierda todo!

Yo solo la quiero a ella. Y no me daré por vencido. No me rendiré sin luchar. Otra vez, no.

## AGRADECIMIENTOS

A todos y cada uno de los que han estado a mi lado durante el proceso. Gracias. A todos y cada uno de vosotros que me acompañáis durante este largo camino y habéis confiado en mí.

A mi padre, por sus correcciones y por animarme a seguir. Simple y llanamente, por estar orgulloso de mí. A mi madre, por ayudarme tanto y darme TIEMPO.

A mis amigas, especialmente a Rocío. Por seguirme capítulo a capítulo. Por aconsejarme y por alentarme cuando mis dedos se negaban a escribir.

A un gran artista al que no tengo palabras para agradecer el gran trabajo que ha hecho. Juan. Gracias por esta portada maravillosa.

Y, por supuesto, de mí no sería nada sin las dos luces de mi vida. Me guían y alumbran mi día a día.

Os quiero.